

El corrimiento hacia el rojo

Fernando Martinez Heredia

Edición: Rinaldo Acosta
Diseño de cubierta: Adriana Vázquez
Composición computarizada: Evelio Almeida Perdomo

© Fernando Martínez Heredia, 2001
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 2001

ISBN 959-10-0667-5

Instituto Cubano del Libro
Editorial Letras Cubanas
Palacio del Segundo Cabo,
O'Reilly 4, esquina a Tacón,
La Habana, Cuba

PALABRAS PRELIMINARES

Hace casi un siglo que los sabios al fin se dieron cuenta de que el universo se expande. En la ínfima porción de él en que vivimos también se estaba descubriendo entonces el secreto de la buena expansión: el corrimiento hacia el rojo. Pero enseguida sufrimos una grave contracción. Años después el planeta se recuperó, y se expandió bastante durante algunas décadas. Pero se ha contraído de nuevo, ahora hasta tal punto que parece deseoso de ser pequeño, limitado, mínimo, mezquino. Está grávido, sin embargo, de sus avances maravillosos: de la condición femenina, la liberación nacional, la ecología, el socialismo, el auspicio de la diversidad, las rebeldías contra toda dominación, la cívica de la comunidad. La resultante es un mundo extraño, en el cual reinan el lucro y el hambre, y no parece haber futuro para la decencia, pero la indecencia carece totalmente de legitimidad.

En los textos que leerán a continuación registro momentos del camino del siglo xx en un país, nuestro país. Parto del hoy, sus desafíos, sus interrogantes, logros, caídas, certezas y desgarramientos. Como es natural me voy atrás, incluso más allá del siglo, porque los pueblos están hechos de eventos y de ríos profundos. Pero mi pretensión en realidad es grande: mis escritos, como mi palabra, se proponen ayudar en la búsqueda del futuro.

La dimensión cubana contemporánea ocupa un lugar esencial en este libro. Es la primera parte, también para ratificar que no pretendo ofrecer conclusiones. Mi propósito es recontar, recuperar nuestra memoria histórica del proceso contemporáneo, explicar, pero sobre todo problematizar y preguntar: dos verbos ineludibles para el debate cubano del siglo XXI, un debate indispensable para avanzar. Después, una galería de personalidades del itinerario histórico de Cuba. En ellos busco al individuo, el actor privilegiado de la historia, unas veces para exponer lo que estimo central de su actividad, otras para asomarse a un ángulo de ella, o de sus vidas. Los dos últimos nacieron en otros países de América Latina: Roque Dalton —«dos patrias tengo yo, Cuba y la mía»—, amigo entrañable, que entregó su arte y su vida a la causa del pueblo, y el Che, ese paso firme que dio el siglo pasado hacia los tiempos que vendrán.

El breve tercer grupo de textos alude al socialismo marxista, en sus creadores, sus prácticas y su actualidad. El lugar del marxismo en la cultura cubana ha retrocedido. Se han combinado el polvo y el fango de los derrumbes, el dogma al que fue reducido previamente, el crecimiento del espíritu conservador y la extraña defensa a la que algunos lo someten hoy. Una gran parte de la juventud culta no se relaciona con el marxismo, a pesar de ser esa relación una de las necesidades de la cultura cubana. Confío en que seremos capaces de hacer que el marxismo vuelva a florecer en Cuba.

En la edición de esta obra confluyen, como es natural, lo más personal y lo que se aspira a decir. Mi pequeña historia intelectual ya ha sido prolongada, y algo accidentada. Ahora publico por primera vez en mi país una selección de trabajos míos, gracias a la extrema gentileza y la firme tenacidad de la Editorial Letras Cubanas. La mayoría de los textos son del último quinquenio —el primero lo terminé hace dos me-

ses—, pero he incluido algunos de los 30 años anteriores, por las ideas que expresaban, sus circunstancias y los testimonios que brindan. El conjunto trae mis temas, convicciones, argumentos y quizás una manera de decir, pero no una novedad. Es cierto que la ciencia no me ha ayudado mucho. Busqué alguna clave para el presente y el porvenir en el *Grand Dictionnaire Encyclopédique Larousse* (París, 1985, t. X, p. 10536), pero sólo dice que el mundo está ya en una segunda fase «en que el Universo se ha enfriado, es menos denso y se ha puesto neutro [...] dominado por la materia»; por eso, agrega, puede organizarse en galaxias y estrellas. Mejor es el poético mundo de la ecuación Wheeler-De Witt, de la cual dice D. Overbye («Before the Big Bang? Just Imagine». *New York Times/The Herald Tribune*, 24-5-2001): «parece vivir en lo que los físicos han llamado “superespacio”, una suerte de conjunto matemático de todos los universos posibles, los que sólo viven cinco minutos antes de colapsar en huecos negros y aquellos que están llenos de rojas estrellas que viven por siempre, los que están llenos de vida y los que son desiertos vacíos...»

Por mi parte prefiero la inconformidad, y otras certezas. Ya está claro que el nuevo milenio —e incluso el nuevo siglo— no eran tan importantes, y no significarían el parteaguas de nada. Ahora podemos ver más claramente también el largo siglo xx cubano, que comenzó en 1895 y no ha terminado aún. Cierto es que hemos andado mucho, y hemos aprendido el secreto de la expansión del universo. La única salida para el siglo xxi cubano es ir más lejos todavía que lo andado en el siglo xx.

LA ALTERNATIVA CUBANA*

Después de los triunfos tan notables de la izquierda en las elecciones de octubre pasado, en Brasil se ha creado una gran expectativa política para las elecciones generales del 2002. ¿Qué estrategia adoptar, qué alianzas son necesarias, qué imagen será más apropiada? Estas y otras preguntas están en primer plano, mientras se discute con entusiasmo acerca del concepto y de los contenidos y problemas del socialismo. Me ha tocado participar en varios seminarios y algunos encuentros de estudio, con activistas y simpatizantes que debaten a partir de los datos actuales de Brasil y del mundo, de conceptos y de la historia propia y mundial del socialismo. En uno de ellos recibí una pregunta que según supe después tiene alguna difusión: «si la izquierda ganara las elecciones en el 2002, y el país fuera bloqueado, ¿cómo sobreviviría Brasil en un mundo como el actual?»

La pregunta es reveladora. Ella atañe a un tipo muy especial de alternativa, la ruptura con el orden existente. En primer lugar, está bien dirigida: ustedes, un país tan pequeño y escaso de recursos, tan cercano a Estados Unidos en todos

* «La alternativa cubana» es de abril del 2001; presenté una versión primitiva de ella el 27 de marzo en el Seminario *El mundo actual* del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM, México DF.

los sentidos, que fueron bloqueados enseguida que emprendieron su alternativa, ¿cómo fue que sobrevivieron, cómo se mantienen durante tantos años y exhiben tantos logros sociales, y siguen desafiando a su enemigo, a pesar de que hoy es más poderoso que entonces y los sigue bloqueando?

De ahí en adelante, sin embargo, la cuestión planteada obliga a salirse de su formulación como pregunta. Porque esta revela ausencias y varios supuestos, que configuran «verdades» previas: a) ganar unas elecciones es igual a gobierno popular y este a poder popular; b) el contenido real y los problemas de la gestión de un nuevo gobierno del 2002 en adelante no es algo puesto en discusión, cuando es un tema decisivo; c) Brasil puede «ser bloqueado», es decir, existen fuerzas incontrastables que sin duda pueden llevar a cabo tamaña empresa, y por tanto se les supone invencibles; d) tácitamente, Cuba con su régimen socialista es un hecho milagroso, abstracto y ahistórico, algo «bueno» pero no de este perverso y duro mundo.

La pregunta revela insuficiencias, pero la cuestión en sí es fundamental. Porque América Latina y el Caribe no sólo vive revoluciones de la comunicación, concentraciones del capital e indefensión del trabajo, decadencia de los servicios sociales, un reino de las privatizaciones y la consolidación de la pobreza.¹ También florecen esperanzas, movimientos popu-

¹ Se espera que en 2002 ya Brasil tenga más teléfonos celulares que instalados en inmuebles. Pero el salario mínimo actual en ese país es un 23,9% comparado con el de julio de 1940, y menos del 16% del mínimo indispensable para sostener una familia de cuatro personas (Dieese: *Anuário Estatístico do Trabalhador*. En *Folha Online*, 26-3-2001). El gobernador del estado de Río de Janeiro declara que 50 millones de brasileños no tienen acceso a ningún tipo de atención de salud —La Habana, 21-3-2001—; ese mismo día el Banco Mundial ofrece su estimado de pobres latinoamericanos: 250 millones; de ellos,

lares, rebeldías organizadas e intentos diversos de levantar alternativas eficaces al orden explotador, excluyente, neocolonial, depredador, que rige en nuestro continente. Esas realidades americanas tan contradictorias y conflictivas constituyen el marco de cualquier exposición o debate sobre construcción social alternativa.

La alternativa al capitalismo actual es el socialismo. Parece demasiado concluyente, pero en realidad no existe alternativa dentro del sistema vigente para detener el despliegue arrollador de su naturaleza antihumana y rapaz, no digamos para revertir la situación que ya ha creado. Pero mi afirmación no es más que una postulación, que debe enfrentarse a un fuerte grupo de preguntas y desafíos. El socialismo, ¿es una opción realizable, es viable?, ¿puede vivir en países o regiones del mundo, sin controlar los centros económicos del mundo? ¿Es un régimen político y una forma de distribución, o está obligado a desarrollar una nueva cultura diferente, opuesta y más humana que la del capitalismo? ¿Por su historia no está incluido también en el fracaso de las ideas y las prácticas modernas que se propusieron perfeccionar a las sociedades y las personas?

Es imprescindible entrar a fondo a esos cuestionamientos, por una razón muy práctica: el socialismo va a emerger otra vez como propuesta para este mundo, y eso lo hará avanzar como promesa y volver a presentarse como política y como profecía. Pero no le será posible intentarlo sin saldar sus propias cuentas, sin radicalizar y transformar sus proyectos, sin rediscutir y hacer avanzar su teoría, sin partir de la situación

96 millones de indigentes. El año pasado la prensa de Brasil publicó que entre 1990-2000 el Banco Mundial le prestó al país 10 000 millones de dólares, y en ese mismo lapso le cobró 14 000 millones.

real actual, sus datos desfavorables y favorables y sus tendencias, con el objetivo de cambiarla hasta su raíz. Este socialismo renovado necesitará, entre otras cosas, gran claridad y compromiso con los tiempos pasado, presente y futuro, una gran audacia, ser atractivo y ganarse la conducción de la esperanza. En síntesis, *deberá crear la alternativa*.

Con estos comentarios previos expreso el marco en que coloco esta exposición sobre Cuba, un caso de construcción social revolucionaria de alternativas en nuestra región, y agradezco la invitación que con tanta gentileza y tenacidad me ha hecho el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, para volver a participar en su prestigioso programa sobre el mundo actual que coordina el Dr. Saxe-Fernández, convite que me brinda la oportunidad de compartir con ustedes en esta Casa de estudios que me es tan entrañable.

I. Cuba: la dimensión actual y las dimensiones históricas

Los juicios al uso acerca de Cuba suelen mostrar mejor a los que opinan que a ella misma. Las cargas ideológicas tan fuertes de la cuestión y la falta de conocimiento establecido inducen entonces a la utilización de palabras fuertes para denotar a Cuba contemporánea. Como comunista, dictadura, totalitarismo; o como sociedad más justa, esperanza, utopía. Llevan al uso de expresiones tímidas, como democracia, o mal intencionadas, como derechos humanos. Dejémoslas en suspenso, para ir en busca de Cuba misma.

Utilizaré una caracterización previa, con el fin de ayudar a la comprensión de lo que expongo a continuación, pero también para adelantar mis puntos de partida intelectuales y mi posición. *Cuba actual es un complejo*, compuesto por la so-

ciudad en transición socialista resultante de la revolución y del período transcurrido hasta 1990, más la gran tensión de la primera mitad de la década entre la crisis, la afirmación del régimen y la resistencia popular, más las transformaciones y permanencias del país desde fines de los años 80 hasta hoy. Un complejo, porque no se reduce a una sucesión temporal, ni a una mezcla; es en sí una realidad específica, y es el teatro de una transición.

Tanto por la naturaleza de la materia en análisis como por razón de método, necesito fijar ciertos elementos históricos. El evento más importante de la segunda mitad del siglo xx, *la revolución socialista de liberación nacional* desencadenada entre 1959 y los años 60, operó una gigantesca transformación súbita del país. Sin embargo, hasta el más trascendental acontecimiento sólo actúa sobre un mundo previo, que es su materia y provee sus condicionamientos. Debo ser muy esquemático, o más bien alusivo, al situar aquí esa Cuba previa, solamente para servir a los propósitos de nuestro tema.

Sociedad colonial americana durante cuatro siglos, Cuba fue centro militar, de comunicaciones y de servicios para el imperio español —y ganadera a escala local y de la región—; pero desde el último tercio del siglo xviii tuvo un descomunal auge económico exportador de azúcar y café para el mercado mundial, decisivo para multiplicar siete veces la población entre 1791 y 1895. Entraron un millón de esclavos y más de cien mil chinos, sirvientes contratados; después entró otro millón de inmigrantes hasta la tercera década del siglo xx, la mayoría españoles, pero también de Haití y Jamaica. Ellos y sus mezclas fueron la base de la actual composición racial de los cubanos. Primera exportadora de azúcar del mundo —el café salió de la escena hacia 1850—, y a pesar del aumento sostenido de la demanda, el proteccionismo y la remolacha

Europeos y el auge de las refinerías norteamericanas obligaron a Cuba entre 1850-1870 a pasar al predominio del azúcar crudo y a depender casi totalmente del mercado de Estados Unidos. Se impuso la dependencia de las políticas del comprador, y en tecnología y alimentos. Se fue formando una neocolonia en un país colonial, cuyos nexos principales de negocios no eran con su metrópoli. Aumentar la monoexportación sin cesar y explotar al máximo al trabajo y el medio fueron las dos tácticas priorizadas ante las diferentes coyunturas, hasta 1914-1925, última gran fase de expansión azucarera, ahora con una enorme inversión directa norteamericana.

La exportación de azúcar que había deformado la estructura del país se estancó por baja demanda y caída de los precios desde antes de la gran crisis mundial. La inmigración cesó, hasta hoy. Después de la crisis se renovó la relación neocolonial: se consolidó la dependencia económica de Cuba en equipos, alimentos e insumos norteamericanos con tarifas muy reducidas, a cambio de ser abastecedora de azúcar a precios preferenciales en cuotas fijadas por Estados Unidos. La producción se estancó, y se basó en intensa explotación industrial, bajos costos agrícolas, superexplotación y miseria rural. El desempleo estructural y cíclico se entronizó; en 1953 sumaba un 35% de la fuerza laboral. Los intentos de industrialización dependiente y diversificación de mercados y producciones obtuvieron muy pobres resultados en tres décadas, a pesar de cierta reanimación de la inversión norteamericana en la última década.²

² La situación económica llegó a ser bien conocida en la época. Ver, por ejemplo, tres autores diversos: Julián Alienes Urosa (*Características fundamentales de la economía cubana*, 1950), Julio Le Riverend (*Historia económica de Cuba*, 1952) y Raúl Cepero Bonilla (*Escritos económicos*, 1946-1958).

Bajo el primer gran impacto modernizador de hace 200 años predominó la economía dineraria y hubo grandes revoluciones desde la tecnología y la gestión empresarial hasta el consumo material y espiritual. El poder económico era ejercido por criollos. Ellos explotaron sin tasa y aplastaron a la fuerza de trabajo esclava, promovieron la división de la sociedad en castas y el racismo, privilegiaron su gran negocio con esclavos, se asociaron al poder colonial —primero con gran autonomía, después con fuerte subordinación— y se opusieron siempre a la independencia. Sectores intermedios y humildes desataron una primera revolución independentista y abolicionista (1868-1878) que no triunfó, pero abrió paso a un régimen colonial postrero con reformas, partidos y cierta legalidad política y de prensa, y sobre todo puso las bases de la identidad y el nacionalismo cubanos. La esclavitud terminó y se generalizaron las relaciones capitalistas; el férreo control burgués sobre la tierra continuó y se amplió en el siglo xx, como condición del sistema exportador, bloqueando avances a la producción libre, a la autosuficiencia alimentaria y el mercado doméstico.

La clase dominante volvió a ser antinacional ante una nueva revolución, de liberación nacional, convocada por José Martí. Por ella el pueblo de Cuba se sacrificó masivamente en una guerra total (1895-1898) que creó a los cubanos, golpeó al racismo y las castas, cerró a Estados Unidos la posibilidad de anexarse a Cuba, unificó el territorio, construyó ciudadanía, exigió una república con instituciones democráticas y proveyó visiones del futuro del país. Como en todo el mundo colonial, otra vez lo internacional pesó duramente. Estados Unidos hizo una fácil guerra a España en 1898, ocupó el país e impuso un régimen de semiprotectorado que duró más de 30 años y unas relaciones neocoloniales que agobiaron a Cuba hasta 1959. La burguesía cubana se subordinó y

se alió a Estados Unidos, pero no hubo ningún sector ni partido anexionista en ese período. La burguesía no pudo apropiarse de los símbolos revolucionarios ni del nacionalismo popular; para ejercer el poder tuvo que reconocer logros de la revolución, pactar con un personal político procedente de ella y asumir una república con tendencias democráticas.

País de profundas contradicciones, Cuba colonial había tenido más desarrollo material e integración que una parte de las repúblicas latinoamericanas. Ahora fue una república con voto universal de varones y un dinámico sistema político, una compleja sociedad civil, divorcio, crecimiento económico, a la vez que una neocolonia con liberalismo económico y conservatismo social. Pero también hubo inconformidades, sindicatos, anarquismo, ideología mambisa,³ una nueva conciencia cívica, antimperialismo, luchas contra el autoritarismo, que desembocaron en la tercera revolución (1930-1935). Ella amplió y profundizó el acumulado cultural, trayendo más democratismo, nacionalismo radical e ideas socialistas. En el período que siguió, grandes partidos modernos interclasistas, un Estado con atribuciones sobre la economía y al parecer equilibrador entre las clases sociales, una hegemonía muy renovada, reconocían los acuerdos postrevolucionarios y trataban de excluir un nuevo estallido. Sin duda, en Cuba de 1952 había más sistema y conciencia políticas que independencia y dinamismo económicos.

La revolución de los años 50-60 y sus resultados fueron *un vuelco inconcebible previamente* para el acumulado cultural

³ Mambí se llamaba a los insurrectos cubanos del siglo XIX. La ideología mambisa era nacionalista popular y exaltaba la gesta armada como origen de la nación; era democrática, de tendencia antirracista, de justicia social y anticlerical; veía la república como frustración del ideal revolucionario por los políticos venales y el intervencionismo de EEUU.

cubano de 1952. Así sucede con toda gran revolución. Pero al examinarla hoy como alternativa es necesario tener en cuenta —sería igual para cualquier otro caso— los puntos de partida desde los cuales actuó, los rasgos que le permitieron avanzar más o la frenaron, las permanencias o largas duraciones que fueron o no superadas y sus modos de ser en la nueva situación, además de los nuevas realidades y obstáculos creados.

II. La alternativa revolucionaria de liberación

He investigado y escrito sobre este proceso durante gran parte de mi vida, pero no pretendo hacer aquí ni siquiera una síntesis. Solamente apuntaré algunas cuestiones de las tres primeras décadas que me parecen fundamentales para nuestro tema, antes de pasar a la etapa más cercana de la última docena de años.

En Cuba el origen estuvo en una insurrección nacional contra una dictadura, que desde su triunfo en 1959 se profundizó muy rápidamente hasta convertirse en una revolución social sumamente radical. En un mismo acto, ella liquidó el aparato represivo del sistema, abatió todo el orden vigente en Cuba y rompió los lazos neocoloniales con los Estados Unidos. El gobierno derribado era ilegítimo, pero la revolución hizo desaparecer y sumió en el desprecio a todas las formas políticas precedentes. Se implantó un régimen político nuevo en el país y en América, que buscó sus fundamentos de derecho en el propio hecho revolucionario y en ideas muy radicales procedentes de la tradición nacional popular y de luchas por la justicia social, y asumió el ideal socialista. El nuevo régimen fue capaz de conducir y exacerbar el profundo nacionalismo cubano en una dirección socialista de liberación nacional y antimperialista.

Toda revolución verdadera hace retroceder los límites de lo posible; la revolución cubana lo hizo hasta grados inimaginables. El capitalismo cubano, el poder de los Estados Unidos y la geopolítica fueron negados. La lógica de los comportamientos humanos y sociales se alteró brusca y profundamente; la actividad desatada de la revolución puso a prueba lo normal, lo justo, lo esperable y lo imposible según los conocimientos establecidos, los saberes e incluso el sentido común: los que no pasaron la prueba fueron denunciados u olvidados.

Los cambios trascendentales que sucedieron tuvieron como agentes a: un poder revolucionario muy cohesionado y audaz, que partió de la conciencia política y de ideales sociales alcanzada por el país y tuvo una enorme capacidad de conducción; y una actividad incesante en la ejecución de las transformaciones y defensa del nuevo régimen de una parte enorme de la población —la mayoría en los momentos culminantes—, que se hizo consciente del proceso que vivía y asumió su proyecto, y se organizó y sistematizó en un tiempo breve. La conjunción muy prolongada en el tiempo del poder revolucionario y el espíritu libertario están en la base de la alternativa cubana. Comprender eso es imprescindible para todos los análisis que se hagan de los hechos económicos, políticos, ideológicos de la revolución, de las diversas dimensiones de lo social y lo individual, y también para comprender su estabilidad y permanencia.

La clase de los propietarios de las empresas industriales, comerciales y agrícolas grandes y medianas, desapareció; los banqueros y los demás elementos ligados al modo de producción capitalista neocolonial, desaparecieron. La mayoría de ellos y sus constelaciones cercanas emigraron, y de los intermediarios, los políticos y otros beneficiarios del sistema; también emigró una parte de los profesionales y técni-

cos, y otras personas de sectores medios y bajos de la sociedad. Pero muy amplios grupos calificados, empleados y de sectores medios, junto a la mayoría de los elementos de las clases y grupos populares, se integraron a las tareas económicas, sociales y políticas de la revolución con gran dedicación y entusiasmo. La disciplina laboral del viejo orden se extinguió, pero el complejo de motivaciones y obligaciones implementados por el nuevo poder no ocupó totalmente el espacio que aquella dejó vacío. El desbarajuste que ocasiona a una economía transformaciones tan radicales de sus objetivos, medios, organización y nexos, cambios sociales e individuales tan profundos y desgarradores, el aprendizaje precipitado de tantos nuevos roles y técnicas, la carencia de cuadros, las urgencias simultáneas en tantos terrenos, presidieron la formación de las nuevas relaciones e instituciones sociales. Eso no fue un paseo, sino un trayecto agónico,⁴ pero produjo una nueva formación económica y social, una nueva conciencia y un nuevo país.

Los problemas de la política y la economía ni siquiera hubieran podido plantearse bien —no ya resolver alguno— sin esa actividad revolucionaria. Hay una rica historia de búsquedas, pruebas, grandes decisiones, muy duros aprendizajes, formación de organizaciones, reelaboración de relaciones y vínculos y creación de muchos otros nuevos, que incluye errores y desatinos. Pero al quinto año (1963) se llegó al ple-

⁴ «Ahora pasan los medios de producción a poder del pueblo, pero el pueblo sigue siendo aquel mismo pueblo que ayer increpaba al patrón y maldecía su trabajo. Las condiciones de trabajo en muchos casos no han cambiado.» «En estos países no se ha producido todavía una educación completa para el trabajo social [...] al individuo, actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo» (Ernesto Che Guevara, 1964, 1965).

no empleo, se restablecieron nexos básicos como el de la ciudad y el campo, funcionaban las instituciones económicas y se discutían públicamente los problemas fundamentales de un desarrollo autónomo del país, de las prácticas y los principios del sistema económico y del papel de la economía en un país en transición socialista. Para llegar a logros tan notables resultaron principales tres rasgos: a) la política revolucionaria tomó el mando sobre la economía, que pasó a ser comprendida y medida por su capacidad para servir a la satisfacción de las necesidades de las mayorías y los nuevos planes y proyectos; b) fue liquidado todo obstáculo puesto a esos fines, lo que acabó con la propiedad privada capitalista y con el respeto a ella, un sentimiento que es tan arraigado; c) la participación popular directa a un grado masivo y bastante organizado en los eventos económicos, trascendentales o cotidianos, y la conciencia extendida de que el socialismo no era una donación desde el poder sino una creación y un derecho de todos.

Eso permitió al nuevo orden sobrevivir y fortalecerse progresivamente, imponer una economía muy diferente y comenzar a funcionar con ella de manera eficaz y rápida, contar con una cohesión nacional activa para todas las políticas económicas, y dotar a Cuba de alta capacidad de desafío y de negociación externa.⁵ Se reconocieron los recursos del país desde otra óptica de clase, se pasó a aprovecharlos más y mejor, desde las tierras baldías hasta el control biológico

⁵ Entre cientos de libros dedicados a la Cuba de esos años, cito a dos de los internacionalistas que dejaron sus vivencias y reflexiones de esta etapa de revolución en la economía, el mexicano Juan F. Noyola: *La economía cubana en los primeros años de la revolución y otros ensayos*, Siglo XXI, México DF, 1978; y Edward Boorstein: *La transformación económica de Cuba*, Ed. Nuestro Tiempo, México DF, 1968.

de las plagas,⁶ y se comenzó a planificar su utilización. No hubo una simple reforma agraria sino una revolución de la vida, la situación social y la participación real de la población rural, y nuevas relaciones e instituciones económicas, sociales y políticas en el campo, un proceso basado en una nueva actitud hacia el medio rural por parte del poder central, los órganos de la revolución y la conciencia nacional. La administración y gestión estatales con honestidad generalizada y tendencias planificadoras fue la base para poner la economía al servicio de las necesidades de la gente y de un ambicioso proyecto nacional de desarrollo. Cada vez que la práctica lo exigió, se pusieron en duda o rechazaron creencias previas —la industrialización como camino al desarrollo—, o influencias recientes —la cooperativa como forma fundamental de propiedad rural—, aunque ellas fueran defendidas por las ideas dominantes en Europa oriental.

Se estableció un pacto social muy sólido basado en la mayor y más sistemática redistribución de la riqueza social y apertura de oportunidades de que tengo noticia. Ese pacto y el consenso alrededor de un proyecto nacional trascendente quedaron hasta hoy en la base del poder político y de su legitimidad. Ese poder elaboró sus estructuras y planes a largo plazo con sentido de permanencia, y sin tendencia alguna a la formación de un sistema de partidos políticos alternantes en el gobierno, o a crear mecanismos de institucionalización del disenso.

Se arraigaron rasgos de democratización de la vida social que en gran parte se hicieron permanentes y hasta se tornaron costumbres. Entre ellos están la firme tendencia a la igualdad real de oportunidades y derechos de los individuos y de di-

⁶ Ver Richard Levins: «La lucha por una agricultura ecológica en Cuba», en *Ecología Política* núm. 2, Icaria, Barcelona, 1990.

versos grupos humanos —incluidos los de bajos ingresos, baja escolaridad, las mujeres y los no blancos— y la protección a los niños, ancianos y personas con capacidades diferentes; la pacificación de la existencia personal y familiar; la pérdida del prestigio de la propiedad privada y del mantenimiento del orden por el orden; la moderación en el ejercicio de la autoridad, tan importante cuando el arbitrio tiene un gran espacio; el hábito de los ciudadanos de reclamar sus derechos o justicia, y el hecho de contar con canales diversos para ello; fuertes órganos de poder local.

El profundo desprecio al régimen previo a 1959, tanto en sus formas autoritarias como en las democráticas, contrasta con la altísima valoración de la unidad política lograda; en el discurso político ella ha sido ligada a la defensa de la nación y el socialismo. A escala de la población la unidad es una instancia muy fuerte de identificación entre el régimen político y la nación. Por otra parte, las inculpaciones que pintaban a Cuba de antidemocrática por parte de acusadores totalmente descalificados en esa materia, han provocado repudio general. Se hizo habitual relacionar «democracia» con hipocresía, mentira y engaño, reaccionar defensivamente ante el tema e incluso subestimarlos; el saldo de la ideología socialista que estaba en boga favorecía esa posición. De esto resultó un evidente perjuicio para el aprovechamiento de aspectos prácticos y experiencias positivas de democracia, y para la estimación de sus valores conceptuales.

El proceso encontró sus límites en muchos terrenos. A pesar de formidables esfuerzos, autoconfianza y estrategias propias, fue imposible superar la estructura primarioexportadora basada en azúcar crudo, tabaco, níquel, pesca, aunque desde la primera década mejoró la posición del país en cuanto a educación, salud y formación técnica de su población, inversión de recursos en el desarrollo, crecimiento —a veces notable— en secto-

res, ramas y empresas basados en decisiones y planes de verdadero interés nacional, infraestructura y capacidad negociadora externa. Después de logros muy sensibles en modernización agropecuaria, se abandonó la meta de la autosuficiencia alimentaria. Cuba no dispuso de los medios precisos para aprovechar sus recursos naturales. Pese a la calidad de sus proyectos, lo obtenido en industrialización resultó muy insuficiente en aspectos nodales, aunque registró avances notables. A los efectos terribles y conocidos del bloqueo norteamericano se sumaron las desventajas muy duras en las relaciones económicas internacionales que son típicas para los países «subdesarrollados» en el sistema mundial capitalista.

La dimensión internacional —una constante crucial para países como Cuba— adquirió nuevos contenidos. La oposición radical de los Estados Unidos ha sido y es sistemática.⁷ Desde 1960 inició un bloqueo económico sin guerra declarada que está en el centro de sus agresiones y obstrucciones a la economía cubana, con perjuicio además de los intereses y la soberanía de terceros países.⁸ Los gobiernos norteamerica-

⁷ En los documentos de las dos *Demandas del pueblo de Cuba al gobierno de Estados Unidos*, una por daños humanos y otra por daños económicos, interpuestas ante tribunales cubanos en mayo de 1999 y marzo del 2000, se expone muy amplia y detalladamente una agresión que dura más de 40 años. La primera relaciona, entre otros delitos, acciones criminales que provocaron 3 478 muertes y dejaron 2 099 incapacitados; la segunda detalla los efectos económicos del bloqueo y de acciones subversivas, terroristas, de sabotaje y guerra biológica, evaluando los daños en 121 093.2 millones de dólares.

La ley norteamericana que permite ventas de alimentos y medicinas a Cuba, de octubre del 2000, «realmente no hace mucho», reconoció el propio Clinton; en realidad refuerza el bloqueo.

⁸ En el plano de las relaciones interestatales esa política ha generado protestas y denuncias —entre otros— de México y Canadá, sus

nos utilizan ese bloqueo dentro de una estrategia de múltiples vías dirigida a lograr un cambio de régimen en Cuba, que tiene una historia de más de cuatro décadas —la violencia fue central en los primeros años— y una diversidad de actores, circunstancias y condicionamientos. Sus razones más generales están en: la incapacidad de aceptar la pérdida de la relación de dominio y de los intereses neocoloniales que le ocasionó la revolución; el temor a que el ejemplo cubano contagiara a los otros países de América Latina, reforzado por la muy activa política cubana en la región, favorable a cambios pro autonomía o revolución; las vicisitudes, debilidades, corrupción y pugnas internas de su propio sistema político; el rígido marco de principios de la estrategia cubana en cuanto a posibles negociaciones —a mi juicio acertado—; y la percepción de que Cuba era sumamente peligrosa por la alianza que mantuvo con la URSS. Los motivos profundos estadounidenses resultan más claros para todos desde que terminó la «guerra fría».⁹ Aunque nunca ha logrado realizar sus objetivos más ambiciosos, Estados Unidos condiciona siempre a gran parte de la actividad internacional cubana e influye en aspectos muy sensibles de la vida económica, social y política interna.

comiembros en el TLC, de los gobiernos de la América Latina, el Caribe y Europa, del CARICOM y la Unión Europea. La Asamblea General de la ONU ha votado, en todos los períodos de sesiones de 1992 al 2000, Resoluciones que llaman a poner fin al bloqueo de Estados Unidos contra Cuba; las votaciones son abrumadoras.

⁹ Una información interesante acerca de las relaciones entre ambos países durante el año 2000 puede verse en «Cuba-EE.UU.: ni tan lejos ni tan cerca». En *IPS: Resumen Político Anual*, La Habana, Corresponsalía IPS, pp. 5-12.

Desde 1960-62, la relación con la URSS se volvió básica para la economía y la defensa de Cuba, ante el cuadro agudo de expulsión brusca de sus relaciones internacionales, bloqueo, agresiones armadas, terrorismo, cierre de mercados de armas y aislamiento a que fue sometida. La Crisis de Octubre de 1962 mostró de manera dramática los límites de aquella alianza. En los años 60 Cuba y la URSS se alejaron cada vez más ideológica y políticamente, en la medida en que el socialismo cubano era más consecuente y profundo. La herejía cubana era un polo atractivo para los nuevos revolucionarios y las protestas populares en América Latina, conmovía en los países centrales del capitalismo y llegaba hasta África. Lo que sucedía en un pequeño punto de América requería a las ideas, las personas, los movimientos y los Estados ser más radicales en el enfrentamiento al imperialismo y a los propios defectos e insuficiencias. Cuba hacía una propuesta socialista más humana y revolucionaria. La alternativa cubana alcanzó entonces su cénit.

Pero no pudo constituirse un campo de países liberados o autónomos en América Latina,¹⁰ ni Cuba pudo realizar su estrategia de desarrollo económico socialista acelerado. Entonces se impuso una retirada parcial respecto al proyecto de los años 60, y en ese marco las relaciones económicas y políticas

¹⁰ Al contrario, en el curso de la nueva fase de integración más subordinada e íntima al capitalismo mundial que había comenzado en la región, la represión a las protestas y rebeldías y la meta de tener manos libres para las relaciones de dominación y las políticas económicas emergentes apelaron a regímenes autoritarios en gran parte del continente. La ejecución de ese proyecto fue orientada y asistida por Estados Unidos y respaldada por los sectores más «modernos» de las burguesías. Entonces la ideología opuesta a la revolución cubana hablaba mucho más de «seguridad nacional» —supuesto objetivo de regímenes que apelaron hasta al genocidio— que de democracia.

con la URSS se volvieron mayores y más profundas. Cuba ingresó en el CAME (1972), aumentó mucho la proporción de algunos países de ese grupo en sus relaciones económicas externas y sacrificó gran parte de su estrategia a cambio de seguridad en cuanto a intercambios sistemáticos, capacidad negociadora y una alianza política. La agresión económica permanente de Estados Unidos reforzó esa necesidad; la muy modesta distensión de 1977-78 desapareció desde 1979, cuando Centroamérica pudo contar con el internacionalismo cubano. El sistema, la práctica y la ideología económica cubanas fueron influidas cada vez más por aquella relación y por el llamado socialismo real, pese a tener las partes realidades tan disímiles. Eso comprometió el tipo de crecimiento de la economía y afectó negativamente a la dirección económica, la eficiencia de los actores, el papel de la actividad económica en las transformaciones socialistas de los individuos, las instituciones y la sociedad como un todo, y al proyecto nacional de desarrollo económico socialista.

No se ha hecho un balance de la compleja historia de 30 años de relaciones Cuba-URSS, y no pretendo adelantarlo aquí. Comento al menos que la relación con la URSS significó para Cuba contar con aportes muy valiosos para la sobrevivencia, la satisfacción de necesidades sociales, el funcionamiento de la economía, la defensa, la formación de técnicos y algunos otros rubros. La relación ayudó a aminorar los efectos nocivos de la agresión norteamericana y de la condición «subdesarrollada», pero era imposible que fuera un factor favorable al desarrollo sostenido y autónomo de Cuba. Además, pesó demasiado en las acciones y opciones cubanas y generó un conjunto de dependencias e influencias de saldo negativo. De todos modos, es interesante para el tema de las alternativas el hecho de que, a pesar de todo, Cuba mantuvo

sus especificidades, y no siguió fatalmente un curso análogo al de Europa oriental.

Sus relaciones con las dos mayores potencias mundiales marcaron gran parte de las actitudes hacia Cuba desde el resto del mundo, incluidos los juicios sobre su sistema político. Sin embargo, en todo el período ha existido un cuadro muy rico de relaciones autónomas entre este país y multitud de personas, medios e instituciones en el mundo. Para ello han sido decisivos la enorme resonancia de la revolución y de sus logros sociales, la vocación de independencia, consecuencia, vigor y amplitud de su política internacional, defensora de los derechos de todos los pueblos a la autodeterminación, la soberanía y otros, su pertenencia muy activa a instituciones gubernamentales multilaterales, su antimperialismo, latinoamericanismo y el cumplimiento ejemplar de principios internacionalistas.

Desde inicios de los años 70 a la segunda mitad de los 80 sucedió una larga etapa contradictoria, caracterizada por la universalización efectiva de servicios sociales básicos como los de salud, educación y seguridad social, el logro de un «estado de bienestar» sin excluidos, un salto gigantesco en los niveles de instrucción y técnico, un fuerte proceso de institucionalización y mayor peso de la legalidad en el sistema político y en la vida ciudadana (paso del predominio de la revolución como fuente de derecho al de la llamada legalidad socialista), mayor democratización de los poderes locales, un internacionalismo muy activo. Pero esa segunda etapa del proceso estuvo marcada también por numerosos atributos negativos, reforzados o impulsados por la relación con la URSS ya referida: una fortísima burocratización, deterioro de las ideas y los comportamientos socialistas, las deformaciones aludidas de la economía y sus funciones sociales en la transición socialista, emergencia de intereses, privilegios y

ventajas de grupos, clientelismo, tecnocratismo, mercantilismo, descontrol e ineficiencia. La formalización de la vida pública facilitó que crecieran el vaciamiento del discurso político, la simulación, el oportunismo, la indiferencia y las frustraciones. La unidad, la disciplina y la cultura política cubanas acumuladas desde el inicio de la revolución deben ser muy tenidas en cuenta al analizar cómo pudieron combinarse elementos tan disímiles y hasta opuestos sin que se perdiera el carácter y lo esencial del proceso, ni este desapareciera al chocar con una nueva situación muy crítica.

III. Hacer la revolución, crear riquezas con la conciencia

No es retórico afirmar que Cuba se convirtió en una alternativa hace 42 años, y más aún hace cuarenta, cuando enfrentó con éxito la agresión imperialista, el bloqueo económico y la exclusión de la OEA mediante la victoria de Playa Girón y el armamento general de la población, la revolución agraria y la campaña de alfabetización. Y en medio de tremendas convulsiones sociales y esfuerzos gigantescos consumó la nacionalización de los medios de producción, de la banca y de la educación, como base para que el pueblo desatado y su poder tomaran posesión de sus vidas, su país y su destino.

Cuando se estableció la alternativa cubana comenzaban los años 60, pero nadie lo sabía todavía. El imperialismo aún no había completado su geografía económica, aunque su economía crecía y se centralizaba con celeridad; el «primer» mundo fue retado desde adentro por los que exigían cambios, y su orden de postguerra sufrió varias derrotas y fuertes pérdidas de prestigio. Estados Unidos sufrió años de graves crisis internas, intervino en Viet Nam y se empantanó, hasta ser vencido en 1975 por la decisión vietnamita. Una Europa cada vez más rica, pero insatisfecha, dejó al fin de dar lecciones a

todos, y produjo el emblemático 68. Era un mundo en que la URSS salía al cosmos y a los mares del mundo, pero a lo interno se reorganizaba de manera conservadora, entre ajustes modernizantes; en que el control que había ejercido en nombre del socialismo europeo fue desafiado por una nueva izquierda y por el maoísmo, y el movimiento comunista perdió cohesión. Y un mundo «tercero» que se autoidentificó, vivió la descolonización y las tensiones de adecuación o rebeldía frente a la generalización del neocolonialismo, e inventó el no alineamiento. Un mundo en que sucedía la segunda ola de revoluciones e ideas anticapitalistas del siglo xx, ola centrada en otros continentes y no en Europa como la primera, con fuertes efectos sobre los temas principales y el ambiente cultural de las protestas sociales y políticas, y sobre el anticapitalismo. En el Lejano Oriente, China Popular era un polo atractivo y un poder; Viet Nam daba el ejemplo moral y modificaba la correlación de fuerzas internacional. Desde sus realidades tan diferentes y específicas, en África y América Latina había insurgencias, que en nuestra región parecían conducir a revoluciones radicales y coordinaciones posibles.

Si la revolución cubana pudo enfrentar con éxito sus tremendos escollos, oposiciones, insuficiencias y condicionantes desfavorables, y aprovechar las favorables, fue solamente porque estuvo caracterizada permanentemente por la *actuación*:

a) en el terreno interno, que es siempre el principal, con todos los atributos conocidos, basándose en desarrollar sus propias fuerzas y en avanzar audazmente, guiada por principios inalterables de revolución popular anticapitalista y de íntima relación entre poder y bases, y con una enorme flexibilidad táctica;

b) en lo externo, por ser realmente internacionalista y antimperialista, y mantener ambos rasgos definitorios durante su transición socialista.

El primer resultado que quiero destacar es la autonomía obtenida por Cuba, en grados impensables si se atiende a la geopolítica de entonces o a las elaboraciones más recientes sobre los límites de la soberanía, y a las creencias más extendidas en la actualidad acerca de lo posible para los países de la llamada periferia del sistema. Estas tienen dos corolarios básicos: los «países pobres» carecen de posibilidades negociadoras que reduzcan su indefensión («asimetría») frente a los «países ricos»; al final nada puede oponerse al arbitrio de las grandes potencias. A pesar de sufrir una historia de graves dificultades y diferentes tipos de recortes, lo esencial de esa autonomía cubana se ha sostenido bastante bien durante todo el período histórico al que nos referimos, hasta hoy.

Otros resultados fueron los colosales avances aludidos, un proceso interno muy radical de decisiones en cuanto a las opciones entre proyectos de cambio más o menos profundos, mayor calidad de la política y de su relación con la moral, y desarrollos de las personas que no hubieran sido ni siquiera pensables. El país dio un gran ejemplo de lo que es obligatorio y posible para un poder y una sociedad en transición socialista, multiplicó sus esfuerzos cuando tuvo más personas calificadas y recursos, y se labró un inmenso prestigio. Esa estrategia acertada le permitió que la sobrevivencia fuera la base de su ambicioso proyecto socialista —en vez de abandonar el proyecto para sobrevivir—, elaborar y mantener políticas propias, hacer contribuciones a un arco de movimientos y posiciones enfrentados al dominio capitalista o colonial/neocolonial en el mundo, tener una gran fuerza moral en sus relaciones internacionales, incluidas las negociaciones y relaciones con la URSS y algunos aliados de esta, y sostener colaboraciones con países diversos.

Al calificar a esa actuación revolucionaria quiero destacar solamente otro de sus rasgos: avanzar con creatividad. Cuba

sufrió las acusaciones de voluntarismo y subjetivismo que fueron usuales en la tradición de izquierda, hasta estos últimos años en que el economicismo más burdo es la bandera ideológica del gran capital, y sus formas elaboradas han anegado los territorios de la ciencia y el pensamiento sociales. La creación de nuevas realidades y la apertura de oportunidades no soñadas a partir de la praxis revolucionaria fueron constatadas y se convirtieron en saberes. Pero el rápido aumento de los conocimientos sociales y la exigencia de intencionalidad de la transición socialista llevaron a análisis de las decisiones a tomar y políticas a seguir que querían ser cada vez más fundados. La experiencia cubana ha sido muy rica en avances audaces como actitud general ante los problemas, pero ellos no han estado exentos de exámenes previos. No había una guía, sin embargo, mucho más allá de los datos de los problemas, porque estos eran en su mayoría nuevos y porque la teoría de la revolución estaba atascada y era tergiversada. La creatividad resultó obligada y la originalidad inevitable. Aforismos como los del título de este acápite —y otros como «construcción paralela del socialismo y el comunismo» o «que la sociedad se convierta en una gigantesca escuela»— expresan en su concreción la aparición de un trabajo intelectual y un cuerpo de pensamiento nuevos.

Toda alternativa que pretenda ser viable deberá tener esas características, y siempre encontrará obstáculos formidables en el material intelectual acumulado por su propio campo, tanto por su forzosa adecuación previa a la hegemonía capitalista como por los modos como ha formulado hasta ahí su identidad y estrategias de resistencia. En el proceso cubano sucedió así,¹¹ dando lugar a una lucha de ideas interna que

¹¹ Ernesto Guevara invita en una polémica famosa a «no desconfiar demasiado de nuestras fuerzas y capacidades»: «¿Por qué pensar que lo

forma parte importante de su construcción social, pero que debo abstenerme de tratar aquí.

En la fase de los años 70-80, en que hubo tantos perjuicios para las iniciativas, la concientización, las actividades públicas y la dinámica general del proceso, a pesar de todo el papel de la actuación calificada que hemos referido no cesó. Eso contribuyó a la generalización de logros y actitudes positivas a la transición socialista, y fue decisivo cuando una nueva coyuntura de cambios y crisis exigió fuerzas y decisiones.

IV. Presente y desafíos de la construcción social cubana

¿Qué significa Cuba hoy como construcción social alternativa? No me es posible caracterizar aquí la situación mundial actual y las alternativas de actuación ante ella.¹² Pero es imprescindible tenerla en cuenta en todo momento cuando se analiza un tema como este en cualquier país. Lo primero es que la existencia de Cuba socialista niega una exigencia básica de la ideología dominante en el mundo actual: que es necesario resignarse al dominio del capitalismo sobre la

que “es” en el período de transición, necesariamente “debe ser”?» (1964). Y en su *Diario* de Bolivia: «el significado del 26 de Julio: rebelión contra las oligarquías y contra los dogmas revolucionarios» (1967).

¹² Lo he hecho en diferentes textos; ver por ej.: «Anticapitalismo y problemas de la hegemonía», en F. Martínez: *En el horno de los noventa*, Eds. Barbarroja, Buenos Aires, 1999, pp. 160-166; «Una gigantesca guerra cultural. Capitalismo y subjetividad», en *América Libre* núm. 16, Buenos Aires, abril 2000; y «Memoria y proyectos. Gramsci y el ejercicio de pensar», en *Gramsci en América. II Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos*. Dora Kanoussi, Comp/edit., Universidad Autónoma de Puebla, Int. Gramsci Society, Plaza y Valdés Eds, México DF, 2000, pp. 143-162.

existencia cotidiana, la organización social y la vida de los países en todo el mundo. Cuba es un escándalo, y como tal provoca reacciones muy variadas.

Ante todo, Cuba vivió por segunda vez un corte brusco y súbito de sus relaciones económicas principales, sólo 30 años después del primero —corte que provocó una crisis económica profundísima y un gran deterioro de la calidad de la vida—, y logró sobrevivir a él. Cuba no se sumó a la cadena de «caídas del socialismo». Y eso en la coyuntura del fin de una abarcadora y larga bipolaridad, y de un formidable desprestigio mundial del socialismo. Empleó esfuerzos gigantescos y sistemáticos a lo largo de los años 90 para que esa sobrevivencia se convirtiera en la viabilidad de su régimen, y ya es aceptado por medios muy diferentes que ese objetivo se ha logrado.¹³ Les recuerdo mi advertencia inicial de que Cuba actual es un complejo compuesto por su acumulación social revolucionaria, los elementos de la crisis de los noventa y sus transformaciones y permanencias en curso. La continuidad de su tipo socialista de organización social es lo dominante en sus expresiones políticas y en el balance que pueda hacerse de su sociedad. Pero también decía que esa realidad específica es el teatro de una transición. Escojo ciertos rasgos suyos que me parecen muy importantes para esta fase final, siempre dentro del tema que nos convoca.

Cuba demostró ser una alternativa viable sin aplicar frente a su crisis políticas económicas como las que se exigen en el mundo actual, y salió adelante sin perjudicar a la vida de las mayorías, al revés de lo que se ha vuelto usual. Su Estado siguió siendo muy fuerte e intervencionista en muy alto gra-

¹³ En un reciente informe de investigación de CEPAL se afirma: «Cuba ha registrado avances económicos significativos en los últimos cinco años y comienza a acoplarse a la nueva dinámica mundial.»

do en la economía, lo contrario de lo que se exige. Desde 1995 hasta hoy su economía ha venido recuperándose a ritmo paulatino pero sostenido, y gana en eficiencia a pesar de los enormes cambios que ha debido ejecutar.¹⁴ Una primera razón básica de ese éxito es que *Cuba utiliza con eficacia sus fuerzas propias*. Su población tiene niveles generales y capacidades útiles que en muchos aspectos son realmente notables y están bien consolidados; la economía posee apreciables niveles de reproducción, control, diversificación y otros rasgos positivos; la infraestructura tiene desarrollo; el sistema de servicios sociales está entre los más avanzados del mundo, y ha resistido bastante el deterioro producido por la crisis; la paz social y política favorecen mucho la actividad económica; el Estado y las estructuras de poder en general se muestran capaces en la realización de sus tareas.

¹⁴ La evolución del producto interno bruto real, para 1993=100, fue estimada por la Oficina Nacional de Estadísticas de Cuba en: 1995=103,2, 1996=111,2, 1998=115,6, 1999= 122,8 y 2000=130,2 (La Habana, 2000). El pronóstico fue superado por el crecimiento real del 2000, un 5,6%; la productividad del trabajo creció 4,6% (Informes de Osvaldo Martínez, Presidente de la Comisión de Asuntos Económicos, y José Luis Rodríguez, Ministro de Economía y Planificación, ante la Asamblea Nacional del Poder Popular. *Granma*, La Habana, 22-12-2000, p. 4, y 23-12-2000, p. 4). Pero Rodríguez aclara que con ello se logra llegar sólo al 85% del PIB de 1989, aunque con «una economía más eficiente y que asegura un desarrollo cualitativamente superior». Para un cuestionamiento de las comparaciones directas de los datos económicos de 1974-1991 con los de los años anteriores y siguientes, ver F. Martínez: «Desconexión, re inserción y socialismo en Cuba», en *Cuadernos de Nuestra América* no. 20, La Habana, jul. – dic. de 1993, pp. 46 - 64.

La inversión de fuente interna en el 2000 (3 100 millones de dólares) fue más del doble que la de 1995, y 16% más que en 1999. La efectividad de la inversión creció 5,8%.

Resulta extraordinaria la combinación de capacidad en la actividad económica, flexibilidad y ejercicio de controles serenos, que se aprecia con sólo mencionar algunos asuntos de la última década. El turismo, que casi no existía, aportó en 1998 el 50% del total de ingresos por exportaciones de bienes y servicios y ya es una rama consolidada y dinámica. La azucarera se desplomó desde 1993, pero no colapsó ni expulsó a su enorme masa de trabajadores; se recuperó hasta cuatro millones de TM en 2000, es cada vez más eficiente y busca su diversificación. El níquel ha multiplicado su importancia, y registra una sólida expansión productiva (72 000 TM en 2000) y comercial (vende a más de treinta países), alta eficiencia, provechosa asociación con capital extranjero y renovación tecnológica. El sector energético es un caso ejemplar: el holding estatal Cubapetróleo aprovechó el enorme conocimiento acumulado y en plena crisis continuó la expansión productiva y estableció empresas mixtas con compañías de varios países; pasó de 0,8 millones de TM en 1991 a 3,3 en el 2000, y ahora aprovecha el gas asociado al petróleo. El 70% de la electricidad se produce con crudo nacional; en el 2001 se prevee alcanzar el 90%, y una producción de cuatro millones de TM de petróleo y gas.

Junto a una reorientación radical del comercio exterior se han realizado innumerables gestiones y negocios en el sector externo. En lo interno, el país con mayor porcentaje de tierra estatal del mundo entregó en usufructo gratuito la mayor parte de las granjas estatales a sus colectivos de trabajadores, con sus equipos y rebaños (1993); un reparto singular que tornó cooperativistas a una multitud de trabajadores. Se estableció la circulación legal del dólar junto al peso cubano (1993), medida audaz para un régimen rigurosamente antimperialista, que franqueó una gran captación de divisas mediante las remesas de emigrantes a sus familiares en Cuba

y una red comercial estatal; el peso se revalorizó hasta arribar a 21 por dólar. Un país con 94,4% de empleo estatal en 1988 abrió cauce legal al trabajo por cuenta propia, que mantiene cierta amplitud, aunque dentro de normas restrictivas.

A pesar de todos los elementos positivos aludidos, Cuba no pudo evitar encontrarse en una situación muy difícil, a partir de los límites de su desarrollo, referidos en el acápite II, y del doble efecto de la aguda crisis que sufrió en los años 90 y el agravamiento de la posición de la mayoría de los países frente al altísimo grado de centralización del sistema capitalista mundial y la naturaleza de su forma dominante transnacional y parasitaria actual. Cuba es muy vulnerable en sus relaciones económicas internacionales, por los intercambios desiguales y escaso control sobre las condiciones en que se efectúan, lo que eterniza su crónico desbalance comercial, por la indefensión frente al movimiento de las finanzas y su alto endeudamiento externo. Las fuentes de financiamiento externo le están vedadas en general, o resultan muy difíciles y onerosas. Si el país no naufraga en ese piélago tan adverso es precisamente por las fuerzas que saca de su régimen social.

Por otra parte, el crecimiento de las desigualdades sociales ha sido una consecuencia de la situación y las medidas adoptadas, lo cual es grave porque afecta la esencia igualitaria en cuanto a redistribución de riqueza y oportunidades del sistema de transición socialista cubano. La desigualdad principal es por el ingreso y el acceso a consumos. Es más irritante porque está asociada a la doble moneda; no se dispone de dólares por realizar el trabajo más complejo o tener actitudes individuales acreedoras al mayor reconocimiento de la sociedad. Se obtienen sobre todo de actividades relacionadas con la economía mixta, con el turismo, con algo aleatorio como es recibir remesas, y con una amplia gama de actos que van desde los ofrecimientos privados de servicios y productos

hasta el enriquecimiento de intermediarios y negocios ilegales, en las dos monedas. Los precios informales en moneda cubana son demasiado altos para los ingresos personales y familiares de la mayoría. La corrupción —ese demonio de la falsa moral pública actual del capitalismo— debía ser analizada en sus funciones sociales en cada caso concreto. En la Cuba actual desempeña un sordo papel.

Alrededor de la nueva situación se integran grupos privilegiados, y en su entorno se van formando constelaciones sociales. Lo cierto es que todavía son de procedencia realmente variada, y carecen de toda legitimidad que acompañe a su capacidad adquisitiva, pero la cultura política nacional es suficientemente alta para que muchos infieran que esos grupos podrían llegar a ser más exclusivos, integrarse más y desarrollar autoidentificaciones y proyectos. Un efecto sumamente nocivo de esta realidad social es que erosiona seriamente las motivaciones y los valores socialistas, generando un desarme ideológico desde la vida cotidiana, sutil, ajeno a la virulencia y las definiciones de los enfrentamientos políticos, pero a la larga más peligroso que estos para la vigencia del socialismo.

La cultura socialista es sostenida muy vigorosamente por la política social del régimen. La reasignación de recursos a través del presupuesto central del Estado es un mecanismo que redistribuye el ingreso a favor de los servicios, sectores estatales y el interés de la sociedad, y mantiene la confianza en el objetivo de las medidas económicas. Ofrezco algunos datos del 2000. El desempleo ha sido evitado y combatido; de un 8.1% de la PEA en 1995 bajó hasta 5,5%. El ingreso medio del trabajador fue de 359 pesos, alza vinculada al aumento del salario medio (7,3%), y a estimulaciones variadas que reciben entre un tercio y más de la mitad del total de asalariados: pagos por producción, divisas, alimentos, ropa y zapatos, otros artículos. El Estado subsidió productos

normados al consumidor por 755 millones de pesos, y está aumentando en alguna medida su oferta de alimentos en los mercados «liberados», a precios más bajos que el sector privado. La alimentación total per cápita se estimó en 2585 kilocalorías y 68 gramos de proteínas. Hubo aumentos en diversos servicios, y se enfrenta el gran deterioro sufrido por sus infraestructuras. Aun así, los informes oficiales califican de discreto el avance en las condiciones de vida de la población. La seguridad social atendió a 1 400 000 personas (12% de la población); se da cuidado diferencial a los de bajas pensiones y otros menos favorecidos, mediante asistencia social. El monto y la proporción respecto al total en los gastos públicos correspondiente a salud, educación y seguridad social ha crecido durante toda la década anterior, hasta hoy.¹⁵

La cultura política de los cubanos es decisiva. Anoto sólo dos rasgos suyos, aunque muy relevantes. El primero, la actitud ante los objetivos del trabajo y la relación indirecta entre sus resultados y las retribuciones, que caracterizan a la transición socialista —tan diferentes a lo que es normal en el capitalismo—, siguen manifestándose en la abnegación con que masas enormes de trabajadores y técnicos dieron y dan continuidad a la producción y los servicios, en condiciones nuevas en que aquellos fines del trabajo y retribuciones so-

¹⁵ La situación social de Cuba sigue siendo excepcional en América Latina, según fuentes de organismos internacionales, como puede verse en dos informes recientes: el del Laboratorio Latinoamericano de Evaluación de Calidad en Educación, a los Ministros de Educación de América Latina en la VII Reunión Intergubernamental del PROMEDLAC: Cuba ocupa el primer lugar en la región, con índices dos veces superiores a la media regional (Cochabamba, marzo del 2001); y uno de riesgo de salud sexual y reproductiva: Cuba tiene la menor tasa de la región (Population Action International: Investigación en 133 países).

cialistas se debilitan y oscurecen, y se refuerzan la retribución directa y el egoísmo. El segundo, la peculiar relación con el consumo creada por la revolución que forma parte de la cultura cubana contemporánea, ha podido resistir la tremenda ofensiva de una década de cambios e influencias que en gran medida favorecen modificaciones en las necesidades y deseos, y también la adopción de representaciones y relaciones capitalistas. A pesar del deterioro que registra, aquella relación con el consumo sigue siendo un valor socialista, y un factor decisivo para la estrategia y el desempeño económicos del país desde el ángulo del apoyo o rechazo de la población, cuando en un caso como el cubano la disposición favorable de la mayoría es indispensable.

La acumulación revolucionaria previa fue decisiva en los años de crisis aguda, y conserva un papel principal pese a las modificaciones de la situación. El fenómeno político masivo fundamental de los años 90 fue el predominio de la cohesión, la disciplina y la actividad social en apoyo a la manera de vivir que se había construido en las tres décadas previas, la que se expresa no sólo en las instituciones y la legislación sino también en conciencia social, costumbres, representaciones, que se despliegan en los diversos espacios públicos y privados. Ese comportamiento social mayoritario ha sido la clave de la política del período. Entiendo que su motivación fundamental a escala más general de la sociedad descansa en tres saberes: a) la unidad entre los cubanos es vital para enfrentar todas las cuestiones cruciales que se vienen presentando desde fines de los años 80; b) el régimen político vigente se dedica a sostener activamente la manera de vivir que la revolución y la transición socialista construyeron, defiende eficazmente la soberanía nacional y controla la economía nacional; y c) un retorno al capitalismo en Cuba significaría para la mayoría de los cubanos un desastre, en pérdida de

derechos sociales y calidad de la vida, en explotación del trabajo, pobreza y humillaciones, y en soberanía popular.

La actuación social consciente le ha dado al sistema un grado muy alto de autonomía política. El poder político ha utilizado esa autonomía para conducir al país a través de las situaciones de todos estos años, manteniendo bajo su estricto control variables fundamentales. Ellas son un sector económico estatal mayoritario, que incluye la banca, las comunicaciones y el comercio exterior —un bloque aún mayor si se suman las cooperativas rurales creadas en 1993—; la economía mixta y privada, sujetas a un control muy abarcador; una enorme capacidad negociadora exterior; la ejemplar política social; el sistema político, los medios de comunicación, la educación y otros campos de la producción espiritual. El desgaste del discurso político era ya notable desde antes de 1989, y los años más críticos sin duda deterioraron en cierta medida la credibilidad y la aceptación del régimen. Sin embargo, este nunca se deslegitimó, y la firmeza y eficiencia de su actuación le permitieron recuperar terreno. La administración pública y el mantenimiento del orden se basan en el consenso, y no en la represión. El mismo poder político que garantiza todos los cambios y las medidas tan diversas de la transición es claramente percibido como defensor del socialismo y la soberanía. Hoy es el eje de la situación cubana, y a la vez depositario de las esperanzas de la mayoría.

La formación social cubana actual es transicional en dos sentidos: a) es de transición socialista, porque reproduce las condiciones económicas y políticas que dan continuidad a ese régimen, y este es la base de la forma de gobierno; b) está en un proceso de reinserción limitada en el sistema de economía mundial controlado por el capitalismo, de tal modo que hasta ahora maneja todas sus variables favorables para mantener el control, tomar decisiones y reasignar recursos; es decir,

para seguir siendo de transición socialista en vez de estar realizando una integración progresiva al capitalismo mundial. Sus principales cartas son su tipo de relación entre el poder económico y el poder político, y el consenso mayoritario con que cuenta. Una y otra —aunque con diferencias entre sí— basan su legitimidad en la revolución sucedida y en el régimen de transición socialista, y no en la reinserción en curso. Eso proporciona una enorme fuerza al régimen vigente. Pero, para un futuro no precisado, es una grave interrogante si se podrá o no evitar: a) la contaminación de actores o beneficiarios de las relaciones económicas no socialistas y sus constelaciones sociales del deseo de participar en la forma capitalista de vida que ven o se imaginan, y que esa influencia se extienda sobre otras capas de la sociedad; b) que la transición socialista vaya perdiendo lentamente su carácter dominante frente a la atracción de las relaciones de tipo capitalista, tanto económicas como de todo su complejo cultural, y el régimen sea permeado y ganado para la integración al capitalismo mundial, con sus especificidades nacionales.

Si ese es el problema principal, entonces las tensiones y pugnas fundamentales no se dan hoy en los terrenos de la economía o la política, sino en el ideológico, o más exactamente, *en un terreno cultural en que las ideologías están incluidas*. Es obvio que en esa pugna las influencias externas cumplen papeles mucho mayores del lado capitalista que del lado socialista, lo cual tiene consecuencias muy diversas. De manera muy particular, Cuba también participa en la actual guerra cultural mundial.

La reabsorción de Cuba por el capitalismo exigiría actos de voluntad para los cuales no existen hoy legitimidad alguna, coyuntura favorable ni fuerzas sociales suficientes. Ese hecho, y el alto grado de control efectivo que posee, brindan al régimen cubano todo un período a su favor. Es preciso

aprovecharlo, actuando acertadamente. Vuelve a resultar decisiva la actuación calificada, para hacer que una tendencia y no otra salga triunfante. Esta actuación no puede limitarse a repetir lo que en otro tiempo fue eficaz, porque el medio y las variables que inciden actualmente son diferentes: *tiene que ser una actuación creativa, original*. La transición socialista está obligada a basarse en la intencionalidad de la construcción social y el uso cada vez más y mejor planeado de los medios y las ideas con que cuenta; y basarse en la participación democrática cada vez mayor de la población, porque ella es la fuerza fundamental del régimen y su motivación y su eficiencia dependen de que se involucre realmente en una construcción social tan radicalmente nueva y diferente. El cubano ha recorrido todo el camino «moderno» de la individualización, y ha aprendido a crear y ampliar vínculos de solidaridad para enfrentar y superar a la modernidad mercantil capitalista. Si la extraordinaria cultura política de los cubanos se moviliza y ejerce su discernimiento y su acción frente a los problemas y peligros reales de hoy, si se utilizan sus ideas, opiniones, iniciativas y esfuerzos, esa cultura será decisiva para desarrollar a las personas y las instituciones en sentido socialista.

El apoliticismo y el pensamiento y los sentimientos conservadores han registrado avances en Cuba en estos últimos años. Pero no se han generalizado; estamos en medio de una intensa batalla de valores. Es necesario derrotar las creencias acerca de las relaciones y representaciones capitalistas como algo dado, de origen externo, que resulta inevitable aceptar. E impedir que se convierta en algo «natural» para los cubanos la existencia de desigualdades sociales y jerarquías debidas al poder del dinero. Se está dirimiendo también la cuestión crucial del vínculo o la disociación entre lo cubano y el socialismo, después que estuvieron unidos en la identidad na-

cional durante décadas. Esta y el nacionalismo incluyeron en su núcleo a la justicia social, lo que los enriqueció decisivamente y significó un aporte muy valioso de Cuba al pensamiento y las luchas por la liberación en el llamado Tercer Mundo. Las reelaboraciones del problema deben constituir un aspecto central de la cultura cubana actual.

Cuba descubre el vigor y complejidad de sus diversidades sociales —antiguas o emergentes— con sentimientos discordes; es comprensible porque la revolución destruyó los sentidos de la sujeción de la sociedad al poder de la república burguesa neocolonial, cambió la vida social y levantó su propio sistema de relaciones e instituciones sociedad-poder y sociedad-Estado. La crisis de los 90 y las desigualdades sociales recientes tienen mucho que ver en todo esto, pero sería absurdo reducir a ellas la cuestión, o creer que una diversidad social activa expresa la debilidad del Estado. Ese error participa de la funesta confusión entre el Estado y el socialismo que tanto daño hizo a las experiencias del siglo xx. La diversidad social en movimiento es una gran riqueza del país y un potencial de renovación de todos los aspectos de la vida social, que puede fortalecer mucho al socialismo, si sus ideales, actividades y organizaciones sienten que el socialismo es su vehículo, y si los órganos y la cultura socialista son capaces de hegemonizarla.

Cuba socialista es una alternativa latinoamericana al capitalismo, que existe y muestra con sus logros y realidades que es posible vivir de otra manera más humana, y que los países pueden ser otra cosa que lugares de contrastes inaceptables, frustraciones e iniquidades. Cuba necesita seguir siendo una alternativa, como consecuencia de mantener el sistema social y la estrategia que le permite conservar su manera de vivir, su soberanía nacional y su autonomía en el mundo actual. Los escollos y tareas que tiene ante sí no puede

enfrentarlos un país capitalista dependiente, sea pequeño o grande. Pero no le bastará persistir. Ante las opciones y los problemas de hoy y los que vendrán, acertará si avanza en el camino del socialismo, en vez de retroceder. Entre esos avances estarán la multiplicación de los participantes sistemáticos en el control y las decisiones sobre la economía, la política y la reproducción de las ideas, y la elaboración de un proyecto socialista más avanzado, integrador, complejo, capaz y participativo que los que han existido. Estará la continuación de la estrategia económica a base de la premisa de que su primer objetivo es el bienestar de la población, del aprovechamiento racional de los recursos y de lograr aumentos de eficiencia, pero también de autonomía, en su inserción internacional. Estará poner en primer plano la batalla por el predominio de los vínculos de solidaridad sobre los egoístas e individualistas, y hacer que las libertades y el interés social se complementen.

No temo concluir este texto con esa entrada en el territorio del deber ser, ni pretendo asomarme a la crítica epistemológica de la ciencia social. Me limito a afirmar que el conocimiento social no es ajeno —ni de modo intrínseco ni en sus condiciones de producción— a los valores y a las posiciones ante un orden social o un proyecto dado, y ante los conflictos sociales implicados. Al tomar como tema la alternativa socialista cubana parto de un compromiso vital con ella; al analizarla verifico que está viva, y que es un extraordinario laboratorio social.

NOTAS SOBRE SOCIEDAD Y CULTURA DESDE LA CUBA ACTUAL*

I

Después de medio milenio de historia escrita y con ciudades, podemos constatar que Cuba ha recorrido un camino muy intenso y en algunos sentidos asombroso. Durante la mayor parte de ese largo intervalo ha sido afectada por la forma fundamental de mundialización del capitalismo, que es el colonialismo y el neocolonialismo. En el curso de sus sucesivas integraciones al sistema internacional, las formaciones económicas registraron etapas de dinamismos extraordinarios, a los cuales debió el país muchos de sus rasgos principales, aunque los sistemas económicos resultantes de aquellas integraciones subordinadas explotaron muy duramente a las fuerzas de trabajo, exigieron sistemas sociales opresivos y no fueron capaces de asegurar autorreproducciones económicas suficientes. El interés económico y las etapas del capitalismo en los países centrales del sistema, y las relaciones entre las potencias, han afectado siempre a Cuba, y nos han influido mucho sus modos de vida, su pensamiento, sus culturas.

* «Notas sobre sociedad y cultura desde la Cuba actual». *Política & Trabalho*. Revista de Ciências Sociais num. 16, Programa de Pós-graduação em Sociologia, Universidade Federal de Paraíba, Brasil, set. 2000.

Otra característica de la historia cubana —a diferencia de numerosas sociedades— es la intensidad y la sucesión de cuatro revoluciones, formas extremas de la actuación social en busca de cambios significativos, en un período históricamente breve. Esas revoluciones tuvieron como vehículo principal acciones populares colectivas muy intensas y abarcadoras, y como resultado profundos cambios en los individuos, las relaciones sociales y las instituciones.

No puedo tener en cuenta en estas notas a ese ámbito tan abarcador que acabo apenas de esbozar, y que es, sin embargo, tan atinente a mi tema. Todos aquellos rasgos, más la paulatina sedimentación de atributos culturales propios y asimilados, de condensaciones, mezclas y subordinaciones de formas culturales en su interior —ese *melting pot* que es general en la formación de las naciones—, configuran las acumulaciones culturales que contiene Cuba, esenciales a la hora de inquirir por o de valorar a los eventos y los procesos de la coyuntura.

La cuarta revolución comenzó como una insurrección contra un gobierno ilegítimo, y triunfó hace 40 años. Ha sido el principal hecho cultural de la segunda mitad del siglo en Cuba. Ella implicó los cambios sociales súbitos más trascendentales desde los que en el siglo xvi iniciaron aquella historia escrita. No voy a repetir aquí los análisis y valoraciones que he hecho en numerosos textos acerca de esos cambios, y en general acerca del proceso de la revolución y de la situación actual, sus nexos con la historia cubana, y sobre el contenido y la historia de las ideas en el período. En esos trabajos también he tenido en cuenta los enfrentamientos y relaciones internacionales: las actuaciones de los Estados Unidos y algunos países de América Latina, las ideas y las luchas populares en esta región, los regímenes establecidos en la URSS y otros países en nombre del socialismo y los movimientos comu-

nistas en el mundo, los países de capitalismo desarrollado y las fuerzas e ideas diversas que existen.

Sólo quiero apuntar aquí tres cuestiones que son constantes en mis hipótesis de investigación y en mis ensayos sobre el tema, porque las necesito como contextos intelectuales de la reflexión. Primera: califico a la revolución de *socialista de liberación nacional*, porque sólo pudo triunfar y desarrollarse combinando íntimamente la lucha de clases anticapitalista y la de liberación nacional. Esto afectó el contenido de lo nacional en Cuba, y le dio determinadas características a su tipo de socialismo (Martínez Heredia, 1991; 1995). Segunda: no utilizo los conceptos de «construcción del socialismo», «socialismo pleno», etc., porque no creo en su capacidad ni fertilidad para la comprensión de los procesos reales. Para los regímenes fundados en poderes anticapitalistas y proyectos comunistas trabajo con conceptos como el de *transición socialista*, que se refiere a lo que son y a lo que deben ser esas sociedades basadas en una intencionalidad y en las que resultan indispensables determinados cambios culturales (Martínez Heredia, 1990). Tercera: «el problema de las relaciones entre el poder y el proyecto es el más trascendente para todo el que intenta llevar la realización práctica de la revolución contra el capitalismo hasta sus últimas consecuencias (Martínez Heredia, 1989; 1990; 1997; 1997 a).

Hablo desde una coyuntura, como sucede siempre. A inicios de 1999 situaba así la nuestra en la época contemporánea:

«El mundo cambiaba cuando sucedió la Revolución cubana, aunque sólo adquirió ese sentido para nosotros como pueblo cuando hicimos aquí el gran cambio revolucionario. Si hay una expresión breve para decirlo es “los 60”. Ahora se percibe, se dice o se piensa que el mundo cambia otra vez, pero sin que casi nadie se alegre. Claro que todo el mundo —o casi— está viviendo los cambios y se dispone a vivirlos,

pero las actitudes se parecen mucho a la resignación o al más estrecho pragmatismo. El mundo de estos cambios no parece hecho de la materia que luego abuelos orgullosos les contarán a nietos admirados. Yo los vivo, nosotros los vivimos, desde el mar de experiencias y la gran cultura política de los cubanos, desde el inmenso cambio cultural que sucedió en Cuba. Poder decir “nosotros” es un logro maravilloso en el mundo actual, en que la cultura que se promueve es la de la indiferencia ante la suerte de los demás, la cultura de la fragmentación, del miedo y de la resignación.

»Frente al gran capitalismo mundial somos “nosotros”. Pero no somos ciegos ni sordos; no lo soy. Ahora mismo, en nuestro país, en nuestras casas, en nuestras mentes y sentimientos, estamos envueltos en una descomunal pugna de valores. La cultura socialista, la de la solidaridad entre las gentes y el poder redistribuidor justiciero de las riquezas sociales se bate muy arduamente en todos los terrenos. Audacias y prudencias, aciertos y errores, mezquindades y heroísmos, trabajos y afanes de lucro, orgullos y desconsuelos, suceden todos en un país que tiene más posibilidades de salir adelante como sociedad justa en busca de felicidad que la mayoría de los países del mundo. Pero a la vez suceden cerca del borde de un oscuro remolino.» (Martínez Heredia, 1999: 29-30)

La cultura plasmada en la Cuba contemporánea es el teatro principal de la intensa pugna de valores en curso, que influirá, quizás de manera decisiva, en el tipo de sociedad que emergerá de las duras tareas actuales de la sobrevivencia y la reestructuración de las relaciones económicas. Hoy se levantan otra vez las grandes preguntas, en torno a la identidad nacional y sus rasgos principales, a las identidades de grupos de la sociedad, su relación con la identidad nacional y con las instituciones; se pregunta otra vez qué es la nación, y qué ha sido en los proyectos históricos. En realidad, todas las pre-

guntas atañen al futuro, lo que evidencia tanto la vitalidad de la cultura cubana como la inquietud, incluso las angustias, del presente. Con el propósito de contribuir muy modestamente a un debate imprescindible, limitaré esta vez mis notas a una breve aproximación a tres cuestiones, caracterizadas por las tensiones entre antiguos predominios y nuevas situaciones: el paso de la homogeneidad a los avances de la heterogeneidad; el paso de la politización a la profesionalización; y el crecimiento de la religiosidad.

II

Las revoluciones son instancias de unificación social, y la cubana lo fue en un grado altísimo. La causa principal estuvo en la gran efectividad lograda en su ataque radical a los sistemas de explotación, marginación, subordinación y humillación que existían en Cuba. La expropiación general de los capitalistas y la pérdida del respeto a la propiedad privada, la desposesión radical de otros elementos de control económico, político e ideológico que sufrieron los antiguos dominantes, eliminaron gran parte de las diferencias sociales, atenuaron otras y ocultaron a las demás. El igualitarismo no es —como se ha pretendido en tiempos recientes— un defecto de la política de esa época: es una de las expresiones ideológicas de la formidable igualación de oportunidades experimentada en la práctica por la mayoría de los cubanos, que llegó a convertirse en un rasgo cultural que ha persistido hasta hoy. Entre otras expresiones espirituales básicas de la sistematización de las prácticas de la Revolución en este campo están la pacificación de la existencia de las personas y las familias, y la valoración social de cada individuo por los méritos aceptados socialmente, méritos que llegaron a ser en su mayoría de

corte socialista. Se alcanzó un gran peso de la actividad social y política a la escala de las comunidades territoriales y laborales, como ámbitos del ejercicio cívico y de la fraternidad humana. Las divisiones y dominaciones de clases y de otros grupos humanos retrocedieron tanto —aunque en grados diferentes— que la representación de unificación de la sociedad fue sumamente compartida.

En un proceso tan fuerte y abarcador no se tienen muy en cuenta las permanencias —que caracterizan, junto a los cambios, a todas las revoluciones—, si ellas se adaptan a las nuevas condiciones. Al analizar desde hoy este primer problema de la homogeneidad alcanzada y los avances recientes de la heterogeneidad, es necesario pasar balance a la existencia y las consecuencias de una historia interna de estos 40 años, tan poco tenida en cuenta o francamente olvidada. Distinguir, entre las tareas del proceso, las civilizatorias y las liberadoras,¹ y las complejas relaciones que se dan entre ambas; analizar los rasgos esenciales de las etapas sucesivas de la revolución en el poder; los alcances y los límites del proceso transformador. Registrar entonces los logros y avances, pero también las detenciones, las deformaciones y los retrocesos respecto al proyecto, sufridos en el curso de esas cuatro décadas, y la emergencia de intereses particulares y de poder de nuevos grupos dentro de la sociedad. Es básico tener en

¹ Las primeras tienden a satisfacer necesidades como vestido y alimentación, salud, empleo, vivienda, educación, estado de derecho, etc. Las segundas atañen a cambios profundos de las gentes, sus relaciones entre sí y con las cosas, dirigidos contra todas las dominaciones y a favor de la formación de individuos más plenos y más solidarios, organizados para que la sociedad sea cada vez más libre y más socialista. La división es difícil y los intersechos entre ambos tipos de tareas son muy fuertes.

cuenta para todo lo anterior las relaciones y condicionamientos internacionales de Cuba. Y recordar que cuando se precipitó la crisis de los años 90, la sociedad resultante de la revolución ya tenía fijados caracteres favorables y negativos respecto a su proyecto socialista.

En los años 90 se han abierto paso fuertes diferenciaciones sociales, relativas sobre todo al ingreso y al acceso a consumos. El pleno empleo que rigió durante 30 años, casi todo estatal, implicaba relaciones salariales para la gran mayoría de la población laboral, con una dispersión de ingreso pequeña;² hoy el ingreso y el consumo provienen de un complejo de actividades estatales, privadas o cooperativas, o combinaciones de ellas, donde la retribución y el status se han diversificado bastante. La población económicamente activa confronta situaciones muy diferentes. Unos han visto descender su capacidad adquisitiva y nivel de vida pero mantienen su prestigio social, otros pueden recibir altos ingresos por productos o por servicios que prestan, pero no tienen un alto prestigio social; en medio hay toda una gama de situaciones. Hay capacidades personales, empleos y hasta vínculos familiares que han cambiado de significación respecto al ingreso, mientras otros se mantienen, o cambiaron sus modos de operar. La variable regional, e incluso local, pesa mucho también en las diversidades. Dos monedas y una economía mixta, grandes replanteos de las oportunidades, los tipos de actividad, las relaciones y otras circunstancias, crean y des-

² La revolución transformó la distribución del ingreso: en 1953, el 40% más pobre recibía el 6,5%, en 1986, recibía el 26%; el 10% más rico, en 1953 recibía el 38,8%, en 1986, el 20,1%. El PIB per cápita cubano creció el 3,1% anual entre 1960-85; en el resto de América Latina creció al 1,8% en el mismo período. (Zimbalist y Brundenius, 1989: cap. X, tablas 10.2 y 10.6)

pliegan nuevas constelaciones sociales. Los mecanismos de redistribución de la riqueza son hoy menos indirectos que en las tres décadas anteriores.

Pero frente a esas realidades el sistema vigente mantiene el dominio en variables fundamentales: a) un enorme sector económico estatal que funciona efectivamente como tal, y un control firme y una gran capacidad negociadora en el resto de la economía; b) la excepcional política social que ha sido uno de los rasgos definitorios del socialismo cubano y que está en la base de su sistema político; y c) su entidad como poder soberano y como polo moral y político de las esperanzas de una mayoría que no quiere que desaparezca el tipo de sociedad en que ha vivido. Varios éxitos principales marcan su saldo positivo. Superó la crisis de la primera mitad de los 90, sin permitir el desplome del orden y las instituciones, ni la ruptura de la paz social ni la política: este es un gran logro. La economía se recupera lentamente y realiza su reinserción en circuitos internacionales. Mantiene firmemente la soberanía nacional y su capacidad como interlocutor del principal adversario de esa soberanía, los Estados Unidos. El poder político maneja con aptitud las transiciones, los elementos diversos y las tendencias implicadas; es hoy la bisagra de la situación. Todos esos éxitos han sido posibles por —y están íntimamente ligados a— la capacidad del sistema de regir, darle cauces y alentar la resistencia del pueblo [...] el principal fenómeno político masivo de los años 90 es el predominio de la cohesión, la disciplina y la actividad social en apoyo a la manera de vivir que ha regido más de tres décadas. Esto es, lo decisivo para la política ha sido ese comportamiento social, y no tanto las actividades políticas mismas. La mayoría de la población expresa así, desde su conducta social, tanto su apoyo a que continúen predominando relaciones socialistas, como los rasgos actuales de sus representaciones del socialismo. La

identificación política expresa con el proyecto socialista no es una actitud tan generalizada como esa actuación social (Martínez Heredia, 1999 a).

La disociación de los factores sociales —que hubiera tenido funestas consecuencias— pudo ser evitada, aun en momentos tan duros como el verano de 1994. En la actualidad la integración social es referida a la unidad nacional y la justicia social, aunque el discurso invoca mucho más a la primera. Se ha hecho obvia la gran diversidad social que caracteriza a todas las comunidades nacionales, que había sido muy amortiguada por la gran revolución social y bien articulada durante décadas por realidades eficaces y por un proyecto trascendente. Numerosas especificidades han aparecido o se han multiplicado, en medio de los problemas cotidianos y para preocupación de algunos. Las distintas actividades económicas, las religiones, las razas, los niveles educacionales, las fraternidades, con su diversidad de intereses, de consumos, de juicios y de preferencias, tejen un cuadro heterogéneo de los cubanos, y ocupan espacios en un medio que antes estaba muy institucionalizado, en tipos y vehículos de actividad orientados políticamente. Los resultados de mediciones y valoraciones de esas especificidades, y de su interiorización por los individuos y los grupos sociales, quizás sean incipientes y parciales, pero sin dudas ese es uno de los procesos básicos en la sociedad cubana actual, y está en tensión y contradicciones con otros aspectos del universo espiritual de los cubanos.

Llegamos así a una segunda cuestión en estas breves notas: la disminución de la politización de la vida. Decía que el comportamiento social de la mayoría, de cohesión y apoyo activo a la forma de sociedad en que ha vivido, ha sido decisivo para la política. Por lo demás, aumenta progresivamente la proporción de las actividades de los cubanos que no encuentran su sentido en lo político. La actividad «profesional»

—los oficios, dedicaciones, carreras, técnicas, habilidades— se convierte en el centro del interés y las relaciones, de las expresiones y representaciones de una gran parte de la población. Dos procesos coexistieron en una etapa prolongada: las vivencias y la memoria aproximaban o incluso reunían lo público y lo privado, de modos que me permito llamar legítimos; se pretendió una politización muy formalizada y normativa, invasiva de demasiados campos de la vida de las personas y la sociedad, y el discurso tenaz que la expresaba se fue vaciando. Lo usual hoy es la distancia respecto a aquel discurso, y la distancia entre lo público y lo privado (Martínez Heredia, 1995 a; 1999 b). El alejamiento de lo político crece, en una población que tiene una alta cultura política.

En su lugar, los investigadores sociales constatan que el ámbito familiar es el preferido a numerosos efectos individuales, seguido por el de los amigos cercanos (Arés, 1998; Centro de Investigación de la cultura Juan Marinello, 1998; Hernández y Romero, 1999; Alejandro y Socarrás, 1999).³ Durante una larga etapa los proyectos personales fueron de alcances dilata- dos, y tenían relaciones bastante fuertes con los proyectos de la sociedad. Hoy se aprecia un notable recorte temporal de los proyectos, que muchas veces en realidad son sólo estrategias de sobrevivencia o de ubicación más ventajosa, y también se advierte una lejanía entre los proyectos individuales y los que se considerarían de mayor alcance social. La alta escolarización y los niveles profesionales, que fueron tan apreciados durante décadas por las familias e individuos, y estuvieron tan articulados a lo social, han perdido peso en el interés y las expectativas de muchos. El auge de la atención a lo privado coincide con un aumento del peso de la sensibilidad, los pensamientos y las

³ Además de entrevistas realizadas por el autor.

conductas de tipo tradicional. En 1994 señalé que una ola conservadora se extendía entre nosotros;⁴ hoy no me parece posible variar esa afirmación.

Sin embargo, no se trata de una carrera de lobos. Elementos principales de la cultura predominante en Cuba operan en contra, o por lo menos no favorecen esa actitud que está tan extendida en la esfera privada y la vida cotidiana de otras sociedades. Desde el inicio de la revolución y durante un período muy prolongado, tanto el impacto libertario como el del poder fueron muy opuestos al egoísmo, el individualismo y el afán de lucro, con los cambios consecuentes en la sociedad y en las representaciones sociales que apunté al inicio de este acápite. A pesar de los aspectos negativos procedentes de los límites que el proceso no pudo traspasar y de las deficiencias propias que fue desarrollando, el saldo del proceso que siguió ha sido favorable a convertir en costumbres los vínculos de solidaridad. Otras representaciones e ideas más antiguas o profundas que participaron en la creación de la comunidad nacional y en sus correcciones y avances posteriores contenían tendencias igualitarias y solidarias;⁵ ellas fueron asumidas, exacerbadas y exaltadas sin descanso por la

⁴ «...una reacción del campo espiritual que amenaza envolver a la producción cultural y a la vida cotidiana». (Martínez Heredia, 1995 b)

⁵ No es posible comprender a Cuba si el análisis olvida que este «país socialista» tiene su historia. Isla caribeña de importancia estratégica, una gran expansión económica basada en intensa explotación esclavista mercantil, colonialismo y racismo, formó un pueblo oprimido en el siglo XIX, que combatió a muerte por la libertad —personal, social y ciudadana—, y creó instituciones y representaciones políticas muy modernas desde hace más de un siglo. Su enérgico nacionalismo —y esta es otra diferencia con los de Europa— es de raíz muy popular, refiere sus prácticas simbólicas a guerras revolucionarias e incluye una fuerte aversión al poder de los Estados Unidos.

revolución, y han servido para fortalecer sus prácticas simbólicas y la idea de socialismo. Otros componentes populares de la cultura nacional, que no han sido expresa o suficientemente atendidos ni resignificados en estos cuarenta años, concurren o pudieran converger, sin embargo, a favor de tendencias anticapitalistas.

Paso a la tercera cuestión. Sin disminuir la importancia que tiene la creencia en trascendencias en la formación del sentido común de la mayoría de las personas, es indudable que la política ha sido la concreción ideal en forma de conciencia social más usual en Cuba desde hace algo más de un siglo. En Cuba, la historia de las relaciones entre religión y dominación social y colonial —dos formas de dominación que es vital no confundir ni reducir a una sola, aunque aparezcan juntas—, está atravesada por tres factores: el enorme peso demográfico en el siglo XIX de las etnias africanas, por la entrada masiva de esclavos, y la importancia del componente de ese origen en la formación de una etnia cubana, hasta hoy; el racismo antinegro moderno como una necesidad de la dominación, desarrollado en el siglo XIX; el deterioro del catolicismo, ideología y forma cultural religiosa dominante en la colonia criollo-hispana de los siglos XVI-XVIII, durante la gran expansión que siguió, y sobre todo por su extranjerización y reducción a ideología de los «españoles de Cuba», y a ser su Iglesia institución un brazo del colonialismo.

En el cuadro resultante, se estableció la influencia en la sociedad de la religiosidad, devociones y religiones de origen africano, a pesar de la opresión ejercida sobre sus portadores originarios y la grande y duradera discriminación posterior. Ellas, las devociones católicas y el espiritismo han sido las formas principales de religiosidad popular. La preeminencia de lo político conllevó también un violento rechazo a las instituciones e ideas eclesiásticas —y a las ideologías de base o influencia religiosa—, asociado a las luchas e idea-

les nacionalistas y de justicia social. La forja de una conciencia nacional hacia fines del siglo XIX, la Revolución del 95 y el nuevo Estado republicano impusieron un laicismo bastante radical. La cultura determinada que se fijó como «cultura nacional» no tenía buenas razones para estimar a la Iglesia Católica, pero aún menos a las religiones de origen africano. La fe, la religiosidad y las religiones tienen en el período 1899-1958 una historia mucho más compleja que lo que podría sintetizar aquí —incluida la implantación de iglesias cristianas «protestantes»—, pero en lo concerniente a sus relaciones con lo político y con la mayoría de las instituciones sociales, lo general fue que enfrentaran un riguroso laicismo. La Revolución del 30 y la reformulación de la hegemonía burguesa neocolonial que le siguió mantuvieron la más nítida separación entre política y religión.

La cuarta revolución asumió y reforzó ese rasgo, primero por el malhadado enfrentamiento eclesiástico a la liberación cubana en los años 60, los más candentes de acción y concientización masivas, funesto error que quizás era inevitable. Y también por la confluencia en la revolución de dos ideologías promotoras de la secularización extrema: el radicalismo de tradición occidental y la vertiente soviética del marxismo. La imposición del llamado ateísmo científico en la segunda etapa del proceso iniciado en 1959 —la que comenzó en los primeros años 70— constituyó un grave error ideológico y una dolorosa experiencia práctica para muchos creyentes; la religión era vista como un rasgo oscurantista en feliz trance de desaparición. Por otra parte, el sentido que asumían los cambios prácticos en la vida de las mayorías y el inmenso prestigio del conocimiento como instancia iluminadora de la vida, aportados a la sociedad por la obra de la revolución, erosionaron mucho el suelo de las creencias religiosas y aumentaron sensiblemente la presión social

irreligiosa. Con aquella historia previa tan influyente y circunstancias sociales de tanto peso, la irreligiosidad tuvo en la Cuba de esa etapa un éxito enorme, cuando en muchos lugares de Occidente el largo proceso de secularización estaba perdiendo fuerza, o incluso revirtiéndose. La influencia de la Revolución sandinista de 1979, y sobre todo el proceso político llamado «de rectificación de errores», iniciado por la dirección del país en 1985-86, abrieron paso a cambios positivos en la política hacia los creyentes religiosos, institucionalizados por el IV Congreso del Partido Comunista (1991) y por la reforma constitucional de 1992 (Gómez Treto, 1987; Alonso, 1994).⁶

Es difícil relacionar los hechos expuestos con el notable y sostenido crecimiento de la religiosidad y las religiones en la Cuba de la última década. ¿Cómo entenderlo, con una historia como la cubana, un triunfo tan completo como el que tuvo la ideología revolucionaria y el gigantesco proceso educacional de los jóvenes desde posiciones ateístas que sucedió en las décadas recientes? ¿Qué necesidades espirituales está expresando el gran boom de la religiosidad? Hoy son creyentes muchos miles de jóvenes que no tuvieron experiencias religiosas cuando eran niños. Todas las religiones han crecido, tanto que ya son habituales los grandes grupos de personas en los lugares de culto y el uso de una parte del tiempo de no trabajo en ceremonias, reuniones o lecturas de contenido religioso; numerosas palabras de ese ámbito resultan ahora corrientes en el habla común. En general este hecho novedoso es vivido socialmente con naturalidad, y ya va siendo acepta-

⁶ Para esa historia ver, entre otros: *Documento final del Encuentro Nacional Eclesial Cubano*. Tipografía Don Bosco, Roma, 1986; y *La voz de la Iglesia en Cuba (100 documentos episcopales)*. Obra Nacional de la Buena Prensa, México DF, 1995.

do en líneas generales por los poderes públicos. Las instituciones religiosas, que son muy diversas, reaccionan o actúan como pueden frente a un hecho para el cual no estaban preparadas, aceptando o no las consecuencias, variando en sus liturgias, su organización o el orden en que veían las cosas, actuando en terrenos que les eran insospechados. Hoy se hacen visibles muchas veces los aspectos no religiosos de esas instituciones.

Frente a la perplejidad o el entusiasmo de unos, el dejar pasar de otros y algunos avances de los conocimientos sociales, la fe religiosa y la pertenencia a religiones están ocupando un espacio significativo en la cultura cubana.⁷ ¿Tenderá ese hecho a la permanencia? A los efectos de estas notas apunto sólo algunas de sus relaciones con lo dicho hasta aquí, desde el estado en que se encuentran mis análisis. Ante todo, el hecho religioso en la Cuba actual es un indicador vigoroso de la diversidad social; a la vez que se incorpora al avance de lo heterogéneo, hasta ahora no parece respetar las líneas de diferenciación social tendidas por el ingreso y el consumo. Sin duda, el auge religioso actual forma parte de la disminución de la politización de la vida. La fe religiosa brinda un espacio privilegiado a lo personal, y entre las instituciones sociales reivindica fuertemente a la familia. El converso reciente vive con pasión sus experiencias y se siente miembro de una comunidad de creyentes, en la cual intercambia afectos y busca apoyo; él puede ver como crece una nueva entidad que es más que cada uno de sus miembros. Ante las necesidades de

⁷ En los últimos años se ha publicado un número creciente de estudios de asunto religioso. Sólo para ilustrar el hecho cito a la revista de pensamiento socioteológico *Caminos*, del Centro Martin L. King de La Habana, con catorce números publicados. Y a *Temas* núm. 4, de oct./dic. 1995.

sentido común de una época de desgarramientos y de transiciones, ¿llegará a ser la religión entre nosotros uno de los discursos públicos de lo privado? ¿Encontrará fuerza en el predominio que posee del material «espontáneo», diferente a la concientización? Las religiones brindan a sus adeptos, además, un proyecto trascendente —algo tan necesario a las personas y los grupos—, que es muy diferente a las prácticas cotidianas y no parece relacionado con ellas.

Los fenómenos religiosos actuales no permanecen ajenos a la descomunal pugna de valores en curso que mencioné arriba. Las tradiciones intelectuales religiosas incluyen aproximaciones diversas, e incluso contradictorias, a los temas más agudos de esa pugna de valores; este elemento le presta singular interés a las posiciones posibles desde la religiosidad. Aunque el discurso religioso se expresa por lo general al margen de las prácticas políticas, es inevitable relacionar con lo político al hecho religioso cubano actual y sus implicaciones. La religiosidad, las religiones, ¿formarán parte de la ola conservadora a la que me refería, o podrán participar en una formulación renovada del proyecto socialista cubano? ¿Están marcadas por un inevitable peso ideológico conservador, o pueden ayudar a mantener la conversión en costumbres de los vínculos de solidaridad?

Lo cierto es que la religiosidad y sus prácticas se ven influidas por un gran número de factores y de tensiones. La historia reciente —y la ignorancia del proceso histórico— pueden facilitar la impresión de que las prácticas y los ideales religiosos son respuestas o resistencias al mundo «oficial», que sería ateo, autoritario, o por lo menos la opción que el religioso no escoge. El dinero y las crecientes relaciones promotoras del individualismo, el egoísmo y el afán de lucro, son rechazables por la moral religiosa; pero existe una

acumulación cultural religiosa —con sus variantes— que contiene ambigüedades y campo para vivir las dicotomías entre el «hombre económico», «el mundo» o «el siglo», por un lado, y la persona religiosa practicante por otro, de modo funcional a la hegemonía capitalista. En sentido contrario, las tradiciones religiosas contienen condenas al poder de los ricos, a la opresión y a la vida regida por el interés mezquino y el lucro, que han inspirado rebeldías y tienen formulaciones morales y teológicas.⁸

El problema planteado arriba es demasiado serio para aludirlo de pasada, y me parece que todavía no se ha desplegado suficientemente. Me limito entonces a agregar la mención de tres signos que estimo positivos: el auge de las religiones de origen africano ataca a uno de los elementos que componen la cultura cubana: el racismo, que influye todavía a pesar de los inmensos avances integradores de las revoluciones. En segundo lugar, el Papa fue muy bien recibido, pero enseguida fue olvidado, y su visita era también un test acerca de las posibilidades de perturbar al régimen desde la religión. Tercero, en determinados medios «protestantes» se hacen esfuerzos serios por participar, desde sus prácticas, su ética y su eclesiología, en la defensa de la sociedad solidaria que ha existido y en la necesidad de reformularla a la altura de los problemas actuales; esa actitud intenta superar la vieja relación protestante Iglesia-Estado.

⁸ América Latina es el sitio de origen y el campo privilegiado de desarrollo de la Teología de la Liberación, aporte intelectual extraordinario a una renovación religiosa que cuenta con innumerables referentes prácticos en movimientos sociales de la región. La influencia en Cuba de esta renovación es indudable, pero por diversas razones ha estado reducida a círculos exiguos.

III

El esfuerzo hegemónico principal del gran capitalismo actual está puesto en una guerra cultural mundial. Su objetivo es que todos aceptemos que la única manera posible de vida cotidiana es la que obedece las reglas del capitalismo, y que estas reglas constituyen el deber ser de la vida ciudadana. Sólo de ahí en adelante es que las diversidades son admitidas, y hasta estimuladas en ciertos casos, para controlarlas y manipularlas. No lo hace por capricho o simple maldad. En su fase actual, el capitalismo no puede evitar, por su naturaleza, excluir de sus procesos a gran parte de la población del mundo. No es la economía a secas la que no puede satisfacer ni siquiera de manera elemental a miles de millones de personas, ni puede evitar agredir gravemente al medio en que vivimos: es la economía capitalista dominante. Sin reformas que redistribuyan algo el ingreso, amplíen ciertas capas medias y brinden bases sociales al sistema, la lucha burguesa por mantener la hegemonía en un mundo de parias y de iniquidades escandalosas tiene a la cultura por teatro principal. El gran capitalismo transnacional y parasitario centraliza el poder y las decisiones a un grado nunca visto, vacía de sentido a la política mientras exige el imperio de la democracia formal, y ejerce controles casi totalitarios sobre la información y la formación de opinión pública; pretende imponer en suma un sistema de homogeneización cultural omnipresente, que provea todos los consumos espirituales y desmonte todo potencial de protesta. «Neoliberalismo» o «globalización» son palabras de un lenguaje que limita el pensamiento a debates secundarios o confusionistas respecto a lo esencial del sistema; este propone hoy, en lugar de las antiguas promesas, una cultura del miedo, la indiferencia, la fragmentación y la resignación (Martínez Heredia 1997 a; 1997 b; 1998).

Cuba también está inmersa en esa batalla mundial, con graves debilidades pero con muchas cartas a su favor para defender la manera de vivir socialista desde la lucha cultural. Son reales los avances del conservatismo en nuestro país, del apoliticismo y de relaciones y representaciones ajenas al socialismo. Pero nada está decidido, estamos en medio de una confrontación. Ante todo, es necesario derrotar la sugerencia de aceptar la generalización de relaciones y representaciones capitalistas como un fenómeno de origen externo, que nos es ajeno e inevitable. E impedir los avances de formas nacionales de hacer «naturales» las diferencias sociales y las jerarquizaciones a partir del poder del dinero. El fin de ambos procesos sería —aunque no se tenga conciencia de ello— dar lugar a una transición al tipo de capitalismo que le correspondería a Cuba. Ellos no son tan fuertes en la actualidad, porque el sistema vigente mantiene su poder en las variables fundamentales que describí arriba, y porque el fatalismo y el poder del dinero carecen de legitimidad política, y hasta ahora carecen también de legitimidad social.

Pero se está arriesgando en la actualidad la disociación de lo cubano y el socialismo. No será positivo aferrarse a una nación sin apellidos, porque ese tipo de nación resulta siempre a la postre un dominio burgués. Pienso que la diversidad social no es nuestra debilidad sino una fuente potencial de renovación de todos los aspectos de la vida social, si logramos darle sentido socialista a sus actividades, ideales y organizaciones. Salir adelante implicará resolver exigencias clave en todos los campos de la vida social. Y habrá que cumplir, entre otros requisitos, los de no considerar como algo dado lo que en realidad es un gran escenario en movimiento, abandonar cierto número de certezas para reidentificar desde los valores hasta las instituciones, y sobre todo para recrear y crear,

que a menos no se puede aspirar si se quiere ser pragmático en la lucha anticapitalista.

Bibliografía

- ALEJANDRO, MARTA y ELENA SOCARRÁS. (1999). *Subjetividad y vida cotidiana en el barrio de Los Ángeles*. Inédito.
- ALONSO, AURELIO. (1994). «Iglesia Católica y política en Cuba en los noventa». *Cuadernos de Nuestra América* no. 11, jul/dic: 53-70.
- ARES, PATRICIA. (1998). «Familia, ética y valores en la realidad cubana actual». *Temas* no. 15, jul/sept: 57-64.
- CENTRO DE INVESTIGACIÓN DE LA CULTURA CUBANA JUAN MARINELLO. (1998). *La población, actor de participación en el desarrollo cultural: un estudio en la provincia de Villaclara*. La Habana.
- DILLA, HAROLDO. Compilador. (1996). *La participación en Cuba y los retos del futuro*. La Habana, Centro de Estudios sobre América.
- GRAMSCI, ANTONIO. (1975). *Quaderni del carcere*. Edizione critica dell' Instituto Gramsci. 4 ts. Turín, Einaudi.
- GÓMEZ TRETO, RAÚL. (1987). *La Iglesia Católica durante la construcción del socialismo en Cuba*. San José, Costa Rica, DEI.
- HERNÁNDEZ, CARMEN NORA y MARÍA ISABEL ROMERO. (1999). *Vida cotidiana y subjetividad en el barrio de Pogolotti*. Inédito.
- KIRK, JOHN H. (1989). *Between God and the Party: Religion and Politics in Revolutionary Cuba*. Gainesville, Florida, Gainesville University Press.
- LAMBIE, GEORGE. (1997). *Cuban Local Government: Democracy Through Participation, or Political Control?*. Leicester, UK, De Montfort University.
- MARTIN, CONSUELO, MARICELA PERERA y MAIKY DÍAZ. (1996). «La vida cotidiana en Cuba. Una mirada psicosocial». *Temas* no. 7, jul/sep: 92-98.

- MARTÍNEZ HEREDIA, FERNANDO. (1988). *Desafíos del socialismo cubano*. México DF, Mestiza; La Habana, Centro de Estudios sobre América.
- _____ (1989). *Che, el socialismo y el comunismo*. La Habana, Casa de las Américas.
- _____ (1990). «Transición socialista y cultura: problemas actuales». *Casa de las Américas* no. 178, ene/feb.
- _____ (1991). «Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia». *Cuadernos de Nuestra América* no. 17, jul/dic: 124-148.
- _____ (1993). «Desconexión, reinserción y socialismo en Cuba». *Cuadernos de Nuestra América* no. 20, ene/jun: 46-64.
- _____ (1995). «Nación y sociedad en Cuba». *Contracorriente* no. 2, La Habana, oct/dic: 25-33.
- _____ (1995 a). «Izquierda y marxismo en Cuba». *Temas* no. 3, oct/dic: 16-27.
- _____ (1995 b). «Historia y marxismo». *La Gaceta de Cuba* no. 4, jul/agosto.
- _____ (1997). «El Che Guevara: los sesenta y los noventa». *Ko'eyú latinoamericano* no. 76, Caracas, mayo.
- _____ (1997 a). «Anticapitalismo y problemas de la hegemonía». En Martínez Heredia, F. *En el horno de los 90*. Buenos Aires, Ediciones Barbarroja, 1999, pp. 160-166.
- _____ (1997 b). «Cultura y política en América Latina». En *En el horno de los 90*, pp. 8-15.
- _____ (1998). «¿Manifiestos? ¿comunistas?». En *En el horno de los 90*, pp. 167-170.
- _____ (1999). «Significado cultural de la revolución». En Varios autores. *Cultura y Revolución. A cuarenta años de 1959*. La Habana, Casa de las Américas, pp. 29-36.
- _____ (1999 a). «Sociedad, transición y socialismo en Cuba». En Martínez Heredia, F. (coord.): *Democracia emergente en el Caribe*. México DF: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM (en edición).
- _____ (1999 b). «A los jóvenes no les gusta el teque». Inédito.

- RODRÍGUEZ LAUZURIQUE, ROSA T. y MATILDE MOLINA. (1998). «Juventud y valores, ¿crisis, desorientación, cambio?». *Temas* no. 15, jul/sept: 65-73.
- VEGA-CENTENO B., IMELDA. (1991). «Aprismo popular». *Cultura, religión y política*. Lima, CISEPA-PUCP / Tarea.
- ZIMBALIST, ANDREW y CLAES BRUNDENIUS. (1989). *The Cuban Economy*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

EN EL HORNO DE LOS NOVENTA IDENTIDAD Y SOCIEDAD EN LA CUBA ACTUAL*

Esta década en su conjunto, y cada año de ella, registra en Cuba una riqueza de movilidad y retornos, emergencias y pérdidas, permanencias y cambios, que el afán en que vivimos dificulta mucho analizar. En medio del ambiente intelectual y salpicando al universo simbólico del país, la palabra nación ha multiplicado su presencia. Claro está que una de las razones de ese hecho es la desaparición de otras seguridades que regían el mundo espiritual de los cubanos, y no por una sustitución en el campo de las ideas dominantes sino por la emergencia de ingentes relaciones sociales diferentes a las que primaban, y por la fuerza del campo cultural enlazado a ellas. *Nación* estaría ligada entonces, según quien lo viva, o quien lo mire, al universo simbólico de un período de transición, o al de una resistencia a ese cambio. Esto es, ligada a diversos afectos, necesidades, intereses o sensibilidades.

Un acercamiento cuantitativo a la cuestión verificaría lo que afirmo sobre la multiplicación, dándonos más elementos acerca de su distribución respecto a las variables que se seleccionen: medios masivos, discurso político, obras de teatro, etc. Una clasificación de los usos actuales de *nación* daría

* «En el horno de los noventa». *La Gaceta de Cuba*, núm. 5, UNEAC, La Habana, sept./oct. 1998.

sin dudas más datos. Un enfoque historiográfico mostraría, por ejemplo, coincidencias con el peso ideológico que alcanzó lo nacional hace medio siglo, en tiempos de la segunda república, cuando se fundaba el Banco Nacional y se editaba la Historia de la Nación Cubana. Pero otro historiador nos recordaría de inmediato que un hecho trascendental, la gran revolución socialista de liberación nacional, enriqueció y dio sentidos nuevos y muy específicos a la cuestión nacional, y volvió ímproba la comparación.

Mi propósito es mucho más modesto. Se limita a comentar algunos rasgos de lo nacional en relación con lo popular en la actualidad, o más exactamente, hablar de sus vicisitudes actuales. Con más sugerencias y opiniones que elaboraciones y datos, ruego para estas líneas la dispensa debida al ensayo.

1. Algunas precisiones

Lo primero, primero. Lo nacional *implica* siempre una dimensión de clases. Implica, esto es, están íntimamente relacionadas la nación y las clases sociales que contiene, aunque eso no necesariamente se muestre, o incluso se oculte: una de las funciones principales de la nación es encubrir la dominación de clases. En sentido contrario, «implica» previene contra la reducción de lo nacional a lo clasista, denota que se trata de una relación. Además, es un hecho que lo nacional tiene otras dimensiones fuera de la de clases. En Cuba, los tremendos impactos de la justicia social ejercitada y del fin de la dominación neocolonial sucedieron juntos —sólo juntos podían suceder—, superando a los antiguos discursos nacionalistas y a las ideas y prácticas reformistas. Por eso le llamo a la de 1959, revolución socialista de liberación nacional.

En los años 70 se abrió paso una segunda etapa del proceso de transición socialista, muy contradictoria, que no es el

caso exponer aquí.¹ Ella fue teatro de extraordinarios logros, y también de deformaciones, detenciones y retrocesos. En ese tiempo marcharon juntos el consenso de la mayoría, legitimador del régimen de la revolución verdadera, y la ideología del régimen burocratizado, autoritaria e invasora de todos los espacios; eso generó una trágica confusión. Aquella ideología se arrogó la propiedad del socialismo y de la visión «clasista», y llegó a creerse suma dispensadora de calificaciones, premios y castigos. Fue muy cerrada, más parecida a una camisa de fuerza que a un impulsor de creaciones. El profundo desgaste del socialismo en los 90 es más grave porque resulta natural confundirlo con la ideología que en esos años reinó en su nombre. Es triste escuchar a muchos calificar erróneamente de «izquierda» a las posiciones dogmáticas trasnochadas, al autoritarismo, a los discursos y sacerdotes sobrevivientes de aquella ideología, o a la simple estupidez.

Ante el presente, y mirando al futuro, puede ser funesto olvidar la dimensión de clases. Pero ese olvido reina en la mayoría de las referencias y visiones diversas de lo nacional en Cuba actual. Es natural que parezca de mal gusto hablar de clases y más cuando algunos se encargan todavía, con su actitud, de reforzar el rechazo al viejo dogma. Pero ese discurso ya no decide nada. En otra dirección, el olvido de la existencia, relaciones, actuaciones e ideologías de las clases sociales resulta funcional para el avance de relaciones capitalistas que vayan sustituyendo a las de transición socialista. Entonces puede predominar una exclusión tácita del tema de las clases sin que exista acuerdo entre los que la realizan. Es imprescindible que se retome este tema crucial, desde ópticas y modos distintos, para comprender los pro-

¹ He desarrollado el tema en numerosos textos desde 1987, publicados en Cuba y en el extranjero.

cesos y tendencias actuales, y las motivaciones e intereses en que están inscritos.

Lo nacional existe —y este segundo rasgo es fundamental— en forma de complejos culturales, y a través de expresiones culturales. Se trata de representaciones colectivas, de símbolos y elaboración de códigos, de construcción social de realidades. Así se forma la nación, asume sus contradicciones, evoluciona, resiste o lucha, recibe impactos externos. La cultura nacional alberga y expresa una riqueza de rasgos y elaboraciones propias, hechas con los más disímiles materiales y modos, por los más diversos grupos sociales, en depósitos sucesivos y simultáneos. Esa *acumulación cultural* es la que opera en cada época y en cada coyuntura; en ella se inscriben todos los aspectos y casos particulares, con sus complejos de relaciones e interacciones.

La dominación social promueve, desalienta, oculta, disuade, dispone el orden de muchos de los elementos de la cultura nacional, ayuda a famas y decreta olvidos. La nación ya plasmada implica —igual que una economía «nacional» y un Estado-nación— *una* cultura dominante dentro de la pluralidad cultural, que subordina de maneras sutiles o no a las demás formas culturales existentes en lo que afecte a su dominación, como hacen el Estado y la economía nacionales con la diversidad social y las economías domésticas y de los grupos sociales. Además, aunque lo permanente es rasgo dominante en este tema, cada nación tiene historia, cambian elementos de lo nacional en el decurso histórico, y los valores que se les da.

Pero este texto no es de teorizaciones. Comencemos entonces por algo fundamental: Cuba es uno de tantos países en que lo nacional está ligado al colonialismo y el neocolonialismo, esto es, a las formas principales de mundialización del capitalismo. Hemos sido subalternos de sucesivas mundializaciones,

desde la colonia militar y de comunicaciones, de servicios y producción, hasta la actual «globalización». La nación resulta así una esperanza o un anhelo, un asunto molesto que se abandona, una agonía y una lucha, una manipulación, un triunfo exaltado y unos límites de acero. La nación es instancia «de todos», porque a muchos efectos todos somos «negros» o algo inferior ante lo extranjero —aun aquellos que perciben como «negros» o inferiores a sus paisanos—, y porque la cadena mundial de dominios que va de la tecnología a las telecomunicaciones y los sentimientos del público crea una y otra vez nuevos «todos», o separa y fracciona a los que se quedan atrás o a un lado, pero siempre desde un lugar de creación que nos es extraño, que atrae y tienta, pero asusta, gobierna y nos deja desamparados.

Por tanto, en los contenidos de lo nacional aparecen —o están enmascarados— la autosubestimación del colonizado, el orgullo nacional del que ha peleado tanto y ha obtenido triunfos, como es nuestro caso, una historia de acumulaciones culturales; se muestran o se velan los conflictos y las subordinaciones sociales, los acomodos, negociaciones, presiones y luchas de los grupos sociales. La cultura nacional, naturalmente, es considerada estratégica, es movilizadora y es tema político. En realidad, en los países capitalistas centrales eso sucede también, pero como si fuera algo natural, que no corre riesgos ni debe lograrse, sin la angustia de no ser aceptado. (Recordemos que el sonado Quinto Centenario nunca pareció incluir a Canadá y los Estados Unidos).

2. Identidad y cambios sociales

La identidad nacional resulta una determinación básica en la historia cubana desde hace más de un siglo. Como todas, es hija de una lenta y prolongadísima acumulación de rasgos, to-

mados, creados, reelaborados o recreados, de la vida cotidiana, los materiales míticos, las creencias, las expresiones artísticas y los conocimientos adquiridos de numerosas etnias, de sus choques, relaciones y fundiciones, de comunidades locales y regiones que compusieron el país. Es hija a la vez —y esto es más específico de Cuba— de profundas revoluciones políticas que violentaron la reproducción esperable («normal») de la vida social. De ellas provienen el patronímico mismo de cubano, elementos principales del imaginario nacional y numerosos proyectos de «realizar» o «superar» la nación, en los que han predominado las tendencias radicales.

La identidad nacional cubana en la actualidad es asociada inmediatamente a la palabra riesgo. Riesgo de perder la sociedad de justicia social a la cual ha estado ligada durante décadas la identidad nacional, de perder el socialismo. Y riesgo de perder la soberanía como pueblo específico, como Estado nación. A primera vista parece ser un único riesgo, cuando en realidad son dos riesgos discernibles. A partir de 1959, la revolución socialista de liberación nacional ligó la consumación de la nación Estado soberana y las representaciones anticapitalistas más radicales, condicionándolas recíprocamente. La identidad nacional hizo suyos el socialismo y la liberación.

La participación masiva, organizada y duradera de la mayoría de la población fue lo que permitió consumir con éxito los cambios revolucionarios. Las representaciones radicales de revolución popular armada, y de antimperialismo asociadas a ella, fueron la ideología decisiva de la insurrección triunfante; pero ese tipo de conciencia nacional se arraigó, se hizo masivo y permanente solamente porque se asoció íntimamente a la ideología de justicia social devenida en socialismo, y se fundió con ella en el curso del proceso. La masa de los dominados se desató y multiplicó sus capacidades de cambios so-

ciales y de sí mismos, y ese impacto libertario marchó unido durante años al del poder revolucionario. Su unión logró derribar los límites de lo posible y cambiar la historia. El régimen social y la forma de gobierno vigentes en Cuba desde entonces se han mantenido durante un período tan prolongado —a través de circunstancias muy diferentes y de sus cambios internos— como consecuencia de la gran cohesión social que ha existido y persiste. La base de esa cohesión fue un modo de vida de redistribución sistemática de la riqueza social y de tendencia dominante igualitarista, ejemplar y muy dilatado, y los vínculos establecidos entre la sociedad y el poder político como garante del modo de vida y como portador del proyecto social nacional, proyecto que siempre se siguió percibiendo como algo que estaba en curso, y en gran parte por realizar.

Las diversidades sociales se modificaron. Unas disminuyeron a fondo (por ejemplo, las de clases), otras se atenuaron, algunas se ocultaron. La idea de nación de los cubanos alcanzó contenidos mucho más ricos y complejos que las existentes en los tiempos previos a la revolución. Durante más de tres décadas nación y socialismo se unieron, hasta el punto de la exclusividad: sin los dos, no se era cubano. Los símbolos nacionales sin más fueron los del socialismo cubano; el lenguaje consagraba esa exclusividad: cubanos antirrevolucionarios eran calificados de «apátrida» o «mercenario». En la segunda etapa del proceso la identidad nacional operó como un muro defensivo frente al «socialismo real» y la colonización «de izquierda» que este portaba. A pesar de la marea soviética el propio régimen reivindicó a lo nacional como su fuente y como parte de su naturaleza, y le preservó fuerza, atractivos y espacio. En la vida cotidiana y en el sentido de la vida de la gente lo nacional siempre tuvo un lugar central, como es natural.

Lo que se está arriesgando hoy es *la disociación de lo cubano y el socialismo*, y la posibilidad de un tránsito que nos haga semejantes a la mayoría de los países, en los que la identidad nacional no está relacionada con el socialismo. Los impactos de los cambios en la estructura social son sin duda básicos. La diferenciación por el ingreso se extiende y deja en situaciones diversas a grandes grupos sociales. Unos aumentan sus ingresos por coyunturas, sin que aumente su nivel social; algunos otros ascienden en ambos campos; muchos miles mantienen su prestigio social mientras desciende su nivel de vida. Las posiciones materiales no traen consigo todavía la formación de grupos apreciables de presión social. Los grupos de superiores ingresos están muy lejos de obtener legitimación social. Pero se han producido cambios fuertes en la situación de sectores sociales respecto a las fuentes de poder, representatividad y ascenso sociales.

Otras diversidades han hecho su aparición, se han vuelto públicas o han crecido. Además, los poderes locales han actuado en favor de nuevas formas organizadas de sobrevivencia y de reestructuración económica. Millares de formas asociativas han aparecido, y otras existentes se han fortalecido mucho. Existe un hambre de asociación realmente notable. El sistema reductor y empobrecedor de las iniciativas sociales que ocupó tanto terreno en las dos décadas pasadas se ha desgarrado y le será imposible mantenerse. Como es obvio, el tejido social cubano siempre fue complejo. Lo que caracteriza a la actualidad es que: 1) ese tejido se complejiza y diversifica cada vez más y con celeridad; 2) la diversidad social se despliega, frente al ideal de homogeneidad que reinó durante décadas; y 3) esas formas de organización social tienen nuevos efectos y mayor incidencia en la totalidad social.

Cuba es un país occidental, mercantil e individualizado desde el siglo pasado, sin comunidades autóctonas previas,

de historia muy dinámica, y con una población actual de altas expectativas. La revolución fue tan profunda que logró echar atrás, a un lado, y hasta en ciertos casos eliminar rasgos predominantes previamente; eso sucedió con el mercantilismo, el afán de lucro, el individualismo y el egoísmo. Ahora esos rasgos vuelven a pesar y tratan de abrirse paso de mil modos. Si triunfan, se producirá la típica escisión de los individuos entre lo cotidiano y lo cívico, entre la moral individual-familiar y la de los comportamientos económicos.

3. La guerra cultural

Cuba es el mal ejemplo de América Latina, la venganza moral de los oprimidos de este mundo, una prueba de que es posible vivir de otro modo. Por tanto, al imperio norteamericano le sería demasiado difícil perdonarnos. Pero nos amenaza otro peligro potencialmente mayor, que está muy extendido en el mundo actual. La cultura del capitalismo desarrollado ha ido desplegando en las últimas décadas una combinación de gran madurez para integrar o neutralizar retos pasados, un control cualitativamente superior de la producción y el consumo culturales y un verdadero programa de dominación cultural. Así disimula con eficacia los callejones sin salida a los que está llevando a las personas a escala mundial, y al planeta, por su propia naturaleza económica: centralización transnacional y dinero parasitario que sacrifican las capacidades económicas a la lógica de la superganancia, creciente población sobrante y empobrecimiento de mayorías, agresiones irreparables al medio, entre otros rasgos. El capitalismo centralizado les ofrece hoy a todos los países —aunque en distintos grados y formas— una instancia decisiva de *homogeneización*. Ella consiste en numerosos rasgos ideoló-

gicos y espirituales que restablecen a nivel ideal la fractura cada vez más profunda existente entre la vida de las clases dominantes y medias de los países centrales y la de las mayorías en el resto del mundo.²

La producción cultural de homogeneización conforma todo un sistema mundial dirigido a la neutralización, a la canalización y manipulación del potencial de rebeldía que está contenido en los avances obtenidos por la Humanidad, tales como la creciente conciencia de tolerancia —política, étnica, racial, de género, etc.—, la exigencia de formas democráticas de gobierno de las sociedades, el rechazo a la miseria —que la considera como un hecho social y no natural—, la conciencia ecológica, y otros. El objetivo de esa verdadera guerra cultural es que aquellos logros no se vuelvan contra el dominio del capitalismo, que no se haga resistencia a sus actuaciones económicas, ideológicas y político-militares-represivas, y que todos aceptemos que la riqueza y las diversidades humanas sólo caben y pueden existir en una vida cotidiana y una vida ciudadana regidas por el capitalismo.

Esa cultura puede ir ganando cada vez más terreno en Cuba en las condiciones actuales, regidas por la crisis de la economía y de gran parte de las instituciones, la ideología y las creencias; y todo ello dentro de la jaula de hierro de la necesidad de reinserción económica en un mundo dominado por el capitalismo. A mi juicio será ineficaz hacer resistencia a la

² He tomado ideas, y hasta textos de este epígrafe, de mis artículos «Nación y sociedad en Cuba» y «Marxismo y cultura nacional», escritos en 1994 y publicados en *Contracorriente*, núms. 1 y 2, en 1995. Insisto en ellos porque me parecen procedentes. Es penoso sentir que problemas centrales de la sociedad en que vivimos no se convierten en cuestiones centrales de los debates, ni de la divulgación y formación de opinión pública.

guerra cultural del gran capitalismo actual solamente desde las convicciones y las vivencias de nuestro pasado de luchas, logros, sentimientos e ideas, y desde las identidades que ellas formaron. Ese mundo contiene muchas fuerzas que son un sólido cemento de unión espiritual, y tiene muchos aspectos positivos que han marcado de forma indeleble a la mayoría de los cubanos, con lógicas diversidades generacionales. Pero posee también muchos aspectos que constituyen debilidades frente a los retos prácticos de hoy y de mañana. Además, ya estaba desgastándose desde antes de la crisis, y contiene rasgos que lo debilitan moralmente frente a sus declaraciones. Y la cultura enemiga no se nos viene encima como el retorno de un pasado cubano que fue abatido por la revolución, no es la antigua contrarrevolución. Viene como un «progreso», un acomodo a nuevas circunstancias, o una «necesidad». Ese disfraz de futuro deseable o inevitable la torna más peligrosa.

El elemento «popular» de la cultura nacional es un escalón más profundo y eficaz de resistencia, pero él se ha debilitado en los últimos años. Lo sienten «premoderno» amplios grupos de los sectores que han alcanzado «desarrollo» personal socialmente válido: estudios superiores, «nivel cultural», status, «roce» internacional. Y esos estratos están entre los más activos del país. El proceso de homogeneización desde el capitalismo desarrollado a nivel de la cultura de la vida cotidiana —un fenómeno mundial, no privativo de nosotros— es un agente de debilitamiento de la densidad cultural cubana en general. La devaluación de la cultura propia puede agudizarse por las frustraciones individuales de las expectativas creadas durante la segunda etapa del proceso, los años 70-80. La gran crisis económica, la aparente falta de viabilidad económica del país y el descrédito del socialismo generaron una frustración nacional que es un fenómeno diferente al anterior; pero ambos coinciden en lugar y tiempo, y pue-

den influirse mutuamente. En la medida en que la cultura nacional «popular» sea identificable como raíz de la que el sistema político es expresión, resulta también víctima de la ola de pensamientos y sentimientos conservadores que se extiende hoy.

Para que la homogeneización sea eficaz en Cuba, sin embargo, no bastará con que ciertas minorías urbanas satisfagan necesidades y deseos como los de tener consumos diferenciados a partir del poder del dinero, campos privados de acción económica, una nueva movilidad social, videos, facilidades, etc. Es decir, que vivan como sus homólogos de la mayoría de los países, sea Argentina o Haití. En estos, la homogeneización exagera rasgos ya existentes, los «moderniza», y los acerca a la versión de los modelos formales de organización social y de conductas individuales de los países centrales que es dada por los medios que forman masivamente la opinión pública y los sentimientos del público a escala mundial. En Cuba, y esto es lo más importante y difícil, la homogeneización tendría que ser capaz de borrar necesidades y expectativas que adquirieron un arraigo muy grande y generalizado durante el régimen revolucionario. Y chocar con un complejo cultural compuesto por elementos muy diversos y de muy distintas datas, pero que fue fundido en un proceso muy profundo, abarcador y marcante, que le aportó un carácter anticapitalista, patriótico, nacionalista y de tendencias comunistas. Esto es, para tener éxito deberá desmontar los elementos fundamentales de la ruptura cubana con la dominación capitalista y de los hechos y valores que se volvieron costumbre en el curso de décadas.

4. Los caminos

Una reacción lógica —hablábamos de riesgo— es la de salvar. Me permito preguntar: ¿salvar qué, a quiénes, para qué? ¿Qué está en juego?, ¿de qué nación, de qué cubano hablamos? Si no se tienen en cuenta las realidades actuales de diferenciación y de diversidad sociales a las que he aludido, no serán creíbles ni servirán de mucho las apelaciones a la nación, la cubanía o un pueblo abstractos. Lo mismo digo del pasado. Es vital profundizar en su comprensión, ser capaces de identificar los «olvidos», los silencios presentes en la identidad nacional, que tanta relación tienen con las maneras como las clases dominantes en la historia de Cuba han ejercido su dominio, y como fueron complejizando su hegemonía frente a los movimientos radicales sucesivos que produjeron las revoluciones, y frente a los desastres humanos y sociales que provocaron sus formas sucesivas de obtención de ganancia y depredación del medio.

El nacionalismo, esa forma exacerbada de la identidad nacional, adquirió entre nosotros un valor muy singular con la revolución. Se desarrolló un inmenso orgullo de ser cubano. Su ligazón íntima con el socialismo y el internacionalismo limó bastante sus aspectos negativos —típicos a todo nacionalismo— y aportó mucho a las motivaciones de los cubanos; un caso interesante de relación nación-socialismo que no puedo tratar aquí. Aquel orgullo confronta hoy graves contratiempos, que en ciertos casos y grupos llega a ser crisis. La situación propicia recaídas en autosubestimaciones de colonizado, pero entiendo que las frustraciones de futuros a alcanzar son la causa principal. También se resiente el lugar de lo nacional por las búsquedas de «raíces» que convierten la necesidad en solera, y por la urgencia ideológica de referentes que avalen idealmente los cambios.

El Estado nación actual mantiene su representatividad de la identidad nacional por muchas razones, actuales e históricas. La identificación persistente de la revolución con la soberanía y la justicia social obra a su favor. El poder político —que es aún decisivo en la economía— lucha arduamente por garantizar la reproducción económica y los cambios económicos, y por mantener a la vez en lo esencial el pacto social que está en la base del sistema. Pero está muy afectado por la disminución de sus recursos, por los defectos profundos que porta y por el carácter mismo de los cambios estructurales en curso.

La sociedad civil cubana puede jugar un papel muy importante en la lucha socialista, para lo cual cuenta con potencialidades suficientes. Puede ayudar decisivamente en la descentralización y rearticulación de la sociedad que los cambios en curso ponen a la orden del día, para darles un sentido de esfuerzo y organización socialistas. Es positivo que se extiendan organizaciones sociales referidas a cuestiones básicas, como serían las de consumidores. Y sería un gran logro que la organización social influya en las empresas económicas, y ensaye formas de compartir las decisiones y la responsabilidad en ese campo fundamental de la reproducción de la vida nacional. La sociedad civil puede ser vehículo de la diversidad social, no sólo para la satisfacción de necesidades insoslayables, sino como enriquecimiento de una identidad nacional que está ligada al socialismo, una diversidad de gente que ha ejercitado masivamente la solidaridad y posee fuertes sentimientos de comunidad postcapitalista. Puede cubrir con su cultura de organización y su cultura política espacios que está dejando vacíos el Estado, no para competir con él, sino para participar en un poder revolucionario en el cual el Estado debe ser un instrumento. Quizás se impulse así por necesidad un proceso que debe ser natural a toda transi-

ción socialista. Los elementos populares de la cultura nacional pueden ser un factor muy importante en ese empeño, contribuyendo a darle eficacia y, sobre todo, legitimidad.

Frente al determinismo económico que aconseja sentarse a esperar los resultados, filosofía de la rendición ante el capitalismo, la opción cubana es *partir de las realidades en que vivimos para forzarlas a dar resultados superiores a lo esperable de su mera reproducción*. Eso sólo es posible mediante acciones concientes organizadas que movilicen a las fuerzas con las que sí contamos, en busca de sus intereses, sus ideales y su proyecto. Una identidad nacional que no renuncie a la riqueza adquirida en las décadas pasadas y que sea capaz de revisarse las entrañas sin mentiras ni ocultamientos, sería una fuerza extraordinaria si se plantea un propósito tan ambicioso, por el profundo arraigo que tiene esa identidad en la gente, por la capacidad que ha tenido de levantarse sobre los raseros mezquinos para prefigurar utopías, y por su capacidad de convocar a todos a darle un sentido más trascendente a la vida y a la búsqueda de bienestar y felicidad.

IZQUIERDA Y MARXISMO EN CUBA*

En medio de una nueva situación que es muy complicada, la cultura cubana actual está dando muestras de su vitalidad y su compleja madurez. Tratar el tema del marxismo es una de ellas. La comunicación oral es la vía más utilizada en la actualidad, pero aparecen también opiniones y escritos sobre el marxismo; me ha vuelto a tocar a mí participar en ese debate, de ambas maneras.¹ Al responder a la convocatoria de *Temas* tengo en cuenta mis publicaciones recientes, y selecciono algunas otras cuestiones no tratadas en ellas, que me parecen de interés; no evito, sin embargo, repetirme las pocas veces que lo he entendido necesario. Por la amplitud de los temas, he escogido una forma sintética —en el primer acápite es apenas telegráfica—, limitada por tanto a expresar puntos de vista personales —tanto, que sólo me cito a mí mismo— y a sugerir lugares de profundización y de debate.

* «Izquierda y marxismo en Cuba». *Temas*, núm. 3 oct./dic 1995.

¹ He publicado en La Habana este año «Un comentario cubano sobre ateísmo y marxismo», en *Caminos*, núm. 1, ene/mar; «Marxismo y cultura nacional», en *Contracorriente* núm. 1; e «Historia y marxismo», en *La Gaceta de Cuba*, núm. 4, jul/ago. Y he participado oralmente en numerosas actividades en que se aborda el marxismo.

1. La izquierda y el marxismo en Cuba

La historia política y de las ideas cubana de los últimos 70 años registra una extraordinaria paradoja en lo tocante al tema de la izquierda. Los sentimientos e ideas de izquierda se arraigaron durante la Revolución del 30; después, la gran revolución que triunfó en 1959 legitimó y multiplicó esas ideas y sentimientos, y los ligó a innumerables aspectos de la vida de las personas y del país. Pero esa larga historia ha sido responsable, a la vez, del ensombrecimiento del tema de la izquierda, que comenzó desde el fin de la Revolución del 30. La gran revolución que promovió avances inmensos de la cultura política cubana —signados todos por la pertenencia de izquierda— terminó por agudizar al extremo esa paradoja. Se produjo un cerco progresivo a la elaboración de pensamiento de izquierda, y sobrevino su asfixia, su separación de los sentimientos y de la vida práctica, durante una larga etapa que fue muy negativa en ese campo. Sin habernos restablecido de ella, el país se precipitó en la crisis de los primeros 90, y hoy estamos en una situación muy desfavorable, en la que las ideas y sentimientos de izquierda parecen retroceder.

Me apresuro demasiado. Más valdría preguntar qué es la izquierda, remontarse quizás al momento en que los partidos en la Convención francesa se ubicaron en la geografía de la sala de sesiones, buscando unas identificaciones muy difíciles —inauguraban un sistema y una manera de hacer política—, y se valieron del lugar relativo que ocupaban en el salón. Después de aquella legislatura ligada formalmente a las imágines oratorias clásicas, y en su práctica a la novedosa guillotina, los siglos XIX y XX han relacionado la izquierda con lo que antiguamente se llamaba «la cuestión social». Todas las variantes de oposición al capitalismo —total o parcial, decidida o tímida, permanente o efímera, tremenda o pacífica—

se han calificado, han sido nombradas o acusadas, se han cobijado, bajo el epíteto de «izquierda».

La izquierda es una de esas denominaciones que sobreviven a todos los avatares durante una larga época, y que guardan en su ambigüedad y sus plurales significados una mayor riqueza respecto a la complejidad de los problemas a los que se refieren. Cumple más funciones de alusión que de concepto. Al acercarnos a ella distinguimos a las izquierdas, no a la izquierda. Y las situamos, naturalmente, en el tiempo y el espacio. Estas dimensiones configuran una acumulación cultural que cobija a las prácticas de izquierda, los conceptos de izquierda y las identificaciones que se hacen de ella. Piensen sólo un momento lo que va de la Montaña jacobina a Brezhnev, o del joven Carlos Marx al joven Antonio Guiteras.

El problema principal al que se refiere la izquierda es el de las identificaciones de los dominados y las luchas contra la dominación. Datos muy remotos se refieren a sentimientos, pensamientos, actividades humanas opuestos a la dominación; ellos parecen, por consiguiente, tan antiguos como las sociedades de clase. Sus expresiones y su organización, el sentido y las funciones que han asumido, son muy diversos. Las expresiones coherentes adversas a la dominación que han ganado ascendiente sobre grupos sociales pueden encontrarse entre los mitos, las religiones y las tradiciones más dispares, en las protestas y rebeliones más disímiles, entre las escuelas de pensamiento filosófico, político y social. Esas expresiones pueden ser totalmente alternativas u opuestas a la dominación, o serlo parcialmente, y hasta de maneras contradictorias consigo mismas. Sin olvidar esta cultura de resistencia y de rebeldía, convengo en que «izquierda» se refiere a una época histórica, la del triunfo general del capitalismo europeo, la de universalización de las prácticas, ideas y tendencias del capitalismo y de la cultura

política europea de los siglos XIX y XX, hasta llegar a las realidades mundiales de hoy.

Comienzo por la izquierda, y no por el marxismo, porque quiero enfatizar a la rebelión como la actividad cultural más relacionada con el tema del marxismo y la cultura cubana. No entraré en los problemas de la cultura en general. En el caso que trato, cultura sería la acumulación de actos, experiencias y saberes relativos a los procesos políticos y sociales y sus campos ideológicos; la acumulación de rasgos de permanencia del consenso a la hegemonía, y de tendencias a la rebeldía contra el orden constituido; y las visiones o formulaciones de proyectos de futuro sociales. Esta perspectiva no tiene un afán reduccionista, como se verá; pretende sólo identificar lo esencial y partir de él. La izquierda, la presencia de rasgos suyos, será un indicador respecto a la rebelión, e izquierda y cultura serán un marco al cual referir —entre otros— al marxismo.

Anoto solamente algunas cuestiones que me parecen más importantes.

1) Los comportamientos e ideas tendientes a la rebelión, que pudieran ser de izquierda, forman parte de la construcción de realidades sociales de grandes grupos humanos. Su conocimiento no puede ser sustituido por la historia del pensamiento de determinadas personas cultas, aunque esta tiene gran interés. Las expresiones de los grandes grupos humanos pueden ser materia prima del conocimiento social; por ejemplo, los refranes, canciones y narraciones cumplen papeles notables en la cultura política del pueblo. Y las actuaciones, naturalmente; por ejemplo, ser insurreccional en los años 50 fue ser de izquierda, y su forma cultural más lograda fue el Movimiento 26 de Julio.

2) La izquierda no ocupa más que una parte del espacio en la cultura cubana. Aceptar esto releva de tratar de inclinar a

ciertas personas destacadas del pasado a posiciones y significados que no tuvieron, para que formen parte de una supuesta marcha cubana «progresiva». Ni «olvidar» a otros. La moderación, el conservatismo e incluso la contrarrevolución, han tenido sus intelectuales, sus activistas, seguidores y organizaciones. El signo principal de la acumulación histórica cubana es el radical, pero ella también registra rearticulaciones sucesivas a la hegemonía del capitalismo. El autonomismo de hace un siglo fue la primera política cubana antirrevolucionaria de masas; durante la república, el liberalismo miguelista, los abecedarios y el autenticismo grausista, disímiles pero no revolucionarios, son tres ejemplos de obtención de simpatías o de verdadero apoyo de masas.

3) La cuestión básica de la rebeldía en el proceso histórico cubano es la de las relaciones entre la independencia nacional y la justicia social: ese es el contenido interno decisivo en nuestras luchas de clases, que ha sido específico en las diferentes etapas históricas. Su asociación o no, el modo como se han combinado, las acumulaciones culturales que fueron formando, constituyen una materia histórica fundamental. Aquí, como en todo lo demás, son cruciales las percepciones y representaciones, las ideologías a través de las cuales los actores han vivido y resuelto lo que después analizan los estudiosos. Los rasgos particulares que tuvieron en Cuba la constitución y el desarrollo del país en relación al capitalismo, el colonialismo y el neocolonialismo, tendieron a darle un lugar preponderante a la opción del radicalismo político, y por tanto un mayor espacio potencial a las posiciones y soluciones de izquierda.

4) La izquierda revolucionaria no ha sido necesariamente marxista, ni cultivar el marxismo ha significado obligadamente ser de izquierda revolucionaria. Dentro de los movimientos subversivos del siglo pasado, las posiciones más avanzadas no

se identificaban por ninguna relación con el socialismo y el marxismo. En las luchas sociales y políticas del siglo xx, las izquierdas fueron de orientaciones diversas, entre ellas las de raíz marxista. Las influencias del marxismo alcanzaron a un amplio arco de acciones e ideas, que fueron desde la insurrección para el socialismo hasta amplias interpretaciones del progreso como motor general que debía ser aceptado o apoyado. La rebelión, y no el marxismo, es el elemento que hay que buscar para saber si es o no, o dónde ha estado, la izquierda en el proceso histórico cubano. Después del triunfo de 1959 es que comienza a predominar el marxismo, dentro del nuevo orden de transición socialista que vive el país. La existencia del poder revolucionario replantea a fondo los términos de la cuestión, aunque no elimina el problema.

5) Una cosa es utilizar el marxismo en el conocimiento de los procesos históricos, y otra convertirlo en juez (y parte) de las valoraciones que hacemos en esos procesos de conocimiento. Evitar ese error ayuda, en este caso, contra la persecución «histórica» teleológica de «nuestras raíces», y contra los «olvidos» de los hechos y personas inconvenientes. Esa atinada posición analítica podría mostrarnos, por ejemplo, que desde el fin de la Revolución del 30 en adelante el marxismo influyó mucho al pensamiento radical y a las prácticas de rebeldía.

6) El marxismo es un cuerpo teórico de pensamiento, a la vez que una ideología teorizada.² Los campos de pensamien-

² He ido dando mis criterios sobre esta cuestión, y sobre el marxismo en general, durante los últimos 30 años; desde la Presentación del libro *Lecturas de Filosofía* (Departamento de Filosofía, Universidad de La Habana, enero 1966), «El ejercicio de pensar» (*El Caimán Barbudo*, núm. 11, La Habana, febrero de 1967), o «Marx y el origen del marxismo» (*Pensamiento Crítico*, núm. 41, La Habana, junio de 1970), hasta «Historia y marxismo» (citado en la n. 1).

to social tienen sus especificidades, su autonomía de producción y de influencia, sus sucesiones y contraposiciones intelectuales, su entidad propia. Son realidades ellos mismos, no son «reflejo de la realidad». Como teoría, también el marxismo goza de esa relativa autonomía, a pesar de su decidida vocación originaria de constituir un instrumento del cambio social anticapitalista y de inspirar profundas transformaciones de los individuos y la sociedad. Los innumerables aportes, insuficiencias y problemas del marxismo como teoría deben ser objeto del debate y el conocimiento, y no de avales, exhortaciones, acusaciones o justificaciones.

2. Un comentario sobre el marxismo en Cuba después de 1959

El marxismo ha sido la teoría anticapitalista más exitosa como tal, y como ideología, y la que más pervivencia ha gozado durante el último siglo y medio. En el primer tercio de ese tiempo no estaba muy extendido ni tenía tanta fuerza social; pero durante el siglo xx se expandió —con altibajos— por todo el mundo y en numerosos ámbitos culturales, llegando a desempeñar múltiples papeles de la mayor importancia.

La motivación central del europeo Carlos Marx era que su teoría fuera la fundamentación de la revolución proletaria mundial —no una regeneración de la Humanidad ni una evolución de la especie humana—, esto es, que fuera el basamento de acciones colectivas futuras violentadoras de todo el orden social, en vez de vocero o intérprete de un acto o donación desde arriba referido a un pasado ideal, o de un resultado del proceso natural presente (del siglo xix europeo) que los humanos recibirían como progreso civilizatorio. Marx creyó en la lucha social decidida y radical para obtener la

libertad para todos, como los anarquistas, pero a diferencia de ellos creyó en la necesidad de constituir órganos políticos proletarios y hacer política proletaria, y en que haría falta un largo ejercicio de poder proletario para que las personas se tornasen capaces de cambiarse a sí mismos y a las sociedades clasistas, basadas ya nada menos que en el capitalismo. El proceso de transición iniciado con el poder liberador consistiría en cambios tan profundos que llevarían al mundo entero y a la gente en todas partes a lograr vivir sin clases sociales y sin Estado, sin enajenaciones —o, en término más actual, sin dominaciones—, en asociación de productores libres, abierta al desarrollo pleno de los individuos.

Marx desarrolló toda una teoría del capitalismo, aunque incompleta en varios aspectos, y de las luchas de clases en las sociedades «modernas»; dejó también una teoría de los fundamentos del conocimiento social. De ellas y de trabajos específicos suyos proceden reglas indispensables para ayudar a estudiar formaciones sociales y movimientos productores de cambios sociales. Su concepción general polemizó con el idealismo y el materialismo de los sistemas filosóficos, y también con el positivismo. El conjunto de su producción teórica y su posición ofrece un basamento determinado al pensamiento y a las prácticas científicas sociales.

Marx estimaba que las relaciones entre su posición y sus valores comunistas por una parte, y su actividad intelectual y sus productos, por otra, incluían aspectos que eran internos a la teoría misma. Para él —que debe haber estado muy consciente de sus posibilidades como teórico—, la teoría del marxismo es posible sólo porque se ha alcanzado en Europa un determinado estadio social y del pensamiento. Posible no es igual a hecho consumado o predeterminado —ya los griegos conocían la distancia entre la potencia y el acto—, y el mar-

xismo tenía por lo mismo que ser fruto de un trabajo. Pero la cuestión está llena de consecuencias y problemas. Las formulaciones marxianas de los fundamentos de la ciencia social, o de aspectos de ella, relacionan la producción de conocimientos sociales con sus condicionamientos sociales, lo que implica un juicio acerca de la historia de los conocimientos sociales, y otro juicio acerca de las relaciones existentes entre los valores y los conocimientos.

Me saldría del tema si desarrollo aquí mis criterios sobre los rasgos esenciales y distintivos de la teoría marxista. Advierto al menos que la concepción marxiana y los aportes y problemas de un siglo de historia intelectual del marxismo son tan diferentes de la corriente que con el apelativo de marxista-leninista ha sido dominante en Cuba después de 1971, que recuperar a Marx mismo y al marxismo de Lenin y de tantos otros marxistas es parte indispensable de todo ejercicio intelectual sobre este tema. Y no olvido una realidad social mucho peor: el consumo obligado que durante 20 años hizo una buena parte de la población, del batiburrillo de retazos de variadísima calaña que en nombre del marxismo aparecía en los manuales al uso, de «filosofía materialista dialéctica e histórica», «economía» y «comunismo científico».

Al triunfo revolucionario de 1959 existía en Cuba, como es natural, un mundo espiritual inmenso, y dentro de él un acumulado de ideas sociales y filosóficas, de prácticas y teorías de ciencias sociales, de ejercicios profesionales, y una historia de todo esto. El conjunto constituía un enorme caudal, de una fértil complejidad y diversidad. La revolución fue un acontecimiento social tan tremendo, y realizó cambios tan profundos, que a veces no nos damos cuenta de que ninguna revolución es sólo cambio, sino también continuidades, y que expresa permanencias además de cambios.

¿Podía el complejo cultural preexistente expresar las nuevas realidades cubanas, y su pensamiento y ciencias sociales plantear bien los nuevos problemas? Claro que parece imposible, pero si en la práctica las personas y las relaciones preexistentes fueron la base de la acción revolucionaria, que las violentó en toda la medida que pudo hasta obtener relaciones y personas parcialmente nuevas, lo mismo debía suceder con el mundo espiritual preexistente, que expresaría al mundo nuevo que se iniciaba, violentándose en la medida que pudiese. La naturaleza de ambos procesos es, sin embargo, diferente.

Durante los 60 años que van de 1898 a 1959, prácticamente todas las orientaciones ideológicas y la mayoría de las ideas manejadas en Occidente fueron conocidas en Cuba, y tuvieron practicantes y seguidores. Ellos sostuvieron relaciones complicadas —y a veces angustiosas— con la sociedad a la que pertenecían, complejidad y angustia presentes en todos los medios que, como el cubano, han recibido los impactos de la universalización de la modernidad y el capitalismo. De la pugna magnífica contra la dominación quedaron testimonios intelectuales descollantes, y otros no tan destacados pero también valiosos. Y también quedaron cierto número de trabajos valiosísimos —y otros que no lo eran tanto— del pensamiento cubano adecuado en última instancia al sistema, y a veces incluso de servidores directos de la dominación.

La acumulación de cultura política radical fue el potencial que, detonado por la vanguardia insurreccional y asumido por el pueblo desatado, transformó la política antidictatorial en una revolución socialista de liberación nacional. Entonces todo se politizó. Como afortunadamente el saldo del proceso histórico de las ideas en Cuba era de tendencia avanzada en cuanto a la liberación nacional y la justicia social, la revolución reivindicó ser su heredera y continuadora. Pero asumir-

lo realmente, y utilizar sus productos, no fue nada fácil. Este es uno de la multitud de temas que esperan por estudios serios. Apunto al menos que el viejo apotegma de Marx de 1846 —«las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época»— puede ayudar a guiar el inicio de ese estudio. Las ideas existentes al triunfo de la revolución, incluidas las marxistas, padecían de las insuficiencias, malformaciones y debilidades a las que la condición neocolonial y de mando burgués mezquino sometieron a toda la sociedad cubana durante aquellos 60 años.

El poder revolucionario unido a la soberanía popular impusieron el nuevo orden. Que sucedió un tremendo impacto doble sobre las personas y la sociedad, libertario y de poder revolucionario, y que ambos coincidieron durante todo un período, es un dato fundamental de la revolución cubana.³ Además, la ideología sobredeterminó a las teorías y a las prácticas profesionales e intelectuales en general. En poco tiempo quedaron fuera del juego las posiciones ideológicas y teóricas opuestas al nuevo poder, o consideradas inaceptables por el ambiente reinante. Aunque el entusiasmo de unos y el dogmatismo de otros llevó a creer que el proceso en su totalidad se inspiraba en el marxismo, eso era inexacto. Sería un error creer que porque nos hicimos marxistas sucedió todo, cuando la verdad es que nos hicimos marxistas por todo lo que sucedió. Hubo una increíble multiplicación de la actividad social y política en todo el país, y en muchas esferas de la vida. El marxismo sólo comienza a adquirir peso masivo en-

³ Me he referido a él en varios trabajos, entre ellos: *Che, el socialismo y el comunismo*. Casa de las Américas, La Habana, 1989; «Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia», en *Cuadernos de Nuestra América*, núm. 17, jul./dic. 1991, pp. 124-148; en «Marxismo y cultura nacional», *ob. cit.*

tre los cubanos en 1961, después de la victoria de Girón y de la declaración de que la revolución es socialista, cuando cien mil adolescentes están enseñando a leer y a escribir a todos los analfabetos y aprendiendo a conocer a su país y sus paisanos, y cientos de miles se organizan en las Milicias para defender la revolución; cuando administradores improvisados dirigen todos los centros económicos nacionalizados y puestos en manos de aquellos que no tenían nada, los sindicatos son verdaderas agencias de la sociedad en revolución, y también los comités de defensa (CDR) y los agricultores (ANAP). Cuando se perfila el nuevo Estado nacido del Ejército Rebelde y del Instituto de Reforma Agraria (INRA), se crean sus instituciones y se dictan mil leyes en los tres primeros años de la Revolución.

En 1961 ser socialistas implicaba ser marxistas, y serlo aliados a los soviéticos incluía ser marxistas-leninistas, aunque la mayoría no conociera nada de marxismo. Este comenzó entonces a formar parte de la instrucción sistemática de las personas, a considerarse la manera acertada de ver al mundo y la guía de la política, y también un buen paradigma para historiadores y economistas. Se crearon instituciones especializadas para enseñar marxismo. Pero lo característico de esa etapa fue la fiesta de alfabetización general que se vivía, el asalto de las clases humildes a la cultura y una inigualada movilidad social. Ser revolucionario incluía lavarse las manos antes de comer, hervir el agua, enseñar al que no sabe, usar tractores y máquinas, etc. Hasta 1967, las universidades tuvieron menos alumnos que en 1959. Todavía en 1970, sólo el 10% de los que matricularon el primer año en ellas tenía 18 años o menos, y el 43% tenía de 22 años en adelante.

El marxismo como fundamento teórico general estuvo asociado de inicio a una inmensa revolución social, y fue ella quien lo legitimó como ideología. También surgió asociado

a la voracidad de asumir la cultura mundial *desde Cuba*. Ya en la primera etapa del proceso⁴ —la que llega hasta inicios de los años 70— el marxismo fue campo de debates y pugnas que guardan relación —aunque no inmediata ni simplificable— con la diferencia de visiones que existía dentro del campo de la revolución, acerca del alcance del proceso, los modos de actuar y sus fundamentos. El marxismo en Cuba había tenido previamente influencia, historia y diversidad, ligadas durante décadas a movimientos sociales y políticos, como apunté antes, y a actividades intelectuales; en modo alguno había fronteras delimitadas entre esos campos. La situación en el campo intelectual era mucho más compleja y rica, y con más presencia del marxismo que lo que se ha creído después.

Esa etapa de los 60 fue de expansión y florecimiento del marxismo. La filosofía gozó de existencia autónoma, y ella y el pensamiento social avanzaron en el ambiente creado por la revolución. La herejía cubana les dio alas, contra la visión dogmática y sectaria que también trató de imponerse en Cuba desde entonces. El medio exigía instrumentos intelectuales propios y capaces. Se sostuvieron fuertes polémicas sobre los más variados temas, en los que las cuestiones teóricas se ventilaban al calor de divergencias concretas, sin temor alguno a que la revolución resultara perjudicada. Al contrario, se aceptaba que el aire del debate era indispensable a su desarrollo. En cuanto al marxismo, podemos discernir ahora —entonces estaban muy

⁴ He expuesto mi criterio sobre etapas de la revolución a partir de 1959 en *Desafíos del socialismo cubano*, Ed. Centro de Estudios sobre América, La Habana, 1988; «El socialismo cubano: perspectivas y desafíos», en *Cuadernos de Nuestra América*, núm. 15, jul/dic 1990, pp. 27-52; en «Cuba: problemas de la liberación...», *ob. cit.*, pp. 131 y ss.; y otros.

unidas— tres tareas principales de aquel período: la divulgación masiva; la preparación de especialistas y formar parte de la instrucción de los demás técnicos y científicos; y un arco muy disímil de intervenciones en investigaciones, ayudas a la producción, servicios y otras tareas —o trabajo directo en ellas—, algo que se denominaba genéricamente «participar en la vida del país».

La influencia cultural soviética, de otros países de su entorno y de China, y del movimiento comunista internacional, fue notable en la primera mitad de la década. Sus publicaciones sirvieron como literatura de adoctrinamiento, nueva lectura para los que —en gran proporción— eran nuevos lectores. Hoy miro con asombro lo que entonces vivimos con naturalidad: a pesar de todos los peligros y escaseces, de la ignorancia, inexperiencia y heterogeneidad de los actores, y de la necesidad de rápida concientización socialista, Cuba supo limitar aquella influencia y sujetarla al predominio de *su* cultura revolucionaria. En el campo del marxismo se fueron abriendo paso enfoques propios basados en las necesidades cubanas y en el ansia de fundamentar teóricamente las convicciones socialistas cubanas. En esas condiciones se produjo una «vuelta a Marx» diferente a la que tenía lugar en la Europa post 20° Congreso del PCUS y de los primeros sesenta.⁵

La herejía cubana reclamaba también un pensamiento propio, y tuvo un marxismo que quiso «ponerse a la altura de la Revolución cubana». Resumo su posición: es condición inex-

⁵ Participé en esa «vuelta», entre otros textos, con: «Nota: sobre el estudio del joven Marx», en *Lecturas de Filosofía*, Instituto del Libro, La Habana, 1967, t. I, p. 127. «Ideologías políticas en tiempos del joven Marx», en *Lecturas de pensamiento marxista*. Ed. Revolucionaria, ICL, La Habana, 1971, pp. 39-46.

cusable partir de la revolución y participar en su defensa y en la producción, y a través del trabajo intelectual que hacemos, tan digno como las demás labores; proponerse conocer a Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Gramsci, Mao, el Che, a todo el pensamiento marxista, a todo el pensamiento no marxista que fuera posible, y a la historia de las luchas de clases y nacionales; pensar con cabeza propia, no aceptar dogmas, someterlo todo a análisis, argumentar en vez de citar o de acusar; comunicarse lo más posible con todos, divulgar, debatir. Ser antidogmático *por ser militante*, y no a pesar de serlo; por tanto, ser ajenos a la dicotomía «dogmáticos vs liberales» de la que se hablaba entonces. Este marxismo chocó forzosamente con la ideología teorizada soviética y con posiciones cubanas afines o próximas a aquella.

Este marxismo consideraba necesarios y de interés un sinnúmero de temas: filosóficos, sociológicos, económicos, históricos, pedagógicos, de ciencias políticas, de psicología social, antropológicos. El proceso que se vivía, la historia de Cuba, los sucesos de América y el mundo, las nuevas ideas, le eran imprescindibles. El auge de las ciencias sociales y los espacios creados por la reforma universitaria le favorecieron mucho. Investigar problemas se volvió una fiebre nacional en los años 60. Se incorporaron contingentes de jóvenes al estudio y la práctica de las disciplinas sociales, y el entusiasmo general y las necesidades de la sociedad y sus instituciones promovieron notables resultados, algunos de ellos muy importantes. Con el auspicio directo de numerosos organismos del Estado y el Partido, y de la máxima dirección del país, se desarrolló mucho la investigación concreta y la utilización de una gran variedad de medios auxiliares. La proliferación de las investigaciones estuvo relacionada con los intentos de hacer teoría, e incluso de que investigaciones y

teorías marcharan juntos, y se relacionaran de manera más general con el marxismo.

En el terreno institucional, además del sistema nacional de Escuelas de Instrucción Revolucionaria del Partido —que daban docencia e investigaban marxismo y otras materias—, y de un Instituto de Filosofía en la Academia de Ciencias, se crearon Departamentos de Filosofía en las universidades, ya que la Reforma de 1962 establecía el estudio de la filosofía marxista en todas las carreras. Las organizaciones de masas fueron creando escuelas políticas de inspiración marxista, y las clases, charlas y círculos de estudios de marxismo eran comunes en ellas, en la mayoría de los planteles de enseñanza y en los órganos estatales y demás instituciones. Pero eran el entusiasmo, el deseo y las convicciones los regidores de las motivaciones y trabajos marxistas; los planes, escuelas, etc., eran sus instrumentos. La historia de lo que efectivamente sucedió en el campo de la filosofía, el pensamiento y las ciencias sociales en esa larga década espera por estudiosos que posean rigor analítico, amor por la verdad y pasión.

Unas palabras sobre una experiencia personal de entonces, sólo a modo de ilustración. Compartí el esfuerzo colectivo de un numeroso grupo de jóvenes cubanos —partícipes del proceso revolucionario— agrupados en el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, expresado en 9 años de docencia a muchos miles de alumnos universitarios —y de otras diversas instituciones—, con nuevos programas de estudios desde 1965; en un gran número de investigaciones teóricas y de campo; de divulgaciones y de edición de publicaciones; en estudios internos rigurosamente planeados y ejecutados, y en una gran cantidad de otras actividades muy distintas. La edición de gran número de materiales, libros de texto y la revista mensual *Pensamiento Crítico*, fueron reali-

zaciones de aquel grupo. Su actividad de conjunto influyó en el marxismo de aquellos tiempos. No es este el lugar para desarrollar este tema, que por otra parte fue satanizado primero y concienzudamente sepultado después en el olvido durante dos décadas.⁶

Al inicio de los años 70 se vio claro que fallaban dos premisas básicas del proyecto revolucionario cubano: 1) el triunfo de revoluciones en América Latina, imprescindible para formar una nueva alianza en el campo económico, político, militar y cultural que permitiera la expansión y por tanto la vida del proyecto; 2) el logro de lo que se llamó desarrollo económico socialista acelerado, esto es, un grado suficiente de independencia económica. Terminaba entonces la primera etapa del proceso abierto con el triunfo revolucionario de enero de 1959.

Aunque el proyecto cubano no desapareció en la práctica, sí se proclamó bastante su abandono; es decir, en la práctica se renunció menos a él de lo que se proclamó. Se difundió que habíamos sido idealistas, que habíamos querido ser demasiado originales en vez de aprender modestamente de las experiencias de los países hermanos que habían construido el socialismo antes. Cuba se sujetó ideológicamente a la URSS y consideró antisovietismo y diversionismo ideológico todo lo que se diferenciara de esa sujeción. El pensamiento social recibió un golpe abrumador. Se cerró de tal manera el espacio que las corrientes no marxistas fueron malditas y se trató de erradicarlas, se consideró incorrecto conocerlas y aún más tratar de utilizarlas. Dentro de las corrientes marxistas se afirmó

⁶ He tocado en alguna medida el tema en «Cuba y el pensamiento crítico», entrevista realizada por Néstor Kohan, en *Dialéctica* núm. 3/4, Buenos Aires, oct. 1993; reproducida en *América Libre*, núm. 5, Buenos Aires, 1994.

que sólo la soviética era la acertada y la correcta —esa unión perversa de la verdad y la virtud—, por lo que se redujo el marxismo al llamado materialismo dialéctico e histórico, o filosofía marxista-leninista, o al llamado marxismo-leninismo compuesto por filosofía, economía y comunismo científico.

Desde 1971 se cancelaron, de una u otra forma, valiosos esfuerzos diversos que se realizaban en el país, dirigidos al desarrollo de un pensamiento correspondiente con el proyecto original de la revolución cubana y con los requerimientos que a ella presentaban América Latina y el mundo. Un pensamiento que fuera por tanto capaz de participar en un proceso tan original y tan ajeno a la espontaneidad como es la creación de nuevas personas y nuevas realidades sociales. El cierre aquel año del citado Departamento de Filosofía —y de la revista *Pensamiento Crítico*— determinó la disolución de ese grupo marxista y el fin de sus actividades. La maduración del grupo, que ya comenzaba a expresarse en obras, no continuó.

El mundo de la segunda etapa del proceso también tiene su historia, que es imprescindible recuperar y comprender para enfrentar con más posibilidades de éxito la etapa en que estamos adentrándonos. No es fácil, no sólo por tratarse de un pasado inmediato sino porque siguen presentes muchos de sus resultados. En lo que a mí toca, desde 1987 he escrito mucho sobre aspectos y hechos de aquella etapa, que he calificado de contradictoria. Durante 15 años se registraron notables avances en algunos aspectos de la economía, en la política social, en los servicios de salud y educación, en el bienestar material, en el tipo de ordenamiento institucional que se adoptó, como resultado del ordenado trabajo realizado en esos años, de los frutos de los enormes esfuerzos de la primera etapa y también de la parte positiva de las relaciones económicas anudadas con la URSS y el bloque que ella dirigía, relaciones que obtuvo Cuba por el valor que había logrado darse a sí misma y por el

papel geopolítico que tenía. Pero también se hicieron fuertes en esa etapa la burocratización generalizada, la formalización y ritualización, el autoritarismo, el seguidismo, la formación de grupos privilegiados, la supresión de todo criterio diferente al considerado oficial, el reino de la autocensura, la simulación, el unanimismo y otros males.

Un «marxismo-leninismo» —trágico uso del nombre de uno de los más grandes luchadores por la libertad del siglo xx— dogmático, empobrecedor, dominante, autoritario, exclusivista, fue impuesto y difundido sistemáticamente, en el preciso momento en que crecía tan bruscamente el nivel de preparación de los niños y jóvenes cubanos que es difícil encontrar en el mundo un ejemplo igual de avance obtenido en el plazo de una generación. Las maneras soberbias y la aparente ocupación absoluta del lugar de la ideología por aquel tipo de marxismo fueron engañosas; en esos años se echaron las bases de la futura indiferencia o aversión que tenía que provocar esta situación.

Casi se llegó a liquidar prácticamente las publicaciones de ciencias sociales; las sobrevivientes y alguna nueva fueron sujetas a limitaciones y esquemas muy rígidos. Al suprimirse el debate se acaba la razón de ser de esas publicaciones, al dogmatizarse el pensamiento social esos órganos pierden la posibilidad de expresar sus problemas y sus logros, y las publicaciones insultan al decoro al establecerse la práctica tan vergonzosa de la censura, y al volverse tan crónica que se convierte en autocensura, muchísimo más castradora que la censura y de efectos perniciosos más prolongados en el tiempo.

A pesar del quebranto de estos años las investigaciones de asuntos concretos continuaron, solicitadas por organismos estatales y políticos, y se ampliaron con el crecimiento de las estructuras y de los niveles técnicos generales. Pero se excluyeron temas de investigación imprescindibles, se dificultó la

asunción de otros métodos e ideas, se presionó en cuanto a resultados de investigación que se estimaran inconvenientes, se creó una absurda cultura del secreto y de la sospecha, y se rompió la relación entre las investigaciones de ciencias sociales concretas y el campo teórico de esas ciencias. La carrera universitaria de Sociología fue simple y torpemente eliminada. El predominio del marxismo soviético ejerció un efecto funesto. En la práctica de cada disciplina ha habido grados diferentes de dificultades. Por otra parte, muchas veces no había una relación fuerte entre la teoría dominante y las prácticas profesionales. Las prácticas encontraban sus fuentes más inmediatas en métodos e ideas implícitamente relacionados con teorías diversas, aunque en general todos los profesionales se declaraban marxista-leninistas.

Los sistemas de enseñanza han creado muy numerosos contingentes de graduados de filosofía y economía, y también de algunas ciencias sociales. La docencia ha sido una de las más socorridas fuentes de empleo. Aunque lo usual ha sido que los organismos se interesen por las investigaciones de corte empírico, a la vez se desarrolló un enorme campo de eventos, instituciones y actividades públicas en nuestra sociedad, en los cuales lo teórico ha encontrado espacio y dedicaciones permanentes. También es cierto que se ha denominado investigaciones teóricas a ejercicios que distan mucho de serlo. Desgraciadamente, las investigaciones teóricas se subdesarrollaron en términos generales. Durante una etapa bastante larga predominó una fraseología singularmente vacía que se convirtió en tema, árbitro y lenguaje de la elaboración teórica; ella fue impuesta e incluso reclamada en muchos medios académicos y de científicos sociales, y nunca faltaba en los eventos. Ese mundo, que ya está completamente desgastado, ocupó una vida de formación y de prácticas de gran parte de los profesionales existentes.

En el mundo complejo y contradictorio de los 70-80 se fue creando un nuevo escenario nacional, con predominio numérico y de alta escolarización de la población joven, «nacida después» pero protagonista de otros eventos y con nuevas vivencias y preocupaciones. Otra vez permanencias y cambios fueron materia de la comprensión posible y necesaria del período, aunque ahora sus modos de suceder y expresarse eran muy diferentes.⁷ Los fundamentos de aquella segunda etapa comenzaron a cuestionarse cuando en 1986 se hizo público el llamado a iniciar un proceso de rectificación de errores y tendencias negativas, precoz toma de distancia cubana del «socialismo real».

Las tensiones y dificultades que confrontó el proceso de rectificación son sumamente importantes para quien desee comprender el proceso histórico 1986-91, y por ende a cada uno de sus aspectos, incluido el del marxismo. En cuanto al necesario abandono de la ideología del «marxismo-leninismo» se produjo una situación que, quizás por evitar ser dramática, resultó totalmente ineficaz. Como resultado de ella no hubo un debate abierto nacional que motivara una renovación del interés sobre bases nuevas que ayudaran a la recuperación del marxismo, y que franqueara un período de transición eficaz para un nuevo florecimiento ideológico y teórico. Faltó un campo alternativo de publicación de criterios diversos, de educación, de debates, en el cual otros temas, otros procedimientos y otras posiciones marxistas pudieran abrirse paso. Además, el funcionariado a cargo de las áreas ideológica y de educación del marxismo leninismo había sido formado intelectualmente, en general, en el siste-

⁷ He examinado este cuadro de datos y de comportamientos sociales, sobre todo en «Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia», *ob. cit.*, pp. 133-40.

ma de la ideología soviética, y estaba habituado a sus modos de pensar y actuar, y a los rasgos negativos nuestros también. Una multitud de profesores y de otros técnicos laboriosos y responsables quedó sumida en una situación profundamente desventajosa y desconcertante. Al faltar una ruptura y un avance, la confusión y el desaliento fueron crecientes.

3. El marxismo hoy: crisis y perspectivas

Cuando estalló el gran desprestigio del socialismo, y el final tan bochornoso del bloque de Europa oriental se tornó un siniestro Midas del fango, la situación de Cuba se volvió crítica en la economía y peligrosa en la seguridad nacional. Una nueva etapa ha comenzado con la reinserción en la economía mundial, y con las transformaciones económicas y sociales en curso. En medio de problemas enormes y acuciantes, no creo que el que analizamos sea objeto de mayor interés a altos niveles institucionales. Pero sigue ahí, ahora acumulando sobre sí viejas y nuevas complejidades. No tengo datos suficientes, pero mi impresión es que el viejo «marxismo-leninismo» aún funciona, como una rueda cada vez más suelta, en unos casos desvaído y en otros ligeramente remozado y mezclado con ingredientes «occidentales». En los planteles educacionales se ha atemperado su imperio y recortado su alcance. Además, en los instrumentos de reproducción ideológica son cada vez más escasas las referencias al socialismo, y el marxismo como un requerimiento ideológico ha ido desapareciendo; en los medios de comunicación, las referencias a ambos son prácticamente inexistentes. No subestimo la esterilidad vigente de sectores ideológicos burocratizados que siguen funcionando e imponiendo su arbitrio o su inacción. Pero lo más visible es una suerte de vacío ideológico

aparente. Me preocupa mucho que la agonía vergonzante del «marxismo-leninismo», que durante casi 20 años fue confundido con todo el marxismo, aumente el desaliento y la confusión actuales. Hay que evitar que esa ideología arrastre en su caída a todo marxismo posible.

La magnitud del desastre ideológico es enorme e influye a todos, aunque los comportamientos sean disímiles. La ruina del llamado «socialismo real» fue aparentemente súbita, pero se estuvo incubando durante mucho tiempo. Los impactos tan grandes recibidos como consecuencia de los sucesos de Europa Oriental nos aclararon finalmente dos cuestiones: qué decisivo era el exterior para nosotros; y qué necesidad tan vital teníamos de reconocernos y revisarnos en busca de nuestra propia fuerza e identidad. Fuimos muy dependientes de un centro de poder e ideológico que nos era ajeno, y que en su discurso y sus ritos escondía a un sistema de dominación en descomposición. No estamos solos ahora, sin embargo: nuestro destino no incluye la soledad. Ni estamos satisfaciendo bien la necesidad tan vital de autoidentificarnos y buscar nuestras propias fuerzas. El trabajo intelectual tiene entonces que contribuir, dentro de su especificidad y su modesto alcance, a esa tarea tan básica.

El marxismo vive una crisis que tiene raíces muy hondas y se fue gestando durante décadas. La liquidación de regímenes que se llamaban a sí mismos socialistas, y el final aparente del supuesto conflicto a escala mundial entre el capitalismo y el socialismo, con el triunfo del primero, no nos dispensa del deber de conocer y valorar el proceso histórico implicado. Es urgente e imprescindible recuperar y comprender toda la larga y compleja historia del marxismo en el siglo xx. Sus procesos intelectuales: aparición de nuevos temas y ampliación de su objeto, asunción de otras teorías y métodos, los nuevos aportes, contracciones de su contenido y su eficien-

cia, contraposiciones con otros cuerpos de pensamiento, divulgación para grupos y para millones, formación y existencia de grupos profesionales dedicados al marxismo, entre otros temas. Recuperar y comprender la historia de sus relaciones con las luchas de clases y con las luchas por la independencia o por la liberación nacional, con las esperanzas y las luchas de las mujeres, de etnias, creyentes religiosos y de otras comunidades, en todo el mundo de este siglo. La historia de sus relaciones tan complejas con la universalización —tantas veces colonial y neocolonial, hoy además transnacional— del capitalismo imperialista y de los campos culturales ligados o influidos por él. Sus nexos con las grandes revoluciones del siglo, Rusia, China, Cuba, Viet Nam y las demás. Con los poderes y Estados que lo han invocado como ideología y teoría oficiales, y con las instituciones que lo han reconocido como su guía.

Todo ese universo interactuó con la teoría marxista y la puso a prueba, a ella y a las prácticas anticapitalistas. Recuperarlo y comprenderlo, conocerlo, me parece esencial para la formación de nuestros estudiosos de ciencias sociales, y me temo que es un camino en que falta mucho por andar. Para los intelectuales cubanos la cuestión es inexcusable. Siempre estamos obligados a partir de lo existente, ya pretendamos llegar muy lejos o no. Para ejercitar ese deber de conocer y valorar al que me refiero, todos en Cuba estamos en una situación difícil, con los gravámenes y remanentes de una etapa muy nefasta que duró muchos años.

Un ejemplo muy claro es la gran reluctancia a aceptar la existencia de una crisis. En vez de discutir su naturaleza y las posibles vías para superarla, muchos se han conformado durante años con el torneo verbal alrededor de la pregunta «¿hay crisis en el marxismo?» Sólo la cruda realidad los va acallando. Lo cierto es que, en casos como el cubano, el marxismo

puede especificarse en cinco aspectos: a) teoría de la revolución y del proyecto socialista-comunista, que informa a las instituciones, las relaciones sociales fundamentales y las conductas individuales atinentes a ellas; b) es parte de las concepciones e imágenes del mundo que aspiran a regir las vidas y las conductas en una dirección determinada; c) ideología oficial; d) cuerpo teórico profesional: una disciplina, filosofía, profesión, campo de investigación y estudios, de docencia y de divulgación; y e) influencia sobre campos culturales definidos, como serían los artísticos, de ciencias y otros. En mi opinión, el marxismo en Cuba atraviesa hoy una crisis en todos esos aspectos, aunque más aguda en unos que en otros.

La crisis del marxismo en Cuba puede analizarse desde varias dimensiones. Forma parte de la peor crisis de toda la historia del marxismo como ideología, a la que hemos aludido; las íntimas relaciones sostenidas con el campo soviético hacen más sensible esa dimensión, porque el desastre arrasó todo el prestigio de la teoría soviética. En la dimensión nacional, factores sociales importantes de la actualidad influyen muy negativamente en la valoración que se tenga del marxismo; su abandono forma parte, para muchos, de cambios más abarcadores. En cierta medida, el descrédito o desahucio del marxismo como teoría y como ideología es también una expresión de la modalidad de lucha cultural que asume una parte de la política actual. Desde otro ángulo, la crisis es exacerbada por el defensismo remanente del «marxismo-leninismo» que rigió, que es estéril y contraproducente, porque se presenta como defensor de la ideología de la revolución. Por una u otra causa se suman el abandono del marxismo y el prejuicio contra su utilidad y su mero examen. La profesión pierde terreno en su utilización y su presencia social. Y la teoría marxista misma pasa por uno de esos momentos en que se necesita revisión, recuperación, puesta al día y bús-

queda de eficacia conceptual, frente a la falta de realización en el movimiento histórico, y al reto tan radical que hoy le presentan los problemas, las percepciones y las perspectivas de los individuos y las sociedades. Esta última dimensión de crisis no es privativa del marxismo; la comparte con las direcciones fundamentales del pensamiento social actual.

La situación es muy difícil: el marxismo se conoce muy mal y muy poco. Se conoce más la vulgarización que tomó el nombre del marxismo, se le desprecia bastante y se le asocia al autoritarismo, a la ineficacia y a muchos males atribuidos al socialismo, unos con razón y otros sin ella. Y el punto de partida de ese desprecio es peligrosísimo, forma parte de una ola conservadora que se extiende por el país, y que afecta también a sectores intelectuales. Tenemos numerosos profesionales preparados y con práctica, pero con fuertes deficiencias de información y formación teórica, e influidos por la situación que he descrito. Los problemas acumulados afectan mucho las posibilidades de desarrollo generales de la filosofía y los campos teóricos de las ciencias sociales, afirmación que relativizo cuando considero diferentes disciplinas e individualidades. La burocratización también afectó duramente a la administración de las ciencias, y no creo que en el caso de las ciencias sociales los llamados polos científicos resuelvan mucho. En Cuba algunas ciencias tienen un gran desarrollo, y allí sí son válidos los instrumentos de coordinación, y de racionalización de esfuerzos y recursos. Pero lo que necesitan las ciencias y el pensamiento sociales son estímulos a las iniciativas, la diversidad, la información y el intercambio, y no esquemas administrativos que pudieran tornarse camisas de fuerza.

Tantos factores negativos pueden ser más graves para el marxismo, al reforzarse unos a otros en condiciones propicias. Y ellas son advertibles actualmente. La sociedad consti-

tuida a partir de la revolución —un complejo cultural de transición socialista, de relaciones, instituciones, conductas, costumbres, ideas, expectativas, proyectos— está siendo sometida a un conjunto de procesos e influencias que la desafían en muchos terrenos básicos.⁸ Esas nuevas realidades favorecen el aumento de actitudes de fatiga, de alejamiento o de disenso en unos; y en otros, generan grandes modificaciones del modo de vida respecto al modelo que predominó durante décadas, con la consiguiente necesidad de justificaciones ideológicas y, si es posible, legitimación. Sería erróneo, sin embargo, subestimar la fuerza y las capacidades existentes en Cuba a favor de una continuidad del régimen de justicia social y soberanía nacional que hemos tenido. Dentro de ese marco, la renovación del interés en el marxismo a que me refería al inicio puede ser un buen síntoma.

A su favor operan la acumulación de cultura política y sentimientos socialistas, y orgullo nacional, que persisten. Es apasionante la claridad ideológica, la profundidad de crítica, la sagacidad política y la capacidad cultural y técnica con que se expresan multitud de personas en cualquier institución, evento o lugar del país, por iniciativa y preocupación propia, sin haber recibido orientaciones. También es notable la gran expansión de las capacidades de investigar las realidades sociales y la sensibilidad para identificar los verdaderos problemas. Y no es desdeñable el número de los que tienen conocimientos teóricos útiles, y los utilizan. Esos factores favorables pueden ser o no decisivos para una recuperación crítica del marxismo; dependerá de algo más que su volun-

⁸ He tratado esta cuestión, entre otros, en «Desconexión, reinserción y socialismo en Cuba», en *Cuadernos de Nuestra América*, núm. 20, pp. 46-64; en la conferencia «Nación y sociedad en Cuba», UNAM, México DF, 28-9-1994; y en «Marxismo y cultura nacional», ed. cit.

tad, naturalmente. En realidad ha habido esfuerzos e iniciativas desde que comenzó a aflojar el férreo control que existía. Pero el caso es que en el campo del marxismo —y no sólo en él— el dinamismo de individuos y grupos de la sociedad es mayor que el de las instituciones facultadas, y estas tienen en Cuba un peso muchas veces decisivo.

No creo que el problema actual del marxismo sea no tener un modelo a seguir, o de autoridad de clásicos, o de existencia de consensos. Sé que es muy difícil no representarse aquello a que se pertenece como un poder, o al menos como una parcela, cierta cantidad de poder. Pero es vital negarse a eso. Si el marxismo en un país en transición socialista se reduce a ser el marxismo desde el poder, ayuda a que el poder venza al proyecto y otra vez se pierda la batalla del socialismo. Y a escala mundial ni siquiera es pensable esa actitud. Para mí, ser marxista hoy no es asumir y encuadrarse. Es tomar parte en la creación de un rumbo, de un proyecto de vida y actuación ajeno y enfrentado al capitalismo, que incluya prácticas de pensamiento social rigurosas y críticas, relacionadas profundamente con unas posiciones ideológicas y una participación en la formación del campo cultural socialistas, y por tanto participantes en la contienda cultural en curso.

El capitalismo trata de ganar la guerra cultural de la vida cotidiana. Esto es, usted puede decir lo que le parezca y le pueden gustar o no las telenovelas, el anarquismo, la ecología, Lezama Lima, el sexo seguro, la postmodernidad o los comunistas, pero aténgase a que la única cultura posible de la vida cotidiana es la del capitalismo. Los centros fundamentales del capitalismo mundial tienen dos cartas formidables a su favor: un poder inmenso en muchos terrenos, y que la naturaleza de la cultura del capitalismo es universalizante. La reproducción económica de esos centros sólo necesita y abarca a una parte de la población mundial; el resto, enorme, es sobrante. La re-

producción cultural universal de su dominación le es básica entonces, para suplir los límites de su alcance real y dominar a todos los excluidos mediante su consenso. Para ganar su guerra cultural, al capitalismo le es preciso eliminar la rebeldía y prevenir las rebeliones; homogeneizar los sentimientos y las ideas, igualar los sueños. Si las mayorías del mundo, oprimidas, explotadas o supeditadas al capitalismo mundial, no elaboran su alternativa diferente y opuesta a él, llegaremos a un consenso suicida, porque para nosotros no hay lugar futuro. Y en vez de proyectos y esperanzas sólo quedaría el recurso de apreciar el sosiego de nuestra resignación.

Es necesario que haya una alternativa, y que incluya una recuperación y utilización del marxismo, pero, ¿qué marxismo recuperaremos?, ¿en qué consiste realmente «recuperarlo»? Hoy esto está ligado íntimamente a la recreación del concepto de socialismo, porque si no lo recreamos seremos tan débiles que la tarea sería imposible. Si el socialismo entre nosotros es sólo una referencia al pasado, está perdido. Sólo avanzaremos si es una referencia desde el presente hacia el futuro, y tratamos de elaborarlo *entre todos*.

En estas circunstancias y ante las necesidades del futuro cercano, el pensamiento social cubano tiene que volver a tener peso. Los niveles intelectuales tan superiores a escala masiva que se lograron no serán forzosamente una fuerza positiva: en la sociedad que escogimos nada importante es espontáneo, ni es otorgado por el destino. Ya es un teatro de esa tensión el de la reasunción de nuestra historia y la reinterpretación de sus procesos, y entre ellos el pensamiento social, sus productos y sus condicionamientos. Reaparecen algunos autores —Mañach es un ejemplo— y se ensayan revaloraciones, de términos, de adscripciones teóricas, o de posiciones acerca del decursar histórico o el destino de Cuba. El denominador común de estos

temas es haber sido abandonados, poco tratados o maltratados por lo menos durante 25 años.

Me parece muy positivo lo que sucede: de alguna manera ha de ponerse en movimiento otra vez el pensamiento cubano. Sólo llamo la atención acerca de tres puntos: a) cualquiera que sea la opinión sobre el tiempo transcurrido, ahora estamos en uno de esos momentos de obligada reasunción y revaloración de un país: la nación cubana, la historia, las ideas, los valores, los proyectos de futuro. Y no ha sido por decisión de los intelectuales, lo están exigiendo las necesidades de la sociedad, aunque ellas no fueran expresadas; b) nunca han sido neutrales esas periódicas reasunciones y revaloraciones de un país. Con todas las mediaciones, debidas precisamente a su entidad y autonomía intelectuales, ellas expresan también su condicionamiento por los distintos intereses y visiones sociales que existen, y por tanto implican posiciones diferentes y discordes; y c) las negativas consecuencias del gran desnivel que se creó entre la cultura adquirida por la población en los últimos 20 años y los lamentables atributos que han tenido los fundamentos del conocimiento social, a su vez confundidos con la ideología oficial.

Me pregunto entonces, desde mi posición de intelectual socialista opuesto al funesto control burocrático del trabajo intelectual: ¿qué funciones cumplirán las ideas, pensadores y proyectos de país revalorizados en los años noventa, respecto a las necesidades, estados de ánimo, expectativas y proyectos actuales? ¿En las condiciones que atravesamos habrá suficiente independencia de criterio, formación teórica y presupuestos ideológicos socialistas al realizar estas actividades intelectuales?

Este problema nos ilustra una realidad: ciertos temas son principales hoy, y ellos serán cruciales para el desarrollo de la teoría. La nación cubana actual y su proyecto, las clases

sociales en Cuba hoy y sus relaciones con los aspectos de la formación social, son dos de esos temas. El impulso eficaz al desarrollo de la teoría y los métodos suele venir del trabajo serio con problemas básicos. La dimensión histórica de ellos, por ejemplo, exigirá abordar problemas fundamentales de la historia de Cuba a partir del marxismo, esto es, de la teoría de las luchas de clases. Otro tema necesario es el de la naturaleza y los mecanismos de la dominación capitalista en la actualidad.

La recuperación y avance del marxismo tendrá que incluir otra «vuelta a Marx». Esta vez lo exige la situación creada por la bancarrota de los regímenes, organizaciones e ideología que utilizaron su nombre, y el obligado deslinde entre ellos y Marx. Pero también la reclama la proximidad creciente entre el mundo del capitalismo transnacional de hoy y el formulado teóricamente por Marx hace siglo y medio como primera premisa de la liberación humana. Puede ser que su teoría comience a entrar sólo ahora en la fase de su verdadera aplicación mundial. Además, a mi juicio su concepción es la más apropiada para volver a impulsar los fundamentos de la ciencia social, al darles paradigma, algunos puntos de apoyo válidos y una adecuada relación ciencia-conciencia. Claro está que de nada serviría la «vuelta» si se convierte a Marx en un fetiche: sus errores y exageraciones, sus ausencias, lo que ya envejeció, sólo pueden ayudarnos a buscar mejor. Su método y sus aportes teóricos y más específicos, su actitud intelectual, serán inapreciables si sólo los usamos como puntos de partida, o de inspiración, como instrumentos, o para interrogarlos. Hay que poner a Marx y la historia del marxismo —ya sin exclusiones ni tergiversaciones— en relación permanente con el rico y complejo desarrollo de las ciencias sociales y de los procesos sociales del siglo xx.

Reivindico a Marx, que estudiaba las circunstancias sociales condicionantes del pensamiento social, y reclamaba a la vez que el pensamiento sea una palanca eficaz para cambiar las circunstancias sociales. No me limito a declarar «soy marxista», pues no soy una pieza de museo ni quiero serlo. El marxismo es una buena brújula para encontrar el camino en una situación tan complicada como la actual. Pero ser marxista como una profesión de fe me parece estúpido: el marxismo no es un talismán, ni da buena suerte.

Ser marxista sería una de las formas de construir el desarrollo de las ciencias sociales cubanas, de recuperar los procesos históricos y los saberes acumulados en su sociedad, de conocer su circunstancia actual y sus opciones de futuro. Sería participar en la asimilación crítica de todos los campos de conocimiento estructurados como teorías y como profesiones, como técnicas y como resultado de investigaciones, en las ciencias sociales cubanas y del mundo de hoy. Naturalmente, tanto esfuerzo no será para convertirnos en bellos almacenes de erudición, sino para realizar trabajos intelectuales concretos sobre temas necesarios y con medios apropiados. Ser marxista no es tanto un asunto de paradigma, más bien es de lucha y angustia, de estudio y creación.

El país está cambiando, desde el lugar magnífico, dual, menguado y aventurado al que hemos podido llegar. Ese cambio no está regido por un destino inexorable: puede cambiar por rumbos diferentes, tener sus cambios sentidos dispares. ¿No le toca al trabajo intelectual papel alguno en esto, después de los esfuerzos grandiosos que hicimos, que elevaron tanto las capacidades de millones de personas? ¿Es imposible entender que lo más fuerte y avanzado que tiene Cuba es el nivel de los sentimientos y la cultura solidaria de su gente?

¿De qué servirán estos trabajos? ¿Serán sólo, como tantas otras situaciones de hoy, para el fastidio de algunos y la im-

potencia de los otros, fastidio e impotencia a veces, por momentos, permutados? ¿Habrá que esperar a que venga el tiempo de los juicios terribles? Y que después, los historiadores de mañana queden perplejos ante la vez aquella en que enormes capacidades de percepción y lucidez no se correspondían con ninguna actuación. No puede ser tan estéril el trabajo intelectual. Yo confío en la necesidad, que según nos recordó una vez Federico Engels puede más que las universidades, y en las reservas prodigiosas de este país.

La Habana, junio de 1995.

EDUCACIÓN, CULTURA Y REVOLUCIÓN SOCIALISTA*

1.

La revolución socialista tiene objetivos tan ambiciosos que es preferible enunciarlos sintéticamente: *cambiar el conjunto de la manera de vivir burguesa, crear una nueva manera de vivir, comunista*. Eso significa vencer en todos los terrenos, en un proceso muy prolongado, al sistema de dominación social más poderoso y perfeccionado que existe. Ese sistema integra una suma tal de logros culturales que ellos han abierto la posibilidad de pensar un mundo sin dominación, pero a través del signo burgués de la cultura se reproducen continuamente las condiciones de permanencia de su dominación.

La revolución cubana abrió el camino para iniciar el cambio radical de la vida social. Primero fue la guerra revolucionaria que forjó una vanguardia capaz de alzar y conducir al pueblo hacia su liberación, y estableció un poder político revolucionario. Un siglo antes, Marx había escrito: «únicamente por medio de una revolución logrará la clase que derriba [a la clase dominante] salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases». El poder

* «Educación, cultura y revolución socialista.» Ponencia escrita para ser leída en el Primer Congreso de Educación y Cultura, celebrado en La Habana en abril de 1971. Inédita.

posibilitó masificar la actividad humana de liberación, al darles campo a las mayorías para cambiarse a sí mismas a la vez que cambiaban a la sociedad. Y puso en marcha el objetivo martiano antimperialista, cuya tarea era ahora liberar a Cuba de la relación neocolonial. Comenzó así el proceso de revolución socialista de liberación nacional.

El poder político y la expropiación de los burgueses cubanos y norteamericanos en Cuba han sido premisas obligadas para iniciar el proceso de transformaciones comunistas. A partir de ellas se generaron cambios que exigieron nuevas instituciones e ideologías, y estas mismas resultarán ineficaces y superables en la medida que se produzca realmente una transición hacia el comunismo. *La revolución sólo continúa si se revoluciona a sí misma una y otra vez.* La dictadura revolucionaria no es algo dado para siempre: es una lucha tenaz y angustiosa contra las insuficiencias del país que fue capitalista colonizado para sobrevivir libre y socialista, y es formar parte de una revolución mundial contra el imperialismo. Una lucha contra la tenaza formada por la agresión multiforme de un enemigo que no se infiltra sólo por la costa, y por un déficit de capacidades productivas, organizativas, educacionales —en suma, culturales—, que tiene que ser eliminado, y no puede serlo por cualquier medio, sino por medios revolucionarios.

La revolución se produjo en un medio cultural definido por un tipo subalterno y contradictorio de desarrollo burgués neocolonial. Economía primaria exportadora estancada, con un pasado de colosales dinamismos azucareros y niveles técnicos irrisorios, los «auténticos» de Grau medio siglo después del partido de Martí, un mar de analfabetos, ciegos a la cultura escrita, cientos de miles de personas ajenas al cine por no haberlo visto nunca; estos son sólo algunos ejemplos del tipo de cultura neocolonial que regía. En Cuba yacían

juntas, dominadas, expresiones muy avanzadas del pensamiento, las artes y las técnicas, con las muestras más terribles y cotidianas del desvalimiento, la miseria y la ignorancia. Este es el campo y la arcilla de la revolución socialista, la transformación más radical y profunda que puede emprender una sociedad. Si no partimos de relacionar nuestras realidades con nuestros propósitos será imposible actuar sobre nuestros problemas con probabilidades de éxito.

Frente a la manera de vivir anterior, la revolución ha actuado como desencadenante de enormes fuerzas sociales. Si tratamos de comprenderla, identificaremos acciones e impactos continuos o discretos, generales o parciales, heterogéneos; veremos crestas o momentos de mayor afectación, y efectos más o menos duraderos en sectores más o menos grandes de la población y en determinadas actitudes y esferas de las individualidades. Podemos registrar la efectividad de la revolución en su tendencia a integrar cada vez más personas, cada vez más actitudes de cada una de ellas, cada vez de modo más «natural» y duradero. El camino de esos cambios es, en el sentido más general del término, la *educación revolucionaria*, y su resultado orgánico futuro será la formación de una cultura nueva, radicalmente diferente a la cultura burguesa, capaz de circular en todos los procesos sociales y plantearse los problemas humanos desde una nueva dimensión.

Los ejemplos de ese proceso son innumerables. Ya no se recuerdan los tiempos en que la docilidad del trabajador manual era exigida por la miseria y la satisfacción más común se reducía a llegar a conocer un oficio o beber el día del cobro. Los obreros organizados de hoy ven como algo natural el pleno empleo y el cumplimiento de un orden laboral que les es muy favorable, le asignan un valor social a su actividad y conocen la fuerza de su actuación política; el vago ya no es considerado un «vivo», sino la escoria de la sociedad. Ahora

emergen como fundamentales otros problemas, como es, por ejemplo, la baja productividad resultante de la falta de recursos, baja calificación, deficiencias organizativas e indisciplina. Solamente una revolución socialista puede aspirar al desarrollo económico sin acudir a la coacción y el soborno burgueses de los trabajadores, puede pedir esfuerzos máximos sin imponer tasas de inversión asfixiantes.

Un conjunto de funciones sociales tiene un enorme papel, de maneras diversas, en la educación de la población: maestros, funcionarios, trabajadores científicos, artistas, periodistas; las de defensa armada de la revolución, de su seguridad, de las leyes del país. En la reproducción de la vida económica de la sociedad en condiciones socialistas se produce simultáneamente una parte de la nueva educación; a través de las funciones citadas arriba se proyecta, se difunde, se orienta, se garantiza, se corrige el rumbo y se socializa esa educación comunista. El trabajo de miles de jóvenes del MINFAR y el MININT en función de la defensa y la acción social en numerosos aspectos de la vida del país son factores educativos importantísimos; sin embargo, me referiré aquí solamente a maestros, artistas, científicos y técnicos, periodistas y organismos que tienen que ver con esas funciones desde el tema de este escrito.

La complejidad del trabajo que realizan estos últimos no es menor que la confrontada por los compañeros que enfrentan los problemas de la producción. El conjunto del proceso educativo de la población contribuirá en medida no pequeña a ir desterrando la falta de iniciativa, de capacitación y de aprecio por la eficiencia, que pesan como lastre neocolonial sobre nuestros procesos económicos. Pero atenderé aquí a los procesos educativos en sí mismos, y sus problemas específicos.

Los propósitos de la educación, enunciados en forma muy general, consisten en desarrollar las capacidades de los indivi-

duos a la vez que la generación y socialización de actitudes nuevas, superiores a las que genera la sociedad burguesa, que brinden un sentido nuevo al ejercicio de aquellas capacidades.

El capitalismo afianza su hegemonía en las sociedades que domina mediante el signo burgués impreso a las actividades sociales. El consumo de infinidad de productos se efectúa (o se desea) a partir de los mecanismos mercantiles de comercialización, y de la ideología burguesa acerca del consumo, que es vivida por la mayoría de la población. La escolarización de la gran masa, la formación universitaria y las profesiones y objetos de trabajo de los técnicos y los científicos, las instituciones que producen diarios, revistas, libros, películas, o que presentan, agrupan o lanzan a literatos y artistas, son todas actividades que responden a necesidades sociales. Pero la principal necesidad social del sistema es eternizar la dominación burguesa. ¿Cómo se conjugan la necesidad social y la necesidad de la clase dominante? Me limito aquí a señalar que el extraordinario despliegue cultural contemporáneo —sin cuyos productos no es posible plantearse ir lejos en las transformaciones revolucionarias— está transido de significación burguesa, y desempeña papeles ideológicos fundamentales en el sistema de dominación social.

La expropiación económica no significa que de inmediato una economía se torne socialista, pero en los terrenos que llamamos culturales el problema es aún más agudo, porque el carácter burgués está aún más oculto, sobre todo en ciertos aspectos sutiles. Que la prensa en manos de la revolución sirva a fines opuestos a la prensa de dueños burgueses está muy claro para todos; pero que no puede solicitarse mediante anuncios la incorporación a la zafra como machetero como se anunciaba «Coca Cola», es algo aclarado hace apenas cinco meses. Un factor realmente importante es que la formación de los trabajadores intelectuales —en términos generales

y dejando a un lado ciertos problemas de la noción misma—conlleva mecanismos eficaces y antiguos para hacer de ellos auxiliares mayores o menores, conscientes o no, del sistema de dominación de clases. A pesar de que las actitudes y prácticas revolucionarias, y los procesos formativos en general, aumentan la receptividad a la ideología comunista, pesan todavía sobre muchos trabajadores intelectuales las formas mismas en que se realizan sus actividades, y aspectos como la «comunidad» literaria o artística, la «neutralidad» y «objetividad» del trabajo científico, la majestad del grado profesional o el relumbrar de la fama, cuya carga ideológica burguesa no ayuda a discernir los campos entre actitudes y productos revolucionarios o no revolucionarios.

Como es natural, de estas deficiencias no están exentos los que desempeñan funciones directivas, en la medida en que como individuos no hayan conseguido superarlas. Es justo reconocer también que las instituciones y procedimientos que la propia revolución pone en práctica van perdiendo vigencia muchas veces ante nuevas situaciones, y otras veces muestran ineficiencias o errores nuevos, derivados del proceso mismo de transición.

En resumen: la toma del poder político es sólo la premisa para revolucionar el conjunto de la vida social; esa gran transformación implica el desquiciamiento sucesivo, continuado y heterogéneo de las estructuras e ideologías preexistentes, y también de las que va creando el propio proceso revolucionario, todo ello en relación obligada con las circunstancias internacionales de la revolución y de la contrarrevolución. Instituciones e individuos han sido casi hasta ahora moldeados por el capitalismo, y del mundo apenas estrenado se recae penosamente en el mundo que se quiere destruir, no solamente a causa de las «desviaciones». El capitalismo detenta todavía una poderosa cultura material, y se sirve de una enor-

me cultura espiritual incomparable a la de cualquier época anterior; los revolucionarios comunistas impulsan el mundo de la miseria y el desvalimiento en un combate por las premisas de una existencia digna para todos, y están obligados a *la difícilísima tarea de expropiar y cambiar de su signo burgués a aquella cultura para que concurra a la formación de una cultura nueva y distinta*. Es imprescindible una teoría y una política para la negación del modo de vida burgués, pero a condición de ser también capaz de servir a la afirmación de un nuevo modo social de vida.

2.

En la sociedad en transición revolucionaria, la unificación de la población en el esfuerzo educacional no elimina la diversidad y especificidad de las actividades a que nos estamos refiriendo. La escolarización, la educación universitaria y especializada, las actividades literarias y artísticas, las ciencias sociales, naturales y exactas, los medios masivos de comunicación, son dedicaciones diversas, con objetos, motivaciones, historia y problemas a veces muy lejanos entre sí; sus modos de educar, la entidad y el ámbito de esa función en cada una de ellas son, por tanto, variadas. En estos apuntes atenderé sobre todo a los principios y los procedimientos que utilizan los órganos de la dictadura del proletariado para orientar, impulsar y coordinar esas actividades, esto es, *a la política cultural*.

Lo primero, naturalmente, es la necesidad de su existencia y su especificidad. Si el proceso revolucionario pretende la transformación total de la vida social, condición insoslayable de la creación del comunismo, todas las actividades sociales deben estar presididas por y contribuir a esa necesidad principal. Por tanto, la política cultural es parte orgánica en el

conjunto de una política de dictadura del proletariado; su naturaleza, funciones y límites están fijados por el alcance del movimiento revolucionario y el momento en que se encuentre. Aparecen así dos precisiones: por una parte es utópico desarrollar la política cultural que se desee, sin consideración a los papeles educativos que *debe* desempeñar en la circunstancia concreta en que se inscribe ni el grado de realización que *puede* tener en esa misma coyuntura; por otra, es tan absurdo prescindir de una política cultural que ordene los impulsos y las reacciones del poder revolucionario como lo sería prescindir de una política de desarrollo económico, puesto que ambas se dirigen a un mismo (y difícil) objetivo.

Hasta ahí llega, sin embargo, la analogía. El orden planeado de una política cultural se ejerce sobre un ámbito específico, por las características de sus problemas, de sus objetivos, sus medios y sus cuadros. Ante todo, se trata de un aspecto de la dictadura revolucionaria. «Con la revolución ningún derecho», se ha definido en breve su principio: la función del trabajo intelectual es referida a su inteligibilidad última, es referida a la Revolución. De paso, Fidel ponía en su lugar al estado de derecho, institución e ideología del sistema burgués. El principio enunciado es, obviamente, sólo el punto de partida; desde él se hace imprescindible *elaborar los modos específicos de una política cultural*.

Así como la guerra revolucionaria violentó el orden social existente y se dio como un producto no normal en el cuadro de actividades posible, la educación revolucionaria tiene que producirse como actividad que va más allá de lo que «normalmente» debía esperarse de las limitaciones de nuestro medio social actual. En realidad el proceso revolucionario es resultado, en sus rasgos más generales, de la violencia que ejercen los hombres sobre sus condiciones de existencia para

arrancarles efectos diferentes a los que normalmente producirían. Ya en el poder la revolución, la educación se propone nada menos que mantener la formación de los individuos siempre por encima de aquella que generarían sus condiciones de existencia, esto es, instrumentar su permanente inconformidad y su eficiencia transformadora de esas condiciones de existencia en una dirección comunista. La educación es garantía de la continuidad del proceso mediante la ampliación progresiva de la conciencia y la capacidad de la población para producir nuevos cambios sociales.

Pero no se trata, naturalmente, de un medio imperfecto que pueda ser «reformado» por la acción de un grupo de hombres esclarecidos; ese mito iluminista tiene su lugar en la panoplia ideológica burguesa. «Las circunstancias las hacen cambiar los hombres y el educador necesita, a su vez, ser educado», escribió Marx hace siglo y cuarto. Ese es el punto de partida que necesita el esfuerzo educacional: la exigüidad de recursos culturales para la educación sólo puede ser combatida con éxito por la revolución continuada de las circunstancias, de los hombres que son educados y de los educadores, como en su día los insurgentes cambiaron el contenido y el sentido del poder político y se cambiaron a sí mismos en la lucha.

Las dificultades reales son tremendas. La actividad intelectual, decíamos arriba, implica en su acto mismo y en la preparación para ejercerla, una función de la dominación de clase. Conseguir que esta no sea su función actual entre nosotros es ya un triunfo tremendo, y sin embargo incompleto y siempre amenazado. Aquí están, imprescindibles, las técnicas modernas de instrucción, comunicación de masas, de dirección; la mundialización de formas expresivas que tanto sirven a la comunicación; los ambientes «cultos», las «comunidades» científicas y artísticas. Ese complejo cultural es portador o se elabora bajo el signo ideológico burgués. La actividad intelectual per-

tenece —ha pertenecido hasta la revolución— por derecho propio al mundo de la dominación de clase, ¿hasta qué punto ha dejado de ser así entre nosotros?

Sin duda, hasta un punto avanzado. No se asume la dignidad humana en la medida en que lo ha hecho el pueblo cubano en revolución sin derribar las barreras primeras y segundas de la dominación, las más terribles y ostensibles. Sentirse dueño del país, participar del movimiento histórico, entender lo escrito y poder gozar de las expresiones artísticas, crecer innumerables dimensiones por la conjunción de oportunidades personales y deberes sociales, son avances extraordinarios hacia la socialización de las actividades intelectuales, que facilitan la consolidación de su cambio de función y la tendencia a la amortiguación de su oposición al trabajo manual. Esos logros nos exigen plantearnos cuáles son los problemas de hoy, qué dificultades deben vencerse para seguir avanzando.

El propósito de estas notas no es abarcarlas, sino solamente apuntar algunas de ellas para contribuir a un debate necesario. Hay elementos objetivos que no escapan a quien tenga alguna sensibilidad: las dificultades materiales que confronta el sistema de escolarización por la escasez de recursos del país es sólo una, aunque importante. La escasez de personal calificado caracteriza prácticamente a todas las actividades y es por tanto una constante, asumida a veces con cierta conformidad. Pero no es posible plantear una política únicamente a partir de esos elementos objetivos: ella sería la política correspondiente a las condiciones de existencia y no a su revolucionamiento.

El factor positivo más importante para trascender a la insuficiencia de nuestras posibilidades educacionales actuales —y además el único recurso abundante para un país pequeño en revolución— está en las capacidades potenciales desplegadas por la mayoría de la población en un proceso de

profundización política de su actitud ante la educación para una nueva sociedad. Esto exigiría esfuerzos crecientes, sobre todo a maestros, funcionarios, periodistas, artistas, científicos; pero, ¿acaso no han respondido los trabajadores manuales al reclamo de Fidel el 26 de julio pasado de redoblar esfuerzos y desarrollar la politización, al mismo tiempo que culminaba una etapa de enormes tensiones y esfuerzos laborales? También exigiría señalar los errores, las debilidades, hacer la autocrítica profunda de las actividades intelectuales; pero, ¿no se ha hecho una más honda en un momento crucial para la economía y la sociedad, y no salió de allí un movimiento vigoroso de rectificación, de profundización en los problemas, de fortalecimiento? La educación no puede ser menos revolucionaria que la política. La función del trabajo intelectual en la educación para el comunismo necesita audacias, esfuerzos y señalamientos.

La fidelidad ilimitada a la revolución —que no es un foro parlamentario ni un juego de salón, sino una lucha a muerte— fijaría las fronteras y aseguraría los propósitos de ese proceso. Dentro de ella se debe incidir en el aumento del aprovechamiento de todos los medios educacionales a nuestro alcance, revisar las ideas que tenemos acerca de su uso, aprender a darle un sentido de educación socialista a las actividades, aumentar las capacidades de la población y su ejercicio a través de actitudes revolucionarias. Se debe ir al encuentro de *nuevos modos de ser del trabajo intelectual* que permitan combatir eficazmente la incapacidad, la formación de grupos burocráticos, el intelectualismo, la falta de criterios e iniciativa, la debilidad ante las formas de penetración ideológica capitalista, la resultante, en suma, de la cultura burguesa que nos queda y de ciertos híbridos subdesarrollados propios de la fase temprana de la transición revolucionaria.

Los debates sin restricciones entre revolucionarios y la clarificación de problemas, conductas y líneas a seguir multiplicarían las fuerzas del trabajo intelectual, por el aumento de su eficiencia y su precisión ideológica, en un tiempo en que este última es, a la vez que importante en sí misma, condición de la primera.

La reproducción «normal» de la llamada cultura —orientada ideológicamente a favor de la dominación burguesa— contribuye a dificultar la elaboración de una política cultural socialista. Un ejemplo: en sociedades capitalistas, literatos y artistas (o más exactamente, una parte de ellos) sufren a la vez un proceso de exaltación y desprecio sociales. Son «vedettes», ejemplo a imitar o piedra de escándalo, y simultáneamente son tolerados a regañadientes como inútiles o sospechosos al orden establecido. Estoy abordando la cuestión desde el punto de vista de sus funciones en el sistema de dominación, pero quien la vea así solamente simplificará demasiado y no entenderá ni siquiera el ángulo que abordo. Ese carácter ambiguo ha sido creado socialmente; acumula viejas historias, funciones y situaciones, pero hoy es sólo una de las consecuencias de la sujeción y articulación del desarrollo del arte y la vida del artista en la formación social burguesa. La dominación necesita que existan lugares de la comunidad humana posible, o del rechazo a la miseria de la vida; que haya alimento espiritual de altos principios siempre por realizar, y si es posible incluirlos en la base cultural del régimen; también puertas de escape que se franqueen, nichos para los rebeldes que posean un intelecto y una sensibilidad superiores «a lo vulgar». En todos los casos, son válvulas de seguridad para el sistema, en la medida en que canalice más bien que desarrolle inquietudes. Que la fracción dominante pueda considerar inútil o sospechoso al artista demuestra, entre otras cosas, que nadie es perfecto; pero, además, indica el

carácter contradictorio de las potencias que desencadena el capitalismo. En el mismo proceso que despliega un poder de clase inigualado, brinda premisas para representarse o intentar su destrucción por medio de la revolución.

Si la revolución en el poder no se sacude de encima los pesos ideológicos del capitalismo puede correr el riesgo de compartir su desprecio-exaltación del literato y el artista, y dañar gravemente su propio proyecto. Exagerar la política de consideraciones hacia personas o grupos cuya conducta es no revolucionaria de manera activa, sólo por ser artistas o literatos, sin apreciar las consecuencias sociales negativas que eso acarrea. O por el contrario, calificar genéricamente de «conflictivos» a artistas y literatos, llenar de sospechas el ambiente intelectual, ahogar la expresión de criterios e imponer «lo que entienden los funcionarios». Ambas actitudes son muy negativas; utilizarlas alternativamente es funesto. Ellas agreden las iniciativas e impiden la corrección de errores y debilidades. Se corre el riesgo de que funcionarios e instituciones se coloquen al margen de los intereses y la disciplina política de la dictadura revolucionaria, y no sea suficientemente valorada su acción social negativa. Una resultante perversa es la absurda posición del intelectual como «conciencia crítica de *la* sociedad» —otra vez el intelectual fuera de la realidad— en vez de la conciencia y la actuación crítica de los revolucionarios sobre *su* sociedad. En realidad esa posición completa un par, es un espejo frente a la torpeza del funcionario que no abre caminos revolucionarios para el arte: en realidad constituyen dos impotencias frente a las necesidades del cambio social.

Trataré de ejemplificar problemas y hacer algunos comentarios en un campo que me es menos desconocido que otros, la enseñanza universitaria, con el único objeto de contribuir a la profundización en un aspecto específico de la educación.

3.

Para la Universidad, el problema del cumplimiento de su función como instrumento educacional se presenta hoy como el problema de la universalización. Si no se toma como un juego de palabras («universalización de la universidad»), se entiende el sentido profundo de la propuesta de Fidel: como otras instituciones con que cuenta la dictadura proletaria, la Universidad debe cumplir el cúmulo de funciones que la etapa actual le exige, y contribuir simultáneamente a la transformación de la concepción y la realidad actual de los llamados estudios superiores, esto es, echar las bases de su futura desaparición como Universidad.

Esto no elimina —sería vicio utopista o expresión demagógica— la comprensión de los innumerables problemas acuciantes de la realidad cubana actual: la Universidad debe enfrentarse a las insuficiencias y necesidades de hoy con los recursos de hoy, y aportar algo a su solución. Un programa de universalización, sin embargo, fijaría el rumbo y marcaría los medios por los cuales estas mismas tareas actuales pueden contribuir a cambiar a los hombres en el proceso mismo en que ellos cambian a sus circunstancias. Si la lucha por el desarrollo tiene objetivos comunistas, la Universidad no puede simplemente modernizarse; debe revolucionarse una y otra vez.

En la etapa actual, la realidad y nuestros propósitos permiten y exigen que se aborde la concepción de ese programa y se den los primeros pasos para su puesta en práctica. Los escollos no son pequeños: es necesario que la universidad enfrente y supere sus propias contradicciones. En contra están las formaciones ideológicas universitarias que resisten a los cambios, compuestas por las fortalezas mentales de la tradición de alta cultura, el retraso en que han caído las estructuras, la rutina

burocrática y las debilidades de la formación revolucionaria. Es necesario lograr la articulación de esfuerzos y la colaboración con una gran parte de las actividades del país y las instituciones implicadas en ellas, esto es, que el esfuerzo universitario esté integrado a una política más general.

Las insuficiencias universitarias para afrontar la tarea son enormes (en adelante, nuestros comentarios y sugerencias se referirán a la Universidad de La Habana). La institución universitaria alcanza su estructura y desarrollo modernos durante el despliegue del capitalismo; aparente neutralidad, templo laico de estudios «superiores», espacio con ciertas libertades de cátedra, verticalismo autoritario, facultades y departamentos como compartimentos de saberes acotados que sirven a profesiones con linderos precisos. Pensadores y estudiosos contemporáneos han explicado ya con bastante profundidad las funciones que cumple la universidad en la conservación del sistema burgués. Pero la existencia del poder revolucionario —y de las instituciones políticas y la ideología de la revolución en la Universidad— nos hace a veces olvidar las formas de pervivencia de la ideología y estructura burguesas en las concepciones y el funcionamiento universitarios.

No se trata de buscar «deformaciones». Las instituciones y las personas en nuestra sociedad en transición tienen facetas nuevas y viejas, ritmos de cambio, permanencias tenaces y también algunos defectos nuevos. La revolución es lucha por el comunismo, no el comunismo mismo, aunque eso no exima de «culpas» a los revolucionarios. En la universidad, como en otros terrenos, lo importante es localizar las formas en que persiste el signo burgués de su anterior función, los aspectos ineficaces del trabajo revolucionario actual y los modos eficaces de socializar conductas revolucionarias tendientes al comunismo.

El desprecio a la separación entre trabajo manual e intelectual es un valor muy común en nuestra universidad. Pero es

posible que su incorporación sea superficial, si no trasciende a la mera disposición a ir a trabajos voluntarios y considerar los mismos como una «obligación de todo trabajador intelectual». Hasta ahí puede ser la inversión que hace la buena conciencia para asegurarse un sueño tranquilo después que se ha cumplido con el proletariado. Esa relación externa es reforzada por los malos métodos usados muchas veces en las movilizaciones, la falta de información y de relación con la unidad productiva, que refuerzan la poca estimación que en sí mismo despierta el tipo de trabajo de técnica rudimentaria que casi siempre realiza el voluntario. Ya los más jóvenes traen de su enseñanza media experiencias de trabajos voluntarios que incluyen esas deficiencias, pero ese inicio más temprano en sus vidas del nexo trabajo manual - trabajo intelectual es un rasgo muy positivo.

Por otra parte, ya son extraordinarios la formación especializada y los niveles científicos que pueden transmitirse a los individuos que tengan acceso temprano, prolongado y eficaz a instituciones formadoras desarrolladas. Nos resulta imprescindible lograr la formación de gran número de esos cuadros, que en un futuro cercano serán obviamente candidatos a dirigir cada vez más procesos sociales, por la capacidad que adquieran y por la complejidad de esos procesos. Pero por eso es vital que su formación logre de ellos actitudes y visiones del mundo revolucionarias. Si no es así, su función social tenderá a apoyar la perpetuación de la dominación de las mayorías por un grupo, en vez de contribuir con su ejemplo y su orientación a la creación de una nueva cultura de liberación.

El apelativo «superior» y el carácter de «misterio» de las carreras (las palabras mismas portan una idea de élite que está lejos de haber desaparecido) son favorecidos por la concepción misma y la estructura de estudios y organizativa de muchas áreas universitarias, por el academicismo, la «ética

profesional», el desprecio a los menos capacitados que trabajan en objetos análogos a los de los especialistas universitarios, la falta de buenas divulgaciones y las insuficiencias de la enseñanza especializada para jóvenes y adultos que trabajan. Todo eso conspira contra una asunción más profunda de sus deberes sociales en una revolución socialista por parte de aquellos que tienen una capacitación mayor que la promedio. Solamente cuando la superación de esta situación haya avanzado largo trecho podrá pensarse seriamente en la futura desaparición de la especificidad «trabajador intelectual» —expresión, por cierto, vergonzante—, porque sólo entonces se estará *realmente* en vías de superar definitivamente la significación social de dominación de clase entrañada en la separación del trabajo manual y el intelectual.

Me permito hacer una prevención acerca de las trampas de ciertos lenguajes, porque ellas condicionan fuertemente la manera de pensar ligada a las cuestiones culturales en la sociedad de clases. Más de una vez naufraga una iniciativa atinada al ser traducida al sistema de pensamientos posibles para un medio dado, sea de estudiosos o de funcionarios (no considero aquí el componente oportunista que puedan tener algunas conductas). Se adoptan acríticamente las normas y los comportamientos que parecen implicar modernización, o fortalecer al nuevo orden. Por ejemplo, se considera un gran avance disciplinario la imposición de restricciones, en ocasiones absurdas, convirtiendo un instrumento en un fin en sí. Se puede así provocar malestar o rechazo a una masa de estudiantes, sin prestar suficiente atención a aspectos fundamentales de la disciplina estudiantil, como sería el estudio. En el fondo, la superficialidad en la concepción disciplinaria puede estar ligada a la creencia en la solución individualista del problema de los estudios: los «mejores» y «más inteligentes» se graduarán, los demás «quedarán en el camino».

Quisiera dejar para el debate opiniones y sugerencias específicas, con el ánimo de situar algunos elementos de los problemas actuales de nuestra Universidad, que ayuden en algo a su profundización. Dejo sin tratar aspectos tan importantes como la integración de la política universitaria en una política más general que implique la actuación de numerosos órganos del Estado en relación con ella, por no tener elementos suficientes ni parecerme procedente aquí. O los problemas de la formación de adolescentes en nuestra sociedad actual, capa de la cual pronto saldrá la gran mayoría del alumnado universitario; las obligaciones de la universidad en los trabajos e investigaciones en ese campo son tan principales que resulta imprescindible examinarlas en cualquier consideración que se haga de la universalización.

La Habana, abril de 1971.

PLÁCIDO Y EL VERDUGO*

Quizás este sería un buen título para una obra de teatro a partir de la exposición escrita por Plácido el 23 de junio de 1844, cuatro días antes de su muerte. La demostración de su autoría, de que fue escrita de una sola vez, de que no le dictaron partes del texto, son pruebas de lo que puede hacerse contra una persona para quebrantarlo, y de que no fue la última la violencia mayor ejercida contra el poeta.¹

Durante cinco meses de cautiverio en soledad, con maltratos físicos y quince interrogatorios, abandonado por los que en otro tiempo lo celebraban, acusado por 33 reos desde el inicio, estrujado y extorsionado por el fiscal, engañado por la propuesta de perdonarle la vida, nace y se desarrolla en Plácido el deseo de gustar a sus verdugos, de execrar a la libertad, de adular a España, de redimirse él mismo mediante las

* «Plácido y el verdugo.» *La Gaceta de Cuba*, núm. 6, UNEAC, La Habana, nov./dic. 1993.

¹ La motivación inmediata de este comentario fue la lectura de *¿Es falsa la confesión de Plácido?*, rigurosa y sagaz investigación de Adis Vilorio y José Pérez (Colección Pinos Nuevos, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1994). Me mueve además este 150º aniversario poco recordado de «la voz más humilde que ha tenido nuestra poesía» (Cintio Vitier: *Lo cubano en la poesía*, 1957), y de los mártires de 1844.

denuncias, de creer en su culpabilidad sólo para poder expiarla y declararse víctima para inspirar lástima, de mostrarse amigo y defensor del orden, de pedir permiso para defenderlo más. Plácido se proclama débil en todos los sentidos, pusilánime, y ofrece su debilidad personal como prueba de inocencia. Lo último que conserva y que casi no abandona es su pertenencia racial. La exhibe como prenda de inferioridad, de perenne minoría de edad, de incapacidad para el delito, o por lo menos para formas graves de delito.

El hombre semiculto asume la prosa jurídica —género que, a diferencia de los demás, siempre se le presenta al neófito de manera amenazadora—, para abandonarla enseguida en busca de una forma en la que él es más capaz de rogar eficazmente por su vida. El literato semiculto está demasiado angustiado para pasar la prueba de un buen alegato en prosa mientras se muere del miedo a la muerte. Pronto abandona la letra adornada, después aprieta cada vez más la pluma ante el terror por el tiempo que se va. Hacia el final de las veinte cuartillas que escribe, el punto desgastado hiere el papel en el borde de cada palabra.

El mulato que aspiró a ascender y recibir reconocimientos merced a su talento para la poesía se da cuenta de que ya sólo puede rogar, y rogar bien, para tratar de salvar apenas la vida. Se le acabaron los salones, las sonrisas, las dádivas, las mujeres, las palabras, los amigos, la libertad, la vida. No es nadie frente al poder, y su afán es que el poder reconozca al menos que él no es nadie, y que no lo mate. Es natural que su «Plegaria a Dios» sea incomparable a la «Exposición»: en aquella todavía habla la persona, y utiliza el medio que domina. La «Plegaria» es su defensa y es una obra humana. La Exposición de Plácido a sus jueces son fojas de un sumario en que la sentencia está dictada desde el inicio y la condición humana le ha sido quitada previamente al prisionero.

Aceptemos que el fiscal dejó a Plácido a solas aquel 23 de junio, solo con una pluma y papel. *Pero esta historia de dictados comenzó muchos años antes.* A Plácido le han prescrito durante toda su vida la guía de sus comportamientos y de gran parte de sus sentimientos y pensamientos. Su inferioridad, su pedigueñería, el ser de medio pelo en todo: desde la piel mestiza, desgracia decisiva pero no la peor posible, porque lo coloca en el lugar menos malo entre las castas inferiores, le da oportunidades, esperanzas e ilusiones. Le han dictado que él no es poeta sino poeta mulato, del mismo modo que más bien que un nombre lo que tiene es un apodo. Si Plácido es a pesar de todo un gran poeta es porque no se aprendió del todo ese dictado. Desde que era un niño le han pautado la obediencia y la resignación, le han enseñado a «darse su lugar» social y a reconocer la majestad del poder. Además le dictaron que él no podría nunca proponerse ejecutar ningún alto designio. Y ahora lo capturan y lo consignan, lo encierran y lo azotan, lo someten al hambre y a las humillaciones, lo quebrantan de todas las maneras, y a la vez pretenden que él ha sido un hombre importante en una conspiración: como si Plácido tuviera un apellido propio y limpio, como si fuera un blanco, como si tuviera posición, propiedades y dinero. Por eso escribe: «¿Por qué pues ha de ser Plácido el apóstol de la discordia?». Denuncia así también la equivocación de los todopoderosos: ¿cómo va a ser importante un hombre inferior?

Por último, el fiscal Pedro Salazar le ha dictado todo lo circunstancial de la exposición, incluidas las acusaciones a personas. Lo que sucede es que se lo dictó todo durante cinco meses, con ayuda de todos los refinamientos y todas las bestialidades del poder, y lo dejó listo para el mejor dictado final: sin que le dicten nada, a solas, Plácido escribirá la autoacusación perfecta, la retractación esperada, el indicio supremo de su culpabilidad. Nadie puede hacer por él ese

ejercicio, ni el resultado sería satisfactorio. La exposición final es la suma de todos los dictados recibidos, la concreción del ejercicio ilimitado del poder que, como rito propiciatorio, salva al poder de sus limitaciones. La exposición es el certificado de la anulación de su autor como persona. Ya Plácido puede ser, o no ser, fusilado.

Ese texto, y los días postreros de Plácido, son un marco ideal para sustentar dramáticamente el abismo de iniquidad y de creación de monstruos en las personas de dominadores y dominados que poseen el colonialismo y el capitalismo. (Una derrota fundamental en los intentos de crear el socialismo en Europa fue la reintroducción progresiva en sus realidades de esas consecuencias de la dominación). No es la de Plácido una página de antiguas historias. Al final del siglo xx son áreas de negocios el narcotráfico y el robo de órganos de niños; millones de hambrientos vagan en busca de sus últimos árboles para cocinar algo, sin conocer siquiera la palabra ecología; casi mil millones no pueden leer este texto, ni ningún otro. Y el racismo y la xenofobia recuperan más adeptos que la ópera.

El drama de Plácido desnuda a los actores de esa historia nuestra. El colonialismo corrompe toda condición humana, logra generalizar la autodevaluación de los dominados, crea monos imitadores y de improviso desata su ferocidad también contra ellos. Los pardos y morenos libres de Matanzas —estos hijos de la maravillosa dinámica del capitalismo temprano en Cuba—, señores de los oficios y las artes, orgullosos de los frutos de su actividad y de su lugar social, fuerzas vivas propietarias y profesionales, contrapeso potencial de la esclavitud masiva, en su mayoría súbditos respetuosos del orden político colonial, no fueron defendidos por los hombres de alta posición, incluidos los criollos de espíritu romántico o científico que hoy son recordados con admiración.

El orden brutal que los aplastó era al fin y al cabo el defensor de los intereses de la clase de los dueños de la sociedad, el «año del cuero» era un trabajo sucio que resulta periódicamente necesario. La burguesía colonial corrió tras la ganancia y se sintió a la vez casta superior, vivió sus paradojas, y se condenó —esto se ha hecho costumbre— a ser siempre colonial, incapaz de defender o propiciar el desarrollo de los elementos sociales necesarios para su posible hegemonía política autónoma.

(Cita de la «Exposición» de Plácido, para un posible recuadro: «En el año que fue alcalde ordinario de la Villa de Guanabacoa D. Ignacio García de Osuna se podía decir que aquella era una república sin senado ni Dux, porque los blancos, pardos y morenos bailaron en medio de las calles y en las casas mezclados; el ¿canario? ¿comisario? D. Fernando Martínez soltó el bastón y el sombrero y se puso a bailar danzas y minuet con la negra en la casa del moreno Rafael Morales; todavía viven los músicos del Batallón de pardos que tenían depositados allí sus instrumentos...»)

«NUESTRA AMÉRICA». PRESENTE Y PROYECTO DE LA AMÉRICA LATINA*

I. La propuesta martiana

Es una coincidencia feliz la del centenario de «Nuestra América» con la necesidad de llenar el vacío que deja la caída del socialismo real, tumba ideológica a la que se quiere arrastrar en la actualidad a todo el pensamiento revolucionario. Antes de aquel derrumbe ya estaba en marcha en la América Latina una gigantesca operación que debía consolidar los efectos de las grandes represiones políticas y sociales, y del proceso neocolonial de transnacionalización, sucedidos ambos en las últimas décadas. Esa operación pretende renovar y ampliar el consenso de las mayorías con los sistemas de dominación, mediante la alternancia de gobiernos civiles en Estados nacionales más fuertes y tecnificados que nunca antes en sus funciones de mando y de represión, utilizando la recreación del mito de la democracia y el mito del liberalismo más bien que los avances de la democracia real, y con aparatos formadores de opinión pública a su servicio que han multiplicado su alcance, atractivo, nivel técnico, inculturación y diversidad.

* «“Nuestra América”. Presente y proyecto de la América Latina». *Anuario del Centro de Estudios Marianos*, núm. 14, La Habana, 1991.

La caída del socialismo real, desenlace funesto de un extravío que gravitará sobre todo el fin de siglo, introduce una formidable variación en contra de los intereses de los pueblos latinoamericanos, porque permite postular que frente a la fuerza inmensa e incontrastada de los Estados Unidos no queda otra salida que resignarse y «esperar tiempos mejores». Las políticas posibles serían sólo las orientadas o avaladas por el imperialismo y sus agencias, los arreglos bilaterales de las situaciones económicas críticas serían los únicos tolerados; ahora la soberanía solo puede defenderse parcialmente —extraña parcelación— y hasta el crimen impune de Panamá induce a hacer más concesiones en vez de denuncias.

En perspectiva, resulta aún peor la supuesta lección que pretende sacarse de la caída del socialismo real: el socialismo como aventura de cambio de las personas y la humanidad, ha fracasado, fue una hermosa ilusión impracticable. No hay que mezclar ideales y realidades. Quizás, si somos pueblos laboriosos y juiciosos, alcancemos algunos logros que tal vez traigan consigo el mercado democratizado y la democracia mercantil. Se consumiría así el robo de la esperanza, con el decreto de que la historia ha terminado. En adelante, algunos países volarán en hermosos círculos; los demás podremos admirarlos mejor mientras nos arrastramos, en círculos también.

A un siglo de la aparición de aquel breve ensayo en Nueva York y en México, es necesario llamar la atención sobre la vigencia y procedencia actuales de «Nuestra América», esto es, del mensaje y del proyecto martiano de conquistar una segunda independencia de la América Latina, y dentro de él, del lugar y el deber de Cuba en América. Intentaré basarme en esa necesidad para presentar una visión de «Nuestra América» desde el presente y el futuro de la América Latina. Relacionar la prédica de José Martí con nuestra circunstancia

exige que examinemos si aquella fue acertada, trascendente y duradera, y si su circunstancia es comparable con la actual.

Toda revolución profunda genera un pensamiento trascendente, y lo hace por lo menos en dos sentidos. Porque ese pensamiento analiza de manera nueva y radical todas las realidades de su entorno, incluidos los proyectos sociales, y las baña con una luz nueva, volviéndose a la vez capaz de participar de modo decisivo en la creación de realidades nuevas. Y porque el pensamiento puede trascender a la coyuntura que lo anima y al asunto inmediato que lo ocupa, e integrarlos a una perspectiva de mayor alcance acerca de la actividad y motivaciones humanas, y de las relaciones e instituciones sociales. Cuba entró en un profundo proceso de revolución durante el último tercio del siglo XIX, que se propuso resolver —en grados y momentos diversos— los tremendos problemas nacionales y sociales del país. José Martí, líder político fundamental de la última fase de aquel proceso, produjo, con amplia ventaja, el movimiento y el pensamiento más revolucionarios de esa época.

«Nuestra América» expresa, en síntesis, la enorme riqueza y radicalidad de la posición y el proyecto revolucionarios de Martí, en su dimensión latinoamericana. Entre muchas sugerencias y afirmaciones importantes, veo en el texto cuatro tesis principales acerca de su asunto central:

1) las estructuras coloniales han logrado permanecer en las repúblicas latinoamericanas: «la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República», dice Martí, «nos quedo el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado»;¹

¹ José Martí: «Nuestra América», en *Obras completas*, La Habana 1963-1973, t. 6, p. 15-23. .En lo sucesivo las frases o fragmentos de Martí, entrecomillados en el texto, pertenecen a ese ensayo, salvo indicación del autor.

2) el liberalismo no es la opción de progreso que «civilizará» al Continente, como disyuntiva excluyente frente al «atraso» y la «barbarie» de las dictaduras y las montoneras. Mentes colonizadas son incapaces para «regir pueblos originales, de composición singular y violenta», porque ellos no saben «con qué elementos está hecho su país», dice Martí. No pueden ser creadores estos estadistas o pensadores, y por tanto no pueden gobernar en un pueblo nuevo, ni guiarlo en el proceso de reconocerse —identificarse, diríamos hoy—, cambiarse mediante la acción conjunta, y disfrutar todos lo que debe ser de todos, que esos son para Martí los objetivos de la acción política latinoamericana. «Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano.»² «Entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando por su falta de realidad local, el gobierno lógico»;

3) el peligro mayor para la América Latina es «el vecino formidable», «un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña», «el águila temible» el «crítico goloso e impaciente», «el yanqui aniquilador y rapaz», que de estas y otras formas parecidas llama Martí en sus escritos al imperialismo norteamericano. «La diferencia de orígenes, métodos e intereses» entre los Estados Unidos y la América Latina está próxima a convertirse en un intento de apoderamiento y dominio del primero sobre la segunda. Comprender esto es fundamental, y actuar en consecuencia;

² Cintio Vitier, explica los papeles de los tiempos verbales en la prosa política madura de Martí: «daban» por «deben dejar de dar», o un tiempo presente para lo que debe suceder y con la acción hay que propiciar, son aspectos de ese lenguaje político.

4) América se salvará, esto es, hay que salvar a la América nuestra, pero sólo podrá salvarse mediante soluciones propias, y que impliquen la participación de la masa de los oprimidos. «A los setemesinos sólo les faltara el valor», «porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás», anatematiza Martí desde la década final del siglo XIX, no más fácil década que la que comienza ahora. La unidad es indispensable y es virtud suprema, postula, pero ella no es una abstracción. Ante todo es «la marcha unida», es una unidad para realizar una misión histórica, «la segunda independencia» latinoamericana. Es una unidad basada en levantar a los humildes y convocarlos a una lucha que si no es popular no tendrá fuerza suficiente para osar vencer, y si no es para que todos disfruten lo que debe ser de todos —para que se realice la república— no valdría la pena. «Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores.»

La salvación no está en rescatar, mucho menos en imitar, «la salvación está en crear». Hombres nuevos americanos les llama Martí a estos que llegarán a verse a sí mismos «con los ojos alegres de los trabajadores». La América trabajadora es la que lleva a costas la gran tarea que vendrá, y es la heredera del Continente, en el arrebatado final de «Nuestra América» en que encuentran su sentido la naturaleza, las culturas autóctonas, los próceres y la gesta popular de la independencia, el proyecto de Bolívar, «el criollo independiente», el mestizaje triunfante y, sobre todo, la fundación que es preciso, realizar: «la América nueva».

Lo esencial se ha dicho, y el autor se explica: «Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.»

Martí siente orgullo de lo que la América Latina ha logrado ya: «de factores tan descompuestos, jamás, en menos tiem-

po histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas.» Proclama ese orgullo ante todos, clava a los bribones que se avergüenzan de su origen, canta las glorias de la independencia y culpa al colonialismo del retraso y la herencia desventajosa que pesan ahora, frente a la urgencia de cerrar el paso al neocolonialismo y de crear repúblicas nuevas. Por lo mismo, no hace hagiografía con los héroes ni patrioterismo con la independencia. En cambio, Martí hace interpretación histórica y análisis de las estructuras de las sociedades y las conductas de los actores sociales —juicios asistidos por la pasión, como pedirá José Carlos Mariátegui una generación después—; y todo lo hace con el objetivo de aclarar, movilizar y organizar para la acción liberadora.

Están a la vista la trascendencia y el alcance extraordinarios de «Nuestra América». La visión martiana ha funcionado como forma de conocimiento social superior y guía política para toda una época histórica que apenas comenzaba a desplegarse. Martí logra formular una utopía (un más allá alcanzable mediante la praxis) americana, un objetivo y un destino específico para el Continente latinoamericano. En el mismo proceso en que devela o analiza lo esencial de la historia, las contradicciones y las necesidades de esta América, identifica a su enemigo principal —el imperialismo norteamericano— y explica que el enfrentamiento es ineludible, propone el desarrollo de una autoidentificación y una coordinación práctica latinoamericana para las acciones de defensa y de liberación, y postula que este programa es la única opción.

II. La producción de un pensamiento latinoamericano

Si tomáramos el conjunto de la obra martiana, ya que «Nuestra América» es coherente con ella, todo lo expuesto se enriquecería y desplegaría mucho más. Toda esa producción

intelectual de Martí, que guarda una correspondencia ejemplar con su trayectoria vital, es una combinación maravillosa de enfrentamiento y previsión de los asuntos de cada día con una lucha complicadísima y prolongada, que teje voluntades y maneja coyunturas muy disímiles, con una estrategia radical y unos objetivos revolucionarios de gran alcance.

Martí tiene un conocimiento profundo de lo esencial de la historia de América, de la nuestra y de la de los Estados Unidos, como evidencia, por ejemplo, en «Madre América» (1889). Tiene la comprensión más completa de la contraposición existente entre ambas Américas, a partir del conocimiento de sus raíces, su contenido a fines del siglo XIX, la inevitabilidad del choque y la tendencia imperialista norteamericana. Esto fundamenta la necesidad de que nuestra América se una contra ese imperialismo, una necesidad perentoria si la vemos desde la actividad martiana como político revolucionario, o una necesidad histórica a realizar si miramos desde el pensador revolucionario que trasciende su tiempo.

Martí llama a la lucha, porque no hay otra opción: es fundamental que todos entiendan que el «convite» panamericano es sólo una estrategia norteamericana de debilitar, para el asalto inminente, a los países de la América Latina. «Lo menos peligroso», dice, «es ser enérgico», mientras que la debilidad y las concesiones no salvarán a nadie. Reclama no aliarse a los Estados Unidos en sus enfrentamientos con poderes europeos, no ir unas repúblicas al servicio de los Estados Unidos contra otra república latinoamericana, impedirle que ensaye su colonialismo nuevo (su neocolonialismo) en las repúblicas americanas. Son los pasos que deben llevar hacia la obra necesaria: la segunda independencia. No puedo evitar recordar al Che, setenta y cinco años después, llamando a nuestra

América, al Tercer Mundo, con las palabras de Martí: «es la hora de los hornos, y no se ha de ver más que la luz».

El conocimiento de Martí de lo esencial latinoamericano es la base del alcance asombroso de su obra de madurez, intelectual y política. Sus manifestaciones innumerables están centradas o inspiradas, tienen su clave en ese conocimiento, que a su vez ha sido motivado, impulsado y alimentado por la acción revolucionaria cubana de Martí y por el largo camino de más de dos décadas de estudios de las realidades cubanas, hechos siempre desde el propósito de hacer la revolución de liberación nacional, cuyo carácter necesariamente popular, comprendido y emprendido como objetivo de su práctica política, estará en la base de su concepción de la *república nueva*. Y así, por ejemplo, en esa pieza crucial que es el discurso del 10 de octubre de 1889, expone acabadamente su tesis del papel de la guerra para que «un pueblo nuevo y heterogéneo» se descubra a sí mismo mediante su propia actuación, se unifique, ejercite «la originalidad necesaria para juntar en condiciones reales los elementos vivos que crean la nación». Y explica que los problemas de un pueblo así no se resuelven con los consejos del último diario inglés, ni con una recién llegada tesis alemana, ni con otras lucubraciones importadas del Norte, como alertará quince meses después, en «Nuestra América».

La exposición y defensa de la especificidad latinoamericana es el logro mayor de su posición intelectual revolucionaria. Martí la convoca a reconocerse a sí misma, que es una forma superior de existir, un peldaño decisivo hacia la toma de posesión de sí misma. Si sólo eso hubiera logrado ya habría razón para elogiarlo mucho, pero Martí va más allá. Relaciona a esta América con «la que no es nuestra» y con Europa, por la raíz misma de esas relaciones, que son las colonizaciones. «Lo que es» la América Latina incluye desde

ahora lo que le han hecho sus depredadores desde la conquista,³ lo que le obligan hoy a ser, lo que en apariencia es, y sobre todo, lo que está obligada a realizar con su actuación para conquistar ese ser suyo. El manejo de la especificidad y la identidad latinoamericana frente al Occidente colonizador, criminal y burgués, al Occidente de maravillosas revoluciones tecnológicas y culturales, es el pivote sobre el que este hombre excepcional logra desarrollar una posición, una obra, un mensaje y un combate anticolonial y antineocolonial. Este hijo de una colonia y formado en las metrópolis, poseedor en grado sumo de los frutos espirituales de aquella cultura occidental, intelectual moderno como pocos ha habido, logra transmitir una posición, una obra, un mensaje y un combate frente a la colonización espiritual —funesta porque pretende desarmar para siempre al colonizado, y sumarlo, hacerlo cómplice contra su pueblo—, frente al dominio enemigo que convierte a la civilización, la modernidad, el liberalismo, las luces, los avances, en polos de dominio contra nuestros pueblos, y de antinomias falsas para desarmar y desmoralizar, y hacer lacayos a los pensamientos y los sentimientos.

Entonces produce Martí interpretaciones del mundo desde la América Latina, esa necesidad vital de hoy, sin la cual quizás no nos salvaremos; produce otro pensamiento, irreductible a la cultura dominante y también a la cultura avanzada pero dominada, que van floreciendo en el Tercer Mundo a partir

³ «¡Robaron los conquistadores una página del Universo!», apostrofa en 1884 (*O.C.*, t. 8, p. 335). El debate alrededor del quinto centenario del inicio de la opresión y explotación en América tiene en los numerosos pasajes en que trata el tema de la Conquista, y en el sentido de toda la obra de Martí, una de sus fuentes más valiosas y de mayor peso, desde el lado de la identidad y la lucha por la emancipación americana.

de las colonizaciones. Es bochornoso leer tanta tontería o confusionismo presuntuosos con motivo del Bicentenario de la Revolución Francesa, un siglo después de la página luminosa en que Martí explica a los niños, y a todos, lo esencial de la Revolución Francesa; una página en que reconoce a los protagonistas de la revolución, y los menciona seis veces —los trabajadores, los que trabajaban, la gente de trabajo, los hombres de trabajo, así les llama—, expone el sentido profundo de aquellos acontecimientos, no menciona por su nombre a ninguno de los personajes que llenan las narraciones sobre esa época, y concluye: «Ni en Francia, ni en ningún otro país han vuelto los hombres a ser tan esclavos como antes.» Tras lo cual se lanza, en diecisiete páginas agudísimas y atractivas, a mostrar y ofrecer, desde nosotros, claves de interpretación del mundo entero.⁴

El pensamiento martiano fue el más subversivo de su época, para Cuba y América Latina, porque fue a la raíz de los problemas fundamentales y de su superación, y mostró un camino para crear nuevas realidades y hombres nuevos, enlazando el proyecto más ambicioso de liberación nacional y humana concebido hasta entonces en América, con las propuestas concretas de cómo ir realizándolo. Martí emprendió una cruzada de clarificación y de reunión, de movilización de sueños y organizaciones, desde mucho antes que su lucha fuera visible, y lo fuera su papel de conductor supremo de la revolución cubana. Sus escritos durante la estancia en México (1875-1877) contienen ya elementos importantes de este nuevo pensamiento.⁵ En 1880 le escribe a Miguel Viondi:

⁴ J. M.: «La Exposición de París», en *La Edad de Oro*, O.C., t. 18, p. 406-431.

⁵ Un ejemplo: en *La civilización de los indígenas*, al tratar el tema de la «criminal indiferencia ante una raza», afirma que las «revolucio-

«Lo imposible es posible. Los locos sois cuerdos.» A fines de la década, ya se lo dirá a todos: «el único hombre práctico, cuyo sueño de hoy será la ley de mañana».

De aquí en adelante todo en Martí, hasta el último papel y el último esfuerzo, hasta la muerte, irá luchando y apuntando en esa dirección. Todavía cercana su caída, en marzo de 1896, Enrique José Varona, el científico social y el pensador que ha ido recorriendo laboriosamente su camino, comprende lo que da sentido y unidad a la obra y la conducta martianas, el reto tremendo de planteo y la política práctica que debía convertir lo «imposible» en posible, y en realidades. «No colocó su ideal en un mundo inaccesible», dice Varona: «todo lo hacía como si no hubiera de hacer otra cosa», «no era un político especulativo». «Tenía la convicción: “yo alzaré al mundo”». Y en todo fue grande, pero lo mayor fue su facultad de armonizar y organizar.»⁶

Martí fue el más revolucionario entre los revolucionarios de su tiempo, y era forzoso que arrastrara, que despertara fe en los que hacen la historia aunque no le conozcan del todo las razones. También era forzoso que polemizara con otros que dentro del campo de la revolución tenían ideas más moderadas o respondían a proyectos menos revolucionadores.

nes de principios» (liberales) serán infructuosas «mientras no hagamos una revolución de esencia». «Se está consumando el ideal político; pero necesitamos para realizarlo de la unidad social», «[...] las naciones no se constituyen con semejante falta de armonía entre sus elementos: todo debe repartirse equitativamente». (*Revista Universal*, México. 14-1-1876.)

⁶ Enrique J. Varona: «Martí y su obra política». Discurso, 14 de marzo de 1896. En *De la colonia a la república*. Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, La Habana, 1919.

Cuando se quebrantó el proyecto revolucionario del 95, cuando el país fue ocupado militarmente por los imperialistas norteamericanos y se desembocó en la primitiva república burguesa neocolonial, fue lógico que se rechazara a Martí, y que se le olvidara. La contrarrevolución ansiaba desaparecerlo, y no podrían asumirlo ni entenderlo «los reformistas sinceros —el movimiento regular que siempre sigue a un impulso prolongado», utilizo palabras de Martí de 1894. Agotado aquel ciclo revolucionario, Martí quedará como herencia yacente, que levantarán los revolucionarios del siglo xx.

III. Martí y el futuro de América Latina

Martí sigue vigente para América Latina, porque el problema básico que planteó hace un siglo sigue en pie: la necesidad de la liberación nacional, y la de las luchas populares, nacionales y continentales, para lograr esa liberación nacional. En el siglo transcurrido, los Estados Unidos cayeron sobre nuestra América. Las fases sucesivas de ese apoderamiento y de las resistencias y luchas revolucionarias y populares en la región son lo medular de la historia latinoamericana de este siglo. Pero la acumulación anterior de sus sociedades, más los modos específicos a través de los cuales se han desarrollado el capitalismo neocolonizado y la vida de los pueblos de la América Latina, dan por resultado una complejidad y suma de contradicciones tales que hacen a estos «pueblos nuevos» los más autoidentificados, caracterizados y potenciales sujetos de cambios radicales del Tercer Mundo.

No se muestra nada promisorio a simple vista, sin embargo, la coyuntura actual. Los problemas de los cambios posibles, que serían la cuestión democrática y la cuestión del socialismo, o expresado de otro modo, la cuestión de las rela-

ciones entre contrarrevolución, reformas y revolución, tienen una riqueza y presentan unas dificultades extraordinarias. El proceso de «modernización» capitalista vivido por la mayor parte de la región en las tres últimas décadas ha producido desastrosos resultados que prácticamente nadie puede negar: grande y sostenida urbanización caótica sin empleo ni servicios suficientes; industrialización transnacionalizada que no forma parte de proyectos nacionales de desarrollo y que carece de apreciables mercados externos; capitalismo agrario sin desarrollo rural; violenta caída de los niveles de vida en los años ochenta y marginalización de gran parte de las poblaciones en cada país;⁷ doctrina de seguridad nacional, dictaduras prolongadas y terribles represiones y matanzas «para combatir el enemigo interno», mientras en esos mismos países se ha consumado una gran dependencia externa; gobiernos civiles en los últimos años dondequiera que hubo dictaduras, pero que más bien continúan las políticas económicas y las tareas generales que sus predecesores militares emprendieron, y cuyos poderes representativos tienen en la realidad límites muy marcados. La lista de miserias amenaza ser interminable.

La Revolución cubana y el establecimiento de un poder socialista en América que ya tiene 30 años es la demostración práctica —con sus inmensos logros, sus insuficiencias y sus errores— de que es posible vivir de otra manera, incom-

⁷ El estudio de CEPAL «Magnitud de la pobreza en América Latina en los años 80», de julio de 1990, estima en 183 millones a los pobres que residen en la región (pobres, según CEPAL y PNUD, son las familias que no pueden pagar el costo de su canasta familiar y apenas cubren sus necesidades básicas); constituyen el 44 % de la población total de la región. Según el estudio, 88 millones (casi la mitad) viven en la indigencia.

parablemente más humana y justa, en este continente. Su desafío magnífico y permanente al imperialismo es el logro mayor de una política propia obtenido por pueblo alguno del continente, y eso lo saben los latinoamericanos. La alternativa socialista y el marxismo en español contenidos en la Revolución cubana constituyen un polo diferente y opuesto al del capitalismo en América. Los conceptos y la práctica fueron revolucionados por ella, piedra de escándalo y herejía para la escolástica, el dogmatismo y el reformismo. El actual proceso cubano, llamado de rectificación de errores y tendencias negativas, parte de los valores creados y las características propias de esta revolución para intentar superar las graves consecuencias de los cambios en Europa oriental y en la situación mundial, a la vez que las deformaciones y desviaciones del proceso y las insuficiencias del país, que fueron las causas del inicio de la rectificación en 1986. Para ello apela a promover una mayor participación popular en todos los campos, buscando el desarrollo de sus instituciones democráticas propias, y que de ellas salga la profundización del socialismo.

En la mayor parte de la América Latina las expresiones ideológicas, políticas y organizativas que provienen del campo popular tienen en su contra la sistemática destrucción a que han sido sometidas las organizaciones por la represión, y el aumento cualitativo de los medios de control ideológico y cultural. A favor tienen, además de la necesidad y los anhelos de los desposeídos y ofendidos, la enorme y dilatada escuela política y la herencia aportadas por las luchas de las décadas anteriores, y la ampliación consecuente —que es ya una verdadera multiplicación— de los actores populares y de las formas de su participación en la vida social. Sería un grave error subestimar el potencial que ofrecen, a quienes sean capaces de articular reivindicaciones inmediatas y estrategias

de liberación, la profundización y el enriquecimiento de las percepciones y la cultura acumulada de autoidentificación y rebeldía que tiene hoy el campo popular.

La democracia está hoy en el centro de los lenguajes políticos, pero para muchos millones de latinoamericanos ella no es sinónimo de sueños ingenuos, engaños periódicos o espejismos. Por ejemplo, ya no es posible separar democracia de economía: a los líderes, partidos y gobiernos democráticos se lea exige ante todo políticas económicas de objetivos claros. Dentro del campo popular no se concibe democracia sin participación, y en las más diversas actividades y organizaciones se producen incontables experiencias, se critican las formas de conducción y de dominación que hasta hace algún tiempo se soportaban o se consideraban naturales, y se discute, se aprende o se diseñan formas democráticas para la actuación social y política. La necesidad de formas de poder popular se va abriendo paso en numerosos medios; de sus experiencias y debates saldrán planteos más claros y eficaces del problema del poder.

El juego de «democratizar» la hegemonía burguesa para ampliar el consenso, ese viejo juego con ventaja al que el capitalismo está obligado a jugar por su naturaleza, tiene siempre la desventaja de que expande la actividad y las representaciones políticas a cada vez más amplias masas desposeídas, cuyo desarrollo las va tornando más capaces de exigir lo que el sistema no puede satisfacer sin minar las bases mismas de su dominación. El reformismo es imprescindible para conjurar la revolución, pero a riesgo de que en el medio que el reformismo crea, mediante su negación activa, radical y eficaz, surja la revolución. En la América Latina el equilibrio es todavía más riesgoso para las clases dominantes porque, frente al potencial revolucionario del campo popular, el capitalismo carece de reformas económicas que realizar o incluso prometer, y en vez de bonanzas, traba-

jo o redistribuciones que amplíen o retengan su base social, debe hablar de políticas de ajuste, de obligaciones económicas, de «pactos» y «concertaciones» sociales, de «austeridad» para los pobres, o pasar abiertamente a la represión.

¿Contarán las clases dominantes de la América Latina en crisis de fines del siglo xx con un reformismo en el seno de las organizaciones populares y del pensamiento revolucionario que les favorezca en el objetivo central de conservar su poder? ¿Sólo serán posibles las «salidas» a la crisis permanente que el imperialismo y sus aliados en cada país tengan a bien ofrecer? Ante el agotamiento de los modelos de avance capitalistas nacionales, la vaciedad explícita de los pensamientos avanzados pero mentalmente colonizados, la unipolaridad emergente que aumenta el poder, la presión y la libertad de los Estados Unidos para actuar en la región, el reacomodo de tiburones que llenarán lo fundamental de la política internacional mundial en el futuro cercano, ¿qué puede hacer, cómo puede encontrar su camino la América Latina?

Buscar sus propias fuerzas y movilizarlas, interpretar el mundo desde sus realidades, intereses y anhelos propios, presentar a las relaciones inevitables con el mundo lo mejor defendidos sus intereses, pese a la heterogeneidad que la caracteriza también, hacerle cauce al movimiento popular y a la desesperación motivada por la crisis social. Me parecen estas, y otras como estas, las tareas posibles y el único camino para evitar el suicidio de las concesiones que culminarían en la entrega pura y simple. Para estas tareas, para plantearlas bien, es imprescindible que el pensamiento sea latinoamericano, y que sea él quien injerte en nuestro tronco el inmenso caudal cultural que se mueve en el mundo actual. José Martí resulta entonces indispensable, y asumirlo un acto que nos dirige hacia el futuro, y no al pasado.

Sus tesis mismas de «Nuestra América» están dramáticamente en pie, aunque sean ya otros los datos del problema. El conjunto de sus escritos, su modo de abordar los problemas, la armonía y complejidad de relaciones entre su conducta y sus proclamaciones, entre su objetivo liberador y su práctica política, entre la política y la ética, todo Martí puede servirnos para entender el presente y trazar el proyecto, si somos capaces de ser grandes y hábiles.

Martí vio muy claros el lugar de Cuba en América y el deber de Cuba en América. Su más famoso fragmento sobre el tema, la carta postrera dirigida a Manuel Mercado, expresa claramente su estrategia americana, y el alto destino que le tocaba a Cuba como parte de la lucha de nuestra América. También ve claro Martí en la necesidad de que el continente emprenda su camino de reafirmación y liberación, para que Cuba tenga en él aseguradas su independencia y su entorno natural, de pueblos libres coaligados. A su amigo querido se lo escribe, en esa misma carta: «Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará, o yo se lo hallaré. Esto es muerte o vida, y no cabe errar.» Cuba será libre de España y de los Estados Unidos, esto es, del pasado colonial y del futuro dominador neocolonial, para iniciar así la segunda independencia; los demás países latinoamericanos necesitan andar ese camino, la unidad es indispensable para el triunfo.

Un siglo después Cuba se levanta, conseguida la liberación nacional que Martí comenzó a pelear, pero convencida de que ella tiene que consumarse una y otra vez en el mundo que existe, «que no nos es ajeno», y que a menudo intenta aplastárnosla, o recortárnosla. Los nexos de los fundamentos espirituales, de la cultura política y de la fe revolucionaria de los cubanos con la América nuestra son enormes y entrañables. Las relaciones reales entre nuestras culturas actuales son,

sin embargo, muy insuficientes; muchos fuertes enemigos, falta de fuerza material cultural, algunos desaciertos nuestros, y el desconcierto que produce la originalidad misma de un régimen socialista como el cubano, están en la base de esa insuficiencia. Las relaciones económicas son una muy modesta fracción de nuestro intercambio, aunque crecen, y tenemos numerosas relaciones estatales.

Es previsible que los Estados Unidos sean más tenaces y agresivos contra nosotros, en la coyuntura actual. Pero también es previsible que Cuba sea identificada cada vez más como la alternativa de liberación latinoamericana que efectivamente es. Intereses diversos pueden mover a clases y estados que pretendan intercambios provechosos y cierta autonomía en beneficio propio; en el campo popular las desgracias materiales e ideológicas pueden acrecentar mucho la simpatía y solidaridad que siempre han existido, las que se multiplicarían si se abre un nuevo ciclo de protestas y movimientos populares y revolucionarios.

El desarrollo del socialismo cubano, los modos como salga adelante de su difícil circunstancia actual, renuevan el problema del deber de Cuba en América. El socialismo cubano es la realización en América de la postulación martiana de la liberación nacional con justicia social, y la demostración palpable de que sólo uniendo ambas es posible triunfar, sostenerse y avanzar. Es el proyecto de un cambio total de las personas y las instituciones, un cambio cultural como contenido real del socialismo, un largo proceso en que tienen que ser los participantes masivos los agentes fundamentales, los que harán realidad las tareas más grandes, antes tenidas por imposibles, los que se cambiarán a sí mismos en el curso de su actividad, y serán capaces de ir derrotando paulatinamente al egoísmo, el individualismo, el afán de lucro, el afán de dominio, organizados y unidos por el objetivo común y por

un poder revolucionario que, siendo por necesidad muy grande, sea por naturaleza concebido como un servicio.

Con todas sus insuficiencias y errores, nuestro socialismo en un país pequeño, subdesarrollado, al pie mismo de los Estados Unidos, es mucho más fuerte moralmente, por sus valores, y materialmente, por la unión y capacidad de resistencia encarnizada de su pueblo, que un socialismo basado en la competencia entre las gentes y el ansia inalcanzable de los consumos de los desarrollados, que un socialismo que se convierta en la dominación de un grupo en nombre de la sociedad.

La conversión de proyectos en realidades, mediante el predominio del factor subjetivo en la sociedad, es el secreto del éxito de las revoluciones profundas. Violentación de lo que la sociedad parece poder «dar de sí», cuando se logra que las gentes den lo que sí pueden dar de sí, búsqueda pragmática y apasionada que exige una y otra vez la renovación organizada de lo que parece ya definitivo, por instituido, para aproximar la realidad cotidiana al deber ser del socialismo. En esa difícil y maravillosa tarea puede ayudarnos mucho Martí. Con su ayuda podremos incluso recuperar mejor el propio pensamiento nuestro, y pienso en el Che, ese hombre tan grande que hasta alguna vez hemos sentido la tentación mezquina de considerarlo demasiado grande. Este seguidor de Martí que reclamaba hace casi 30 años que se forjara el plan «como obra creadora del pueblo, como la acción de la voluntad del hombre, sobre las posibilidades o sobre la economía, para transformarla y cambiarle su ritmo». Y nos pedía a todos «no desconfiar demasiado de nuestras fuerzas y capacidades».

Martí exclamó una vez, al honrar a Bolívar 63 años después de su muerte, que él permanecía en el cielo de América «vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear [...] porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy». Hoy los cubanos estamos en mucha mejor situación en relación con Martí,

aunque tenemos mucho que aprender todavía de él, y que poner en práctica de su prédica entre nosotros. Y también los demás latinoamericanos, pese a faltarles la conquista decisiva de poderes populares, pueden asumir hoy a Martí desde una riquísima experiencia de luchas y de logros de sus sociedades, de crecimiento cultural propio. Unos y otros tenemos que acercarnos, y tenemos a Martí de nuestra parte para hacerlo, ahora que, para terminar con sus palabras, debemos reconocernos unos y otros, como los que van a luchar juntos.

¿POR QUÉ JULIO ANTONIO?*

Juventud Rebelde ha convocado a escritores noveles, bajo tres nombres significativos. Mella, Pablo y Rubén son ejemplo de unidad de pensamiento y acción revolucionarios. Sus vidas refrendaron sus escritos, y la muerte en la lucha los hizo ya para siempre jóvenes. Así, quizás sería innecesaria la interrogante que encabeza estas líneas. Pero hay más.

La sucesión cultural es un índice de la nacionalidad, y no puede reducirse a invocar nombres que, siendo formalmente nuestros, resultan casi desconocidos por su obra. Al recordar a Mella, trataremos de exponer algunos aspectos del problema.

Hay una continuidad ideológica, estrechamente vinculada al desarrollo de cada sociedad, que es el suelo en que fructifican y legitiman su vigencia las nuevas ideas y teorías. La liberación de España, la explotación del trabajo asalariado, la colonización azucarera, la dominación económico-política imperialista, modernizaron el país. Pero esto trajo también, a través de larga lucha, el «minorismo», la superación de la colonia cultural, la *Revista de Avance*, la lucha antimperialista, la CNOC, el Partido Comunista. Mella es representativo de una época porque, viniendo de Varona, trasciende al anhelo

* «¿Por que Julio Antonio?». *El Caiman Barbudo*, núm. 1, La Habana, marzo 1966.

cientifista y al pesimismo de un ideal truncado, para ofrecer una nueva visión cubana de la realidad, asistida por el marxismo. Y su obra resiste las épocas de reacción, el silenciamiento y el tiempo, porque se ha integrado ya a las fuerzas nacionales, para servir de punto de partida hacia metas más altas.

No es literario el mérito mayor de Julio Antonio Mella. Pero sería disminuir su estatura ver en él sólo al campeón del civismo frente al corrompido protectorado, al atleta de la huelga de hambre, «bello e insolente, como un héroe homérico», al forjador de rebeldías. Mella fue revolucionario de un tiempo de sembrar, y cumplió su tarea a plenitud. En mítines, conferencias, centros de estudios para trabajadores, como publicista, señaló a la dominación imperialista como el mal mayor, y a los obreros su deber de encabezar el futuro.

Aunque se asomó al marxismo ya en medio de la lucha, buscó en el estudio de la teoría el derrotero de la actividad revolucionaria. Poco antes del Congreso Antimperialista de Bruselas, lamenta «la falta de tiempo para las cosas del pensamiento», ante el imperativo de estudiar y situar a Martí como personalidad revolucionaria. Considera necesario buscarse la raíz en la continuidad revolucionaria de su pueblo, extraer las experiencias de aquella lucha tremenda, calibrar las tareas de la época en el análisis de los principios martianos.

Un año antes de su muerte escribe un premonitorio ensayo acerca del APRA. «Los comunistas ayudarán, han ayudado hasta ahora..., a los movimientos nacionales de emancipación aunque tengan una base burguesa democrática».¹ Y él está dispuesto a continuar sus palabras con la acción, junto a

¹ Mella, J. A.: *La lucha revolucionaria contra el imperialismo*. Editora Popular de Cuba y el Caribe, La Habana, 1960, pp. 19-20.

los «nacionalistas», partido de oposición a la tiranía machadista. Mella entiende la tesis leninista del frente único como un paso en la lucha partidista hacia el socialismo, y critica las tesis abstractas de los intelectuales que hacen juegos de palabras con el marxismo. El divisionismo en el movimiento antimperialista, el oportunismo político de algunas declaraciones, el anticomunismo de su dirigente, le obligan a denunciar al APRA como organización confusionista, que «según se intensifique la clarificación de las fuerzas sociales, se convertirá más y más en una organización reaccionaria», aunque reconoce la honradez de los que «son carne revolucionaria de las cárceles».²

Comentando el pensamiento revolucionario de Martí, nos deja frases de absoluta vigencia: «Internacionalismo significa, en primer término, liberación nacional del yugo extranjero imperialista y, conjuntamente, solidaridad, unión estrecha con los oprimidos de las demás naciones».³ Y sin dejar ni un momento de luchar por Cuba, presta su esfuerzo constante a la Liga Antimperialista y al intento de lograr la unidad mundial antimperialista —tarea insoslayable para los revolucionarios de hoy—, participa como un miembro y dirigente en el Partido Comunista mexicano y actúa en la solidaridad con la gesta de Sandino.

Porque Mella está «entre los más altos guidores de su tiempo cubano y americano», la Juventud lo tiene, con Camilo,

² Ídem, p. 41. *Nota para esta edición*: poco después de publicar este artículo conocí un hecho histórico fundamental respecto al asunto de este párrafo. El VI Congreso de la III Internacional (1928) aprobó una línea sectaria para los partidos comunistas, de enfrentamiento de «clase contra clase», en la que no cabía la acertada posición de Mella para una insurrección en Cuba, a la que se refiere al inicio del párrafo.

³ «Glosando los pensamientos de José Martí», *ob. cit.*, p. 96.

en su emblema. Conocer mejor sus escritos, todavía insuficientemente divulgados, puede ayudarnos a realizar mejor la difícil tarea de nuestro tiempo.

Concurrir a la herencia de Julio Antonio significa, en el orden teórico, no sólo recoger y divulgar su pensamiento, sino trabajar en los problemas que él se hubiera planteado si estuviera físicamente entre nosotros. La complejidad de nuestra época, que es de lucha a escala mundial entre los pueblos y el imperialismo, y por la liberación nacional y el socialismo en las naciones del «tercer mundo», ofrece innumerables campos a la teoría y la lucha ideológica.

La «aplicación creadora del marxismo leninismo» puede convertirse en una frase para calificar los aciertos prácticos de los revolucionarios. Pero no fue meramente como propaganda que Marx vio la necesidad de que la teoría encarnara en las masas. El leninismo es el monumento mayor al espíritu creador del marxismo porque no organizó los hechos sociales a la mayor gloria de los principios, sino que utilizó éstos como instrumental científico para avanzar en la investigación de la época imperialista, de los principios de la revolución y del tránsito al comunismo.

Sin embargo, en cuarenta años la teoría no ha avanzado mucho más allá. Entretanto, el mundo imperialista ha cambiado, el campo socialista se ha desarrollado y ampliado, e insurgen tres continentes que en tiempos de Lenin apenas se desprecaban. Y en muchos casos la teoría de la liberación nacional, de la revolución socialista, de la etapa de tránsito al comunismo, marcha a remolque de los acontecimientos, adornando victorias o derrotas.

Podrían ser investigados problemas relacionados con la bancarrota de una ideología correspondiente a nuestra situación prerrevolucionaria, y con la pretensión de sustituirla por un conjunto cultural cimentado por el marxismo. La aprecia-

ción del fenómeno económico, el régimen de propiedad, los estímulos materiales y morales al trabajo, la necesidad de correlación en la construcción del socialismo y el comunismo, tesis esbozada por Fidel,⁴ el proceso cultural en el campo y el desarrollo agrario, la educación política del pueblo y los riesgos de tergiversación del marxismo en su divulgación, la moral sexual y familiar, son sólo algunos temas.

Mella prometió escribir una obra que consideraba necesaria, «en una prisión, sobre el puente de un barco, en el vagón de tercera de un ferrocarril, o en la cama de un hospital...» Hoy, cuando el poder revolucionario y la orientación del partido hacen más viable la empresa, el trabajo teórico tiene que llegar a ser un factor importante en la revolución y la construcción de la nueva sociedad. Sólo así se completará la posteridad de Julio Antonio Mella.

⁴ Castro, Fidel: «Revista del Granma», núm. 2, *Granma*, 24-10-1965, p. 4 (discurso en la reunión en que se presentó el primer Comité Central del PCC. *N. del A.*).

EL POETA Y LA REVOLUCIÓN*

El centenario de Martínez Villena, ¿es una fecha que nos obliga o es una oportunidad venturosa? ¿Hay lugar para Rubén en nuestro año 2000? Y sí así fuera, ¿dónde está Rubén, al siglo de su nacimiento?, ¿para qué Rubén habría lugar, de quién sería, para quiénes? ¿Cómo se relaciona Rubén con el futuro? Dada la situación actual de Cuba y las perspectivas del ideal al que se consagró Rubén —el socialismo en Cuba—, las preguntas saltan de inmediato.

No traigo las respuestas. Ya es algo traer interrogantes en tiempos como estos. Me muevo entonces ligero desde la posteridad difícil de Rubén —todos los que se destacan en las luchas por la liberación humana tienen una posteridad difícil— hacia su vida, aunque sin intención biográfica. Sólo duró 34 años —«la mitad de la vida»—, y aunque hizo versos desde niño, su lugar en la historia viene de una actuación cívica iniciada en marzo de 1923 —a los 23 años de edad— y una militancia partidaria emprendida a los veintisiete, en 1927. Sus últimos cuatro años fueron de fiebre en todos los sentidos. Un mes después de su penúltimo cumpleaños escribe a Esther, su hermana mayor: «estoy en cuanto a apariencia y a

* «El poeta y la revolución.» *La Gaceta de Cuba*, núm. 6, UNEAC, La Habana, nov./dic. 1996.

lo que me resta de vida, mucho más viejo que tú». [...] «Sólo por la lucha todavía me siento con juventud que no perderé sino con la vida.»¹

El habanero Rubén creció junto con un régimen nuevo en su país: el Estado-nación republicano, que había sido soñado intensamente y conseguido mediante un inmenso holocausto y una acción popular colectiva formidable —la Revolución del 95—, que cambió bastante la vida de la mayoría de los cubanos. Aunque su ordenamiento no era ciertamente despreciable para los cánones de entonces, la primera república cubana no era muy soberana, porque estaba bajo control estrecho de los Estados Unidos, ni tan democrática como pedían los ideales de una larga revolución muy radical y participativa —y mucho menos que el proyecto de Martí—, porque entre 1899 y 1927 la burguesía necesitó una sujeción muy grande de las mayorías, para operar en su beneficio el tipo adoptado de reconstrucción y de gran expansión económica agroexportadora, y para que su sector cubano fuera hegemónico en el país a pesar de ser cómplice y subordinado en el sistema.

No es extraño entonces que el cubano fuera profundamente nacionalista y a la vez se autosubestimara, que alabara la modernización filonorteamericana y asociara sus frustraciones y rencores a la actuación de los Estados Unidos. Que fuera tan activo en política y desarrollara asco por las prácticas políticas. Que amara la democracia y admitiera con naturalidad el racismo. En el mundo de esas influencias se crió Rubén, en un hogar estable y en la escuela de un padre pedagogo, en una «república escolar» y el Instituto no. 1, en una carrera de

¹ *Rubén Martínez Villena. Poesía y prosa.* Letras Cubanas, La Habana, 1978, t. II, p. 518.

Derecho que comparte con trabajos de cuello blanco. Desde jovencito da muestras de ser poeta; a los 18 ya le publican en revistas. Entra a otra república, la de las letras, con su amigo de siempre, Enrique Serpa, y los nuevos amigos coetáneos que van esbozando una generación literaria en los cafés y las redacciones. Una «persona mayor», José A. Fernández de Castro, les da la alternativa en *Social*, y después en una antología que los agrupa bajo un título nada original: «los nuevos».² Es secretario de Fernando Ortiz y conoce a otros cubanos que son notables o lo serán en años venideros.³

En 1922 se gradúa de abogado, sufre el dolor de perder a su madre y su «Canción del sainete póstumo» conoce la fama. Es temprano todavía, pero parece que llegará a ser un intelectual reconocido. Para su grupo social se está abriendo, sin embargo, un tiempo de decisiones. El malestar cubano se torna crítica virulenta en el marco de la presidencia corrompida y democrática de Alfredo Zayas. Pero fue precedido por un hecho histórico que se suele olvidar o subvalorar: se había creado un campo de conciencia y de protesta entre los trabajadores organizados, expresado en las grandes huelgas de 1919

² Félix Lizaso y J. A. Fernández de Castro: *La poesía moderna cubana* (1926). Concurrían a la tertulia Enrique Serpa, Andrés Núñez Olano, Rafael Esténger, Martínez Márquez, Lamar Schweyer, Marinello, Regino Pedroso, Arturo A. Roselló, Ramón Rubiera, Guillén, Mañach, Lizaso, Tallet. Guillén no figuró en la antología. Ver: Raúl Roa: *Una semilla en un surco de fuego* (1936), epíg. III. En *Órbita de Rubén Martínez Villena*. Ed. Unión, La Habana, 1964, pp. 21-26. A. Núñez Olano: «Rubén». Prólogo a *Un nombre y otras prosas* (1940). En *Lunes de Revolución*, núm. 92, La Habana, enero 23, 1961, pp. 16-17. Ana Núñez Machín: *Rubén Martínez Villena*. Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 72.

³ Como Julio Antonio Mella, Emilio Roig, Joaquín Martínez Sáenz, Leonardo Fernández Sánchez o Pablo de la Torriente Brau.

y los años siguientes y el ascenso de un sindicalismo de tendencia anticapitalista. La hegemonía burguesa se erosionó por múltiples vías: desgaste de la política liberal-conservadora y pérdida de credibilidad de sus mensajes, imposiciones norteamericanas más severas, ausencia de alternativas nacionales al previsible fin de la expansión de una economía brutalmente deforme, y ambiente internacional de crítica y de retos al imperialismo. El 1923 de rebeldía universitaria y de intelectuales debe ser comprendido en ese marco de protestas y erosiones, para entender su alcance y sus límites, su apariencia efímera y sus potencialidades.

Había otras opciones, naturalmente. A partir de 1925 se jugó a la implantación de un autoritarismo muy represivo, el fin del bipartidismo y una intervención mayor y más amplia del poder. Convertir a la ideología conservadora en fundamento de la nación, su historia y su futuro, era una necesidad cultural más profunda de la dominación. Han sido usuales dos errores en la comprensión de esta época, y no sólo de ella. Uno es creer que el conservatismo cubano no existió más que como telón de fondo, o maldad que realza la virtud revolucionaria. El otro es eliminar las mediaciones —que son esenciales en los hechos y por tanto para el conocimiento— existentes en cada etapa entre la realidad constituida por el consumo y la producción de ideas y las realidades económicas y políticas, y eliminar o ver muy simplistamente las acumulaciones históricas que porta cada dimensión de una sociedad dada. Estas prevenciones son imprescindibles para la comprensión de la lucha de ideas que se ventiló en la Cuba de los primeros años 20.

Hablo aquí de Villena. Salta entonces la otra cuestión, la de las opciones y actitudes individuales. El joven podía escoger para sí la palestra cívica e insurgir entre los denunciantes del desgobierno, o seguir la senda del literato o la del profe-

sional, o ambas. Entre los jóvenes mencionados hay ejemplos de esas elecciones. Rubén escogió la primera vía. Pero tampoco se va por ella de una vez y para siempre, ni uno valora qué es ir o adónde va del mismo modo a lo largo de la vida. Entre los mencionados hay ejemplos de todo esto. Y la convocatoria del año 23 pareció cerrada ya en 1925. Rubén no estaba predestinado a ser el Rubén que fue, aun si Máximo Gómez lo hubiera intuido.

La dimensión personal es insustituible y decisiva. En un ambiente que exaltaba la juventud como condición superior y promotora de lo nuevo, la regeneración o el cambio, Rubén busca su camino con las armas que tiene: la emoción patriótica que en él es mambisa, la poesía, una inclinación personal a estimar más los ideales que los intereses, el civismo que exige honestidad a la función pública, y los ejemplos que le impactan desde la sociedad. Es un protagonista de la Protesta de los 13 pero no le bastará el minorismo, conoce a Mella pero se va tras Veteranos y Patriotas, torna abatido de su aventura de 1924 y parece que escogerá la vía literaria, pero sus dimensiones íntimas se lo impiden. Precisamente cuando declina la marea de protesta y comienza el machadismo —que confundió a muchos y obtuvo ciertas simpatías—, Rubén, como a contracorriente, encuentra las organizaciones y las ideas de Mella, sus cuadros y los de Alfredo López, la teoría marxista, el incipiente Partido Comunista. Y se acerca cada vez más a ellos, mientras busca autosostén económico y mantiene empeños intelectuales. En esos años desplegará una intensa actividad y será el líder de la Universidad Popular «José Martí» y de la Liga Antimperialista.

Los versos de «El gigante» nos iluminan a nosotros, para entender a Rubén desde su posteridad. Pero no creo que a él lo iluminaran de ningún modo. Son un testimonio de una pro-

longada angustia, que ningún raciocinio posterior puede desahuciar por romántica o mediante cualquier otro apelativo. Queda en pie la gran calidad del poema, mientras es otro trabajo de aquel año —el «Mensaje lírico civil»—, versificación de circunstancias, el que más resonancia ha alcanzado y quizás del único que pueden repetir fragmentos en la actualidad muchos paisanos suyos. ¿Cómo fue pasando Rubén de la ambición de develar otra esencia poética y el comercio tenaz con la idea de la muerte, a la vocación de entregar de manera absoluta su intelecto a la militancia política? Como era inevitable en un adulto, Rubén el comunista nunca será del todo otro Rubén. Su negación enfática del poeta que había sido, su empeño en borrar el pasado personal, quizás fueron el teatro de otra angustia, esta sí altruista, la de entregarse suficiente y totalmente, ofrecerle entero al ideal el sacrificio de la mezquina materia del individuo y también toda su compleja sensibilidad.

No se trata, sin embargo, de un poeta más. Villena es uno de los más destacados de aquellos años veinte.⁴ Descuella por su personalidad, sus actos y su trato, y goza de ascendiente en su medio; su actitud tenía por tanto que resultar trascendente. Su célebre polémica con Jorge Mañach en octubre de 1927 es el momento que todos refieren. El famoso exabrupto de Villena acerca de su poesía ha sido explicado o repetido durante medio siglo. La mayoría de los interesados en el caso lo han hecho desde su posición ante lo político, ya que el gusto por la poesía es más indistinto y compartido, y desde la condición de persona semiletrada o letrada, motivada por la alternativa excluyente que parece proponer. El após-

⁴ Numerosos intelectuales contemporáneos suyos, críticos y estudiosos lo han afirmado desde aquellos años en adelante.

trofe de Villena resonó en las sucesivas situaciones de lo político en Cuba durante nuestro siglo xx. Muchos lo han remitido a la grandeza personal del autor: es un testimonio de cómo Rubén fue capaz de todo sacrificio, hasta este de su vida sensible y del arte que poseía. En términos genéricos tendría ante los demás la fuerza de la ejemplaridad. Otros lo pusieron como indicador de hasta dónde puede —y *debe*, estaría implícito— llegar la militancia frente a las inclinaciones y aun los rasgos individuales del militante. Todavía otros han estimado que es inaceptable que el arte y el artista queden así encadenados y sujetos a la primacía de la política, a sus contingencias y hasta a sus errores humanos. No han faltado los que ven claramente en aquel hecho el daño que hace el radicalismo a los intelectuales que lo padezcan, ni los ingeniosos que aportan ejemplos insostenibles, como el de que ya nadie recuerda a güelfos ni gibelinos, mientras *La divina comedia* refulge entre los clásicos. O espíritus conciliadores que estiman que Rubén no quiso decir lo que parece, que lo habían puesto en una situación muy incómoda para su decoro con la colecta de los amigos y apareció Mañach con su «Glosa» sin duda muy hiriente y hasta malintencionada, por lo que se trata de una reacción indignada. O que, por último, Rubén siguió haciendo versos, al menos de vez en cuando.

Está claro entonces que la importancia mínima de la anécdota fue trascendida de inmediato —y de manera permanente— por la trascendencia de su asunto y la relevancia de sus protagonistas. La cuestión de las relaciones y los conflictos entre el compromiso político y la actividad intelectual ha llenado momentos de debate de inmensa riqueza y tiene una bibliografía inabarcable, porque se refiere a un problema crucial de la posibilidad de la liberación humana. Lo que está implicado en el caso que examino es nada menos que las re-

laciones entre la aventura intelectual y la política revolucionaria anticapitalista, no *cualquier* política. Una política que está obligada a darle a la intencionalidad, la planeación, la organización y la unidad un lugar central, si quiere tener oportunidad de triunfar. Pero a la vez está obligada a darle a la libertad, la diversidad, la creatividad y las creaciones de los individuos un lugar central, si quiere ser realmente revolucionaria anticapitalista, esto es, de tendencia comunista. Lo que está en juego es el duro desafío: el anticapitalismo capaz de triunfar tiene que ser una propuesta cultural superior e ir a la vanguardia de la lucha cultural, no a remolque de ella.

Pero repito, hablo aquí de Villena. Y momentáneamente, de Mañach. Lo que este le dice en 1927 es lo que no escribe: «Mire usted qué intelecto, y se ha metido a comunista», «con ese comportamiento está por ver si escribirá su obra». «Nuestro Rubén» no es sólo el sarcasmo que usa, es una protesta: el poeta Rubén no quiere ser «nuestro», del «gremio»; un terreno acotado, ya se coloque en la torre de marfil o en el reclamo elegante de los manifiestos.⁵ Quiere irse, se va, a otro mundo que no es «el nuestro». Más allá de la mezquindad que exhibe en este caso y del límite conservador que puso Mañach a su comportamiento, y más acá de su grandeza intelectual y sus virtudes, que también las tuvo, el argumento que esgrime no es una tontería: en la alternativa que alude entraban realmente en grave riesgo las condiciones mínimas para hacer una obra intelectual. Mañach mismo cuidará de sí, y sin dejar de pensar en la crisis de su país desde sus concepciones, en los años que le quedan de vida a Rubén escribirá incluso la cautivadora biografía *Martí, el apóstol*.

⁵ Cuatro meses antes, Mañach es el tercer firmante de la Declaración del Grupo Minorista, dura y principista respuesta a Lamar Schweyer redactada y encabezada por Villena.

La grandeza que admiro en Rubén es que, colocado en un tiempo de decisiones, se puso del lado de los oprimidos y escogió ser sobre todo revolucionario, arrojando todas las consecuencias, y lo hizo desde su individualidad, único lugar desde donde es posible hacerlo sin mentir. Logró vencer la angustia y las limitaciones crecientes de una enfermedad de pronóstico mortal —qué maravilloso combate diario y cuántas caídas morales habrá tenido—, eligió la organización que más potencialidades tenía en aquel 1927 y la ideología organizada y teorizada de mayor alcance en el mundo para tratar de poner en práctica la utopía de la total liberación humana. No sabía que ya iba por el quinto de los escasos once años de actuación pública que tendría, pero se entregó, como sus ideales y su sensibilidad le exigían, sin reservarse nada.

Como era, había sido, poeta, sintió que entregaba también esa condición a la revolución. Percibe que ahora sí encontrará el poema perfecto, y triunfará sobre la muerte. Vivirá esos encuentros victoriosos, y otra fama será su premio. La poesía debe ser entregada a otros versos: «A tí / silbada, / burlada, / acribillada, / a tí, / agujereada por enconadas bayonetas...»; «Un albañil cae de un techo, muere y ya no almuerza / ¿innovar, luego, el tropo, la metáfora?». «La revolución no es el sueño de un poeta solitario, sino la canción imponente y sombría de la muchedumbre en marcha.» Él no escribirá esos poemas, porque le ha tocado otra tarea. Pero es seguro que vendrá un tiempo en que la poesía también será repartida, y toda la gente común podrá gozar de ella, y hasta ser poeta. Para ese tiempo trabaja, y escribe análisis de la situación, minutas de reuniones, ensayos inconclusos, cartas; estudia la teoría, y el mundo en que vive y que quiere cambiar. Sigue siendo un intelectual —y hasta abogado a veces, pero de sindicatos—, mas su materia es la revolución.

Aquellos textos polémicos de 1927 se dirigen claramente al deslinde ideológico: el centro de su argumentación no es la poesía, sino la relación entre el arte y el deber social del individuo. Por eso termina hablando de capitalismo y de justicia social. Están teñidos también de decoro herido, que lo lleva a seguir en demasía los razonamientos de Mañach. Pero sería erróneo concluir que Rubén considera excluyentes la actividad revolucionaria y el ejercicio intelectual. Otra vez debemos distinguir entre un hecho de alcance social y los individuos que participan en él, a través de los cuales sucede. Rubén se ha revelado desde hace años como un prosista muy notable, y esa forma ya predomina en él sobre la poesía.⁶ Lo que ha cambiado es el contenido de su prosa; su publicación también se ha movido, hacia efímeras revistas de izquierda o la tribuna del Congreso Antimperialista de Bruselas. Su intelecto sigue muy activo, y su palabra busca «sencillamente, llamar a las cosas por su nombre».⁷ Ese mismo año Mella y

⁶ Ver R. Roa, *ob. cit.*, pp. 36-38. Como otros autores de la generación siguiente a la de Villena, R. Fernández Retamar opina también sobre su famoso exabrupto, y expone de modo convincente el paso a la prosa de Rubén y todo el grupo de «los nuevos». La poesía fue, dice, «en todos, una actitud de tanteo, de ensayo, de transición» («Sobre el caso Rubén Martínez Villena». En *Órbita...*, pp. 229-236). En su posterior libro, *El fuego de la semilla en el surco* (Letras Cubanas, La Habana, 1982), Raúl Roa narra la polémica (pp. 233-244), y en otros pasajes brinda información y agudos criterios sobre Rubén escritor, y sus contextos.

⁷ «Gonfalon», editorial del núm. 1 de la revista *América Libre*, abril de 1927. Sus cuatro lemas —«por la unión interpopular americana; contra el imperialismo capitalista; en favor de los pueblos oprimidos; por la Revolución en los espíritus»— y la profunda y hermosa exposición de ellos que hace Rubén, son de una luminosa actualidad. (En *Órbita...*, pp. 163-168).

Leonardo Fernández Sánchez reciben «Cuba, factoría yanqui» y otros dos textos de análisis de Rubén. Seguirá, hasta el fin de sus fuerzas, escribiendo sobre las situaciones y los caminos de la revolución cubana.

La lucha, la terrible tuberculosis, el destino personal y la breve vida que tuvo impidieron al escritor Rubén ir más lejos, y dar más salida a su riqueza espiritual mediante su dominio del idioma y de formas intelectuales. De todos modos, qué emoción profunda se siente al constatar que uno de los iniciadores del comunismo cubano es un artista, está lleno de sensibilidad y muele con pasión su vida individual para darle sabor a las tareas. Que su vida no ofrece la posibilidad de reducirlo a la disyuntiva absurda o perversa de poeta o militante. Y que comparte con los otros grandes fundadores del comunismo cubano —Mella y Guiteras—, personas tan distintas a él, la inconformidad con las rígidas constataciones y la rebeldía contra los límites de lo posible.

Pocas huellas del escritor posteriores a 1927 han llegado a nosotros.⁸ Sus textos políticos —todos ellos relevantes para la historia de la Revolución del 30 y algunos de un valor extraordinario— permanecieron treinta años sin publicarse o reproducirse de sus raros originales. Desde entonces se ha avanzado bastante, sobre todo con la edición de 1978.⁹ Pero un gran número de documentos suyos o atinentes a él permanecen fuera del dominio público.

⁸ «Apuntes sobre el ritmo poético» (1928), rigurosa toma de posición sobre el tema, cuando ya es miembro del CC del Partido Comunista. Después, hay que buscarlo en sus cartas, y no se ha tenido acceso a un buen número de ellas.

⁹ Donde aparece lo publicado en Cuba hasta 1930, «Cuba, factoría yanqui» completa, cinco artículos de 1933 y sesenta cartas, la mayor parte a su esposa, de contenido muy valioso. (Ref. en nota 1)

Aparte de algunas anécdotas y ciertos hechos, su trayectoria política dista todavía de ser conocida suficientemente. Rubén comparte esta desventura con otras personalidades y acontecimientos de aquel período histórico, una adversidad que ha convertido a la Revolución del 30 en la menos conocida de nuestras revoluciones, pese a las publicaciones de las últimas décadas. Abrigo la esperanza de que el acceso a documentos personales y de instituciones y organizaciones implicadas, y su eventual publicación, alienten en un futuro la producción de monografías y síntesis —que en su alternancia y acumulación abren caminos al conocimiento social— sobre ese trascendental evento de nuestra historia.

Todavía persigo —en los límites del espacio— una arista de Villena: el combate que libró —incluso consigo mismo— en su último año de vida. En seis años la enfermedad ha consumido su cuerpo. Primero «se diluyó en la masa» y se tornó dirigente de la heroica y pequeña hueste comunista, influyó mucho en los obreros organizados, aprendió cómo eran concretamente las personas, organizaciones, motivaciones, amigos y enemigos a cuyos perfiles generales aluden los programas y las teorías, y logró el primer paro general contra la dictadura. Obligado al exilio, pasó de New York a la URSS, donde permaneció más de dos años, entre sanatorios y el trabajo en la Internacional Comunista. Siempre pendiente de Cuba, no cesó de pedir informaciones y dar sus criterios. No tiene cura, por lo que impone su decisión de regresar. A fines de 1932 llega a New York en tránsito hacia Cuba que se alarga unos meses. Es un revolucionario maduro, que posee un mar de experiencias, hábitos de organización y formación teórica. La intensa labor que realiza allí incluye pensar la revolución; dos trabajos suyos sobre la situación cubana son fundamentales para el estudio del

período.¹⁰ En mayo el Partido comunista logra ingresarlo clandestinamente en Cuba.

Rubén ha logrado regresar poco antes que se desencadene la gran crisis revolucionaria. En medio de la más brutal contracción económica, ella multiplicó la desobediencia del pueblo al orden constituido, barrió el machadato, sufrió y enfrentó la acción renovada del imperialismo, opuso entre sí a los sectores antimachadistas trazando nuevas líneas divisorias, incluyó un gobierno de cuatro meses que profundizó la revolución, y comenzó su dilatado desenlace contrarrevolucionario en los días en que murió Rubén. En esa vorágine, que no puedo tratar aquí, vivió sus últimos ocho meses. Con crisis cada vez más graves y el organismo depauperado, negado a someterse a otro régimen de vida que al que imponían los acontecimientos, Rubén tuvo que apelar a toda su voluntad y abnegación para realizar actos cotidianos y trascendentales indistintamente, en medio de tensiones máximas e interrogantes sin solución.¹¹

¹⁰ «Qué significa la transformación del ABC y cuál es el propósito de esta maniobra» y «Las contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario». En *Mundo Obrero*, marzo/abril y mayo de 1933.

¹¹ «...su cama, como el sillón de ruedas de José Carlos Mariátegui, quedará como símbolo heroico de lo que es capaz una voluntad tensa al servicio de un ideal», escribió Roa con Rubén todavía insepulto (*Bufa subversiva*. Cultural S.A., La Habana, 1935, p. 325). Loló de la Torriente lo describe en su última reunión, preparatoria del IV Congreso de Unidad Sindical: «Estaba palido y agotado, y fue preciso encamarlo para que descansara. El rostro era de una expresión tan dominante que casi daba miedo [...] lo reanimó, comenzando a hablar sobre cuestiones inolvidables [...] con la más exquisita sencillez y, sobre todo, con una altísima comprensión y conocimiento humano [...] No hablaba con el dolor del que siente que la vida se le va, sino con la elocuente convicción del que sabe que el hombre

Si sale adelante con grandeza es porque ya su forja personal ha cuajado en complejos materiales unificados por su ideal. Se describe «muy endurecido» y les insiste a sus hermanas en el tópico erróneo —que la izquierda compartía— que opone el «tono de ternura» a «los términos de la lucha», en dos sabrosas cartas en que les pregunta por el mundillo pueblerino de parientes y amigos, y rememora tiernamente la infancia: «la cuestión es conservar siempre un pedacito interior de niñez», sea para mejorar (ser más comprensivos y más generosos, aprender), o simplemente porque sí. En medio de la tempestad política y pese a la irritabilidad generada por su enfermedad, Rubén conserva el encanto de su sencillez y la capacidad de comunicarse con los humildes, el afecto por sus camaradas y el humor. Al que será poeta mayor le ruega que no le desprenda el pulmón restante con sus emocionadas palmadas; al ingresar al sanatorio «La Esperanza» en diciembre le dice a su médico fraterno que su única esperanza es salir de allí muerto; a la enfermera angustiada de su última noche le sonríe: «Vale la pena comerse un melocotón antes de morir.»

Quiero destacar esos rasgos del héroe mientras tengo ante mí los escritos de entonces. Rubén no regatea los epítetos más duros en sus textos polémicos, dirigidos a los reaccionarios, pero también alcanzan a los que luchan desde otras posiciones, y a los excompañeros. En eso no es original. Cuando comencé a estudiar los textos de izquierda de una larga época, me chocó su exceso de calificativos virulentos e incluso insultos, por un lado, y por otro, el no reconocimiento de ningún acierto o aporte a los que no fueran miembros de la ten-

pasa, las situaciones cambian y sólo queda, renovándose eternamente, el pueblo.» (*Testimonio desde dentro*. Letras Cubanas, La Habana, 1985, p. 250).

dencia mantenida por la organización del autor, algo de consecuencias realmente graves. Lo primero denotaba intolerancia verbal, lo segundo, intolerancia mental. Después aprendí a buscar los factores sociales que están detrás de actitudes individuales demasiado reiteradas, lo cual por cierto ayuda al conocimiento pero no a resignarse. La sociedad que queremos sólo saldrá de creaciones que deben oponerse hasta al sentido común. Entonces, ¿cómo lograr éxitos con instrumentos tan limitados, sectarios e implacables? Y las ideas, que tienen funciones tan superiores en el socialismo a las que poseen en el capitalismo, se tornan estériles en ese cuadro, adornos pedantes o acusaciones.

Rubén cree firmemente en que la teoría marxista brinda fundamento a sus verdades. Pero estas abarcan demasiado. El tipo de acción correcta, el carácter de cada organización y el de la revolución, la distribución clasista de las actitudes posibles, los protagonistas, las alianzas, los factores internacionales. Aunque se reconozca la lejanía del triunfo, el movimiento comunista ve un único camino y cree poseer sus coordenadas y sus datos. Pero dentro de un apego férreo a la línea general, Rubén usa su criterio, su intelecto y sus experiencias. En el nivel concreto de actitudes humanas y de organizaciones, no idealiza. En Cuba asume una dirección partidaria compartida, por mecánico apego al principio de la Internacional, en un momento de crisis revolucionaria frente a cuyas exigencias la organización carece de desarrollo suficiente. Por su estado, resulta un protagonista fugaz en una revolución que se precipita. Comparte las angustias de las decisiones equívocas y de las dudas ante la rigidez de ser tan consecuentes.

¿Cómo conducir al pueblo rebelado que está en la calle? ¿Qué política hacer? ¿Serán acertadas nuestras consignas? Para que haya posibilidad de triunfo, la fuerza del pueblo y la con-

ducción revolucionaria deben sostener relaciones íntimas. Las reuniones son como jalones documentados, pero no sabemos bien qué nexos reales tuvieron con la materia viva de aquellos meses. Entre aciertos y errores, el hijo de la revolución proletaria mundial aprende a rechazar la orientación impuesta del Buró extranjero. La disciplina es una gran virtud, pero no es la más grande virtud del militante. Todavía tiene voz para un discurso anti-ABC en el Teatro Nacional. Se han subvertido todos los poderes, pero esta no es la revolución auténtica. ¿Y qué es entonces? Tantos miles gritan su antimperialismo, y la bandera roja en la torre de los centrales. En el balcón de la Liga Antimperialista, ya no tiene fuerzas para alzar ante el pueblo el fusil que le entrega el soldado. El cañon truena en La Habana en octubre y noviembre, y hasta las bombas de avión. Los que derrotan a los reaccionarios, dictan medidas de beneficio social y ejercen soberanía, ¿no son revolucionarios? No lo son, dice; tendrá que venir otra, agraria y antimperialista, guiada por el proletariado. Mientras, hay que seguir arrancando ventajas efectivas a los explotadores mediante la lucha obrera, mantener la independencia política contra el terror y la demagogia del gobierno, y frente a todos los demás sectores de oposición burguesa. «Sólo un gobierno de las masas podrá resolver los problemas de las masas.»

Ya no podrá escuchar la canción imponente y sombría. Más allá de la reunión y la demostración de masas lo esperan la fiebre y la muerte. Pero él confía en una voz más fuerte que la suya, que nadie podrá acallar: puede morir tranquilo. Y así fallece la madrugada del 16 de enero de 1934. La ciudad está viviendo las conmociones del golpe Caffery-Batista que pone fin al gobierno de Grau y restaura el pleno dominio burgués neocolonial. El IV Congreso obrero está terminando. Lo velan en el Sindicato de Torcedores, y en su entierro la multitud entona La Internacional. Entre el 15 y este día 17, Guiteras

intenta que la Junta Revolucionaria se oponga al golpe, enfrentarlo por vía armada y lograr una huelga general; desde entonces pasa a la clandestinidad. El Partido comunista se opone al nuevo gobierno contrarrevolucionario. Dieciocho días después de Villena, muere Gabriel Barceló.

Hace dos tercios de siglo de esos hechos, y un siglo del nacimiento de Rubén. Los que de adolescentes usamos sus versos para revolvernos el alma y sentimos su vida como un ejemplo magnífico, juzgamos hoy a versos y poetas según cánones aprendidos, pero tenemos el deber de situarnos ante su vida y decidir si sigue siendo para nosotros un paradigma. Una vida que tendrá más posibilidad de llegar a los cubanos de hoy si puede palpitar —lejos de solemnidades vacías—, con su humana realidad, sus hermosas y fuertes realizaciones, sus errores, sus sufrimientos, sus interrogantes sin solución, sus opciones. En este tiempo nuestro que tanto se le parece. Los que en varios grupos de edad configuran la juventud actual también se sitúan —incluso los que creen no hacerlo— ante los versos y la vida de Rubén. Tan fuerte es el cemento de acumulaciones culturales que ha hecho a este país, y que da signos distintivos a nuestras vidas y a nuestras maneras de proyectar el futuro.

Al situarnos unos y otros estamos condicionados —como un día estuvimos los más viejos, y todo el que recepciona— por las traducciones ideales de los choques y tensiones de intereses y pasiones de hoy, los ambientes espirituales, y también por la ilusión de la época. Pero siempre será decisiva —como ha sido antes— la actuación que emprendamos. Y ella dependerá de opciones, de elecciones frente a las cuales estamos. En ese tiempo de decisiones puede ayudar mucho Rubén, por su voluntad de poesía, su altruismo, su amor por la belleza, su decoro, su valor, su abnegación y su llamado a caminar del lado del corazón.

EL JOVEN ROA Y SU ÉPOCA*

El intelectual, por su condición de hombre dotado para ver más hondo y lejanamente que los demás, está obligado a hacer política

RAÚL ROA: carta a Jorge Mañach, 18-11-1931

Los textos que siguen son inéditos, pero no los escribió un desconocido, ni un autor poco publicado. Raúl Roa es una de las figuras más prominentes del pensamiento —y también de la política— cubanos de este siglo. Estuvo activo en ellos más de 50 años, que incluyeron eventos formidables y cambios trascendentales para la sociedad y las personas. Los inéditos que hemos seleccionado¹ no aspiran entonces a descubrir una nueva faceta suya, ni aportar elementos que revolucionen la comprensión de su obra. Su fin es más modesto: mostrar en carne viva, con sus sentimientos e ideas al desnudo, al joven intelectual que se ha lanzado al torrente de la revolución.

Las fechas van de febrero de 1931 a agosto de 1936. El autor tiene de 23 a 29 años. Es un actor importante de la revolución al inicio; al final, ya ha terminado la revolución. Casi todas son cartas dirigidas a Pablo de la Torriente, su compa-

* «El joven Roa y su época.» *La Gaceta de Cuba*, núm. 1, UNEAC, La Habana, ene./feb. 1998.

¹ Proviene de la gigantesca papelería de Pablo de la Torriente Brau y Raúl Roa que Víctor Casaus ha trabajado durante décadas. De él es *Cartas Cruzadas* (Ed. Letras Cubanas, 1981), un libro fundamental para conocer mejor el período 1935-36 y para enmarcar la segunda parte de esta muestra.

ñero de lucha y hermano entrañable. Hay un lapso sin cartas que incluye precisamente la etapa crucial de la Revolución del 30, la menos conocida de las revoluciones cubanas. Entre diciembre de 1932 y marzo de 1935 se produjo la desobediencia generalizada de los cubanos al orden y la autoridad constituidos, y sucedió la crisis revolucionaria. Roa y Pablo la vivieron muy intensamente, y la derrota de la Huelga de Marzo los arrojó al exilio. La tragedia de la Revolución del 30 fue la no coincidencia de la gran ola de rebeldía con la existencia y eficiencia de una conducción política radical de aquella, esa exigencia básica de la dinámica de desarrollo de las revoluciones.

Hasta 1933 el grupo social estudiantil proveía uno de los sectores principales de subversión del orden. Los «políticos» tradicionales antimachadistas y una izquierda de obreros y de cuadros profesionales eran los otros dos. En la fase 1934-36 el sector de las organizaciones estudiantiles perdió importancia como tal, pero ya una parte de los activistas sobrevivientes tenía voz propia en el país. Y la mística del movimiento estudiantil permanecía en el ambiente. La izquierda obrera y popular tuvo instrumentos políticos y sociales que lucharon y que se mantuvieron después de la Revolución, pero nunca alcanzó desarrollo suficiente para ser el protagonista político. El sector de políticos tradicionales opuestos al machadismo fue importante, pero el fracaso de la insurrección de agosto de 1931 y la radicalización de la lucha contra la Tiranía los disminuyó; desde la Mediación perdieron su opción de liderazgo, aunque todavía en 1934-36 proveyeron figuras y confusiones. Una nueva política burguesa nacional postrevolucionaria se fue abriendo camino; pero en 1935-36 apenas se insinuaba y echaba sus bases.

Lo dicho hasta aquí es materia de Historia. Pero el joven Roa estaba viviendo su actuación y su circunstancia, tratan-

do de convertir en realidad el deber ser que desde su adscripción marxista prefiguraba. Poseía una notable formación intelectual y también una militancia conspirativa desde antes del 30 de Septiembre; Roa redactó el manifiesto lanzado ese día. A la hora de la acción fue muy combativo y consecuente. Es sobre todo un intelectual de la organización, pero la organización no está lograda. Su vigor conceptual, y el hecho de no ejercer poder sino estar bajo represión, se conjugan para que Roa sea sobre todo un analista. Expresa en sus textos de entonces una conciencia de su propio lugar histórico, de ser un joven y del sentido de su época. «Este es el libro de todos nosotros. El libro de una generación destinada históricamente a la lucha por un mañana luminoso y cordial que acaso no será suyo», dirá al inicio de *Bufa subversiva*.¹

Sus escritos, de lo más valioso de esa época, constituyen una producción deslumbrante, reconocida ampliamente por sus contemporáneos. Pero desde 1923 ser revolucionario significaba —Mella y sus compañeros tuvieron que recorrer ese camino— salirse del orden espiritual de la primera república burguesa neocolonial. Las actitudes y el pensamiento tuvieron que traspasar nuevas fronteras en 1927 y en cada año que siguió, para corresponder con las exigencias del proceso. Unas veces lo lograron, otras no. En realidad, salirse del orden reinante es lo más difícil que existe. Aun cuando se desata y triunfa lo revolucionario, después de la fase victoriosa como de mágica creación sin reglas, se van reorganizando la sociedad y el pensamiento, y la posteridad de este suele estar condicionada a su asimilación por el nuevo orden emergente. Y el anticapitalismo y el antimperialismo consecuentes no eran aceptables en el orden que rigió la segunda república burgue-

² La Habana, Cultural S.A., 1935. Es su primer libro; nunca ha sido reeditado.

sa neocolonial. Raúl Roa se mantuvo fiel a sus ideales en esta nueva época adversa, y desde ellos avanzó respecto a su comprensión anterior de la cuestión nacional. Ahora era reconocido como hombre muy culto y honesto, pero su obra era ajena a la corriente dominante. El pensamiento del joven Roa permaneció, como parte de una riquísima herencia yacente para la imprescindible tarea de reconstruir y volver a interpretar el pensamiento cubano de este siglo.

El ser humano reina en las expresiones y los horizontes del joven Roa, atravesando vida política, relaciones personales, opiniones sobre los demás, conceptos, proyectos, afectividad, entrega, valores e intuiciones que a veces son superiores a los dogmas y prejuicios que también padece. Su personalidad no es estrangulada por su militancia.³ Los textos que ofrecemos aquí testimonian ese aserto. La intimidad del género epistolar ayuda. Roa y Pablo han tejido una hermandad sin fisuras. Las más rotundas «malas palabras» corean las convicciones, en la misma página van cuestiones conspirativas y sentimentales, el proyecto de futuro comparte con la angustiada pobreza del día. Las cartas de 1931-32 son de cárcel, las de 1935-36 son de exilio.

La prisión marcó muy a fondo a los jóvenes estudiantes, sin duda. Además del sufrimiento propio, se acercaron a los más excluidos de todos los oprimidos, aunque para los presos políticos la cárcel no era —como para tantos presos comunes— el fin de la vida. La anulación del individuo surge entre ellos como tema de inspiración. Ciertas claves de la gente humilde asoman en sus cartas. La abstracta libertad de la calle y el libro se

³ «¿Qué museo guardará su lengua? ¿Y su melena?», pregunta Pablo al concluir su antológico «Trago inicial», prólogo insólito a *Bufo Subversiva* que se inicia como si Roa hubiera muerto, informando que hubo que organizar dos entierros, uno para que asistieran sus amigos y el otro para que lo acompañaran sus enemigos.

vuelve ahora personal y concreta. El sexo, omnipresente para el preso, se casa con la libertad. La amistad se acendra. Roa sirve de ojos a sus hermanos presos al «contar una película», ese género literario popular. Y en las cartas del exilio es obvia la veteranía del que ha vivido intensamente las jornadas de la revolución. Su agudo y cubano sentido del humor campea en todas, terrible y magnífico en su desprecio a la madurez, las personalidades y las situaciones.

Las cartas de 1936 muestran la paradoja de la revolución: sus sobrevivientes la entienden cada vez mejor, pero el esfuerzo supremo de las masas se ha agotado. La comprensión de las necesidades de la revolución ha llegado tarde. La lucha por el frente único —o por un partido revolucionario— llena las ansias y los días de Roa; la reunión de organizaciones revolucionarias en Miami en julio será el último episodio. Se impone el regreso a Cuba, pero Pablo de la Torriente decide irse a la Revolución española. Al final se reúnen en Roa el temor por la vida de Pablo, el evento feliz del nacimiento del hijo y el retorno precario después de 17 meses de exilio. La fecha de la última carta —12 de agosto— es un símbolo: sólo tres años después del fin del Machadato, las fuerzas políticas de la dominación son poderosísimas; al terror y la decepción se suman la campaña demagógica, el confusionismo y la defección. Y aunque Roa insiste, convencido de la necesidad férrea de la unidad plasmada en un partido revolucionario, su postrer seudónimo anuncia ya otra condición: Robinson Crusoe.

UNA VOZ DE LA REVOLUCIÓN*

Ahora que han vuelto a ser tan necesarios el conocimiento y las interpretaciones del proceso histórico y cultural cubano resultan apropiadas las conmemoraciones —esos fastos marcados por el número cero— para buscar también entre sus pliegues a los hechos, las tendencias, las personas que están ahí esperando por nosotros, para darnos otras dimensiones, otros sentidos, que a veces pueden ser los que más necesitamos. Eso intento hacer aquí con Leonardo Fernández Sánchez y el 60° aniversario del Congreso de Intelectuales celebrado en Valencia en plena Guerra Civil española, en julio de 1937.

Leonardo es hoy el menos conocido de los delegados cubanos a aquel Congreso. No era sin embargo un desconocido en aquel tiempo este hombre de 29 años, el más joven de los cinco cubanos.¹ A los 15 años el alumno Leonardo había conocido al joven líder Julio Antonio Mella en el Instituto de La Habana, y desde entonces se anudó entre ambos una amis-

* «Una voz de la revolución.» *La Gaceta de Cuba*, núm. 1, UNEAC, La Habana, ene./feb. 1998.

¹ Leonardo Fernández Sánchez nació el 14 de noviembre de 1907, en San Antonio de Río Blanco del Norte, provincia de La Habana. Sus cuatro compatriotas en la reunión de Valencia eran Nicolás Guillén, Juan Marinello, Alejo Carpentier y Félix Pita Rodríguez.

tad que la militancia más radical volvió hermandad, sólo rota por la muerte de Mella. El jovencito se destacó hasta convertirse en uno de los protagonistas de la primera rebeldía estudiantil republicana. Leonardo fue director del periódico *Instituto*, participó en el Primer Congreso Nacional de Estudiantes de octubre de 1923 y sustituyó a Mella en la dirección de la revista *Juventud*. Leonardo fue, desde su creación, uno de los profesores de la Universidad Popular José Martí —la que Julio Antonio llamó insurreccionadora de conciencias dormidas y domesticadas²—, junto a Mella, Gustavo Aldereguía, Antonio Penichet, A. Bernal del Riesgo y Sarah Pascual. Pronto se les unirá Rubén Martínez Villena.

Leonardo acompaña a Mella en iniciativas y actividades, y en las protestas callejeras y enfrentamientos con la represión. Pronto es conocido como un fogoso orador, «una voz de trueno que destella punzantes metáforas» (Roa); la fama bien ganada de espléndido orador revolucionario será en adelante el distintivo de Fernández Sánchez, en una época histórica en que la oratoria desempeñaba un gran papel público. Leonardo era Presidente de la Asociación de Estudiantes del Instituto, y cuando el movimiento universitario fue retrocediendo en sus alcances y sumando deserciones, acompañó a Mella en toda su lucha febril de 1924-25 y en su profunda ligazón a los trabajadores y a sus líderes combativos. Leonardo fue el Secretario de la efímera Confederación Nacional de

² Fundada el 3 de noviembre de 1923, clausurada por el gobierno machadista en 1927. De ella escribió Mella: «la primera escuela proletaria de Cuba... El saber es un privilegio que trae algunos deberes. El tener pensamientos nuevos y no predicarlos es una traición». «El nuevo curso de la Universidad Popular». *Juventud* núm. 9, nov. 1924. En *Mella. Documentos y artículos*, Ed. Ciencias Sociales, ICL, La Habana, 1975, pp. 126-27.

Estudiantes que presidió Mella, y mientras pudo abrió las aulas del Instituto a la Universidad Popular. En el Instituto se fundó la Liga Antimperialista, el 14 de julio de 1925, y en su directiva estuvo Leonardo, «el benjamín del grupo izquierdista, el camarada predilecto de Mella».

Gerardo Machado implantó un férreo autoritarismo desde el inicio de su mandato, sin encontrar ninguna oposición fuerte. Enseguida se expulsó a Mella de la Universidad, y ante su rebeldía fue puesto preso junto al gran dirigente obrero de la época, Alfredo López,³ y otros compañeros. La noche del 5 de diciembre de 1925 se declara en una huelga de hambre que duró 18 días y que logró conmover al país. Leonardo Fernández Sánchez preside el Comité Pro Libertad de Mella, organizado por él, Aldereguía y Villena. Ya imposibilitado de seguir en Cuba, Mella encarga a Leonardo mantener el movimiento estudiantil. Pero Machado reina sobre el país aplastado de 1926. Ordena la expulsión de Leonardo del Instituto, y ante los obstáculos legales, militariza el plantel. Leonardo pasa a la clandestinidad. El 20 de julio es asesinado Alfredo López y la Universidad Popular convoca a una protesta en el Círculo de Artesanos de San Antonio de los Baños. Allí aparece súbitamente Leonardo, y en un violento discurso acusa por sus nombres a Machado y al Secretario de Gobernación, asesinos de Alfredo López. Ya no podrá vivir en Cuba; el 30 de noviembre sale al exilio, hacia Francia.

En Francia se reencuentran Mella y Leonardo, y van juntos a Bruselas, al histórico Congreso Mundial contra el Im-

³ De muy humilde origen, mulato, tipógrafo, de formación anarquista, Alfredo López (1894-1926) fue el gran organizador unitario que forjó la Federación Obrera de La Habana (1920) y la Confederación Nacional Obrera de Cuba (1925). Mella lo consideró el maestro suyo, y del proletariado cubano. Su papel todavía es insuficientemente destacado.

perialismo y la Opresión Colonial, que acaba de cumplir por cierto su 70° aniversario.⁴ Preside Henri Barbusse; están Gorki, Nehru, Sen Katayama, Manuel Ugarte, Haya de la Torre, Carlos Quijano, entre otros, y muchas organizaciones sindicales y antimperialistas de todos los continentes. Mella representa al Comité Continental de la Liga Antimperialista, a tres de sus secciones y a la Liga Nacional de Campesinos de México. Leonardo es portavoz de la sección cubana de la Liga, la Universidad Popular José Martí y la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos de París. Mella fue uno de los protagonistas del Congreso, que resultó un hito importantísimo en la demanda de que la lucha contra el imperialismo realizara la difícil integración de la visión comunista generada en Europa y el poder establecido en la URSS con toda la masa inmensa y diversa de las culturas sometidas del mundo colonizado y neocolonizado. Culturas en pugna, que buscaban rebeldía eficaz para la liberación y que constituían un mundo desconocido y siempre en riesgo de ser sometido a prejuicios y manipulaciones por el pensamiento y los intereses europeos.

Leonardo pasó pronto de París a México, a reunirse con Mella. Roa cree que fue promovido en ausencia por aquellos días —tenía 19 años— al Comité Central del Partido Comunista cubano. La policía machadista incluyó a Mella y a Leonardo entre los acusados a detener en el famoso «proceso de los comunistas» de 1927. En México creó Julio Antonio Mella con un grupo de exiliados, a inicios de 1928, la Asociación de los Nuevos Emigrados Revolucionarios de Cuba

⁴ Comenzó el 10 de febrero de 1927. Enviaron su adhesión Clara Zetkin, Einstein, Rolland y Tagore. Mella se destacó mucho en los debates del Congreso. Él y Leonardo presentaron, entre otros textos, «Cuba: factoría yanqui», escrito por Rubén Martínez Villena.

(ANERC), con filiales en Mew York y París.⁵ Enuncia entonces un programa político que es la primera formulación política marxista para una revolución popular y socialista en Cuba.⁶ Las características y la trascendencia de ese proyecto, y los esfuerzos realizados por Mella para llevarlo a la práctica, no pueden formar parte de este texto. Sí quiero citar dos afirmaciones de Raúl Roa, que desarrolla ampliamente el tema en *El fuego de la semilla en el surco*: que Mella expuso su tesis por vez primera a Alejandro Barreiro y a Leonardo Fernández Sánchez; que ambos eran «los luchadores en quienes mayor confianza política y personal depositó».⁷

La insurrección armada para derrocar la Tiranía, la unión de las fuerzas opositoras que muestren decisión para participar en ella, la insurgencia popular que le dé fuerzas al proyecto nacional liberador para hacer la revolución hacia el socialismo, son elementos básicos del proyecto de Mella. Le esboza a Villena su propósito general, y durante varios meses adelanta la conspiración. En septiembre proyecta una expedición que llevaría desde México armas para la insu-

⁵ Están junto a él Manuel Cotoño, Sandalio Junco, Aureliano Sánchez Arango, Antonio Penichet, Antonio Puertas, Teodosio Montalván, Rogelio Teurbe Tolón, entre otros. La ANERC publica la revista *Cuba Libre (para los trabajadores)*.

⁶ Una versión pública de sus objetivos es el «Programa de unificación del pueblo cubano para una acción común inmediata por la restauración de la democracia», en *¡Cuba Libre!*, núm. 2, México, 1928.

⁷ Roa, *ob. cit.*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1982, pp. 290 y 291. El cigarrero Barreiro fue un destacado líder obrero de la FOH y la CNOC, y uno de los fundadores de la Agrupación Comunista de La Habana y del CC del primer Partido Comunista. Expulsado de Cuba en 1927, exiliado en México. A la muerte de Mella la policía lo detuvo y lo torturó. Quedó con graves problemas siquiátricos y fue enviado después a la URSS.

rección. Mella envía entonces a Leonardo a Cuba (1° de octubre) en una misión clandestina: explicar a Villena y al PC todo el plan, pedirles que participen en la propuesta que debe hacer a la dirección de Unión Nacionalista,⁸ de ir a una insurrección armada conjunta, y entrevistarse aparte con el general mambí Francisco Peraza, un nacionalista que estaba decidido a pelear. Esta última entrevista fue fatal para Leonardo, porque el hombre de confianza de Peraza que asistió era confidente de la policía. Días después fue secuestrado por la policía política y confinado en secreto en La Cabaña. Salvó la vida por gestiones de un hermano, cuyos vínculos obtuvieron que Machado optara por deportarlo a los Estados Unidos. El asesinato de Mella estaba decidido. Leonardo llegó a New York el 27 de noviembre e informó de inmediato a Mella lo sucedido y la existencia de la conjura contra su vida. El líder le respondió, optimista en las posibilidades de lucha en Cuba. El 10 de enero siguiente fue asesinado en México.

Leonardo quedará en New York. La filial neoyorkina de la ANERC funcionaba en el Centro Obrero de Habla Española de 115 y Lenox Avenue, una asociación de latinos que —a diferencia de la mayoría— era opuesta al racismo, y trataba de promover la conciencia clasista y de oposición al capitalismo. Entre sus actividades estuvo la solidaridad con la lucha de Sandino. La ANERC neoyorkina congregaba a Gabriel Barceló, Eduardo Chibás, Enrique de la Osa, Raúl Primelles, entre otros cubanos,

⁸ Asociación de oposición al continuismo machadista nacida en marzo de 1927, compuesta por viejos políticos y por personalidades cívicas. Obtuvo bastante apoyo popular, pero su conducción por políticos que no querían una revolución la hundió en el fracaso de la insurrección de agosto de 1931.

que compartían allí con puertorriqueños, mexicanos, venezolanos, bolivianos, guatemaltecos, nicaragüenses. Después Chibás se separa y funda la Unión Cívica de Exiliados Cubanos; De la Osa dirige su publicación, «Libertad». Pero todos participan juntos en los grandes actos motivados por el asesinato de Mella. En 1929, Leonardo dirige *Vida Obrera* y *¡Cuba Libre!* Se trabaja en la organización de los desocupados y se exigen subsidios y ley de Seguro contra la desocupación. Se publica amplia información sobre las luchas en América Latina y a favor de la independencia de Puerto Rico.

Roa nos ha dejado una descripción de diciembre de 1930, que vale la pena transmitir: «El Centro Obrero era el lugar de reunión diaria de los estudiantes afiliados a la ANERC. Es un local bastante amplio, desbordante de color, de entusiasmo y espíritu de clase. Por todas partes, el retrato de Lenin, de Mella, consignas alusivas a la lucha del proletariado por el logro de sus aspiraciones. Allí hablé, cuando estubo en New York de paso para Rusia, Rubén Martínez Villena.⁹ Allí hablaba frecuentemente Leonardo Fernández Sánchez, a la vez que galvanizando, adoctrinando. La dureza del exilio, el cotidiano contacto con la vida y con los hombres había enriquecido su experiencia, aguzando su visión política e interpretación de los problemas, como les ha ocurrido en general a los demás compañeros. Aún no se ha loado, como ella merece, el temple de esta generación, que sobrellevó las dramáticas con-

⁹ Villena se reunió con la fracción comunista de la ANERC, citada por Leonardo y Barceló, para pedir el regreso a Cuba de compañeros capaces de ayudar al Partido en la situación crítica en que se encontraba. Se prefería a los exiliados voluntarios, dijo, porque los otros tendrían que ser clandestinos y no había fondos para mantenerlos. Finalmente se escogió a Jorge Vivó y a Manuel Cotoño. Pero pronto Barceló regresó también.

tingencias del destierro sin perder la sonrisa. El poder agitativo de Leonardo sobre las masas era y sigue siendo tan extraordinario, por lo menos, como el del “Flit” para ciertos tenaces animalillos que pululan sobre todo en las cárceles.»¹⁰

Leonardo es uno de los firmantes del Manifiesto-Programa del Ala Izquierda Estudiantil, en febrero de 1931. El 7 de agosto un grupo de exiliados cubanos funda en Harlem el Club Julio Antonio Mella; Leonardo es el presidente y el alma del Club. Todos lo consideran el mejor orador latino de New York.¹¹ El club es una instancia amplia de línea antimperialista orientada por el Partido Comunista, que da cabida a exiliados e inmigrantes «que no vivieran del trabajo ajeno» y realiza actividades políticas y sociales. Leonardo es el responsable de la fracción comunista en la ANERC y sostiene relaciones fraternales con la dirección del Partido Comunista norteamericano. En 1932 lo llaman a trabajar en el Buró del Caribe de la Internacional Comunista, que funciona en New York. Leonardo será el director de su publicación, *Mundo Obrero*, que publica a muchos latinoamericanos destacados. Es quien espera a Rubén Martínez Villena en New York a su regreso de la URSS, en 1933, y colabora en todo con él durante su estancia.¹² Poco

¹⁰ «De New York a Isla de Pinos con escala en El Príncipe», en *Bufa subversiva*. Cultural S.A., La Habana, 1935, pp. 134-35.

¹¹ Loló de la Torriente lo pinta así, 40 años después: «Leonardo no fue nunca un intelectual de oficio ni un escritor tenaz de vocación». Lo describe de estatura mediana, trigueño, ojos negros, muy distraído, fumador empedernido, con depresiones periódicas, y un gran orador de barricada. «Evocación de un luchador». *Bohemia*, Año LXIV, núm. 7, 18 de febrero de 1972, pp. 98-100.

¹² En *Mundo Obrero* publica Rubén sus dos famosos ensayos «Qué significa la transformación del ABC y cuál es el propósito de esta maniobra» y «Las contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario».

después el Partido le orienta regresar a Cuba; el Machadato se desploma.¹³

En la cresta de la revolución, serán famosos los discursos de Villena y de Leonardo en el Teatro Nacional, en un fogoso acto antiabecedario. Y sobre todo su oración fúnebre por Gabriel Barceló, en febrero de 1934. Su hermano Ivo y Rodolfo Rodríguez, cuadros de acción de Joven Cuba, son asesinados la noche del 31 de agosto de 1934, un crimen batistiano que conmovió al país. «Valerosos mártires de la libertad, asesinados por los sostenedores del imperialismo yanqui», les llamó su jefe, Antonio Guiteras. Junto a Juan Marinello, J. M. Valdés Rodríguez, Chelala Aguilera, Regino Pedroso y Joaquín Cardoso, Leonardo funda la revista *Masas*, órgano de la Liga Antimperialista. En vísperas de la Huelga de Marzo la represión legalizada del Tribunal de Urgencia los condena a seis meses de cárcel en El Príncipe.

El terror sistemático de 1935 y la muerte de Guiteras fueron golpes terribles para la rebeldía popular. Entre tantos que van al exilio vuelve a estar Leonardo. Actúa en los Estados Unidos,¹⁴ y luego pasa a España. En plena Guerra Civil se convoca el Congreso de Intelectuales en Defensa de la Cultura, al que son designados Marinello y Guillén, que viajan a España vía Francia. En este país incorporan a Félix Pita y a

¹³ Mario Acosta Lamar sustituyó en la presidencia a Leonardo en 1933. El Club Julio A. Mella tuvo una actuación muy destacada en la solidaridad con la República española; el Club asumió el envío de 125 combatientes internacionalistas entre el 3 de enero y el 30 de marzo de 1937 (Alberto Alfonso y Juan Pérez: *Cuba en España*. Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1990).

¹⁴ Pablo lo menciona en carta de diciembre de 1935, respecto a *Bufo subversiva* y al periódico Frente Unido. (Víctor Casaus: *Cartas Cruzadas*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1981.)

Alejo Carpentier, y en España a Leonardo, que participa con ellos en el Congreso. En marzo de 1938 regresó a Cuba.

Algunos testimoniantes recuerdan la hora radial que no perdían nunca, para escuchar a Leonardo. Pero, por razones políticas, él no continuará en su partido en esos últimos años treinta. Sin embargo, no abandona definitivamente la vida pública. Junto a Eduardo Chibás, fue uno de los once miembros de la Comisión Gestora Nacional que fundó el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo). Fue él quien propuso el nombre del partido el 27 de mayo de 1947. En la dirección ortodoxa Leonardo era el responsable obrero. En 1951 fue uno de los cuatro oradores en el gigantesco entierro de Chibás. En la candidatura senatorial habanera del PPC a las frustradas elecciones de 1952 Leonardo acompañaba a Bisbé, Pelayo Cuervo, Raúl Chibás, Jorge Mañach y Carlos Márquez Sterling.

Una alocución suya al constituirse la Asamblea Provincial habanera del PPC de 1949, expresión pública de su pensamiento, ilustra a la vez la complejidad del mundo político y espiritual cubano menos de 4 años antes del asalto al Moncada:

«Hace tres años, en días de profunda crisis moral y política, minada la fe del pueblo en el mesianismo grausista, que escarnecía desde el poder el programa enarbolado durante más de diez años de oposición, un grupo de hombres cuyo pasado se enraiza en la noble gesta del 27 y del 30, en los fundamentos doctrinales de la revolución que el pueblo quiso y aún espera, nos unimos para fundar este partido de nuestros afanes que es la Ortodoxia Revolucionaria. Vinimos a rescatar de manos impuras el pabellón de los principios revolucionarios; a denunciar ante el pueblo la gran farsa de los apóstoles envanecidos; a recoger el programa incumplido y a organizarnos políticamente para hacer posible lo que durante

más de 20 años habíamos predicado en este cuajar tormentoso de la conciencia cubana que es el proceso revolucionario nacional.

»No faltaron como ayer los augures del pesimismo, los políticos sin fe y los expertos electorales de espaldas al tronco robusto de la salud popular que nos anunciaron el más irremediable de los fracasos.

»Pero el Partido del Pueblo probó ver más claro y más distante; no tomó por una crisis definitiva de la conciencia cubana el escepticismo sembrado en el pueblo por la apostasía sin nombre de Grau San Martín y sus discípulos. Martilló sin cesar en esta conciencia y desafió absolutamente solo, en unas elecciones únicas en nuestra historia por su carácter y trascendencia, frente a todas las fuerzas unidas de la corrupción y el peculado, a los magnates enriquecidos de ayer y de hoy.

»El 1° de junio de 1948 cerca de 400 000 cubanos votaron otorgando su confianza a este partido que nacía tremolando el estandarte de ideales escarnecidos y humillados, pregonando una fe que no por escarnecida en el sacrificio y la sangre, en días ya lejanos, deja de ser más actual y necesaria: la fe en el destino ulterior de la nación cubana que encontrará realización en sus tres direcciones históricas esenciales: la independencia económica, la libertad política y la justicia social constituyen el objetivo cardinal de nuestro programa.

»Hoy, frente a las difíciles circunstancias de toda elección parcial, el Partido del Pueblo marcha hacia las elecciones de 1950 con la misma fe y la misma ardiente voluntad de triunfo de 1948. Sabemos que el futuro de Cuba no se ha de ganar en una sola batalla, sino en muchas batallas parciales que nos conducirán a una gran victoria definitiva.

»Para ello, para sostener este noble esfuerzo de superación política que es nuestro partido, para triunfar sobre el interés

mercenario, la emboscada y el oro del adversario; para hacer posible que este alertado y responsable movimiento de opinión nacional que es la ortodoxia viva y triunfe como la única fuerza de esperanza y de fe que subsiste en la política cubana, nos creemos en el derecho de apelar a la ayuda de lo mejor de nuestra ciudadanía, al concurso espontáneo y consciente del pueblo todo.

»¡Por una Cuba más grande y mejor! Por el triunfo de los candidatos ortodoxos en el 1° de junio de 1950.»¹⁵

Para que se cumplieran los ideales de Mella, Villena y Guiteras, una nueva generación tendría que radicalizar los métodos, asumir los sacrificios y emprender la lucha armada, atraer al pueblo y conducirlo a un proceso de rebeldía masiva en que la gente se revolucionó a sí misma y cambió la vida entera del país. Leonardo Fernández Sánchez se puso al servicio del nuevo régimen revolucionario. A propuesta del Ministro Raúl Roa, fue nombrado Embajador en Italia en 1962. Ya estaba enfermo, y murió el 26 de enero de 1965.

Bibliografía no citada

BERNAL DEL RIESGO, ALFONSO: «Leonardo Fernández Sánchez». *Granma*, 26-1-1974, p. 2.

CABRERA, OLGA: *Alfredo López*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1985.

CABRERA, OLGA y CARMEN ALMÓDOVAR: *Las luchas estudiantiles universitarias 1923-1934*, Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

CAIRO, ANA: *La Revolución del 30 en la narrativa y el testimonio cubanos*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1993.

FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, LEONARDO: «Julio Antonio Mella». *Bohemia*, Año LXII núm. 24, junio de 1970, pp. 98-102.

¹⁵ «Pueblo de La Habana. Ortodoxos», 1949. En *ANC*, Fondo Donativos y Remisiones. Leonardo Fernández Sánchez.

- _____: «Sólo hay una política segura de paz». *Mediodía*, núm. 87, 26-9-1938, p. 5.
- Revista *Mediodía*, La Habana, 1937-1938. Biblioteca Central, Universidad de La Habana.
- MELLA, JULIO A.: *Mella. Documentos y artículos*. IHMCRSC. Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- Pensamiento Crítico* núm. 39 (Especial), La Habana, abril de 1970.
- PICHARDO, HORTENSIA: *Documentos para la Historia de Cuba*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1973, tt. III y IV.
- ROA, RAÚL: «La Revolución universitaria de 1923». *Retorno a la Alborada*, Universidad Central de Las Villas, 1964, t. I, pp. 229-58.
- TABARES, JOSÉ A.: *Guiteras*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1973.
- THOMAS, HUGH: *La Guerra Civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1976, t. II.

GUITERAS Y LA REVOLUCIÓN*

Para Roberto Fernández Retamar

1. La revolución y Guiteras

En los últimos años una creciente literatura histórica de mayor profundización está aportando conocimientos ciertos acerca del tercero de los procesos revolucionarios cubanos: la Revolución del 30. Todo logro historiográfico de importancia es a la vez, de algún modo, una función del presente que lo produce, y este no es una excepción. La revolución iniciada en 1953 estimuló primero con su existencia y sus necesidades, y ha ido brindando bases después con el desarrollo de la cultura política y de las capacidades intelectuales de los cubanos, la recuperación y el examen de los hechos y las ideas de aquella revolución previa del siglo xx que planteó nuevos problemas dentro de una continuidad de luchas nacionales, y cuyo estudio constituye una ayuda inapreciable para la comprensión del proceso revolucionario actual.

Este trabajo intenta aprovechar el estado a que han llegado esos estudios para proponer una reflexión muy específica: el análisis de las relaciones existentes entre la actividad personal de Antonio Guiteras y el proceso social mismo en el cual

* «Guiteras y la revolución.» Escrito en 1974. Inédito.

Guiteras actuó.¹ Sin pretensiones excesivas —falta mucho todavía por andar en estos campos—, este texto responde, sin embargo, a mi convicción de que el problema del papel de la personalidad revolucionaria y de la eficacia que alcance como portadora de las ideas más avanzadas en una situación determinada es uno de los problemas teóricos —y prácticos— más importantes con que nos encontramos al abordar las revoluciones contemporáneas. La personalidad de Guiteras es demasiado atractiva para que podamos sustraernos a uno de los problemas que el estudio de su vida nos sugiere con fuerza: ¿hasta dónde puede el héroe revolucionario adelantar un proceso social?, ¿cómo interactúan el dirigente y las condiciones históricas determinadas en las que se mueve, y a las cuales intenta modificar, liquidar o encauzar?

Al estudiar la vida de los revolucionarios más ilustres, encontramos una primera etapa en la que reciben sucesivas y simultáneas influencias culturales de diverso tipo, cuya apropiación individual mediante aceptaciones y rechazos los hace ser y comportarse de un modo dado; esto rige la formación de sus criterios, sus afinidades y modelos de conducta, probablemente hasta la muerte. Esa primera etapa formativa —en realidad común a todas las personas— es violentada después en el caso de los revolucionarios, en la medida en que su acción y su pensamiento reten o choquen con los fundamentos del orden social de dominación vigente, que son el

¹ En estos años se han publicado textos de Guiteras, el *Programa de Joven Cuba* y artículos sobre él. Un paso trascendente en el conocimiento de su vida y su obra ha sido la publicación de su biografía por el historiador José A. Tabares (*Guiteras*. Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1973), que me ha aportado muchos datos para este trabajo. En breve aparecerá otra biografía, de la historiadora Olga Cabre-
ra: *Guiteras, la época, el hombre*.

centro y la clave del fino entramado social en que viven presos todos los individuos de una sociedad de clases determinada. Esa nueva experiencia es decisiva, aunque el individuo la incorporará desde su estructura subjetiva, es decir, desde su individualidad. Si continúa siendo revolucionario, ella lo irá transformando hasta convertirlo en una persona irreductible a engranar otra vez en el orden social establecido.

Se trata nada menos que de ir contra la actividad de conjunto sobre la cual descansa el sistema, contra la producción de la vida vigente, como diría Carlos Marx. Nunca se insistirá demasiado en que la burguesía no gobierna por simple dominio de las condiciones de producción, sino sobre todo a partir de su sistema político e ideológico y de una formidable cultura de dominación que es consumida habitualmente por todos, de mil maneras. El axioma marxista de que las ideas dominantes en una sociedad son las de su clase dominante se dice pronto, pero el combate terrible por liquidar el sistema social que las sustenta y sustituir al mundo tan resistente de las ideas burguesas por una nueva cultura de la humanidad liberada es y será por mucho tiempo el contenido de una prolongada etapa histórica que apenas comienza, la época de las revoluciones socialistas.

No puedo apuntar en este espacio, ni siquiera someramente, los rasgos y problemas principales de la Cuba del primer tercio del siglo xx, ni de los enfrentamientos entre dominación y revolución. Atiendo entonces solamente al tema de la personalidad. El proceso revolucionario real es muchísimo más complejo e impredecible que la idea más exacta que se tenga de él. El revolucionario ha de navegar, en todos los casos, en esa borrasca; sus ideales y la fidelidad —a la causa, la organización, el líder— son su última razón ante las situaciones más duras, los errores, el desaliento o las dudas. El dirigente

revolucionario —y ese es el caso que examino aquí—, debe estar más adelantado que el medio político en que se mueve, encontrar los caminos, sostener el rumbo, hacer elecciones y tomar decisiones difíciles, con mayor conciencia de los riesgos que se corren en caso de error, de la parte de razón y de justicia que se vio obligado a echar a un lado, de la porción de futuro que ha comprometido en las decisiones que, sin embargo, eran acertadas respecto a su problema principal o perentorio. Sabe además que sintetiza y simplifica lo que es por naturaleza contradictorio y plural, para poder arrastrar tras sí todas las voluntades tan diversas y unificar las actuaciones. Tanto saber doloroso se completa cuando el dirigente ha abrazado la concepción de que sólo el socialismo traerá la liberación verdadera y de que sólo la actividad consciente y soberana de las masas traerá el socialismo.

Los iniciadores —Guiteras fue uno de ellos— rompen con la conciencia vigente, y comunican ese gran esfuerzo suyo a muchos, pero deben enfrentarse angustiosamente a las recaídas de sus propios seguidores en las formas de conciencia y de vida de los dominadores, a las tendencias a mantenerse dentro de las conductas y creencias conocidas —que parecen ser las únicas conductas y creencias posibles—, y al poder aplastante y abarcador del enemigo, todavía no quebrantado. Su madurez encarna entonces en buscarle viabilidad a sus proyectos. Pero a muchos no les es dada la oportunidad de cumplir esa tarea; para ellos la victoria de su vida es convertirla en ejemplo y en experiencia para los revolucionarios que le sucederán. Su destino se condensa en el verso de Carlos Liebknecht: «a nosotros sólo nos ha sido dado sembrar».

Me asomo a Antonio Guiteras Holmes, desde ese primer tiempo en que el individuo es sobre todo sus circunstancias. Leyendo acerca de su familia, su infancia y años juveniles, se

concluye fácilmente que él adquirió desde muy temprano instrumentos idóneos para sobresalir y para enfrentar altos designios.² Hijo de una familia cubana muy distinguida y de alto nivel cultural, hogar estable de clase media, educación muy por encima del promedio de su grupo social y vivencias en dos culturas diferentes, políglota, de voluntad cincelada y tradiciones patrióticas muy sentidas, estos fueron factores que indudablemente le ayudaron a ser dueño de sí mismo, personalmente honesto, decidido, dispuesto a abrazarse a ideales, radical, analítico. La república en que crecía —si fuera posible comparar un país a una persona— tuvo una formación muy diferente. Entre 1920 y 1927 —los años de estudios medios y universitarios de Guiteras— el modelo neocolonial extremó sus contradicciones e imposiciones, y comenzó a deslizarse hacia su crisis, y el sistema político republicano apeló sucesivamente a la democracia muy corrompida y al autoritarismo que llevó a la dictadura machadista. El país comenzó a tomar conciencia de su crisis. La protesta combativa de sectores obreros se organizó en federaciones sindicales, y la denuncia de intelectuales adquirió relevancia; el movimiento estudiantil de 1923 abrió paso a un planteo profundo de los problemas del país, con una vocación práctica que llevó a su vanguardia —dirigida por Julio Antonio Mella— al encuentro de los sindicatos y de formas de concientización y organización revolucionarias.

El adolescente secundó el movimiento de Mella en el Instituto de Pinar del Río, la ciudad en que vivía desde 1914. Desde su actividad en el Instituto, el joven Toni manifestó su rechazo al intervencionismo norteamericano en América La-

² Ver Calixta Guiteras: *Biografía de Antonio Guiteras* (folleto). Dpto. de Educación de la Administración Municipal, La Habana, 1960. Y en Tabares, *ob. cit.*, el cap. II, pp. 57-84.

tina, la injerencia en Cuba y la Enmienda Platt, una actitud que estaba ganando terreno en esos años. En la Universidad (1924-27), al contrario, le tocó vivir el retroceso de la protesta estudiantil, la exclusión de Mella y sus compañeros, y el entreguismo al gobierno de Machado. Pero Guiteras fue a contracorriente. En el nuevo ambiente habanero amplía su formación, y su propensión a luchar por la libertad y la justicia lo llevan a relacionarse con los contrastes sociales, con tipos humanos inconformes e interesantes, y con las actividades de protesta. Participa en aquella tremenda jornada antimperialista de marzo de 1925 en que Mella es llevado a juicio, aclamado por la multitud y, agitador desafiante y conductor, es golpeado por los esbirros. Preso a fines de noviembre, Mella va a la huelga de hambre, y el joven estudioso y díscolo ante los abusos del nuevo poder organiza la solidaridad con Mella en Farmacia. Le faltan tres meses para graduarse cuando en marzo de 1927 surge el Directorio Estudiantil contra la Prórroga de Poderes de Machado. Sus compañeros lo eligen por Farmacia; enseguida es uno de los líderes de aquel Directorio radical antimperialista, junto a Gabriel Barceló, José Chelala, Eduardo Chibás, José Elías Borges, Reinaldo Jordán. Son nombres nuevos en letra de molde, pero la revolución próxima los hará conocidos. El DEU del 27 alcanzó resonancia nacional. Guiteras se gradúa, pero todavía asiste a alguna asamblea y firma con sus compañeros; de todos modos ya no le alcanza la represión que pronto los expulsará de la Universidad.

Estas primeras vivencias de actividad cívica y elección política son muy marcantes; Toni las vive además en el medio estudiantil, algo que era normal dada su procedencia social. Pero Guiteras no será uno de los líderes estudiantiles de la Revolución del 30. La muerte del padre en junio de 1927 lo pone a la cabeza del hogar, el joven farmacéutico devendrá

viajante de medicina por imperativo económico, y el viajante se moverá por todo Oriente, esa tercera parte de Cuba que había aumentado tanto su importancia económica y su población durante la república. Pero tampoco es el tipo de activista estudiantil que abandona la política al graduarse y pasar al mundo del empleo. Sus ideales se verán obligados ahora a ejercitarse en el país verdadero de superexplotación, incultura, conciencia política atrasada, pero también de rebeldías populares alimentadas por la fuerte tradición mambisa, las enormes contradicciones sociales y los anhelos patrióticos de soberanía y democracia. Todavía firmará un manifiesto con otros diez miembros del DEU del 27 en junio de 1931, en el que llaman a ir más allá de derrocar la dictadura, y detallan un programa avanzado de medidas para ser aplicadas por un gobierno provisional revolucionario. Pero desde antes de la muerte de Trejo sus vínculos fundamentales están en Oriente, donde Guiteras practica la única política que considera acertada: la conspiración para derribar por la fuerza a la tiranía e iniciar un proceso revolucionario.

Su brújula política, el antimperialismo, ya estaba siendo sometida a la prueba de las nuevas situaciones y necesidades nacionales, y esto se acentuará durante los años treinta. El estudio en detalle de esa corriente y de sus vicisitudes es crucial para comprender gran parte de la historia de aquel proceso y de las ideas revolucionarias en Cuba. Al inicio de los treinta, el antimperialismo le franquea a Guiteras un primer logro relevante en su posición política: la lucha inmediata e ineludible debe ser para derrocar a Machado, pero ella no es un fin en sí. En ella coinciden el anhelo popular y el señuelo que utilizan los políticos tradicionales opositores —es un gozne de motivaciones muy diversas—, pero es sólo una vía para promover una revolución que tiene tareas más ambiciosas y complejas

que derrocar una dictadura, y debe lograr efectos sociales trascendentales. Por la rigurosa consecuencia con que asumió y sostuvo ese principio en su práctica revolucionaria, Guiteras se colocó siempre en un medio ideológico ajeno y opuesto al de Menocal, la Unión Nacionalista, la Junta Revolucionaria y el conjunto del antimachadismo burgués.³

La segunda conquista de Guiteras en su posición revolucionaria es la convicción de la necesidad de la insurrección armada popular, organizada previamente por un grupo de conspiradores, como instrumento idóneo para alcanzar el poder y desatar la revolución. Su gran identificación con la tradición nacional debe haber aportado el alma y la confianza de esa certeza suya, ratificada por los textos que estudia acerca de experiencias europeas y de la revolución soviética; la propuesta teórica marxista sobre la violencia era como un aval a las prácticas revolucionarias cubanas. Pero la entrega personal a la conspiración y la lucha armada es lo decisivo. La experiencia de involucrar su vida y tantas cosas valiosas, de cambiar de objeto sus conocimientos técnicos —de preparar medicamentos a preparar bombas y granadas—, de ponerse en contra del orden establecido, alimenta su preparación y sus reflexiones. Participó frontalmente en la insurrección de agosto de 1931, fue capturado por el ejército y estuvo cuatro meses preso. Además de las nuevas vivencias y de las relaciones personales que hizo, Guiteras le sacó el máximo provecho a su aventura: a) la insurrección debe prepararse

³ Ver manuscrito de Guiteras «Manifiesto al pueblo de Cuba». En Hor-tensia Pichardo: *Documentos para la historia de Cuba*, tomo III, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973, pp. 531-36. También en Tabares, *ob. cit.*, pp. 190-96; la primera parte y una síntesis del contenido en *Pensamiento Crítico*, núm. 39 (Especial), La Habana, mayo de 1970, pp. 270-71.

con toda responsabilidad, y hay que lanzarse a ella con decisión; b) los viejos políticos no están dispuestos a eso, sino a aprovecharse de las ansias de lucha populares;⁴ y c) es necesario crear una organización independiente para preparar la acción y para dirigir la revolución.

Un tercer aspecto de su posición revolucionaria se había puesto en juego en aquel episodio: su combinación de practicismo unitario con aferramiento a los principios. A pesar de su ideología, Guiteras aceptó ser uno de los miembros de la dirección insurreccional de la Junta Revolucionaria de Oriente; los viejos políticos apostaron a sacar provecho a las virtudes y relaciones del joven, que además les parecía de su clase. En realidad, él salió ganando la gente que pudo atraer a su núcleo revolucionario, tomándola de donde era posible: los que se mostraban rebeldes en la práctica, aunque su conciencia política no estuviera todavía libre de la sujeción a símbolos y hombres de la vieja política. En lo que no tuvo éxito fue en obtener de esos viejos políticos medios materiales para la lucha que siguió en 1932-33. Pero Guiteras mantuvo su estrategia. Unió disímiles grupos rebeldes locales por todo Oriente, con los cuales fundó Unión Revolucionaria, organización de lucha armada para la revolución verdadera, que tuvo estructura permanente, preparó militantes y cuadros, acopió armas y cotizaciones, y realizó numerosas acciones.⁵ Y al mismo tiempo auspició un Frente Único Revolucionario oriental, sin éxito. Envió a un segundo suyo a conversaciones con la Junta de Nueva York, también infructuosas, antes

⁴ «...del contacto con los políticos de la vieja escuela sale cada vez más convencido de que los grandes problemas de Cuba nunca podrán solucionarse con una concentración de fuerzas cuyos intereses son contradictorios» (C. Guiteras: *Ob. cit.*, p. 7).

⁵ Ver Tabares: *ob. cit.*, cap. V, pp. 167-237.

de lanzarse a la insurrección del 29 de abril de 1933. La toma de San Luis y algunas otras acciones —y lo ambicioso del plan— ratificaron al país la beligerancia de un sector revolucionario oriental de posiciones radicales.

La «Mediación» imperialista iniciada dos semanas después, los cambios introducidos en la política antimachadista, el desencadenamiento de la crisis revolucionaria y la caída de la tiranía permiten apreciar la dimensión ya alcanzada por Guiteras en aquel verano de 1933. La decisión intervencionista de poner fin al machadato eliminando toda posible salida revolucionaria y utilizando servidores seguros —y la soberbia de su ejecutor Welles— separó claramente a los opositores a Machado ante los ojos de la nación: los que se sometían al dictado yanqui, y los que no. Como política metropolitana llegó demasiado tarde después de tanto respaldo a la dictadura, como nueva política —iba a nacer el Buen Vecino— fue todavía de viejo cuño, y demasiado torpe. Pero también fue lógico que se convirtiera en la esperanza de los que se oponían a la vez a Machado y a una revolución. La organización clandestina ABC, surgida en 1931, propiamente el primer intento desde el campo burgués antimachadista de llenar el vacío político en que el desprestigio del sistema estaba colocando a las clases dominantes, había ganado bastante prestigio por sus acciones y su lenguaje, a pesar de proponer un nacionalismo sin antimperialismo y opuesto a la izquierda. Su colaboración inmediata e incondicional con Welles constituyó, a mi juicio, un error gravísimo: la primera organización burguesa que realmente era hija de la revolución y no una rémora del pasado se entregó simplemente al procónsul extranjero, por intereses mezquinos y costumbre cipaya. Inició así un papel subalterno y contrarrevolucionario que mantuvo

durante todo el período crítico de 1933-35. Desde el punto de vista histórico, se suicidó como alternativa política postrevolucionaria, aunque al estudiar los hechos de ese bienio hay que apreciar su acción y su influencia, y el curso del desgaste que sufrió. En esos años Guiteras supo comprender el peligro de que esta nueva organización de origen antimachadista concurriera a la formación de un nuevo bloque reaccionario; por eso fue siempre antiabecedario, en todas las circunstancias diversas de la política desde aquel verano del 33 hasta su muerte.

Los mediacionistas hicieron gestiones para desactivar la violencia revolucionaria, como parte de la política de Welles. A sus ojos, Guiteras, profesional joven de apellido viejo y distinguido, que ha tenido relaciones con viejos políticos, pudiera entender llegado el momento de poner en la balanza sus méritos de combatiente audaz para obtener un lugar en la mesa de la Mediación y en el reparto de poder que seguirá a la salida de Machado. Pero en una revolución cada individuo se determina por su actitud y su actuación, no por su origen social ni sus creencias previas. Activista estudiantil, conspirador, alzado o jefe de una organización de acción, lo que le da continuidad y sentido a la actuación de este hombre es su ideal revolucionario: antimperialismo radical unido al objetivo de cambiar el destino de los humildes de Cuba. La consecuencia y la firmeza, las experiencias y el análisis, lo han ido madurando, pero es obvio que sus características personales fueron el elemento imprescindible para que esa maduración se produjera. Tres veces trataron de convencer al que ahora era un dirigente rebelde de Oriente, armado y puesta a precio su cabeza. Sus negativas lacónicas formaban parte de la leyenda guiterista cuando yo era un niño. El tercer emisario fue un miembro de la Célula Directriz del ABC, al que escuchó durante tres horas, y le contestó con una sola frase: «hay que

saber encontrar el camino del honor y seguirlo, aunque nos cueste la vida».⁶

El arranque y la expresión están dentro de la mejor tradición de intransigencia de nuestras revoluciones⁷. Pero más que el metro heroico impresiona su sentido profundo: lo esencial no se negocia, vale más quedar solo momentáneamente si es preciso, pero depositario de los principios revolucionarios.

Y llegamos al cuarto aspecto. Sus prácticas, sus análisis de la situación cubana y los estudios de otras experiencias y de la teoría revolucionaria marxista llevaron a Guiteras a la convicción de que la liberación efectiva de la nación cubana sólo podría alcanzarse mediante la revolución socialista. Este hombre singular, decidido y temible en la acción, leía incansablemente, estudiaba a Lenin, Ramiro Guerra, Jaurés, Bujarin, Emilio Roig, John Reed, las Constituciones mexicana y soviética y el proceso de la URSS, mantenía una sólida relación con un líder comunista oriental y seguía con pasión la lucha de Sandino. Pero las lecturas han sido el alimento de una entrega personal y una convicción expresadas en su práctica vital. El jovencito estudiante escogió ser antimperialista y antimachadista, el joven doctor prefirió olvidar la Endocrinología y no llegar a tener su farmacia; el preso político es enfermero y asistente social de humildes; el clandestino «Marcos» no mira más a los doctores y antiguos coroneles que lo halagan sino a los militantes abnegados que lo acompañan y lo siguen⁸ y a la masa de los humildes entre los cuales en-

⁶ Tabares: *ob. cit.*, p. 218.

⁷ Uno recuerda a Fidel, todavía lejana la victoria, rechazando desde la Sierra un pacto que ponía en riesgo los principios: «Que para caer con dignidad no hace falta compañía».

⁸ «...porque la verdad que era la guía de nosotros. Lo queríamos con idolatría por lo sencillo, por lo natural. Porque en todo su sentido se

cuentra refugio y ayuda, la masa a la que hay que infundir autoconfianza y movilizar, para que su conciencia y su actuación pongan al alcance de Cuba el socialismo.

Guiteras es ya un revolucionario formado. Su rumbo está decidido: la lucha armada, desatar la revolución contra el imperialismo y la burguesía, por la causa del socialismo. Pien­sa que la revolución es posible, y entiende que ella debe su­je­tarse a etapas imprescindibles que garantizarán su viabilidad. Al analizar su vida y su época hay que concluir, además de lo que con justicia se dice de él, que Antonio Guiteras es uno de los iniciadores del comunismo en Cuba, que su actuación y sus ideas políticas forman parte de la tradición cubana de pensamiento y luchas por la revolución socialista de liberación nacional.

Guiteras se mantiene vigilante del curso de la política nacional, pero al revés que otros opositores, redobla su esfuerzo para la lucha armada; prepara una nueva fase en Oriente, a partir de asaltar el cuartel de Bayamo y establecer una guerrilla rural. La guerra es política, por eso denomina al proyecto «Plan de Bayamo, contra la Mediación». Entonces cae la dictadura, el 12 de agosto, entre la crisis del apoyo militar al régimen y la imposición por Welles de un títere en la presidencia, por un lado, y por otro la huelga general y la furia del pueblo desatado. Toni se traslada de inmediato a Santiago y proclama allí ante el pueblo su repudio total al nuevo régimen y al imperialismo —un acto cuya honda trascendencia política muchos no entendieron—, declarando que permanecerá en rebeldía armada hasta que el gobierno derechista sea sustituido por un poder revolucionario. En las tres

veía un compañero nuestro, dispuesto a lo que fuera». Entrevista a William Sánchez, en *Pensamiento Crítico*, núm. 39, p. 272.

semanas febriles que siguieron, el viejo orden que había estado vigente más de 30 años se siguió descomponiendo, ahora con gran celeridad. Reitero mi imposibilidad de tratar aquí siquiera someramente el proceso histórico, sólo anoto que con la crisis revolucionaria se abrió un período fundamental de cambios de la primera mitad de este siglo en Cuba.

La actividad política de Guiteras se multiplicó en esas semanas, en Oriente y en un viaje que hizo a La Habana. Aquí se relacionó con Sergio Carbó, habló con diversos factores opuestos al gobierno y conoció algunos nuevos actores que pronto compartirían con él el drama que se avecinaba. Al regreso explicó a sus partidarios y a otros revolucionarios orientales la endeblez real del nuevo gobierno, los intentos reaccionarios de Menocal y el ABC, y la necesidad de la revolución. En medio de la enorme actividad de esos días y de la desobediencia generalizada al orden, «Revolucionarios de Cuba» —nuevo nombre de su organización desde el 31 de agosto— exigía sanciones penales y la expropiación de los machadistas, abolición de la Enmienda Platt, reforma de la Constitución, elecciones generales e inicio de una política socialista. Caracteriza al bloque dominante de políticastros, comerciantes, grandes bancos y empresas extranjeras «cuya cabeza es Wall Street [...] enriquecimiento de una minoría cuya principal misión será dar satisfacción a los intereses extranjeros... predominio capitalista con la consiguiente expropiación del proletariado [...] depauperación de la gran masa del pueblo de Cuba».⁹ Pero todo indica que la palabra va a ceder el lugar a los hechos trascendentales, aunque no se sepa cómo. De pronto, el lunes 4, como es tan usual en los momentos que después serán históricos, sucede lo imprevisto:

⁹ Tabares, *ob. cit.*, p. 230.

las clases y soldados de un ejército de casta en crisis deponen a sus oficiales, llaman a los antinjerencistas a gobernar y dan un golpe mortal a la primera república.

«Paso a la revolución auténtica» es la consigna del día. En realidad el gobierno cae sin resistir, la institución militar queda en manos de desconocidos «de abajo», la situación se le va de las manos a Welles y el imperio contrariado amenaza con sus barcos de guerra; el aparato represivo del Estado burgués y la economía del país están en su peor momento de lo que va del siglo, las huelgas arrecian, los azucareros ocupan centrales, el empleo, los salarios, el nivel de vida se han desplomado, y la violencia crece. El triunfo político de los opuestos al entreguismo no trae unidad ni concertación entre ellos alrededor del antimperialismo; la gran protesta social y el movimiento político principal quedan enfrentados. Las fidelidades, creencias y prejuicios de organizaciones, personalidades y militantes los dejan por debajo de las potencialidades subversivas del movimiento de las masas. El 10 de septiembre la Comisión Ejecutiva (pentarquía) dio paso a un gobierno presidido por uno de ellos, el profesor de fisiología Ramón Grau San Martín; la decisión la tomó el Directorio Estudiantil Universitario, organización que dio su apoyo al golpe de los sargentos. Se designó un gabinete. El revolucionario José M. Irisarri —que había conocido a Guiteras pocos días antes— lo propuso para Gobernación, un cargo importante, y Carbó lo apoyó. Le avisaron a través del cuartel Moncada, y Toni aceptó. Aquel domingo Grau, que había tenido una posición cívica frente a Machado, se negó a jurar el cargo sobre la Constitución de 1901, que contenía además la Enmienda Platt; sacó el brazo por el balcón y juró por el pueblo congregado abajo.

2. Guiteras y la revolución

Es indudable que la revolución nos aleccionará, y que aleccionará a las masas populares. Ahora bien, para el partido político en lucha la cuestión consiste en ver si sabremos enseñarle algo a la revolución.

LENIN: «Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática.»

Es indiscutible que Guiteras no alcanzó súbitamente un papel protagónico nacional por el azar afortunado de haber sido designado Secretario de Gobernación —era con mucho el ministro más joven— en uno de esos raros momentos en que escasean los candidatos al formarse un Gabinete. Ese cargo fue un reconocimiento al gran prestigio personal que gozaba y al papel jugado por Oriente en la lucha antimachadista; también era una necesidad para un nuevo gobierno que a pesar de surgir de una coyuntura muy compleja y en el que participaban fuerzas muy disímiles, pretendía brindar un cauce revolucionario a la enorme insurgencia popular del segundo semestre de 1933.

En estos veinte últimos meses de su vida —cuatro en el gobierno y dieciséis en la clandestinidad— Guiteras alcanzó un lugar cimero en el campo revolucionario. Había puesto sin reservas sus cualidades personales en la fragua de la revolución, desde sus primeras experiencias, asumido la ideología antimperialista en su variante más radical y la idea del socialismo como meta de la revolución verdadera. Había practicado consecuentemente la lucha armada como vía para lograr la insurrección popular y la toma del poder político, trabajando siempre entre el pueblo, en un medio que lo influía y lo entrenaba como dirigente. Guiteras era, obviamente, un producto de la Revolución del 30. Ahora se lanzó a transformarla, o

para decirlo más exactamente, a convertirla en una revolución socialista de liberación. No pudo triunfar, su vida se truncó cuando estaba en la primera fase de esa tarea: su destino fue sembrar y señalar la ruta.

La revolución social desencadenada en Cuba en aquellos años fue la explosión popular frente a los crímenes y los abusos de todo tipo, la miseria, la crisis económica, la frustración de la república. Los activistas, los mártires y los líderes fueron sus detonadores o actores —muchos de ellos abnegados y heroicos— y el pueblo los exaltó; pero nunca constituyeron una dirección unida, o por lo menos coordinada, que pudiera conducir las rebeldías populares. Varios de ellos llegaron a ser líderes de una fracción, o de un momento del proceso, pero el hecho histórico es que no se produjo la coincidencia de la crisis revolucionaria y la organización revolucionaria en condiciones de canalizarla hacia el triunfo y la realización de la liberación nacional. No puedo analizar aquí, ni siquiera someramente, las líneas fundamentales del período que va de agosto de 1933 a mayo de 1935. Me limitaré a comentar elementos fundamentales del pensamiento y de la actuación mediante los cuales Guiteras intentó conducir la situación hacia un triunfo revolucionario.

«Un estudio somero de la situación político-económica de Cuba nos había llevado a la conclusión de que un movimiento que no fuese antimperialista en Cuba, no era revolución, pues sus intereses eran incompatibles», explica Guiteras en el breve artículo «Septembrismo»,¹⁰ uno de los textos más lúcidos y profundos producidos durante la Revolución del 30. Siguiendo ese principio central había usado su cargo oficial como un ariete contra los intereses y las posiciones del

¹⁰ En *Pensamiento Crítico*, núm. 16, La Habana, mayo de 1968, pp. 202-05 (reproducido de *Bohemia*, 1^a de abril de 1934).

imperialismo en Cuba —a los cuales golpeó todo cuanto pudo— y en una defensa activa de los trabajadores y de la población humilde del país. Aunque personalmente se ubicaba en la extrema izquierda, consintió en formar parte de un gobierno en el que había moderados, desorientados e incluso conservadores, buscando hacer avanzar la fuerza de la revolución mediante prácticas radicales que involucraran a masas y potenciaran la fuerza de las ideas revolucionarias entre esas masas. El desarrollo de una nueva conciencia política haría factible al pueblo emprender el camino de una revolución más profunda, contra el imperialismo y el capitalismo.

Guiteras combatió enérgicamente los sangrientos intentos contrarrevolucionarios, fue el conductor de la pequeña ala radical dentro del equipo de gobierno de Grau, intentó de manera activa pero infructuosa avanzar hacia una unidad de la izquierda, fue un duro opositor de las acciones represivas contra los trabajadores y se enfrentó a la progresiva claudicación de muchos miembros del gobierno y a la actitud traidora de Batista; se le sumó Guerra y Marina desde el 25 de octubre, pero además desempeñó muchas más responsabilidades que las que le correspondían, protagonizó polémicas y fue una figura muy atendida por los medios de comunicación. Toni hizo más enérgica y radical su actuación en los dos últimos meses y medio: tomó medidas muy radicales, hizo propuestas de corte más anticapitalistas, intentó dar más fuerza militar al sector revolucionario, chocó con los traidores en ciernes, trató de ampliar su fuerza en el gobierno y fue prácticamente un primer ministro en la fase final, sin dejar de combinar la atracción y la crítica con los moderados. Y lo principal: a través de decretos, órdenes, nombramientos, gestiones, nuevas agrupaciones, agitación, entrevistas, cumplió en aquellos cuatro meses el objetivo principal que se trazó,

con una actividad sistemática y en una diversidad de frentes que resultan asombrosos.

Cuando el 15 de enero de 1934 la línea contrarrevolucionaria se impuso y el Gobierno fue depuesto, Guiteras fue el líder político que se opuso con energía en la Junta Revolucionaria de Columbia, trató de sublevar a una parte de las fuerzas armadas y de desatar una huelga general. Ante el fracaso no se desalentó ni se desorientó. El dirigente anticapitalista dejó bien claras su posición y los fines de la lucha:

Me responsabilicé con el Ejército en el movimiento del 4 de Septiembre por entender que había llegado el momento de imponer un programa mínimo que de un modo lento nos pusiese en condiciones de afrontar en un futuro no lejano la inmensa tarea de la Revolución Social, que a pesar de todas las dificultades, de todas las resistencias, se avecina, rompiendo todas las barreras que la burguesía ha levantado para impedir su paso.

Ent(end)iendo que el Gobierno cumplía, a pesar de todas las dificultades, este programa mínimo, lo defendí. Actualmente estoy en la oposición, y lucharé por el restablecimiento de un Gobierno donde los derechos de los Obreros y Campesinos estén por encima de los deseos de lucro de los Capitalistas Nacionales y extranjeros.¹¹

¹¹ En *Pensamiento Crítico*, núm. 39, pp. 283-84 (reproducido de *Luz*, La Habana, 20 de enero de 1934). Ver una valoración muy interesante de Guiteras en 1935 sobre el gobierno de sept. 1933-enero 1934 en «Cómo pensaba el político cubano Dr. Guiteras», en *Ibidem*, pp. 296-97 (reproducido de *El Nacional*, México DF, 13-5-1935).

De nuevo en la clandestinidad, sacó el provecho que pudo a la situación creada en el país por la crisis revolucionaria, y al prestigio y lugar que ya tenía en la sociedad cubana. Con antiguos y nuevos compañeros nucleó organismos clandestinos que llevaron a cabo una estrategia de respaldar y estimular la protesta popular con acciones armadas de guerrilla urbana, coleccionar fondos con ayuda de confiscaciones e incluso secuestros, reclutar, preparar y sostener militantes, comprar y ocupar armas, con vista a una insurrección armada que se articulara con una desobediencia masiva que pudiese desembocar en huelga general revolucionaria. Pero nada más lejos de esa estrategia que una visión militarista y ajena a la lucha de ideas y de masas.

En aquellos dieciséis meses, Guiteras y sus compañeros se mantuvieron siempre atentos a todos los hechos políticos y sociales de alguna relevancia, actuando o haciendo conocer sus criterios frente a ellos. Guiteras emprendió gestiones o intercambio de puntos de vista con numerosos sectores, o atendió a la iniciativa de otros, e impulsó la divulgación de las ideas revolucionarias y de informaciones independientes. *Joven Cuba*, la nueva organización revolucionaria guiterista creada en mayo de 1934, le otorgó a la lucha de ideas una gran importancia. En octubre su Comité Central lanzó al público un programa¹² que es uno de los hitos intelectuales de la Revolución del 30. Allí se declara expresamente que a pesar de contar con elementos propios suficientes, Cuba no es todavía una nación, porque carece de «unidad funcional de su economía», porque está «supeditada al capital extranjero». Pero aquella no se logrará si el trabajo no gobierna a la economía, por lo que la idea central de *Joven Cuba* es que «para que la ordenación

¹² Programa de *Joven Cuba*. En *Pensamiento Crítico*, núm. 16, pp. 207-220 (reproducido de *Ahora*, La Habana, 24-10-1934).

orgánica de Cuba en Nación alcance estabilidad, precisa que el Estado cubano se estructure conforme a los postulados del Socialismo. Mientras, Cuba estará abierta a la voracidad del imperialismo financiero.» A continuación hace una reflexión marxista muy notable acerca de las dificultades y la necesidad de racionalidad socialista, de etapas e incluso de rectificaciones que exigirá el complejo de transformaciones de las «realidades históricoeconómicas» y las «realidades espirituales» para alcanzar el socialismo. «Perseguiamos el acierto histórico, no el forzamiento antihistórico», dice. No me es posible hacer aquí ni una somera glosa del «Programa», por lo que me limito a sugerir su lectura completa.

Los ideales y la concepción de la revolución de Guiteras no han cambiado, pero las extraordinarias experiencias vividas se expresan en la madurez de sus ideas y de su intento revolucionario. Se da cuenta de la lección que hay que sacar de las jornadas revolucionarias de desobediencia masiva y prolongada a la dominación: «mostró un mundo de posibilidad al pueblo de Cuba [...] Esa fase de nuestra Historia es la génesis de la revolución que se prepara, que no constituirá un movimiento político con más o menos disparos de cañón, sino una profunda transformación de nuestra estructura económico-político-social». ¹³ Para ese evento histórico es imprescindible preparar una organización de nuevo tipo, con muy fuerte unidad política e ideológica que identifique a sus miembros y les permita ser conductores: «...una minoría penetrada de sus principios, con plena conciencia revolucionaria. La conciencia antimperialista sólo puede ser completamente formada desde el poder a través de una política de reivindicaciones nacionales». ¹⁴

¹³ «Septembrismo», *Ob. cit.*, p. 287.

¹⁴ «Cómo pensaba el político cubano Dr. Guiteras», *ob. cit.*, p. 290.

La unidad entre las diferentes fuerzas de izquierda fue una preocupación política constante de Guiteras. Ante todo, con el Partido Comunista y con las organizaciones obreras que este orientaba; Guiteras tuvo una actitud muy positiva y dio numerosos pasos en esa dirección, pero nunca pudo lograrse la unidad, o al menos algún acercamiento. Numerosos actores de los hechos de aquellos años han expuesto sus criterios sobre esa cuestión,¹⁵ y también se cuenta ya con trabajos de investigadores del período.¹⁶ Sin dudas esa situación fue un factor de debilidad de las fuerzas populares frente a sus poderosos enemigos; el analista de hoy, sin embargo, debe considerar que el complejo de creencias, prejuicios y pasiones de los participantes en aquellos hechos históricos es una de las realidades que integraron entonces lo que hoy es una materia de estudio.

La coordinación o pacto con el naciente Partido Revolucionario Cubano (los «auténticos») hubiera sido muy conveniente, por el sector opositor que iba integrando, y porque no le faltaban cuadros honestos y con experiencias de lucha. Pero este partido nuevo —en el sentido de que venía del propio proceso revolucionario y era él mismo un síntoma de la necesidad de una nueva época política— que después llegó a tener la mayor influencia política de masas en el país, ya tenía desde el inicio en su dirección máxima las nocivas tendencias al electoralismo, la exclusión de la vía revolucionaria, un nacio-

¹⁵ El movimiento comunista internacional también se ocupó del tema. Ver, por ejemplo «Por el frente único nacional en Cuba (Carta desde París)». En *Páginas de historia contemporánea*, Vol 1ª (publicación de la Internacional Comunista), Editorial SUDAM, Mayenne, Francia, pp. 48-67 (reproducido de *L'Internationale Communiste*, núm. 5, mayo de 1935).

¹⁶ Ver en Tabares, *ob. cit.*, sobre todo el acápite 4.2 (pp. 280-87).

nalismo anticomunista, la politiquería, la demagogia y el control excesivo del líder carismático. Guiteras se vio obligado a polemizar alguna vez con el PRC, en la medida en que sus defectos podían ser manipulados por la dictadura y confundir, pero evitó la práctica de hacer ataques públicos a los «auténticos», que hubiera contribuido a debilitar a la oposición a la dictadura. Años después se construirá un mito «auténtico» con las medidas radicales impulsadas por Guiteras durante el gobierno «de los cien días» de 1933; pero en la lucha real de 1934-35 las posiciones de unos y otros eran muy lejanas. Cuando Grau San Martín quiso entrevistarse con Guiteras poco antes de la Huelga de Marzo, *Joven Cuba* acordó que una Comisión visitara a Grau. Guiteras orientó que le ratificaran la línea de la organización, su independencia respecto a las demás y sus objetivos, y la vigencia del «acuerdo primitivo» del Comité Central: «imponer un programa revolucionario desde el poder por medio de la dictadura».¹⁷

Guiteras mantuvo una política consecuente de atracción hacia la gama de personas honestas provenientes de sectores revolucionarios antimachadistas o fruto de los acontecimientos recientes que buscaban un lugar satisfactorio en que luchar. Los que ingresaron a *Joven Cuba* encontraron tareas y responsabilidades en sus Comisiones de Acción, Insurreccional, Obrera, Estudiantil, Femenina, Propaganda; el propio Comité Central fue utilizado para atraer y reconocer a ciertas personalidades.¹⁸ La organización llegó a tener miles de miembros, y estructuras a escala nacional. La legión de combatientes fieles de *Joven Cuba*, los «guiteristas», peleó

¹⁷ Carta a Pedro Pablo Torrado, 2 de marzo de 1935; fragmento conservado por Calixta Guiteras (reproducido en *Pensamiento Crítico*, núm. 39, p. 296).

¹⁸ Ver Tabares, *ob. cit.*, pp. 435-39.

abnegadamente y enfrentó la represión; después muchos de ellos formaron parte del enorme contingente internacionalista cubano —más de mil combatientes— que participó en la Guerra de España.¹⁹ El guiterismo se incorporó a las tradiciones combativas del pueblo cubano, convirtiéndose en uno de sus símbolos más allá de las especificidades que tuvo cuando era una organización y una posición actuante.

Cuando cayó combatiendo en El Morrillo, el 8 de mayo de 1935, Guiteras se dirigía a México a asumir el mando de una expedición que comenzaba a organizarse, y cuyo desembarco en Oriente debía simultanearse con ataques a numerosos cuarteles del país; al generalizarse la insurrección se lanzaría la consigna de huelga general y se apoyaría y armaría progresivamente a las masas. La organización revolucionaria debía asumir el papel de vanguardia impulsora y organizadora de esa insurrección generalizada, conducir al pueblo en la lucha y organizar el nuevo poder.

Sin embargo, *Joven Cuba* no logró sobrevivir a su líder. ¿Era demasiado temprano históricamente para los proyectos y los intentos de Antonio Guiteras? Un año después de la toma del cuartel de San Luis, dos de sus protagonistas se habían definido como «auténtico» y mendietista respectivamente; el segundo alabaría a S. Welles en 1947, en un artículo conmemorativo de aquel alzamiento de abril de 1933 que Guiteras organizó y

¹⁹ Comunistas y guiteristas unidos, entre otros cubanos, pelearon en las Brigadas Internacionales y en el Ejército Republicano. Fue el caso del Comité de Revolucionarios Antimperialistas Cubanos, que peleó al inicio, en el Cuartel de La Montaña, o el de la unidad militar Centuria Guiteras, formada a partir del Club «Julio Antonio Mella» de Nueva York, que fue a España como parte del Batallón «Abraham Lincoln». En la batalla de Jarama (febrero de 1937) cayeron su jefe, el Tte. Crel. Rodolfo de Armas, miembro del CC de *Joven Cuba*, y otros cubanos.

desató contra Machado, pero también contra la inminente Mediación. Es probable que el desarrollo ideológico profundo y coherente fuera todavía incipiente en la nueva organización guiterista cuando su dirigente máximo cayó.

Es indiscutible que los modos de hacer política y de sentir-la que se generalizaron en la primera república pesaron duramente sobre los intentos liberadores durante la Revolución del 30. La neutralización de la ideología mambisa, el neocolonialismo y la gran corrupción y el autoritarismo de la política de la república burguesa produjeron colonialismo mental y subdesarrollo de la conciencia política. En términos históricos el caudillismo había perdido mucho de su base desde antes de la conmoción revolucionaria, pero en términos vivenciales mucha gente sentía todavía la necesidad de ser «de alguien» —por ejemplo menocalista, o mendietista— en esos años treinta. Ser revolucionario implicaba —ha implicado siempre— pensarlo todo de nuevo y con una visión nueva, pero a escala de masas la rebelión sucedió sin que una visión nueva y nuevas ideas tuvieran arraigo y extensión masivas. La misma violencia revolucionaria —partera de la historia— derrochó audacia y sacrificios, pero careció de una articulación instrumental y permanente al servicio de una política revolucionaria orgánica y eficaz.

A pesar de esas duras realidades, el esfuerzo revolucionario de los años 30 aportó a Cuba logros extraordinarios. Se acabó la resignación ante la tutela extranjera y la falta de autoconfianza nacional que enfermaba al nacionalismo cubano; el antimperialismo llegó a influir a la población. La antigua política de la primera república neocolonial fue barrida, las instituciones tuvieron que ser renovadas y crearse otras nuevas, y la ciudadanía adquirió más facultades y más conciencia. La conciencia y los movimientos de trabajadores dieron un inmenso

salto hacia adelante, sus organizaciones fueron muy abarcadoras, legalizadas y fuertes, y el sistema tuvo que reconocer esas realidades en los terrenos legal, de los órganos y el funcionamiento del Estado, político, social y de distribución de la renta. Esos logros —y otros— fueron plasmados en un nuevo orden constitucional y legal, y en grandes cambios en una parte de las relaciones sociales, en los sistemas de formación y de reproducción de las ideas y en la conciencia social. Las experiencias de protesta social y rebeldías políticas, y de las ideas asociadas a ellas, generaron avances sumamente notables de la cultura nacional. Otra vez Cuba afirmó su identidad en las luchas por cambios profundos en busca de libertad y de justicia social, ahora más dentro de las ideas y movimientos que alcanzaban escala mundial, y otra vez las nociones de tarea incumplida y de proyectos por realizar quedaron en la base de las percepciones del destino de la nación.

Insisto en que no confundamos, sin embargo, lo que se vivía en aquellos años con los análisis que hacemos hoy para tratar de dilucidar el evento histórico. Hasta el más poderoso, organizado y experimentado participante político en la crisis cubana —el gobierno de los Estados Unidos— debe haberse asombrado seguramente del grado en que llegó a perder control en aquella pequeña nación que había llegado a dominar tan a fondo, y de las dificultades formidables que confrontaba el restablecimiento del orden. Esos aprietos deben haber jugado un papel no pequeño en las decisiones que lo llevaron a ciertos cambios y a una renovación de las relaciones neocoloniales, motivaciones que no suele ver el tipo de analista formado para creer que se trata simplemente de elecciones racionales.

Fulgencio Batista resultó ser el más hábil y eficaz contrarrevolucionario de la época. En 1934-35 pugnaba en

varios frentes a la vez. Debía reorganizar en su provecho y en el de las clases dominantes el aparato represivo, descompuesto hasta sus cimientos por los sucesos revolucionarios y por el gran motín de soldados del cual él mismo había surgido; asegurar al embajador y a los círculos dominantes de Estados Unidos que sólo él sería la carta de triunfo para sus intereses; reprimir a sangre y fuego la protesta social y la actividad subversiva a la vez que maniobrar e intrigar para debilitar a ambas y para dividir y apaciguar a la oposición; utilizar a los políticos conservadores disponibles en vez de ser utilizado por ellos y unirlos a nuevos políticos dispuestos, para formar con ellos un bloque de la reacción. Tales eran las cuatro tareas principales de este miserable nada común.²⁰

Batista había reconocido la peligrosidad de Guiteras desde el otoño de 1933, cuando aprendía a ser jefe del ejército y personalidad pública, y se ofrecía a Welles. Ya dictador en enero, ensayó a comprarlo o neutralizarlo (gestión de Justo Luis del Pozo), para perderle el miedo. Ante el rechazo y el desafío, hizo que sus fuerzas lo combatieran, pero no se atrevió a asesinarlo hasta después que fue aplastada la última gran jornada de rebeldía popular, la Huelga de Marzo, cuando casi había asegurado el cumplimiento de sus tareas principales. Todavía autorizó la gestión del Teniente Coronel Galíndez, que se entrevistó con Guiteras dos días antes de El Morrillo y le propuso sin éxito pactar con el régimen; Galíndez le pidió que no intentara salir del país, lo que evidencia que conocía el plan de Guiteras (Galíndez se refirió a esto con

²⁰ «[L]a mejor cabeza de la reacción en Cuba», le llamó tempranamente Pablo de la Torre (29-3-1935), en un texto que lo retrata con agudeza y brillantez (reproducido en *Pablo de la Torre Brau*. Colección Hombres de la Revolución, Impresora Universitaria, La Habana, 1973, pp. 311-14).

pesar ante los prisioneros de El Morrillo poco después de la tragedia, llenando de ira y asombro al traidor capitán Carmelo González).

Esa actuación de Batista es un buen ejemplo del gran prestigio y la fuerza moral que tuvo Guiteras, ya que no hay razón válida para sospecharle la menor generosidad al dictador, y sí interés en obtener el triunfo de la pacificación del país que lo ratificara en el mando. Informaciones y testimonios confirman el respeto y la admiración que en general concitaban la intransigencia combativa, el valor personal, la cultura y la profundidad y proyecciones revolucionarias de los análisis sociales del «doctor Guiteras», como le llamaban todos entonces, a pesar del tipo de actividades en que estaba inmerso.²¹ Pero esos valores suyos no habían fructificado todavía en un reconocimiento general dentro del campo revolucionario que pudiera tener efectos decisivos.

En todo caso, al morir a los 28 años de edad en 1935 Antonio Guiteras estaba ya formado para el liderazgo y era sin duda alguna el más destacado dirigente de la revolución. La posibilidad de nuevos acontecimientos (por ejemplo, la expedición desde México), nuevas circunstancias favorecedoras de la unidad entre los revolucionarios que surgieron poco después de su caída, hubieran podido adelantar su camino. Pero su trayectoria se truncó demasiado temprano. Su última imagen de muerto en combate —envuelto en sangre y tierra en la foto terrible del necrocómio— le aseguró sin embargo

²¹ Sorprendido solo en una casa del Vedado el 8 de agosto de 1934, Toni se lanzó por una alta ventana a un solar, pero se fracturó los tobillos. Aun así caminó una cuadra, hasta ser detenido. «Uno quiere matarle pero otros dicen “A Guiteras no se le mata”, sintiendo respeto por la vida del hombre superior que en la imaginación toma proporciones de leyenda» (C. Guiteras, *ob. cit.*, p. 14).

otro lugar: el de símbolo de la fundación de la moderna revolución de liberación en Cuba y el de índice que señalaba su camino. En lo personal, esa firma final ratificó la decisión que le había expresado a un grupo de políticos tradicionales que festejaban la caída del Machadato: «Ustedes terminaron la lucha. Yo empiezo ahora».

Guiteras permaneció como una herencia yacente durante el plazo de una generación. Era una fuerza histórica de la revolución socialista de liberación nacional en Cuba, pero sería erróneo creer que toda fuerza histórica tiene decretada su aplicación práctica. Esa fatalidad feliz no existe. Roto su mecanismo vital —su propia vida y la vida que le daba la Revolución del 30— le tocaron a Guiteras los destinos habituales: ante todo el olvido, pero también el uso espurio y el oscurecimiento de las razones de su acción y de su vida.

La insurrección popular desencadenada por Fidel Castro y sus compañeros a partir del “motor pequeño” del Moncada levantó otra vez a Guiteras y lo puso en marcha. La violencia popular organizada e identificada ideológicamente, la dictadura revolucionaria como vehículo idóneo para realizar el proyecto liberador y socialista, el logro de la unidad de los revolucionarios y del pueblo alrededor de los ideales, de la organización y del líder, se pusieron a la orden del día. Fue necesario el triunfo de las ideas más revolucionarias a través del proceso práctico de la revolución, para que pudiera emerger, como un fruto más del proceso, la asunción de la estatura completa de Antonio Guiteras.

LA HERENCIA DE SU EJEMPLO*

Me he preguntado muchas veces si no hay confusiones en la cuestión de la personalidad política y la personalidad literaria de Roque Dalton. Porque es cierto que él es un gran poeta salvadoreño y un gran poeta latinoamericano; pero también es verdad que Roque es uno de los iniciadores de la revolución contemporánea en El Salvador. El hecho de que las dos actividades sean compatibles es algo, por cierto, muy repetido en América. Lo que provoca confusiones en el caso de Roque es que una de las dos actividades sea privilegiada en detrimento de la otra.

Y no es que Roque haya sido sólo un poeta importante —que sí lo es—, que, afortunadamente, era revolucionario; es que Roque es un revolucionario latinoamericano que afortunadamente fue un gran poeta. Sin que con esto pretenda negar nada a la poesía.

Cuando nos conocimos, mi primera impresión sobre Roque fue la de que era un intelectual de un pequeño país centroamericano (Roque hacía muchas bromas acerca de su país) que vivía en Praga representando a su partido en la *Revista Internacional*. En ese tiempo estábamos tratando de profun-

* «La herencia de su ejemplo» (1982). *Sobre Roque Dalton*. Serie Valoración Múltiple, Casa de las Américas, La Habana, 1986.

dizar en nuestras ideas revolucionarias, inspiradas en la profundización de la práctica revolucionaria cubana en la lucha por el socialismo, y en su dimensión internacionalista americana. Esa es la atmósfera y el momento ideológico en que conozco a Roque.

Hablamos, y me expuso con calor su opinión acerca de la gesta del Che. Entonces pensé: «éste es un compañero latinoamericano revolucionario». Era una expresión todavía superficial, pero era una carta de presentación. Después, la amistad, el conocimiento y la experiencia vital que hemos tenido todos dentro de nuestra Revolución, me ha posibilitado valorar a Roque cada vez más y entender su significado.

En aquel primer momento yo no sabía que Roque era poeta. Afortunadamente me enteré enseguida, comencé a devorar su poesía, y ya lo seguí leyendo, con ayuda suya; lo sigo leyendo y admirando hasta hoy. Como no soy crítico de poesía, quiero expresar solamente un criterio acerca de uno de los sentidos fundamentales de la poesía en Roque Dalton.

Dentro del gran movimiento poético que renovó el verso de lengua española en una dirección tan ajena al arte poética que nos enseñaban en bachillerato, Roque logró una de las expresiones más importantes y legítimas. Creo que Roque encontró en la poesía el vehículo apropiado para comunicar el complejo de sentimientos, reflexiones y acciones que su individualidad reclama a su circunstancia; la forma, coloquial o como quiera llamársele, era en Roque de todo menos ejercicio de preceptiva. Sin negar la labor ardua que al poeta le exige la creación de su obra, la forma que utilizó era expresiva de la personalidad de Roque, de la urgencia de realidades presente siempre en sus asuntos poéticos. Su poesía, a ratos burlona y siempre honda, recoge la agonía y el vuelo del universo del cual procede.

Ese universo es el de América Latina contemporánea, la que ha tenido que asumir todas las contradicciones y esperanzas del mundo actual, la que tiene en sí el desarrollo del capitalismo y el subdesarrollo del capitalismo, el ideal, la lucha y las miserias de la democracia burguesa, el desarrollo de las ideas socialistas y las vicisitudes e insuficiencias de las ideas socialistas, la pugna mortal por lograr una liberación total y por desarrollar las economías y las sociedades nacionales, la que tiene un modelo de vida ante sí que forzosamente encuentra su ejemplo, en muchos aspectos, en los Estados Unidos, porque no tenemos a Estados Unidos a 7 000 kilómetros, sino que lo tenemos enfrente, y a veces lo tenemos dentro. El grado de «civilización occidental» que tenemos, y la falta de ella, son complementarias.

La agonía del individuo latinoamericano que entiende su sociedad, y la necesidad de cambiarla, se expresa en el seno de esa cultura, la que tiene intelectuales que pueden hablar y entender en cualquier capital del mundo, la que tiene una pobreza y un desvalimiento inmensos. La revolución latinoamericana tiene que cambiar a unas sociedades que son «occidentales», y el proyecto de cambio más profundo y radical que existe, que procedente de Europa se ha extendido a todo el mundo. El intelectual latinoamericano que quiere ser revolucionario, un individuo totalmente «moderno», y que puede hacerse del proyecto más revolucionario que existe si se hace comunista, carece de un suelo correspondiente, en términos de correspondencia clásica, con aquel proyecto. Tiene ante sí un medio escandalosamente pobre, en el que al parecer no encuentra asidero. La misma tradición tiende a parecerle reaccionaria, se siente extraño entre tantos creyentes, tantos supersticiosos, tantos humildes demasiado humildes para formar parte del proletariado al alcance de los sindicatos. De aquella agonía salen innumerables frustraciones, salen gran

variedad de posiciones. Y salen también, cuando se entregan al medio conservando irreductible la médula del proyecto de cambio, los intelectuales revolucionarios.

Cuando fui conociendo mejor a Roque, me di cuenta de lo que después he comprendido más claramente: él fue un producto logrado de revolucionario, en las condiciones agónicas de América Central y el Caribe, las que quizás paradójicamente están siendo las condiciones de producción de las revoluciones de liberación victoriosas en América. Como hombre culto y con medios apropiados, Roque puede empinarse por encima del medio en que nació; estudia, viaja, conoce. Se hace comunista, y este es un paso crucial en su vida, pero no fue, no podía ser, el único paso crucial. Su arrojo personal y su deseo de servir a la causa envuelven a este joven intelectual en situaciones que ponen en gran riesgo su vida (Roque refería con regocijo burlón la fama temprana que le procuró la narración de aquellos riesgos).

Después, a Roque le tocó el exilio obligado y la representación de su partido en Praga. Pudo haberse convertido en un funcionario internacional del partido, y pasar el resto de su existencia participando en las actividades propias de este tipo de función. Creo que su vocación de revolucionario fue lo que le permitió identificar desde allá al Che como el camino y el ejemplo de los revolucionarios latinoamericanos, y a la Revolución Cubana como el único triunfo conseguido hasta entonces en América Latina, de una revolución de liberación, socialista, de una realización práctica de los ideales del marxismo leninismo en las condiciones concretas de este continente.

En Cuba, Roque se sumergió en la Revolución. Aquí, el poeta brillante, el escritor brillante, el cronista brillante, el ensayista brillante, y también el conversador brillante, encontró un ejer-

cicio vital para su vocación de revolucionario, que lo aproximó de manera definitiva a su objetivo concreto: la Revolución Salvadoreña.

En nuestro país, pudo haber asimilado la condición de exiliado ilustre, condición que no le era negada por nadie y que no deja de tener aspectos muy positivos para la causa. Un salvadoreño que es revolucionario, que es comunista, que es Premio de Poesía y es capaz de seguir escribiendo maravillosas poesías, que posee una prosa muy notable, en tres o cuatro géneros diferentes. Un hombre que puede firmar manifiestos, participar en congresos, viajar en campañas de solidaridad, dar conferencias de prensa o presentarse en la TV, será siempre una figura que ayuda y que es representativa de su pueblo. Esa condición de exiliado ilustre que le estaba casi obligada por el lugar que Roque se hizo como intelectual, no fue, sin embargo, la escogida por él. Siempre tensado, obsesionado por el regreso a El Salvador, para Roque no hay más términos medios: su condición de exiliado la ve solamente como una provisionalidad, como un simple paso que le ha tocado asumir como militante, para lograr pasar después a sumergirse en el trabajo del militante clandestino y del militante guerrillero.

Roque fue un defensor muy destacado, dentro del comunismo latinoamericano, de la vía de la lucha armada como imprescindible para mover a las masas a la conquista del poder en América Latina. Estuvo metido en el centro de ese debate, como intelectual y como militante. En ese, como en otros terrenos, hizo un gran aporte a la cultura latinoamericana; en la medida de su significación como intelectual, su aporte es mayor, ya que influyó (e influye) en la fundación de una cultura propia en nuestra América, que está creciendo de la lucha insurreccional, de las luchas de las masas por la toma del poder en los países de la región, y que tiene que ir cre-

ciendo también de la creación teórica y de la creación artística, de una cultura espiritual latinoamericana que tendrá signo comunista, marxista-leninista, y que nos hará ya totalmente latinoamericanos.

Su vocación de político revolucionario hizo a Roque un estudioso y un conocedor profundo de la obra de Lenin. Creo que el Roque poeta es terriblemente leninista, y no sólo por haber escrito «Un libro rojo para Lenin». El Roque escritor, el periodista, el simpático Roque es hondamente leninista. Su vocación de comunista es la que lo hace un intelectual comunista, no es su vocación de intelectual la que lo hace comunista. Su vocación intelectual lo hubiera podido convertir en otra cosa, incluso hasta en un poeta famoso, pero no hubiera hecho de él un intelectual revolucionario.

El salvadoreño Roque Dalton aprende con ayuda de la Guardia Salvadoreña y del ejército guatemalteco que los esbirros de Centroamérica son una sola fuerza, con sus hermanos del FSLN, de Guatemala, aprende que la Revolución también tiene que ser una. En su vida en Cuba sigue profundizando cada vez más su compromiso con ese proceso de latinoamericanización de la lucha que poco a poco, lentamente, se va forjando a partir de la Revolución Cubana y sobre todo a partir de las luchas propias, sangrientas, terribles, prolongadas, de cada uno de los países, y del encuentro que van haciendo entre sí los luchadores, los pueblos, los países latinoamericanos. Esa identificación, nos deja el orgullo de decir que Roque también es cubano.

Hay una dimensión más íntima: es la lengua, es la casa, el hogar, los hijos, la escuela; es el conjunto de ideales de la construcción de un país que se puede compartir entrañablemente cuando se tienen los mismos ideales políticos y se tiene un conjunto de vivencias humanas de todo tipo como las que él tuvo en Cuba. Creo que lo dominante es el ideal polí-

tico, lo que le da sentido a que él tenga aquí el hogar de la familia y la escuela de sus hijos es que él tiene aquí la retaguardia moral de la lucha que pretende emprender en su país.

Ya en los primeros setenta Roque era un intelectual muy reconocido. Hasta en El Salvador, recuerdo que una vez me comentó que querían hacer de él «una pequeña gloria nacional», refiriéndose a una de esas maniobras de los elementos más sagaces de la burguesía, que son los que tratan de asimilar a todas las figuras que puedan corroer con el poder de su clase. Asimilarlo como un gran poeta que vive en el exterior, un gran poeta que está exiliado, que tiene el defecto o la excentricidad de vivir en Cuba, de ser comunista, pero a fin y al cabo «una gloria salvadoreña», comentaba Roque burlón ante la supuesta audacia de alguno que en su país lo elogió desde su balcón reaccionario. Porque Roque sabía identificar —sigo insistiendo en lo que vengo diciendo desde el principio— al enemigo de clase, cosa imprescindible para los revolucionarios y los comunistas.

El poeta de fama creciente es también un ensayista notable, y su nombre resulta bienvenido en los periódicos progresistas y revolucionarios de América y Europa. Pronto va a ser un autor de teatro y un novelista. En el último lustro de su vida su actividad intelectual se diversifica tanto que está creando en casi todos los géneros de la palabra escrita. En su trabajo como periodista reúne el tratamiento de las cuestiones del día y la divulgación revolucionaria con los planteos de cuestiones profundas de la teoría y la práctica políticas.

Su *Miguel Mármol...* es un aporte al testimonio, género batallador, y a lo esencial de la historia contemporánea de El Salvador; invita a conocer y a reflexionar también sobre las vicisitudes de la idea y la organización comunista en sus implantaciones americanas. *Las historias prohibidas del Pulgarcito* prosigue, implacable, la obra develadora del ocul-

tamiento colonial-neocolonial de la historia del pueblo salvadoreño; en una prosa directa y bella, ajena a los encasillamientos de género, se saca a la luz el elemento tan principal de la cultura nacional que es la rebeldía popular, y se llama a la identificación del camino de lucha que hay que recorrer. El *Pobrecito poeta que era yo*, finalmente, es a mi entender fundador de la novela nacional salvadoreña contemporánea, novela urbana de San Salvador en la que la calidad formal y la actualidad técnica están sosteniendo la exposición de una vida que encuentra su sentido mientras se presenta la vida política, la coyuntura de explotación y opresión y el anhelo de liberación nacional, un fresco del dolor del país presentado de una manera artística y combativa, en una obra de arte que queda como un aporte a la plasmación de una cultura propiamente salvadoreña.

Esos grandes esfuerzos, y la poesía y el teatro de ese tiempo, son sin embargo sólo una parte del esfuerzo intelectual en que está metido Roque. A la vez, estaba estudiando al dedillo los escritos militantes de Marx, Engels y Lenin, las *Dos tácticas...*, *El imperialismo como fase superior...* y el acervo teórico completo de la lucha por el poder de las revoluciones del siglo xx; estaba escribiendo sobre la formación económico-social de El Salvador, sobre el papel del imperialismo en la economía, la política y la dominación militar en Centroamérica.

Y a la vez, este hombre estaba persiguiendo una lucecita que a él se le antojaba maravillosa y próxima, como pasa siempre con los revolucionarios, que era la posibilidad del estallido de la lucha armada en El Salvador, una posibilidad que para muchos parecía bastante remota.

Roque Dalton es uno de los iniciadores de la revolución contemporánea en El Salvador. A él tocó una etapa, al regresar a El Salvador, que podría llamarse de reflujo aparente, o transitorio, del movimiento insurreccional en América Lati-

na, y le tocó morir prácticamente al inicio de una nueva etapa de ascenso que culminó con el triunfo sandinista de julio de 1979. Roque se hace guerrillero en un tiempo en que no se sabía, en El Salvador, si era demasiado temprano para iniciar la lucha, pero sí se podía estar seguro de que nunca se obtendría la libertad sin combatir, como tuvo que afirmar el Che en su «Mensaje a los pueblos...»

Ese planteamiento del Che lo recogió Roque en su práctica. Fue combatiente clandestino y no dejó de escribir. Tenemos que publicar todos los escritos de la última fase de su vida, porque nos completan su dimensión; porque aquí está el intelectual revolucionario metido en la masa del pueblo, tratando de hacerse ahora más concreto y más poderoso como intelectual. Ya no es más el latinoamericano exiliado que está dándole vueltas a la casa natal, ahora está inmerso en la lucha. En los *Poemas clandestinos* se siente la alegría de Roque, una alegría que ya no se expresa en un libro de poemas, en un ensayo o en un artículo de 80 páginas, sino en un poemita quizás de ocho, cinco o tres versos, un poema lleno de alegría del que, al fin, después de un camino que lo ha llevado por medio mundo, de una preparación y una espera que le ha llevado la mitad de la vida, está compartiendo la lucha de su pueblo, se ha apoderado del ideal de su pueblo, está dedicado, ofrecido él, a su pueblo.

La personalidad política de Roque es inseparable de su personalidad literaria e intelectual, y esta fue orientada y nutrida por su destino político, por la dedicación de su vida y de su obra a la Revolución Salvadoreña y a la Revolución Latinoamericana. Porque él se inspiró en la teoría científica de la sociedad para llegar a ser un violento apasionado de la revolución de los humildes, dedicó su labor intelectual a hacer de una doctrina tan poderosa como es el marxismo-leninismo un instrumento y un servicio para la revolución de los analfa-

betos, de los creyentes, de los campesinos, de los obreros sin trabajo, de los que nunca han tenido trabajo, para la revolución posible y verdadera.

Si Roque no hubiera sido un gran poeta, de todos modos hubiera sido un revolucionario destacado. Por serlo, su importancia como poeta se acrecienta. Tenemos, afortunadamente, la herencia de su obra como parte de la herencia de su ejemplo, y ella es parte del baluarte espiritual de su nación y de todas nuestras naciones, de la América nuestra que estamos construyendo. En mi opinión, la obra de Roque va a ser más grande según avance la guerra de liberación de El Salvador. Su fama literaria y su lugar político crecerán según la Revolución Salvadoreña vaya aproximándose a su triunfo, y Roque Dalton será todavía más importante cuando sea estudiado por los niños de las escuelas en El Salvador liberado, y también en las de Guatemala, y en las nuevas naciones americanas liberadas que vendrán.

La Habana, diciembre de 1982

CHE, EL ARGENTINO*

Cariño correspondido podría llamarse este texto, si lo personal pudiera ser su centro. Para todo cubano de mi generación la América Latina ha sido un paraje íntimo, un lugar del amor más trascendente —por lo general platónico—, la esperanza más limpia, nunca maculada y siempre lavada con sangre. Un largo triángulo escaleno en puntillas y encima una humareda que se densa y se interrumpe bruscamente para no ser Estados Unidos. Los juegos y disfraces de nuestros niños, ciertas malas palabras, las canciones, la hora de los juramentos. El peso de una cultura, la posibilidad de que la emoción presida al pensamiento, la fuerza misteriosa que nos legitima frente a tanta modernidad racionalista que nos exige o nos seduce desde sus mentiras. La América nuestra —qué expresión tan feliz— en vez de las Grecias que no son nuestras. Si lo personal fuera el centro de este texto sentiría la leve vanidad del que se descubre amado por quien uno considera superior.

Me reporto enseguida, sin embargo. Si me piden que prologue un libro de argentinos que se llama *Che, el argenti-*

* Prólogo al *Che, el argentino*. Textos de M. Gaggero, O. Bayer, E. Gurrucharri, M. Bonasso, H. González, L. Mattini, R. Dri, A. Plá, N. Kohan, R. Baschetti, D. Sztulwark y G. Fernández. Ediciones de Mano en Mano, Buenos Aires, nov. 1997.

no, debe ser por necesidades y razones más precisas que las pasiones de mi generación. Es cierto que he escrito acerca del Che, e insistido en su legado y su pensamiento. También es cierto que de manera muy generosa me han escuchado tantas veces en Argentina, y han publicado mis textos. Pero algo he aprendido de nacionalismos para saber cuántas fronteras existen entre los pueblos todavía. En sentido contrario está un dato: los que me piden el prólogo son jóvenes, y eso incorpora el enigma, la preciosa falta de cautela y el ardor de la parte mejor de nuestra especie. ¿Será que otra vez volverán a dar lecciones los jóvenes a los mayores?

De todos modos, escojo el único camino cierto. Si no he leído ninguno de los textos que siguen, si no conozco personalmente a algunos de los que han escrito este libro, entonces me han pedido que lo prologue porque soy cubano y cheísta, porque mi país revolucionario es una instancia fraterna de unidad de lo diverso (¿cómo puede la unidad ser de otra cosa que de lo diverso?), y porque ocuparse del Che contiene una exigencia de radicalidad que nos hermana a todos los partícipes del libro. Un poco más tranquilo, paso a hacer unos breves comentarios.

Ante todo, el homenaje. A los 30 años de Bolivia, levanto mi voz desde el pueblo humilde de Cuba que bautizó al Che y le llamó por cariño *el argentino*, que lo acompañó por todos sus caminos, que ascendió junto a él los escalones más altos. El pueblo de Manuel El Isleño, el fusilero seguro, de Lidia Doce, la rebelde campesina y mensajera infatigable, de Braulio, el terrible guerrero negro, de los trabajadores vanguardia y de la gente corriente que trataba de ser como el Che. Unido el sudor y la sangre de cubanos, bolivianos y peruanos: de Vázquez Viaña, de Simón Cuba, Coco Peredo, Pan Divino, de Juan Pablo Chang; la gente del pueblo de América, que acompañó al Che en su última batalla. El ar-

gentino se levantó a sí mismo y los levantó a todos, los enseñó a aproximarse de manera decisiva, mediante los ideales y el sacrificio compartidos.

Ernesto Che Guevara fue un argentino que hizo su vida pública y su fama fuera del país natal. No le quita eso un ápice a su argentinidad, mamada en casa, en padres y hermanos, escuela, ciudades, gestualidad, paisajes, grupos de muchachos, noviazgos, canciones, amigos, silencios, bombillas de mate y tantas cosas más, todas ellas argentinas. Esa tierra de inmigrantes ya era una comunidad nacional cuando eso sucedió, y ninguno de sus elementos faltó a este hijo de familia de clase media, culta y por suerte moderna y venida a menos. No fue activo en política argentina cuando era solo Ernesto y eso le da escozor a todo el que lo mira desde su posteridad: ¿acaso no ha sido ese, casi siempre, el comportamiento de millones de jóvenes argentinos, y de todas partes? Al fin y al cabo Ernesto poseyó ideales hermosos y fuertes desde muy temprano en la vida, y eso es lo decisivo con los jóvenes. En Argentina formó su tenacidad, su temeridad, su voluntad acerada; aquí encontró los libros disponibles que devoró sin tasa; aquí comenzó a prepararse para su vida, la que forjaría. Como es natural, no sabía en qué consistiría ella.

Sus inclinaciones llevaron a Ernesto al extranjero, es cierto. Primero lo llevaron, sin embargo, a conocer el propio país, algo que no hace casi nadie, si exceptuamos a los que se ven obligados en busca de la subsistencia (un tucumano sin techo le pregunta, desde otra lógica: «¿Toda esa fuerza se gasta inútilmente usted?»). Y lo fundamental: no terminó en París, Londres o sus sucedáneos, a pesar de su persistente ansia de mundos y su sueño de ir a Europa tan poco antes de irse a la revolución. El mundo que Ernesto asumió fue el latinoamericano. Todavía sin conciencia política lo grita en la estación Retiro: «¡Aquí va un soldado de América!». Ernesto salió en busca de otra di-

mención de *su* Argentina, de la Patria Grande. Lo que sucede es que no es igual la idea abstracta —incluso de los ideales más ciertos— que su realidad insólita, singular, agresiva, chocante, cautivadora; no es igual la idea abstracta que las vivencias del que alimenta ideas. «Me siento americano», escribe con convicción Ernesto Guevara. Conoce a Fidel y sus compañeros y se prepara a combatir en Cuba, pero lleva consigo la bandera argentina hasta la cumbre del Popocatepetl. La Revolución cubana fue la que le dio su perfil y lo convirtió en el Che, a tal punto que lo hizo también cubano, pero fue su motivación latinoamericana la que lo llevó a ella.

En Cuba revolucionaria alcanzó el Che su singularidad y su plenitud. En los avatares de la creación socialista, en la política isleña, fue un cubano; en África y en Bolivia fue un comandante cubano internacionalista en operaciones. Pero es difícil exagerar la influencia descomunal en América Latina de la Revolución cubana, verdadero parteaguas de las conciencias del continente en este siglo, alimento de esperanzas y de conductas radicales. Argentina no ha sido una excepción en ese cuadro. El Che tuvo una participación muy descollante en la experiencia cubana, y es el representativo por excelencia del pensamiento y las conductas característicos de su proyecto original, el más ambicioso y liberador producido en América. La contribución de este argentino cubano al país en que nació es entonces inmensa. Más aún si recordamos el reclamo básico de la revolución cubana: vale el ejemplo pero no la imitación, sólo el protagonismo de cada cual brindará fuerza y legitimidad a los cambios profundos y a la marcha unida.

El internacionalismo ha sido una dimensión central en la revolución cubana, lo que significó un enorme adelanto para la cultura de rebeldía y de liberación. El Che es el paradigma de ese internacionalismo. En todo momento dejó testimonio de

sus ideas y de su disposición sin fronteras hacia «la causa sagrada de la redención de la humanidad». El que esto afirma no olvida jamás las identidades nacionales, ni el papel indispensable de «la galvanización del espíritu nacional»; la prédica en fin de revoluciones socialistas de liberación nacional. Y el ser humano individual, el Che Guevara, jamás esconde su personal identidad ni sus resortes íntimos, ni siquiera a la hora de los más públicos desafíos: «Soy cubano y también soy argentino y, si no se ofenden las ilustrísimas Señorías de Latinoamérica, me siento tan patriota de Latinoamérica, de cualquier país de Latinoamérica, como el que más, y en el momento en que fuera necesario estaría dispuesto a entregar mi vida por la liberación de cualquiera de los países de Latinoamérica, sin pedirle nada a nadie, sin exigir nada, sin explotar a nadie.»

Como era natural, el Che internacionalista se interesa e involucra en los asuntos de Argentina dentro de una actividad más diversificada y unas perspectivas más amplias. Como también era natural, Argentina le es entrañable, y su contacto con los paisanos que vienen a Cuba, sus opiniones, su actitud respecto a una revolución en Argentina, están teñidos de intimidad, pasión y ansia de entrega personal: «pertenezco, a pesar de todo, a la tierra donde nací». Innumerables acciones, recuerdos, anécdotas y textos apoyan esa afirmación. La muerte de Jorge Ricardo Masetti y sus compañeros le hace sentir la urgencia de concurrir él mismo a la palestra argentina. No lo logrará. Pero el Che internacionalista, el soldado de América que trata de ayudar a levantarse a la tierra natal y que deja una huella tan honda en tantos compatriotas, es uno de los valores fundamentales de la Argentina contemporánea.

El mundo avanza, aunque no lo parezca. La muerte del Che fue un campanazo terrible que conmovió a muchos en Argentina, aunque no tuvo fuerza suficiente para limar los desencuentros principales que sufría la rebeldía en esos años.

Esta buscó sus caminos, sin embargo, pero fue ahogada por el más brutal terrorismo de Estado. Después hemos visto como el país de más notable desarrollo económico y de capacidades productivas de la región es afectado por las tendencias centralizadoras, parasitarias, marginalizadoras, excluyentes, del capitalismo actual. Pero el mundo avanza, aunque no lo parezca, y vemos en 1997 como regresa el Che en tantos lugares del mundo, y regresa también en la Argentina. Che es hoy más argentino que en 1967, y fueron los que lucharon, se sacrificaron, murieron —tantos miles se sumaron al Che como desaparecidos— los que aportaron su sangre para el renacimiento del Che y su nueva inscripción en el Registro Civil, y le dieron su ciudadanía plena. ¿Cómo se consumará ese regreso, para qué será? Que ya sea ese el tema de debate indica un gran avance: terminó el tiempo del olvido; hay que replantear los viejos problemas y plantear bien los problemas nuevos.

Mientras escribo este texto anuncian los noticieros que apareció la huesa del Che. Naturalmente, no estaba solo. Tres cubanos, dos bolivianos y un peruano fueron los componentes de su escuadra guerrillera estos últimos treinta años. La laboriosidad y la paciencia de quienes han buscado tanto puede sentirse premiada por este descubrimiento tan valioso. Pero todos sabíamos que el Che estuvo en el subsuelo de su América todo este tiempo. ¿Quiere decir el hallazgo que ahora estará más arriba, que andará al menos sobre el suelo, a la vista de todos? En realidad esto último no es noticia: desde hace algún tiempo el Che está andando a la vista de todos. Sus huesos llegan con cierto retraso.

El Che mismo, no. Su presencia es temprana respecto a lo que verdaderamente importa. El Che ha regresado cuando la protesta social apenas comienza y busca sus formas expresivas, y las formas políticas de rebeldía ensayan y se descalabran —por lo general en el silencio de la institucionalidad— o son

jóvenes en unos lugares, y ni siquiera se insinúan en otros. El Che, como de costumbre, llega temprano a sus citas.

El impulso de rebeldía y la racionalidad son los dos motores de la creación posible de una manera nueva de vivir, de sociedades nuevas. El impulso de rebeldía es una constante, que puede llegar a ser eficaz. Si el pensamiento de liberación crece y resulta cada vez más eficaz, acercará el futuro. El rápido auge del interés en conocer el pensamiento del Che es impresionante. Este es un hecho muy favorable, porque hoy su pensamiento nos puede aportar mucho más que nunca antes, y no hay manera de alejar su pensamiento de la rebeldía.

La lucha que está en curso hoy es una guerra cultural. Lo que está en juego realmente es si se acepta o no que la vida cotidiana solo puede ser vivida como lo dispone el sistema dominante, que la resignación sea la respuesta a la exclusión de cada vez más personas mientras se multiplican los adelantos técnicos, las ganancias de los grandes y la sofisticación del consumo. Si se acepta o no que toda trascendencia esté pasada de moda, que el valor de cambio reine sobre los valores humanos, que la dirección sea ejercida por los enanos que confunden el planeta con Lilibut. Es mucho más profunda, velada y compleja que una lucha política por el gobierno o un enfrentamiento abierto y frontal. Para esa crucial lucha cultural necesitamos al Che Guevara. Bienvenidos sean entonces libros como este, que buscan al argentino universal de hoy y de mañana desde problemas, posiciones y perspectivas diferentes, pero con el ánimo común de hacer vivir al Che definitivamente fuera de los altares, en función de servicio, como él vivió y murió.

La Habana, julio de 1997

EL CHE GUEVARA: LOS SESENTA Y LOS NOVENTA*

He tratado de seleccionar sólo algunos elementos al abordar el pensamiento y la práctica del Che Guevara, porque pienso que este tema es demasiado grande para una exposición breve, y que lo mejor entonces es tratar de hacer una contribución que sea útil para el debate.

Los años 60 se nos presentan hoy como algo que hay que recuperar, no solamente recordar, y no es lo mismo recuperar que recordar. Los 60 fueron olvidados de manera metódica, laboriosa e intencional.

Quisiera entonces empezar, en cuanto al Che, refiriéndome al mito. El mito del Che apareció enseguida, en cuanto él murió, y se apagó pronto. El Che fue la expresión suprema de los años 60. Era la imagen de los 60, como nadie, como ninguna otra persona, y desapareció físicamente en medio de esa etapa. El mito del Che se benefició mucho del ambiente de exaltación y de protesta ante lo establecido que se había extendido tanto. Además, su imagen como persona era muy hermosa, el Che fotografiaba maravillosamente bien, y en ese tiempo la imagen empezaba a hacerse tremendamente importante. Ya nunca más la música fue como antes de los 60, por ejemplo; ya la música quedó para siempre relacionada

* «Che Guevara, los 60 y los 90», *Ko'eyú Latinoamericano*, núm. 76, Caracas, mayo 1977.

con la imagen, con la luz, con el color, y no solamente con el baile de los jovencitos.

El mito del Che desapareció enseguida porque fue imposible adecuar al Che a la dominación, y los poderes dominantes volvieron a fortalecerse en el mundo después de los 60. Un mito puede servir a la ideología de una clase dominante, siempre que le permita a las clases dominadas sentirse bien, sea mediante una autoidentificación compensatoria, una sensación de bienestar o una exaltación, sea mediante la fiesta, el delito común, o cualquier otra cosa. De esa manera se sigue siempre bajo el control de la clase dominante, pero los implicados se creen un poco más libres. El mito del Che no era funcional, el Che era inadmisibile, por esto pienso yo que lo desaparecieron: era muy subversivo. Desde todas las posiciones existentes entonces hubo participación en su desaparición, aunque la verdad es que las razones, las motivaciones para colaborar en esa maniobra fueron muy diferentes.

Las características inaceptables del Che, muy sintetizadas, las veo en cuatro aspectos:

- 1) dedicó su vida y su pensamiento a la lucha por la liberación total de las personas, y en él vida y pensamiento eran absolutamente concordantes. Eso es tan inusual que se rechaza, por reflejo defensivo;
- 2) era un político que practicaba una ética congruente con su objetivo vital, y proponía esa ética como fundamento de la política;
- 3) él encarnó la primacía del proyecto sobre el poder en el proceso revolucionario. Voy a volver sobre el problema de las relaciones entre el proyecto y el poder;
- 4) el pensamiento que el Che produjo y la corriente que alimentó con él y con su vida son sumamente útiles para combatir a fondo y con eficacia a la dominación capitalista; y

también lo son para una recuperación anticapitalista y comunista del socialismo.

Ha habido dos tipos de dominación en este siglo xx, y tengo que tocar el tema aunque sea de pasada, para situar lo que pienso del Che. Uno, el más importante, el que predomina todavía, es la dominación del capitalismo imperialista, el de la expansión colonial y neocolonial, sobre todo neocolonial, que es la manera fundamental de universalización del capitalismo. A lo largo del siglo este sistema ha aumentado sus capacidades en los aspectos fundamentales del funcionamiento de la formación social, en las regiones centrales en que domina y desde las que se expande. A la vez, sus mecanismos de dominación han forzado a las demás sociedades —en grados y formas diversos— a subordinar el desarrollo o no de sus capacidades, las estrategias, los campos y los fines de esos desarrollos, a los intereses supremos del capitalismo central. Este ha sido protagonista además, a escala universal, de los eventos más salvajes, despiadados y crueles del siglo, contra la vida humana y los derechos más básicos de las personas, de etnias, comunidades y países. Su tipo de organización económica y social es profundamente agresivo contra el medio en que vivimos, al punto de colocar ya en riesgo a la sobrevivencia humana en el planeta. Atendiendo a las tendencias dominantes, caracterizo a la dominación capitalista en la actualidad como transnacional en la economía, democrática en la política (controlada en lo interno, y en muchos países tutelada desde el exterior) y totalitaria en la ideología y la cultura. Esas son las formas fundamentales de esta dominación.

El otro tipo de dominación desarrollado también en este siglo xx fue el del llamado socialismo soviético. Los rasgos internos principales del proceso que lo originó fueron: primero, el fin de una gran revolución anticapitalista en lo que

fue el imperio ruso, y el establecimiento de un régimen postrevolucionario que abandonó los objetivos del bolchevismo y ejerció la dictadura abierta de un grupo sobre la sociedad; después, el triunfo de un gran poder estatal en un enorme país que consiguió ser muy poderoso, trató de realizar importantes modificaciones modernizantes y terminó en un estancamiento generalizado. También caracterizaron a la revolución bolchevique y al régimen que la sustituyó la necesidad de enfrentar las agresiones de potencias capitalistas, librar una de las guerras más terribles de la historia, y participar durante 50 años en confrontaciones y coordinaciones internacionales entre grandes potencias.

Alrededor de esa otra forma de dominación se generó un confusionismo inmenso. ¿Por qué? Porque el Estado y el poder que la representaron —ligados en su origen revolucionario a una pretensión de organizar la lucha anticapitalista a escala mundial— han tenido nexos, impulsado o influido en multitud de organizaciones ligadas a innumerables acciones contra el capitalismo y el colonialismo, o al menos contra malos gobiernos; luchas o resistencias que sucedieron en el mundo durante más de medio siglo. Y han influido notablemente en las ideas a lo largo de ese período.

Esas realidades crearon una complejidad muy grande, que aumentó cuando después de la Segunda Guerra Mundial un grupo de Estados europeos se nucleó alrededor de la URSS, y el peso de la colaboración política, militar y económica de aquel gran Estado y sus aliados se tornó significativa o determinante para numerosos países u organizaciones en el mundo. El súbito final del régimen y el Estado soviético, y de la asociación de países que lideraba en Europa, ha dejado al mundo entero en una situación muy difícil. La expansión capitalista ahora parece incontrastable, su triunfalismo invade y corroe todos los campos, y la fuerza militar y de domina-

ción ideológica de Estados Unidos sobredetermina —al menos por ahora— al capitalismo desarrollado. Era inevitable que la bancarrota de la URSS y Europa oriental se asociara a la de la idea misma del socialismo, y a su posibilidad más general de realización en cualquier parte. De modo que todo el que hoy aún se siente de izquierda o mantiene esperanzas en el socialismo, al hablar de aquellas realidades busca el modo de explicarse: «bueno, ellos no eran socialistas», o «ellos eran socialistas, pero reales», o «fueron socialistas primero, y después no». En esta precaria y lamentable situación nos ha dejado esa forma de dominación que se desarrolló desde que terminó la gran revolución rusa, bolchevique.

El Che es la figura central de los 60, porque encarnó la rebelión total contra las dos formas de dominación y la propuesta de una vida y una cultura diferentes. No lo hizo desde el mundo entero, eso es imposible, ni siquiera el capitalismo ha logrado aún ser la cultura del mundo entero, aunque es el que más se aproxima. El Che lo hizo desde el Tercer Mundo de Occidente —y digo el Tercer Mundo de Occidente para tratar de ser exacto— pero logró representatividad universal en un grado bastante alto. Y si el mito levantado de inmediato desapareció rápidamente, el Che mismo va a dar mucha guerra todavía. En la nueva etapa que vendrá, el Che será un nuevo lugar de rebeldía.

La del Che no fue una rebeldía alejada del poder, sino que buscaba el poder para realizar la liberación humana. Era una rebeldía que nacía de la revolución cubana, en el tiempo en que el poder cubano era una herejía. Eso es bastante complicado, por lo que se ha preferido olvidarlo también. Les decía antes que una de las características del Che fue encarnar la primacía del proyecto sobre el poder, y el problema de las relaciones entre el poder y el proyecto es el más trascendente para todo el que intenta llevar la realización práctica de la

revolución contra el capitalismo hasta sus últimas consecuencias. Lo que se pretende en esos casos es la liberación total, una liberación tal que tiene que ser liberación del poder militar, del poder material y su capacidad de coerción, de la propiedad privada, del respeto a la propiedad privada, del poder espiritual, de la subordinación de los sexos, de la subordinación de las razas, de la acumulación de todas las jerarquías creadas antes del capitalismo, y puestas de otra manera por el capitalismo pero usadas por él también. Y también, entonces, de lo que se trata es de establecer un poder tan fuerte que el capitalismo no pueda liquidarlo, un poder que sirva a la vez como instrumento para las inmensas y al parecer imposibles tareas de la liberación total. Los libertarios se aplican por tanto a crear un poder. Lo que sucede es que ese poder puede volverse contra ellos, de tal modo que después se llegue a olvidar para qué era ese poder, que era para terminar con toda dominación, o toda enajenación, como decía el Che, con las palabras de su tiempo.

Una vez el Che explicaba —hablando del llamado socialismo de Europa Oriental— que podía ser como el caso del piloto que sin darse cuenta en un momento dado se salió del rumbo, y lo supo tiempo después; pero no sabía en qué momento se salió del rumbo, y por lo tanto ya no puede regresar. (Esto está en uno de esos tantos escritos y grabaciones del Che no publicados, que no están al alcance del público; eso sucede con más de las dos terceras partes de lo que el Che escribió o se le grabó.)

En octubre de 1959 el Che le recordaba a los compañeros de la Academia de la Policía que meses antes Fidel prevenía a los rebeldes que habían ocupado las grandes fortalezas militares de la ciudad de La Habana: «Nuestro máximo jefe nos dijo, cuando tomamos Columbia y la Cabaña, que, por el contrario, estas nos habían tomado a nosotros.» Los rebeldes se

habían visto obligados a ser jefes, a ocupar las oficinas, firmar los papeles, encargarse del orden, tomar las decisiones, mandar. El Che les mostraba la sutil capacidad que tienen la organización y la mentalidad preexistentes, de ir permeando a los que asumen las funciones que ellas tuvieron. Y el problema es mucho mayor cuando es necesario ejercer un poder mayor que el que ha habido nunca antes. Cuando el Che iba a salir para Bolivia, en el XII Congreso de la Central de Trabajadores de Cuba, en 1966, Fidel recordaba a todos que la dirección revolucionaria era el grupo que más poder había tenido en la historia de Cuba, porque lo ejercía sobre la economía, la política y las ideas. Está claro que ese es un problema muy grave, pero la revolución cubana en el poder en los años 60 lo hizo explícito en toda su amplitud, en el espíritu del proyecto original de la revolución, de que el poder fuera solamente un instrumento para luchar contra toda dominación.

Hoy es necesario replantearse el socialismo, volver a preguntarse no sólo qué no era, sino qué va a ser, qué puede ser el socialismo. El Che tuvo que recorrer ese camino y hacerse esas preguntas desde que era un joven revolucionario, combatiente y triunfador, cuando parecía que era únicamente el momento de afirmar y de ejercer el poder. Desde antes de la guerra de Cuba él había leído mucho, se sentía y creía ser marxista, y había tratado de actuar en consecuencia como revolucionario; en la guerra, ya desde 1957 era uno de los jefes rebeldes más destacados, y sin embargo tuvo que evolucionar mucho. En los días polémicos de diciembre de 1957, al escribirle desde la Sierra Maestra a un dirigente del Movimiento 26 de Julio, el Che defiende las posiciones de principio revolucionarias, pero le añade: «Pertenezco, por mi preparación ideológica, a los que creen que la solución de los problemas del mundo está detrás de la llamada cortina de hierro...» Y el compañero, que fue un héroe que murió peleando meses

después, le contestó explicándole que ambos compartían los mismos ideales y convicciones, pero le aclaró que consideraba como fines del Movimiento «llevar adelante, con la liberación de Cuba, la Revolución que, iniciada en el pensamiento político de José Martí... se vio frustrada por la intervención del gobierno de Estados Unidos...», y que la revolución cubana formaría parte de la lucha de «nuestra América» por eliminar la opresión y la miseria, conquistar los derechos sociales de los pueblos y crear gobiernos de los pueblos que, «estrechamente unidos...» lleguen a formar «una América fuerte, dueña de su propio destino» frente a todas las grandes potencias.

El Che aprendió pronto, y mejor que mucha gente nacida en Cuba, qué era lo fundamental en la revolución cubana y el papel que esta podía jugar. Eso dice mucho de su capacidad de aprender. Todavía en 1959 el Che creía que Cuba podía planificarse de inmediato, a estilo soviético. En marzo de 1962, reprocha cómo se dejó pasar 1959 —¡el año 59!— sin decidir cuál sería la línea económica y con qué intensidad se avanzaría por ella. A este protagonista impaciente y riguroso se le escapaba que una revolución de verdad implica un caos inevitable, caos que se vive o se oye contar, pero nunca es explicable. Aquí se dictó una Ley de Reforma Agraria y para cumplirla hubo que incumplirla, y tomar posesión de las tierras violentando la Ley Agraria, porque las leyes no son para hacer revoluciones, las leyes se hacen para legimitar las revoluciones o las contrarrevoluciones.

El Che recorrió un arduo camino de aprendizaje y lo hizo bien y pronto. Y en pocos años desarrolló un conjunto de ideas alrededor del socialismo y del marxismo, de qué son realmente la revolución y la transición socialista, de las dimensiones nacionales e internacionales de ellas y cómo interactúan; de las relaciones entre el movimiento político y el movimiento

social; de las relaciones entre el individuo, la masa y el Estado; de las relaciones entre la conciencia, la vanguardia y la participación del pueblo en la dirección del proceso y de la sociedad; de las relaciones entre la ética, la política, la economía. Ese cuerpo de ideas resultó antitético al socialismo real. Pero el Che no realizó ese trabajo excepcional desde la posición del que ha sido negado o está excluido, sino desde la posición de dirigente en un país que tenía grandes relaciones con la Unión Soviética, relaciones complicadas que también es necesario conocer e historiar, y habrá que hacerlo. Che no hizo su crítica herética buscando expresarse como un francotirador, sino asumiendo sus responsabilidades de dirigente. Eso lo hacía todavía más peligroso y más subversivo: la herejía propiamente dicha es la de adentro.

Con la Cuba de esos años le nació a la idea de universalizar el socialismo un hijo occidental, libertario y extremadamente comunista; hijo a su vez de la historia nacional y no del movimiento comunista internacional. Y cuando digo «hijo de la historia nacional», quiero decir también hijo de la historia de la lucha cubana por la justicia social y no solamente por la existencia de una nación independiente. Y esa revolución cubana tan legítima y tan comunista no se hacía en nombre de un debate entre intelectuales, sino que se hacía: simplemente se hacía. De aquí que el Che cometa el pecado de decirle a Ernesto Sábato que la revolución anda mucho más adelantada que la ideología, o que Sartre cometa su pecado francés, con relación a la revolución y la teoría. Lo cierto es que aunque no aparecieran gruesos libros, en Cuba se estaba produciendo un gran adelanto del pensamiento revolucionario y marxista, y en esto consistía también la subversión y el peligro tan grande: Cuba no estaba enfrente, estaba dentro.

El Che vive, trabaja y piensa en la cresta de una ola. Forma parte de nuestro interés profundizar, explicarnos los años 60,

pero yo debo contraer mi intervención al tema del Che. Apunto al menos entonces que los puntos de partida y el pensamiento del Che en los 60 son influidos por los acontecimientos, las ideas y el espíritu de aquella época tan rica en desafíos y expresiones. No es ocioso que recordemos todos, sin embargo, que él *vivía* esa época, por lo que al estudiar al Che debemos aplicar la regla general de método de distinguir entre las dos realidades en interconexión configuradas por «los hechos» de una época y por las conciencias que tuvieron de ellos los que actuaron entonces, y diferenciarla de una tercera realidad, la postulada por nuestros conocimientos y posiciones actuales acerca de la época en cuestión.

La especificidad del Che debe ser establecida también respecto al mundo que retaba —o parecía retar— a la dominación, y no sólo al mundo de esta última. Como he hecho con otros temas, sólo puedo apuntar este aquí. Que el Che sea sumamente radical no lo iguala a manifestaciones e ideas muy radicales de los años 60 que tuvieron otras inspiraciones y otros contextos. Y que su imagen sea tan representativa no elimina la distancia existente entre su férrea consecuencia y sus prácticas, y los alcances de otras imágenes y expresiones de aquella época.

Ilustro al menos el lugar de diferencias importantes. De la superficie más conocida —y por tanto más recordada— de los 60 brotan frases que estuvieron muy en boga, hijas de la intención de negar a fondo a las formas de la dominación. «Hacer el amor y no la guerra» es una expresión muy bella, «prohibido prohibir» es un propósito muy hermoso; ellas se refieren nada menos que a la relación imprescindible entre la felicidad individual y los ideales más trascendentes, y a la exigencia de libertad que está en la base de todo proyecto de cambio social que valga la pena. Pero si aquellas expresiones terminan desasidas de luchas prácticas de liberación,

terminan siendo atinentes sólo a la vida privada, o a conversaciones sobre ella, y no son acicate para el movimiento social a la vez que un resultado de él, entonces pueden ser manipuladas, e incorporadas a las modernizaciones de la dominación. Así, después de los 60 el sistema norteamericano aprende que no se puede ser tan etnocentrista, ni parecerlo. Desde entonces todos los tenientes negros de policía de las películas norteamericanas son honestos, nunca son corruptos, y su señora los quiere mucho; y en un serial de televisión muestran a un señor que es muy etnocentrista, para que todo el mundo se ría de él. Al recapturar los mensajes que un día fueron enemigos se amplía la hegemonía, y funciona mejor el consenso.

Hay otro aspecto del Che que quiero tocar, aunque no tenemos mucho tiempo. El Che llevó a cabo una experiencia práctica en el terreno de la economía a partir de sus ideas de la transición socialista, las puso a prueba a escala de una parte de la sociedad cubana durante varios años. Esa es una herencia extraordinaria que nos ha dejado. En el debate de ideas de aquellos años él se había pronunciado contra la reproducción del mundo del capitalismo dentro de la transición socialista, que resulta funesto para esta, y contra el error de creer en la inevitabilidad de una «fase intermedia» prolongada y «anterior» al socialismo, que en realidad llevaría a la congelación del proceso de cambios y a su posterior derrota. La actividad del Che, las relaciones establecidas entre muchos miles de personas, las instituciones, organización, control y planeación de ellas, el Sistema Presupuestario de Financiamiento, eran demostraciones prácticas de que es posible otra forma de transición socialista.

Me veo obligado a recordar una frase suya, muy sintética y muy exacta: «...tenemos que empezar a construir el comunismo desde el primer día, aunque nos pasemos toda la vida

tratando de construir el socialismo». El Che se planteó —y *por eso es tan subversivo*— cómo hacer la transición de los comunistas mediante la transición socialista. Hacerla diariamente y cada vez más y mejor planeada, no remitir el comunismo a un programa máximo confortable y mentiroso. Y se planteó: ¿cómo hacerlo? Esto está en el centro de su pensamiento: ¿cómo construir? Uso el verbo que era usual, que él usaba también y se ha usado hasta hace poco tiempo; en realidad de lo que se trata es de crear. ¿Cómo crear una nueva economía?, ¿cómo crear unas nuevas relaciones de solidaridad?, ¿cómo enfrentar la permanencia del egoísmo, del individualismo? La revolución no es realizada por marcianos sino por la misma población que siempre estuvo sometida, habituada a la barbarie del capitalismo. El Che decía: «Ahora pasan los medios de producción a poder del pueblo, pero el pueblo sigue siendo el mismo pueblo que ayer increpaba al patrón y maldecía su trabajo. Las condiciones de trabajo en muchos casos no han cambiado...»

La lucha diaria es entonces contra el subdesarrollo, pero no tiene el objetivo de modernizar al país. Modernizar un país puede suceder, pero es igual a modernizar al país y a la dominación. Muy diferente es producir cambios diariamente en el sentido del fin de todas las dominaciones. El trabajo teórico del Che para enfrentar la transición socialista es complejo —lo que pasa es que no se le estudia— y un ejemplo es su idea de un continuo que vaya de la coerción y la coacción estatales a la coerción social sobre los individuos, que pase por los sistemas de educación hasta la autoeducación. El Che se da cuenta de que una misma persona puede estar por un lado autoeducándose, siendo educado en otro aspecto, y a la vez es necesario premiarlo, presionarlo o coaccionarlo en otros aspectos. Fue piedra de escándalo su afirmación de que la dictadura del proletariado se ejerce no sólo sobre la clase de-

rrotada, sino también, individualmente, sobre la clase vencedora. El trabajo del Che, y el esfuerzo maravilloso que significó en su conjunto la revolución cubana, me recuerda el largo camino recorrido y los avances obtenidos desde que Carlos Marx, muy joven, cuando ya creía que sólo el proletariado podía liberar a todas las clases, escribía sin embargo lúcida-mente: «...por lo menos en los primeros tiempos de su dominación los proletarios tendrán que hacer creer a las demás clases que las pueden liberar».

Forma parte del pensamiento del Che la relación íntima entre teoría y práctica (esa frase horrible, devaluada por un mensaje marxista absolutamente desgastado por décadas terribles. Da pena hablar de la relación entre teoría y práctica). En el Che no sólo se da la relación íntima de teoría y práctica entre lo que hacía y lo que decía, sino también por el papel que tiene la práctica en el interior de su teoría. Por ejemplo, los conceptos del Che muchas veces no sólo contienen en su definición el aspecto de lo existente que quieren expresar, sino también proposiciones de lo que deben llegar a contener. Por ejemplo, su definición de cuadro no se contrae a lo que eran los cuadros, incluye también lo que deben llegar a ser los cuadros. Sucede lo mismo con la definición de vanguardia, tan importante teóricamente, que atañe tanto a lo que es como a lo que debe llegar a ser.

No es posible desarrollar aquí el pensamiento del Che; yo mencionaba algunos elementos, el tiempo me impide referirme a otros. Aunque no parezca razonable, pienso que estamos quizás al inicio de una nueva etapa de renovaciones del pensamiento y las prácticas revolucionarias, y llamo la atención sobre el pensamiento del Che porque creo que es valiosísimo para propiciar ese resurgimiento y pudiera ser de gran utilidad. Por lo mismo quisiera prevenir de dos supuestas defensas que se hacen del Che, funestas las dos:

- 1) se dice que el Che fue un hombre muy bueno, muy heroico, muy desprendido, muy abnegado, casi inimitable, pero que fue de los 60, un hombre de los 60. Esta es una verdad trivial, todo el mundo es de algún tiempo determinado, «de su tiempo»: Cristo es de hace unos 2 000 años. Esta «defensa» pretende descalificar al Che al despojarlo de toda trascendencia práctica y escamotearle a los que viven hoy el sostén, la ayuda y la fuerza que significaría el Che. Es poner al «gran hombre» en su altar, en donde no moleste;
- 2) se dice que el Che fue muy superior a su tiempo, tan superior que pertenece a un tiempo que no ha llegado todavía, lo que no estaría mal si se refiriera a *un aspecto* de su legado, a la comprensión de las dimensiones más trascendentes de este hombre de su tiempo y del nuestro en la lucha contra la dominación. Pero lo que postula esta «defensa» es que el Che fue un extraño individuo perteneciente a un tiempo que nunca llegará, el que antes fue el tiempo de los programas máximos formulados para cumplir con los ritos, unirse alrededor de un dogma y dormir mejor, y hoy es presentado como el tiempo ilusorio e imposible de los que tuvieron la osadía de creer que las personas y las sociedades pueden llegar a ser solidarias y libres.

En esas dos posiciones el Che es ubicado o como un hombre de los 60 o como un hombre de un tiempo que supuestamente vendrá, quién sabe cuándo.

El Che es el hombre que planteaba a sus compañeros en la polémica famosa de 1963-64: «¿por qué pensar que lo que “es” en el período de transición, necesariamente “debe ser”?». Y los invitaba a “no desconfiar demasiado de nuestras fuerzas y capacidades”. Este es el Che que puede volver, el Che que yo pienso que volverá pronto, porque existe una acumulación cultural que obra a favor nuestro. Hubo muchas derro-

tas desde los 60, pero también nos dejaron una cantidad muy grande de experiencias, y además ya las cosas nunca han vuelto a ser iguales después de los 60. Así pasa con todas las revoluciones de verdad, en las que participa el pueblo, así pasa con todos los movimientos que van a fondo al enfrentarse a lo establecido: no desaparecen nunca del todo; aunque sean derrotados, su derrota es aparente; crean nuevos puntos de partida superiores para las jornadas que vendrán. José Martí escribió en *La edad de oro* hace más de un siglo, por el primer centenario de la revolución francesa, una página y media sobre ella. Seis veces menciona allí Martí por sus nombres a los que hicieron la revolución —les llama los trabajadores del campo y de la ciudad, la gente de trabajo, el pueblo levantado— y no menciona por su nombre a ninguno de los famosos que aparecen en las historias de la revolución francesa. Y aunque todo terminó en una tiranía, concluye Martí: «Pero... la gente de trabajo se repartió las tierras de los nobles, y las del rey», y estos no pudieron volver a tenerlas. «Ni en Francia, ni en ningún otro país —sintetiza Martí— han vuelto los hombres a ser tan esclavos como antes.»

El Che retorna, pienso yo, porque lo necesitamos y porque crece nuestra cultura política, y por eso vamos a ser capaces de identificarlo realmente y plenamente. Ya no vuelve en un *poster*, como aquellos tantos *posters* de los primeros años, ahora vuelve el Che, enfrentándose al olvido y a los disfraces que le pusimos. Ya terminó la etapa en que el pensamiento social fue reducido y fue inutilizado, y no pudo cumplir con sus tareas fundamentales; ahora está claro otra vez que nuestra cultura se relaciona de un modo u otro, o con la dominación y con el colonialismo, o con la liberación. Ahora nos enfrentamos a la guerra cultural que pretende, mediante el dominio de la vida cotidiana, que creamos que ningún socialismo es posible, que nos conformemos con hablar en general de cualquier cosa,

pero que el poder y la vida cotidiana sean completamente controlados por el capitalismo. Ahora es más necesario que nunca reapropiarnos del ejemplo del Che, de su acción y de su pensamiento, pero también hoy resulta más factible hacerlo.

MARX, REVOLUCIONARIO DE HOY*

«...los niños que nacen en este momento crítico de la historia... tienen ante sí el período más revolucionario de la Humanidad. Lo peor es ser ahora viejo, pues el viejo sólo puede prever, pero no ver», escribía Marx apenas dos años antes de quedarse dormido para siempre en su sillón. Los tiempos que siguieron fueron de auge engañoso para sus ideas: un movimiento político confederó a grandes núcleos del proletariado europeo; sus intelectuales y activistas divulgaron el marxismo y exigieron a los militantes el apego a una versión determinada de la doctrina del maestro; en los congresos científicos, universidades y textos notables del 1900, los pensadores sociales debatieron con Marx o con su sombra; una fuerte organización sindical en Alemania era la base y el perfil interno del más grande partido socialdemócrata.

Pero la revolución proletaria no resultó del trabajo paciente de los políticos y sindicalistas de la Segunda Internacional, ni el marxismo de cátedra fue partero de una nueva cultura. Ellos eran realmente el complemento y el balance de la adultez burguesa, y su impotencia se desnudó en la tragedia de la guerra mundial, en que bailaron el papel de marionetas.

* «Marx, revolucionario de hoy.» *Juventud Rebelde*, La Habana, 13 de marzo de 1970.

Los marxistas entonces fueron los espartaquistas, los revolucionarios de media docena de países, pero sobre todo los que hicieron un partido marxista para tomar el poder en un enorme país de mayoría campesina, de gobierno autocrático y terrorismo revolucionario, de huelgas obreras y nacionalismos feroces: los bolcheviques de Lenin, que convirtieron en comunista a la revolución rusa.

Medio siglo después se celebró el centenario de *El capital* y aun el sesquicentenario del nacimiento de Marx. El marxismo es la ideología más importante del mundo de hoy, porque permite plantearse las soluciones más profundas a los problemas de la revolución contemporánea contra el imperialismo y de la profundización de la liberación nacional a través de la lucha por el comunismo. La mejor manera de rendir tributo de recordación intelectual a Marx es el estudio de sus grandes temas, los de la revolución por el comunismo, utilizando de manera crítica su perspectiva teórica y partiendo de la realidad, las ideologías y las ciencias sociales actuales, y con el mismo presupuesto de servicio a la revolución que animó su trabajo.

Sin embargo, muchas conmemoraciones y coloquios escamotean el sentido de la actividad de Marx, al reducir su vigencia a contrapunto de cualquier cosa («Marxismo y ...»), o entender el marxismo como «investigación científica pura», o limitarse a celebrar elegantes torneos de salón. Ya una vez, al pie de la insurrección de octubre, Lenin denunció la maniobra del Marx respetable: «En semejante “arreglo” del marxismo se dan la mano actualmente la burguesía y los oportunistas dentro del movimiento obrero.»

A partir de lo anterior, es una necesidad política el estudio de Marx mismo y de la historia del marxismo, para hacer de su prestigio una fuerza más del cambio y no del sostenimien-

to de lo existente. Pero esta sola razón para el estudio no advertiría lo principal: 1) hay en Marx mismo instrumentos de análisis y conocimiento capaces de ayudar a orientar la actitud teórica de hoy; 2) el estudio del marxismo y de sus condiciones históricas de desarrollo es un elemento importante para la comprensión de las dificultades, los logros y los proyectos en nuestra historia revolucionaria y en nuestro combate actual por el comunismo.

No cabe en el marco de este trabajo ni siquiera una exposición sucinta de los elementos citados. Pero apuntar algunas opiniones sobre uno de los temas que me parecen importantes puede añadir algo, como ilustración sin pretensiones de definición.

El marxismo se incorpora realmente a la cultura cubana con su inserción en el movimiento revolucionario contra el imperialismo y las dictaduras burguesas nativas en la tercera y cuarta décadas del siglo. Antes ha habido activistas obreros anarcosindicalistas y marxistas, socialistas e intentos de partidos —cosa natural en el marco de los trascendentales sucesos políticos y económicos que vivió Cuba entre 1868 y 1923—; pero si no miramos con prejuicio convendremos en que las ideas marxistas no tenían todavía suelo social en el cual fructificar en este período.

Si en el siguiente período esa inserción fue posible es porque el nuevo movimiento tuvo que partir del camino de Martí, del antimperialismo. Pero ahora la liberación nacional se encontraba frente el bloque fundido ya de los imperialistas y el capitalismo neocolonial cubano: por eso la dictadura de los trabajadores es la perspectiva de la liberación en el siglo xx. La cultura política necesitó al marxismo para la elaboración teórica y para las consignas. El nuevo rostro nacional de la cultura se buscó a sí mismo a la vez en las raíces y en el destino de los hombres sin historia. En los combates y en las

polémicas, en los programas y las poesías, el marxismo ingresó en nuestra cultura.

Es solamente con el triunfo de la guerra revolucionaria iniciada y dirigida por Fidel Castro que se abre para el marxismo, sin embargo, la posibilidad de ser asumido por las masas cubanas. El quebrantamiento del poder del Estado, vencido su ejército y náufragos sus desprestigiados mecanismos políticos, fue la condición para realizar la liberación nacional e iniciar las transformaciones socialistas, en un proceso único en que los actores, cada vez más numerosos, se cambiaban a sí mismos en la acción, en una gigantesca ampliación del proceso de formación de la vanguardia en la guerra.

«Tanto para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante la cosa misma, es necesaria una transformación en masa de los hombres, que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una revolución...» había escrito Marx en *La ideología alemana*; y la historia de la revolución cubana ratifica otra vez su acierto. La conciencia comunista se extiende cada vez más en el pueblo y tiende a la permanencia y a la inclusión de más esferas de la conducta individual en su influencia, ante todo porque la revolución sigue planteando tareas inmensas, combatiendo grandes dificultades y despreciando el conformismo, esto es, porque la revolución continúa.

Con el ascenso del nivel político y cultural del pueblo aumentan las posibilidades de transformación comunista a través de la profundización de la conciencia en cuanto a las metas y sus escollos, y de la participación efectiva en la solución de los problemas. Aumenta también el papel de la formación intelectual de los trabajadores y, por tanto, la exigencia de masividad y calidad en los productos que satisfagan esa necesidad. Los que tenemos tarea en ello debemos estudiar al hombre que escribió: «Tenía que aprovechar todos los mo-

mentos en que era capaz de trabajar para terminar mi obra, a la que he sacrificado la salud, la alegría y la familia...»

El hombre que nos legó un fin más alto para el combate, un razonamiento para el odio y la promesa de una nueva cultura.

OCTUBRE AMPLIÓ LOS LÍMITES DE LO POSIBLE*

Me entusiasma participar en esta Mesa sobre la Revolución de Octubre, porque creo que es una gran idea recordar aquel proceso histórico, *rescatarlo frente al olvido y frente a la tergiversación*. La Revolución de Octubre ha sido sometida al olvido, sobre todo a partir de los eventos de los últimos diez años. Fueron sucesos tan extraordinarios y favorables al capitalismo, que ellos tardaron un poco en sacarle el provecho ideológico que ofrecían: después aprendieron a extraérselo bien. En la actualidad ya no existe el triunfalismo que siguió a la caída del Muro de Berlín, y el capitalismo simplemente ya no promete nada. Solo exige que no desafiemos su dominio, expresado sobre todo en la vida cotidiana; que renunciemos a la idea misma de que es posible otra vida que la vida bajo el capitalismo. A partir de ahí, dicen, usted puede ser diverso y hablar de cualquier cosa. Puede hasta hablar de la Revolución de Octubre, si le parece, aunque en realidad eso no es de buen gusto, porque ya nadie habla de ella.

El olvido pretende borrar la experiencia de las luchas de los pueblos, las experiencias de rebeldía atesoradas por los seres humanos. El olvido de la Revolución de Octubre es más

* «Octubre amplió los límites de lo posible.» *Contracorriente*, núm. 7, La Habana, agosto 1997.

factible que otros, por el final tan bochornoso que tuvo la URSS, a manos de sus propios gobernantes, y por la gigantesca confusión proveniente de que aquel grupo de poder se proclamaba representante y guía del socialismo en el mundo. Al olvido se suma y se mezcla la tergiversación, y ella va desde la atribución a Lenin y sus compañeros, y a la idea misma de socialismo, de la paternidad de todos los males de la historia de la URSS y del comunismo del siglo xx, hasta la creencia en una fatal desdicha o un gigantesco complot internacional que acabó con el supuesto socialismo de la Europa oriental. No es posible dejar que la herencia histórica de la revolución bolchevique desaparezca entre el fomento del desinterés de millones —sobre todo de los jóvenes— acerca de ella, y el acto de entregarla a recordaciones con aire y olores de museo.

Me parece imprescindible —y quiero decirlo bien claro— que recuperemos el significado de la gran revolución de los bolcheviques. Y eso exige la recuperación de *toda* la historia soviética, que incluye jornadas y esfuerzos maravillosos y el sacrificio abnegado de muchos millones de vidas, generadores de victorias y logros, y que incluye el trágico final de la revolución, hace ya 60 años, que consumó el despojo del proyecto liberador a manos del poder de un grupo dominante. Heroísmos y mezquindades, aciertos, errores y crímenes, *la incapacidad de aquel régimen de crear una nueva cultura diferente y opuesta a la del capitalismo*, esto es, la historia verdadera, es de un valor inapreciable para que los cubanos y los pueblos de todo el mundo saquemos todo el provecho a la experiencia de la Revolución de Octubre y a la historia de las luchas de este siglo.

Opino que la Revolución de Octubre significó un cambio en las posibilidades de liberación de la Humanidad. Ante todo fue eso. En la «bella época» de las décadas previas se creía

en Europa —que estaba entonces a la cabeza de lo que se llamaba la civilización mundial— que el hombre blanco europeo tenía una fatigosa misión de alcance universal: civilizarnos a nosotros, a los restantes habitantes del planeta. El orgulloso imperialismo europeo había logrado incluso que el socialismo organizado y su pensamiento oficial funcionaran como una oposición honorable dentro del reconocimiento de la hegemonía burguesa. El marxismo legalizado de la II Internacional se tornó funcional a la dominación. En diciembre de 1917 el joven Antonio Gramsci publicó un artículo en el que afirma que los bolcheviques se han levantado contra una situación en que «*El Capital* de Marx era en Rusia el libro de los burgueses más que el de los proletarios.»¹ Parece una exageración. Sin embargo estaba expresando una situación real, con la radicalidad que por fortuna caracteriza a las afirmaciones de los jóvenes.

El pensamiento marxista adecuado a la dominación burguesa consideró a la Revolución de Octubre como una excepción. Después la palabra excepción se ha usado una y otra vez ante el hecho revolucionario que desgarró el campo de lo posible y muestra que la praxis puede crear realidades en las que el pensamiento debió creer, y a las que debió anunciar, explicar y aproximar. En 1961 el Che Guevara, que trata de convertir a su formación marxista en un instrumento teórico eficaz, escribe «Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?». Y excepción es un calificativo para los triunfadores, porque ha habido un repertorio de denominaciones para los revolucionarios —pequeño burgueses, subjetivistas, militaristas, izquierdistas, idealistas, incluso

¹ «La revolución contra *El Capital*», en *Avanti!*, Milan. Traducción de Manuel Sacristán, reproducida por Michael Löwy: *El marxismo olvidado*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1978, p. 111.

agentes del enemigo— que solo ha cedido cuando aquellos han tenido éxito. En la América Latina actual los que han dejado de ser revolucionarios resultan entusiastas de esos adjetivos, pero también otros «que están de vuelta sin haber ido nunca», como dijo un compañero en frase feliz.

La Revolución y la Rusia soviética hicieron estallar los límites de lo posible. Después, el proceso tuvo que adecuarse a la realidad de que no triunfaban otras revoluciones europeas y comprender que en esas condiciones su proyecto y su actuación tenían límites marcados. La teoría marxiana de la revolución proletaria mundial tenía que replantearse dadas las formas que asumió la expansión mundial capitalista y dados los hechos revolucionarios, pero de ningún modo podía hacerse a un lado. Esa revolución fue el teatro y el fruto de la grandeza de Lenin, que había escrito en 1905: «Es indudable que la revolución nos aleccionará, que aleccionará a las masas populares. Ahora bien, para el partido político en lucha la cuestión consiste en ver si sabremos enseñarle algo a la revolución...» Y preguntaba: «¿Nos atreveremos a vencer?». En 1917 ya Lenin tenía una destacada trayectoria de izquierda en el socialismo europeo, era el líder de una recia organización revolucionaria marxista rusa y tenía una vasta obra teórica profunda y radical. Al dirigir la toma del poder en Rusia ya no era un joven, y se vio muy afectado por la vida que había llevado y por los incidentes de los pocos años en que pudo estar al frente de la Revolución. Sin embargo es grandioso lo que nos dejó en esa breve etapa. Cuando el Che estaba preparándose para su última misión internacionalista, un compañero cubano le pidió un plan para estudiar marxismo. El Che le relacionó un conjunto de textos que debía leer, entre ellos varios de Lenin, y le agregó: «y a partir de 1917 debes leértelo todo, hasta el último papelito que escribió».

Lenin fue el gobernante que, en un tiempo de hambre, cuando los visitantes del campo le dejaban ofrendas de quesos y otros alimentos, ordenaba que los enviaran a los hospitales y guarderías. A la vez, era el hombre sensible que escribía una escueta nota a su Comisario del Pueblo —ellos quisieron cambiarlo todo, hasta los nombres, y dejaron de llamarse ministros— de Comercio Interior: «le ordeno a usted que coma». Porque el Comisario del Pueblo no quería comer, ya que el pueblo no tenía comida.

En el terreno del pensamiento, pienso que la Revolución de Octubre implicó una ampliación del objeto del marxismo. Cuando comencé a leer marxismo me sentí muy mal, porque eran unos libros pedantes donde todo estaba ya resuelto; eran una incitación a echarse a dormir. Incluso allí el marxismo estaba definido de una vez para siempre, creo que era la ciencia de las leyes más generales de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento, o algo así. Entonces leí *El Estado y la Revolución*, fue una suerte para mí. Y al estudiar las revoluciones rusas, el proceso soviético y el pensamiento marxista ruso y europeo inspirado por él, me convencí de que Octubre trajo una ampliación del objeto del marxismo. Por ejemplo, al final de la Guerra Civil y en medio del hambre, los bolcheviques estaban polemizando acerca de cómo educar mejor al niño preescolar. Dado que para ellos el juego es la forma fundamental de educación, decían, ¿será mejor que los niños jueguen a que siembran, cultivan y cosechan? Porque solo hay tierra disponible, pero hay bastante. Mas, ¿esto no les llevará a un mundo ideológico campesino? ¿Sería mejor que jueguen a que son obreros? Hay madera disponible, bastante, para hacer juegos de armar fábricas. Aunque quizás esto los motive menos. No era un debate entre improvisados, era entre psicólogos y pedagogos.

La acción bolchevique representó *una ampliación real del objeto del pensamiento y del conocimiento*: ahora era cambiar la vida de las personas, cambiarse a sí mismos y cambiar la vida de decenas de millones de personas. Por primera vez se puso en acto el proyecto comunista, y Rusia soviética fue la primera experiencia de intento de liberación total de los individuos y la sociedad. La transición socialista solo puede existir y mantenerse si se desarrolla y profundiza sin descanso. Solo mediante una originalidad capaz de revolucionar las instituciones y relaciones una y otra vez, mediante un gigantesco trabajo de masas motivadas y cada vez más concientes, mediante un poder y un planeamiento muy fuertes puestos al servicio del proyecto socialista y comunista, mediante una participación masiva en el control de la economía, la política y la reproducción y producción de las ideas, y en las decisiones de importancia. La Revolución y el régimen soviéticos fueron los primeros que se enfrentaron a esos retos inmensos. Su experiencia, y sus lecciones, son una invaluable riqueza con la que debemos contar.

«Leninismo», «dictadura del proletariado», aunque tienen historias diferentes, son expresiones que no me animo mucho a utilizar si se trata de comenzar a entendernos entre todos, y de que el marxismo sea útil. Cierta número de expresiones nos llevan a un camino frágil, difícil, tortuoso; nos devuelven a una literatura detestable desde mi punto de vista, que nos fatigó a los más viejos durante décadas, y a los más jóvenes no los fatiga porque no la leen. Hay que ayudar a eliminar la confusión terrible que existe, entre la manipulación estéril o perversa del marxismo que ocupó con tanta fuerza y durante tanto tiempo el lugar del marxismo, y el riquísimo y diverso pensamiento marxista acumulado en siglo y medio, a mi juicio el mejor y más útil conjunto de pensamiento so-

cial de que disponemos. La crisis profunda en que cayó la reducción obligada a lo primero generó la multiplicación del rechazo y su rápida conversión en desinterés, en el marco de la dinámica social de Cuba actual.

Un factor muy favorable es la renovación del interés en el marxismo, que rápidamente se ha extendido entre sectores determinados de cubanos. Pero estimo que ella se debe a las necesidades muy sentidas de búsqueda de fundamentación para los valores anticapitalistas en su álgida lucha cultural actual contra los valores del capitalismo —condicionamiento social que es decisivo—, más que a eventos intelectuales notables en el campo del pensamiento marxista. Lo grave es que la intimidad entre ciencia y conciencia que caracteriza a la teoría marxista exige el desarrollo de la primera para que sea eficaz su relación con la segunda y su funcionalidad. En otras palabras, no nos servirá «asumir» cualquier marxismo, y es imprescindible una labor intelectual muy tenaz y calificada, que parta de los problemas principales de hoy. Una gigantesca labor de crítica y de creación debe suceder simultáneamente.

El asunto que nos reúne ofrece una riqueza teórica maravillosa. En el caso de la teoría marxiana de la dictadura del proletariado, aporta las ideas de numerosos marxistas que tuvieron que discutir y actuar a la vez, que escribir y experimentar, que seguir prediciendo mientras se enfrentaban a la angustia de los hechos, las insuficiencias y las decisiones a veces desgarradoras. Lenin, Rosa Luxemburgo, Trotsky, Kautsky, Plejanov, Liebnicht y otros habían escrito y polemizado acerca de un proyecto; desde 1917 se creó un campo teórico descomunal en el que seguía siendo el proyecto la estrella polar, pero ahora puesto en relaciones —muchas veces quemantes— con toda la actividad y las ideas propias de

la experiencia práctica de un régimen revolucionario que debía realizarlo todo. Se multiplicaron los polemistas y sobre todo se materializaron y se multiplicaron los problemas de las relaciones y contradicciones entre el poder y el proyecto, a mi juicio el problema central interno de las sociedades en transición socialista. (El problema central más general es el del enfrentamiento al capitalismo mundial y sus capacidades de agresión y de reaparición.) Nada puede sustituir al estudio de los pensadores y de los que desempeñaron funciones, combinado con el estudio de los procesos sociales mismos. Estudio que debe incluir a los nuevos participantes del resto de Europa, tan importantes, y ahora también a los de Asia y América. Esa vuelta a este momento crucial de la historia del pensamiento marxista tendrá que tener en cuenta las interpretaciones notables que ya se han producido, pero está obligada a producir sus nuevas interpretaciones, porque así es necesario en todas las encrucijadas históricas, y estamos en una de ellas.

Una tarea como esa se puso a la orden del día en Cuba de los años sesenta. La gran revolución socialista de liberación nacional, pionera en la América Latina, la primera revolución socialista autóctona de Occidente, tuvo que asumir críticamente la riqueza de Octubre. Nos puede beneficiar mucho en esta nueva coyuntura la cultura acumulada, pero sólo para realizar efectivamente una nueva tarea, sobre los problemas actuales y perspectivas, para la creación y recreación de un proyecto de liberación superior.

¿MANIFIESTOS? ¿COMUNISTAS?*

Como explicaba Campione, ha habido muchas actividades valiosas en Argentina y en el mundo por este 150° aniversario del *Manifiesto Comunista*. Quiero agradecer profundamente a *Periferias* la invitación a hablar aquí hoy, en mi nombre y en el de la revista *América Libre*. Me uno a los elogios tan justos que se han hecho a la calidad del número presentado, que recoge una selección de ponencias presentadas en el Encuentro Internacional organizado por *Espace Marx* en París en mayo pasado. Inspirado también en el *Manifiesto*, dedicaré mis palabras a hacer algunos comentarios sobre problemas actuales.

En el mundo actual marchan paralelamente la obtención de conocimientos profundos de lo social desde posiciones opuestas al sistema capitalista, y las creencias muy arraigadas y extendidas en que nada esencial del sistema vigente puede cambiarse. Se supone —desde la corriente dominante en el mundo y en casi todos los países—, que ya no debe haber manifiestos, ni debe haber comunistas. Se admite, sin necesidad de hacer demostraciones, que ya no hay lugar para ideales, paradigmas ni «grandes relatos», ni en la vida prácti-

* «¿Manifiestos? ¿Comunistas?». Publicado en Fernando Martínez Heredia: *En el horno de los noventa*. Ediciones Barbarroja, Buenos Aires, 1999.

ca hay lugar para el socialismo; que ya no son posibles las revoluciones. Lo esencial en la situación actual no es que los que dominan propaguen esto, sino que la mayoría de los dominados lo cree, lo acepta o permanece al margen de la cuestión. Los que expresamos nuestra identificación o simpatía por todas esas cosas «que ya no son» —de acuerdo a la corriente dominante— deberíamos conformarnos con participar en rituales arcaicos y comunicarnos mediante los símbolos de nuestras creencias marginales, confiados en la tolerancia que, más o menos, nos incluye en la defensa en boga de la biodiversidad.

Me alegra manifestar que los supuestos que acabo de mencionar están mostrando tan obviamente su función de garantizar la conformidad con la dominación vigente, que comienzan a parecer erróneos. Espero que esa tendencia se profundice en el futuro.

Pero constato la situación actual, que sigue siendo muy desfavorable. Se tiene gran desconfianza a las interpretaciones sociales de gran alcance, y aún más a los pronósticos. Para el individuo común, «la caída del Muro» y «los cambios mundiales» no son frases, sino hechos macizos y dados de una vez; sin embargo, producen la rara consecuencia de que de ahora en adelante ya no habrá más hechos trascendentes, y ninguna certeza será afirmable. En realidad se trata de una gigantesca manipulación. En formas diversas, de acuerdo a los tipos de cultura, se nos conmina a compartir la convicción de que tres creencias han sido vencidas: 1) que las personas pueden mejorar y son perfectibles; 2) que los países que llamaban subdesarrollados pueden desarrollarse; y 3) que las sociedades puedan progresar hacia modelos de justicia para todos. Han puesto en uso una neolengua que ofrece palabras clave: «aperturas», «ajustes», «flexibilizaciones» «eficiencia», «humanitario», «capital humano». Y también

frases-clave como estas: «ya no habrá más países, sólo regiones», «fin de los paradigmas», «de la modernidad» o «de los grandes relatos». A veces se llega a vulgaridades, como la del «fin de la historia».

No hay que subestimar la gran influencia que tienen todos esos recursos de lenguaje de la dominación. El capitalismo central tiene en proceso una recolonización «pacífica» del mundo, y un elemento central de ella es la gran guerra cultural a escala mundial que lleva a cabo. No se trata de un capricho o un exceso. No es por desviaciones monstruosas, sino por el grado a que ha desplegado ya su naturaleza —150 años después del *Manifiesto*—, que el capitalismo ha colocado a las mayorías del planeta, y al propio planeta, en situaciones límite de expoliación, iniquidad, miseria, marginación y depredación. Pero miles de millones han conocido la existencia o la promesa de la libertad y la justicia, las han deseado, las han soñado o han luchado por ellas. En un prolongado período histórico se ha pasado de la asociación ideal del capitalismo con la libertad y la justicia, contradictoria siempre con gran parte de sus prácticas, a la constatación de su naturaleza de enemigo de la libertad y la justicia. Su antigua y cautivadora propuesta está totalmente desgastada. Y su inmenso poder imperial actual sólo es capaz —por su propia naturaleza— de ofrecer más bienestar y algunos derechos a una exigua minoría, que ya conoce también que sus goces son inseparables del sufrimiento de multitudes de mendigos.

Este capitalismo sin reformismo posible está obligado por tanto a librar una guerra cultural. En el lugar de su vieja promesa se despliega hoy una cultura del miedo, la indiferencia, la resignación y la fragmentación. El temor ocupa un espacio importante en esta cultura de la dominación. El miedo a que no sea posible conservar el precario empleo que se tiene, o los dos empleos sin los cuales no es posible alternar, el mie-

do a que vuelva una dictadura, a no poseer una tarjeta de crédito, una vivienda y un guardia armado; miedo a no obtener la oportunidad de mantener el lugar que siempre se tuvo, o a perder la simple posibilidad de sobrevivir. Quiere reinar la cultura de la indiferencia de cada uno frente a los demás, y asumir la forma coloquial de un sálvese quien pueda. La idea misma de solidaridad parece implantable. Sólo una cultura de la indiferencia puede explicar que en amplios sectores de poblaciones «civilizadas» la ancianidad no encuentre otra protección que la muerte, como si pertenecieran a alguno de los grupos humanos de vida más precaria del planeta, o a ciertas especies animales. Y que a diferencia de esos grupos y especies, la infancia no sea protegida: se explota en silencio el trabajo de 250 millones de niños, se asesina o se les quita órganos a otros niños, o se elimina la maternidad mediante la esterilización masiva.

La cultura de la resignación sustituye a la imposibilidad de legitimar tantas iniquidades mediante las antiguas creencias en la desigualdad «natural» entre los miembros de la especie humana y el racismo, que han sido tan utilizados por el capitalismo en su expansión mundial colonialista y en la tarea de reforzar la opresión y dividir a los oprimidos en todas partes. Aunque el racismo sigue muy vigente, no es muy defendible a estas alturas; la resignación «democratiza» la condición inferior a la que está abocada la mayoría de los seres humanos, los que serían víctimas de hechos «naturales», como el «mercado» y la «fatalidad». La resignación desalienta no sólo a las rebeldías sino a los más moderados reclamos sociales y políticos. La cultura de la fragmentación parte de que en la actualidad es inevitable el reconocimiento de las diversidades humanas y sociales. Ella está dirigida a controlar y manipular esas diversidades para que constituyan una fuente de debilitamiento, y no de enriquecimiento de los oprimidos.

Las diversidades que se admiten y divulgan, los momentos y las formas en que se hace, son objeto de una política de la dominación, articulada con la de homogeneización de los consumos, los gustos, las informaciones, las ideologías, los ritos ciudadanos, que se lleva a cabo a escala mundial.

El crecimiento impetuoso y desatado de las desigualdades en el mundo se hace público y se trivializa. Una nueva manera de ocultar consiste en mostrar «todo», en realidad de manera controlada, con medios, modos y gentes controladas. La forma actual de mundialización capitalista se viste de «inevitable globalización», la democracia se somete a un reduccionismo feroz, y se anuncian «luchas mundiales» contra el narcotráfico o la corrupción. El reino del determinismo económico más grosero quiere reducir el campo de las actitudes y los pensamientos posibles, acotar los sueños, pero no lo hace solamente porque la miseria, la explotación del trabajo y la marginación sean hoy demasiado escandalosas. Se ha producido a la vez en estas décadas un inmenso aumento de los participantes en la vida política y social, y un enorme crecimiento de la cultura política de muchos millones de personas. La complejidad del involucramiento de esas multitudes, y sobre todo el signo que lo presidirá —subordinación o rebeldía— constituyen los grandes retos actuales. El capitalismo está obligado a luchar por excluir la autoidentificación de los oprimidos, su identificación del enemigo, sus tendencias a unificar esfuerzos, organizarse y proyectar caminos. Se trata, en fin, de excluir las luchas de clases.

Aparece así en toda su potencialidad, de nuevo, el mensaje del *Manifiesto Comunista*. No voy a emular con las contribuciones de este número de *Periferias* que he revisado a la carrera en momentos de ayer y hoy: la selección publicada es una muestra invaluable de esa profundidad de análisis a la que aludí al inicio, con numerosas vertientes y riqueza de matices. Me

limito a hacer algunos comentarios. Estos trabajos indican que ya comenzamos a responder a las preguntas que emergieron hace pocos años: ¿cómo seguir siendo marxista?; el fin de la URSS y su campo, ¿expresaba sólo problemas «prácticos», o también mostraba que el propio marxismo tiene demasiadas debilidades? Más aún: el socialismo puede ser incluso lo más justo, pero ¿es posible? Y si no lo fuera, ¿cómo existiría el marxismo, que está tan ligado a él? Varias cuestiones están ahora en su sitio, y otras comienzan a plantearse bien. Ahora hay más preguntas, porque son mejores y más atinentes.

Ya está claro que el fantasma que recorre hoy el mundo no es el fantasma de un cadáver. Creo incluso, como dije en Buenos Aires hace tres años, que ahora es que comienza el tiempo en que las dos premisas de la revolución anticapitalista enunciadas en *La Ideología Alemana* se ponen a la orden del día, siglo y medio después que el entusiasmo les hacía ver próxima la revolución proletaria a aquellos dos jóvenes revolucionarios europeos. Vuelven a ponerse a la orden del día la denuncia y la profecía, dos de los elementos básicos de aquel panfleto excepcional, y su profunda vocación de hacer ciencia social, de crear conocimientos correspondientes a una acción social determinada, y al servicio de ella. Tendrá que ser —los autores lo advirtieron con sus trabajos— desde las experiencias y las situaciones a que han llegado la denuncia, la profecía y el conocimiento social a fines de este siglo. El *Manifiesto* puede inspirar las preguntas de hoy: ¿en qué consiste el carácter mundial del sistema y cómo se articulan sus formas concretas, qué fuerzas y debilidades nacen de allí?, ¿en qué se afincará la lucha de clases, quiénes serán sus protagonistas?, ¿cómo actuar, cómo unir impulsos de rebeldía, organización, prefiguraciones y teoría?, ¿cómo será el internacionalismo? Y el proyecto, ¿dónde buscará sus intuiciones y su legitimidad?

En la primera mitad de los 90 una ola de triunfalismo recorrió el mundo, el triunfalismo del capitalismo. Pero este no logró convertirse en la ilusión de la época. El jubileo del 2000 no está en marcha, porque no hay nada que celebrar. Enfrente, en contra del orden vigente existen muchos más elementos que los que aparecen a simple vista. Entre ellos está una masa de trabajo intelectual muy valioso, que ya existe. Habrá que reunirnos todo lo posible para librar la guerra cultural, evitando los peligros de nuevos dogmas, popes y exclusiones, y los de ínfimos poderes que reproducen el modo de ser de los poderes que dicen retar. Es necesario traer a Marx a que ayude en esta contienda, con su creatividad, su honestidad intelectual y su falta de temor a ser radical. Que nos ayude a poner de moda una vez más a las luchas de clases. Tenemos una escandalosa necesidad práctica de ideas, que nos conduzcan no sólo a rechazar, sino a construir.

ÍNDICE

- Palabras preliminares / 5
- La alternativa cubana / 9
- Notas sobre sociedad y cultura desde la Cuba actual / 45
- En el horno de los noventa. Identidad y sociedad en la
Cuba actual / 67
- Izquierda y marxismo en Cuba / 82
- Educación, cultura y revolución socialista / 115
- Plácido y el verdugo / 133
- «Nuestra América». Presente y proyecto de la América
Latina / 138
- ¿Por qué Julio Antonio? / 158
- El poeta y la revolución / 163
- El joven Roa y su época / 180
- Una voz de la revolución / 185
- Guiteras y la revolución / 198
- La herencia de su ejemplo / 227
- Che, el argentino / 237
- El Che Guevara: los sesenta y los noventa / 244
- Marx, revolucionario de hoy / 260
- Octubre amplió los límites de lo posible / 265
- ¿Manifiestos? ¿Comunistas? / 273